Obra protegida por derechos de autor

HEATHER GRAHAM

El milagro de la Navidad

Obra protegida por derechos de autor

El Milagro de la Navidad

Heather Graham

El Milagro de la Navidad (01.12.2005)
Título Original: A Season of Miracles (2001)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: **Mira 143**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Robert Marston y Jillian Llewellyn

Argumento:

Desde la muerte de su esposo, la diseñadora de joyas Jillian Llewellyn había dedicado su vida al trabajo, pero algo increíble estaba a punto de cambiar su tranquila existencia y llenarla de peligro y deseo. Y todo por un guapísimo desconocido llamado Robert Marston, el nuevo socio de la empresa de Jillian. Sentía hacia él una conexión tan profunda, que parecía que se conociesen desde hacía tiempo.
Después de varios extraños accidentes, Jillian empezó a temer que alguien estuviera tratando de hacerle daño, pero... ¿quién podría quererla muerta? ¿Un compañero de trabajo? ¿Un miembro de su unida familia?
Mientras, la atracción por Robert era cada vez más fuerte, aunque no sabía si sería su salvación o su perdición...

Prólogo

La hoguera

Nunca había cabalgado más rápido. Estaba tan desesperado que percibía el más ligero sonido y el más imperceptible de los olores. Todas las sensaciones.

Era un día frío. El cielo estaba azul. Los cascos de su caballo provocaban truenos cuando impactaban con el suelo. Truenos distantes, amortiguados por el grosor de la capa de nieve. El frío se le metía en los huesos, aunque estaba sudando mientras galopaba.

No lo conseguirían.

Pero tenían que intentarlo. Había jurado que no permitiría que ocurriera nada malo. Había jurado amar, honrar y proteger. Lo había hecho en secreto. Lo que había parecido lógico sólo había sido una cobardía. Y en aquel momento...

Iban a pagarlo.

Le clavó los talones en los flancos al magnífico caballo, que ya estaba haciendo todo lo que podía para avanzar por el terreno nevado.

—Dios Santo, Michael, nos vas a matar a todos

—le dijo Justin, desde atrás.

— ¡No queda tiempo! —rugió él—. ¡No queda tiempo!

—No le serviremos de nada a la muchacha con el cuello roto —replicó Justin.

—Entonces, preocúpate por el tuyo, porque yo le confiaré. el mío al Señor.

— Amén, que Dios esté con nosotros.

La nieve volaba. El suelo temblaba.

Siguieron galopando, más y más.

¿Cómo había podido subestimar la. maldad de sus enemigos? Era increíble, horrible, pensar en lo que podían llegar a hacer los hombres por celos, amargura y avaricia.

— ¡Más rápido! —insistió él. El miedo intensificaba el tono autoritario de su –voz.

De nuevo sintió el sudor que le caía por el pecho, pese al viento helado que lo azotaba. El olor del campo era limpio, tan limpio como la esencia de ella, tentadora, vigorizante. Cómo lo obsesionaba su olor en aquel momento, a pesar de la loca y temeraria galopada, los silbidos furiosos del viento y de la nieve. Le latía el corazón como los truenos dentro del pecho, y aquellas palabras malditas le resonaban en la cabeza. «No lo conseguiremos, no lo conseguiremos, debemos conseguirlo a toda costa, porque si no lo conseguimos...»

«Si no lo conseguimos...»

El miedo era casi insoportable.

—Ya casi estamos sobre el valle —le dijo Raynor, otro de sus hombres, que cabalgaba junto a Justin —. Está bajo aquella colina. Casi hemos llegado.

Casi. Estaban tan cerca...

El sol

«Qué glorioso», pensó al sentirlo en la cara.

Hacía mucho frío aquel día, y llevaba tan poca ropa que se estremecía sin cesar, pero aún así sintió el beso del sol en las mejillas. Qué sensación más maravillosa. Algo que calentaba, que le proporcionaba la ilusión, aunque sólo fuera durante unos momentos, de sentir alegría y bienestar; la ilusión de ser querida y estar segura...

Como se había sentido con él.

Pero no era más que una ilusión, porque el día era frío, amargamente frío.

Y en poco tiempo sentiría calor de verdad.

Las ataduras le hacían daño en los brazos. Al principio no las había sentido mucho, pero después habían comenzado a morderle la carne con furia.

—Todavía no has empezado a conocer el dolor.

Su enemigo estaba ante ella de nuevo, mirándola a los ojos, buscando su pánico, deseando que suplicara. Y Dios sabía que, si aquello sirviera para que la liberara, le prometería cualquier cosa. Que Dios la perdonara, pero haría cualquier cosa.

Pero supo, al corresponder a su mirada, que nada que pudiera decir o hacer cambiaría las cosas.

—Sabes que no voy a suplicar —dijo, sencillamente.

—No. Eres demasiado estúpida.

—Ahora me acusas de estupidez? Creía que me considerabas demasiado lista para mi propio bien.

—No tan lista. Estás a punto de morir de una forma espantosa. ¿O acaso crees en los milagros?

Ella bajó la mirada. Dios, cómo quería creer en los milagros.

— Nunca te suplicaría, porque sé que no cambiaría nada, que no tienes intención de perdonarme, y que cualquier ruego por mi parte no serviría para nada más que para entretenerte.

—Así que ahí estás, calmada, esperando a que ocurra un milagro. Quizá llegue la salvación.

—Estamos en Navidad, ¿no?

—Algunos estamos en Navidad. Pero tú... creo que no.

Quería que ella se derrumbara. Quería que rompiera a llorar. Que confesara, que rogara, que se rebajara a sí misma y se humillara a sus pies. Bueno, no podía hacer aquello. Estaba atada.

Pero no lloraría, ni se derrumbaría, ni confesaría. Su torturador se apoyó contra el poste.

—No vendrá.

—Si puede, lo hará.

—No existen los milagros. Pídeme a mí, y a Dios, que te perdonemos.

—Dios conoce mi alma. Y tú deberías pedirme a mí que te perdonara.

—Yo hago lo que debo para preservar lo correcto, lo que está bien.

— ¿Lo que está bien? Me has traicionado.

—Tú nos traicionaste. a todos. Y él te traiciona ahora a ti. Le diste la espalda a tu herencia, al legado que te dejaron tus antepasados. Y ahora... ah, bien, tuviste tu oportunidad. Espera a percibir el olor de la carne quemada —le dijo, y la agarró del pelo para obligarla a que bajara la cabeza y mirara los troncos y los palos que había a sus pies—. Ese olor consigue que los hombres más duros vomiten.

—Entonces, tienes que marcharte rápidamente de aquí. No quiero que el olor de mi carne quemada os estropee la comida de Navidad, buen señor.

Elia vio cómo le cambiaba la expresión de la cara, pero no pudo hacer nada por evitar el golpe que le dio en la cara. Sintió cómo su cabeza se golpeaba contra el poste, con un dolor inmenso detrás de los ojos.

Y sabía que aún no había comenzado a sentir dolor de verdad...

El se irguió entonces, sabiendo que no debería haber permitido que los demás presenciaran aquel estallido de emociones por su parte. El era un hombre que respetaba la ley. Dios sabía que ejecutarla era su deber.

Se acercó mucho a su cara, y ella notó que su respiración reemplazaba al calor del sol en las mejillas.

—No lo entiendes. Disfrutaré del olor de tu carne quemada. Y esta noche, disfrutaré de la cena de Navidad con un gusto que no puedes imaginarte. El sabor permanecerá en mi lengua para siempre.

—Es posible que ese tiempo no sea muy largo— observó ella, asombrada de ser capaz de sonreír–

Él sacudió la cabeza.

—Pobre, ingenua belleza. Aunque, ¿eres tan bella, ahora? Con el pelo enredado, las mejillas cortadas por el viento, la ropa hecha andrajos y el cuerpo reducido a huesos que las llamas van a devorar. ¿Estaría él tan enamorado en este momento? ¡Qué tontos habéis

sido! Qué tontos.

Él le había dicho que iría a buscarla. Lo había jurado. ¿La habría olvidado, como había hecho Dios? ¿Habrían sido tan grandes sus pecados?

No. El iría a buscarla.

— Algún día tú mismo serás el tonto...

—Ese día no será hoy —respondió él, sombrío. Sus rasgos, que una vez habían sido asombrosos, estaban estropeados con una expresión de crueldad y furia—. Podría haber hecho que te estrangularan para ahorrarte el sufrimiento. Pero eres una estúpida, con todos esos sueños de amor y de placer. Incluso ahora, añoras sus caricias. Sin embargo, lo que sentirás será el beso del fuego, la lengua de las llamas, el calor de la condena en el infierno —le dijo, mirándola a los ojos.

— Ni siquiera mi muerte y mi agonía te liberarán. Tú sufrirás. Pasarás la vida en la amargura, devorado por las llamas que te saldrán de dentro, quemándote en el infierno de tu propio odio.

El la miró como si fuera a golpearla de nuevo, pero se contuvo y se dio la vuelta.

Dio un paso hacia la multitud y levantó una mano. Entonces, se hizo el silencio.

—Le he rogado y suplicado.., pero no tiene palabras de arrepentimiento, ni quiere ofrecer una plegaria por su redención. Que Dios–la ayude y le perdone la traición a su país. Rezad por ella, aunque parece que su alma atormentada volverá al demonio, su hacedor. Dejemos que las llamas la purifiquen, y a nosotros mismos también, y después recemos con el corazón en la alegría de la estación en la que entramos, la estación de Dios.

La hoguera fue encendida.

Las llamas crepitaron rápidamente a su alrededor.

Ella quería gritar y revelarle a la gente que ante ellos había un monstruo que se escondía tras el respetable disfraz de hombre de ley. Quería decirles que nadie estaba a salvo, nadie que se interpusiera en su camino, nadie que quisiera algo que él deseara también...

– En vez de eso, encontró la voz y la fuerza para decir:

—Que Dios os perdone, señor. Que Dios os alivie de la tortura y la agonía que sufriréis una y otra vez...

Empezó a asfixiarse con el humo y no pudo continuar. Qué rápidamente habían crecido las llamas. Ya no podía hablar más. La falda del vestido estaba ardiendo. Intentó retorcerse para alejarse, pero no sirvió de nada. ¡Se quemaba! Dios Santo, se quemaba, la agonía entraba en sus pulmones y en su carne...

Comenzó a gritar...

Cabalgaron sobre la colina y miraron hacia el fondo del valle. Y lo vieron.

Él cerró los ojos, maldiciéndose, rugiendo por dentro.

Se había imaginado su olor.

Y en aquel momento, lo percibía en el aire. Oh, Dios.

—Jesús! Dios Santo... —murmuró Justin.

—Que Dios la ayude! —exclamó Raynor—. Sabes lo que hay que hacer.

—No puedo...

— ¡Tienes que hacerlo! —le dijo Raynor.

— ¡Por Dios! — gritó Justin, con los ojos llenos de lágrimas—. Es demasiado tarde. Ya ha ido demasiado lejos. ¡Sabes lo que hay que hacer!

Michael tenía el rostro cubierto de lágrimas. Rezó y pidió perdón al cielo. Les pidió perdón a Dios y a ella. Pasaron unos segundos. Sabía lo que tenía que hacer.

—Por Dios, por el cielo y por el infierno, juré... Había jurado que iría a buscarla.

Cada segundo que pasaba significaba una gran agonía.

Sabía lo que tenía que hacer.

Capítulo 1

Todo empezó con las cartas de tarot. Y con las pesadillas del fuego. Y, por supuesto, con el gato. Pero, a las dos de aquella tarde del día de Halloween, aquellas cosas todavía pertenecían al futuro.

Jillian estaba sentada en su escritorio, en Llewellyn Entreprises, observando el nuevo diseño que acababa de terminar. Había empezado con la intención de crear una cruz contemporánea, de líneas elegantes, que se produciría en oro amarillo y blanco y en platino. Todos los días, desde que había terminado la universidad y se había puesto a trabajar en la empresa, había hecho un diseño especial para Navidad, de edición limitada. Por tradición, la venta de aquel diseño comenzaba el cinco de noviembre, y todos los pedidos tenían que llegar antes del veinte del mismo mes para que las piezas fueran enviadas por mensajero a los cliente exactamente un mes más tarde.

Le encantaba diseñar joyas. Tenían algo que era permanente. Las piezas podían pasar de generación en generación. Una joya bonita era intemporal, y decía mucho de los años en los que había sido creada.

Aquella pieza, sin embargo, no decía en absoluto lo que ella pretendía. El diseño le gustaba, sí, era magnífico. Pero, sencillamente, no lo había previsto de aquella manera.

—Vaya, sí que es bonita. Me parece que te mereces el sueldo, que ganas.

Aquella voz masculina y divertida provenía de algún lugar por encima de su hombro, y la sobresaltó tanto que Jillian pegó un bote en la silla. La persona que había hablado era Griff, su primo, guapo y demasiado encantador ya a los treinta años. Era un hombre alto, con el cuerpo fibroso, los ojos marrón claro y el pelo rubio, y vestía los trajes de Armani a la perfección.

No lo había visto entrar en el despacho. Estaba tan concentrada en el diseño que había permanecido ajena a todo lo demás.

— Gracias.

Griff se tumbó juguetonamente sobre el escritorio de su prima, como si acabara de salir de una película de Hollywood de los años treinta.

—Excelente, cariño. Excelente. Transmite la idea del nuevo milenio a la perfección. Pero por desgracia, parece que el nuevo milenio que tú has plasmado es el avance de la humanidad hacia el año mil. Es de tipo celta, ¿no?

—Mmm —murmuró ella.

Él siguió con un dedo el contorno de la cruz que Jillian había dibujado y siguió sonriendo.

— Oooh, el jefe se va a volver loco con ella — dijo con ligereza, refiriéndose a Douglas Alexander Llewellyn, el abuelo de Jillian, el tío abuelo de Griff, y además, el director general de Llewellyn Enterprises—. ¿Puede ser que su ángel haya fallado en esta ocasión? El cree verdaderamente que eres un ángel. No sabe que eres mitad ángel, mitad dragón.

—Lo sabe, pero les tiene mucho cariño a los dragones. Y, Griff, levántate de mi escritorio. Tengo que trabajar, y lo último que necesito es que me lo impida tu escuálido cuerpecillo.

—Cómo te atreves? —le preguntó él, verdaderamente indignado—. Mi cuerpo no es escuálido. Es perfecto en todos los sentidos. De hecho, es una pena que seamos primos y que podamos tener una descendencia con dos cabezas. De lo contrario, te dejaría ver hasta qué punto alcanza la perfección.

Jillian arrugó la nariz y se apoyó en el respaldo de la silla.

—Gracias a Dios que la posibilidad de la descendencia de dos cabezas me vaya a librar de eso. Me da escalofríos pensarlo. Vas a tener que compartir toda esa perfección con otra persona.

—En realidad, sólo somos primos segundos. Quizá nuestros hijos sólo fueran patéticamente bizcos. Ahora que lo pienso... —murmuró, pensativa- mente—, ¿sabes que Guillermo de Orange se casó con su prima camal, Mary Stuart, y reinaron juntos?

—Y no tuvieron descendencia —le recordó ella, amablemente.

—La mitad de la realeza europea tenía parentesco. Todos eran descendientes de la reina Victoria.

—Y la mitad de la realeza europea era, y es, muy extraña —dijo ella—. Griff...

— Vamos, el gran jefe es como un rey, y estaría tan contento de saber que le deja su reino a aquellos que llevan su propia sangre... ¿no crees?

—No, no creo, y le doy gracias a Dios porque seguramente no estás hablando en serio — respondió Jillian, sacudiendo la cabeza.

—Te niegas a contemplar las posibilidades.

—Griff, ¿cuál era el motivo de esta visita? —le preguntó ella mientras miraba su reloj de forma muy significativa.

A Griff le gustaba torturarla, con buena intención, claro. O al menos, eso decía él, como el resto de los miembros de la familia que formaban parte de Llewellyn Enterprises, Daniel, Theo y Eileen. Jillian sabía que ella era la nieta preferida del abuelo, aunque, a propósito, no hubiera aceptado ser una de las directoras de la empresa, ni tuviera la última palabra. Pero se había criado con su abuelo, era la que mejor lo conocía y la que más lo quería. El diseño de las joyas era su parte favorita del trabajo, mientras que Theo era un gran experto en las técnicas de mercado y Eileen una gran experta en relaciones públicas.

Sin embargo, era Daniel el que llevaba las riendas, un puesto por detrás de su abuelo. Conocía todos y cada uno de los aspectos del negocio, y Jillian se sentía contenta por ello. Quizá su abuelo fuera capaz de controlarlo todo, pero ya no tenía por qué hacerlo solo. La gente pensaba que aquella empresa era un gran premio, pero no lo era. Era un gran entramado de empresas y necesitaba muchas mentes para seguir funcionando a aquel ritmo tan excelente.

Griff siempre le había dicho que él era un experto en estar guapo y en fingir que estaba ocupado, lo estuviera o no. Y, por supuesto, en ser encantador. Y tenía razón. Ella no podía evitar que Griff le cayera muy bien.

Eileen era su prima carnal, e hija única, como ella misma. Los chicos eran nietos del hermano de su abuelo, que había muerto en la madre patria. Douglas no sólo había sobrevivido a su hermano, sino también a sus dos hijos y a su sobrino, el padre de los chicos, Steven. Jillian pensaba a menudo cuánto dolor le habría causado perder a tanta gente a la que había querido. Pero su abuelo nunca había vacilado; había seguido hacia delante, dedicado a los restantes miembros de la familia Llewellyn. Y no había tenido que obligar a nadie a entrar en la empresa; todos habían ido allí a causa de la misma lealtad y el mismo orgullo fiero por su familia.

—¿Sabes? —le dijo Griff, blandiendo un dedo ante ella—. Podría salirte mucho peor. Yo soy guapo, ingenioso, urbanita y encantador.

—Pues claro que podría salirme mucho peor. Pero tú eres mi primo. Así que, Griff...

—No te acuerdas de cuando jugábamos desnudos sobre aquellas alfombras de pieles, de bebés?

—Griff, nosotros nunca jugamos juntos y desnudos sobre ninguna alfombra de piel.

—Supongo que no. Si lo hubiéramos hecho, lo recordarías.

Ella dejó escapar un gruñido y apoyó la cabeza en el escritorio.

—Griff, ¿cuál es tu problema? Eres muy mono, eres...

—¿Mono? Quiero ser sexy y devastador.

—Está bien, eres sexy y devastador.

— Eso está mejor.

—Y yo quiero acabar y salir de aquí de una vez.

—En realidad, he venido con una misión piado ,De veras?

— Es Halloween. No quería que te fueras sola a casa. Ya sabes, la pobre niña rica, sola en la mansión familiar. Ese enorme lugar donde ninguno de los demás estamos invitados a vivir.

Ella sonrió.

—Eres un mentiroso.

—Bueno, en cierto modo. No quiero vivir en la mansión familiar. Me gusta tener privacidad. Y lo creas o no, la fortuna de la familia no me importa, aunque me guste vivir con cierto estilo.

—Griff, no tengo miedo de que cambies nunca. El sonrió también.

—Soy completamente inútil, pero también soy. completamente feliz. Y lo

suficientemente inteligente como para estar agradecido.

— Finges que eres inútil, pero sabes que no lo eres. De todas formas, necesito que te marches.

— ¿Así que vas a sentarte junto al fuego y a darles caramelos a los niños cuando llamen a la puerta? No. Desde que murió Milo, no has hecho nada ni has ido a ninguna parte. Ya es hora de que empieces a hacer cosas de nuevo. No eres un topo. Por no mencionar que eres demasiado joven y... sí, guapa. Gracias a los buenos genes familiares, por supuesto. Y en este momento, toda esa belleza se está malgastando. Tienes que volver a salir.

Jillian sintió una opresión en el pecho. Era raro que, a pesar de que la vida continuara, la pena fuera capaz de envolverla por completo en ciertos momentos, como si fuera una sábana. Ella sabía lo que hacía cuando se casó. Siempre había sabido que perdería a Milo.

Y también sabía que Griff estaba allí para ayudarla.

Así que sonrió.

—Para tu información, voy a salir.

—¿Tienes una cita? —le preguntó su primo.

— Quizá.

—¿Con Robert Marston? —insistió él, en un tono prudente.

— ¿Con Robert Marston? — repitió ella, asombrada.

Robert Marston acababa de comenzar a trabajar en la empresa. Llevaba los trajes de Armani tan bien como Griff, pero tenía los ojos muy oscuros y la mirada afilada, y en opinión de Jillian, era posible que tuviera el alma aún más oscura y afilada. Era guapo, inteligente, tenía la voz grave y se expresaba con precisión. Había ido a la universidad con Theo, y había trabajado durante los últimos cinco años en la mejor compañía de informática del mundo. Era la clase de hombre que atraía todas las miradas cuando entraba en una habitación. Por naturaleza, transmitía autoridad.

Jillian había sentido cierta cautela hacia él desde el primer momento en que lo había visto, y lo había visto a distancia. Ni siquiera había llegado a ver el color de aquellos ojos tan oscuros. Había demasiados rumores circulando como para que ella se acercara por voluntad propia a conocer al hombre al que su abuelo había contratado.

—Por qué piensas que voy a salir con él? —le preguntó a Griff, con aspereza. Quería darle a entender que sentía impaciencia, pero no que estaba preocupada.

Sin embargo, la sonrisa de Griff le dio a entender que su tono de voz sí la había delatado.

—Bueno, ¿vas a salir con él?

—No. Ni siquiera lo conozco. Sólo lo he visto al otro lado de la sala de reuniones, el otro día. Y no me parece bien salir con los compañeros de trabajo.

— ¿Entonces?

—Voy a salir con Connie.

—¿Con Connie? —repitió él.

¿Fue alivio lo que Jillian percibió en su voz? Connie era una de sus mejores amigas. Habían ido juntas al colegio, y además, era su ayudanta administrativa. Y, como aquélla era una empresa familiar, el marido de Connie, Joe, también trabajaba en Llewellyn Enterprises. Formaba parte del equipo de Daniel.

—Sí, Connie y yo vamos a salir. Como hacemos en todos los días de Halloween — le recordó a Griff.

El dejó a un lado las bromas por un momento y la miró con seriedad.

— ¿De verdad vas a...

— A salir de compras para Navidad, sí.

—Como hace todo el mundo en Halloween — respondió él, con cierto sarcasmo.

—Es una tradición personal —respondió Jillian, con indignación fingida.

Sabía que era una tradición extraña, pero había comenzado cuando Connie y ella eran pequeñas y salían a amenazar a la gente con jugarretas si no les daban caramelos aquella noche del treinta y uno de octubre. Estaban convencidas de que las mejores rebajas se hacían aquel día, cuando la gente andaba buscando algún traje en el último minuto. Ahora que Connie tenía dos hijas, la tradición continuaba.

Se divertían mucho de compras y después, normalmente, salían con las niñas a pedir caramelos y pasaban la noche juntas, comiéndose los dulces.

—Está bien —dijo Griff, con resignación—. Siempre y cuando vayas a salir...

—Voy a salir.

—Y te lo pases bien...

—Voy a pasármelo bien.

—Porque si vinieras conmigo, yo te demostraría lo que es pasárselo bien, ¿sabes?

—Estoy segura de que me lo demostrarías. Finalmente, Griff se deslizó del escritorio y se puso de pie frente a ella. Le hizo una suave caricia en la mejilla con las puntas de los dedos.

—Presumiría de tener semejante prima ante todos mis amigos. Eres espectacular, ¿lo sabías?

Ella le tomó la mano y se la apretó.

—Gracias, Griff.

—Oh, a propósito, Daniel quiere verte. En su despacho.

—¿Cuándo?

Griff miró la hora.

—Mmm... hace un rato, supongo.

—Griff, ¿por qué no me lo habías dicho?

—Estoy seguro de que no es nada importante — dijo él—. ¿Por qué no lo desafías? ¡Vete a casa!

—Porque puede que sea importante —respondió Jillian. Se puso de pie y se dirigió a la puerta rápidamente.

—¿Jillian?

Ella se volvió.

—Feliz Halloween. Y felices compras de Navidad.

Eileen Llewellyn estaba paseando por su oficina, observando los nuevos dibujos de la campaña de Navidad. Era de estatura media, tenía el pelo negro como el carbón y la cara perfectamente ovalada. Elegante, eficiente, la viva imagen de la sofisticación.

Le gustaba llevar trajes de falda y tacones altos; caminaba con autoridad y seguridad en sí misma. Con una sola mirada de sus ojos azul claro podía hacer que una habitación entera se quedara silenciosa. Había nacido para llegar a lo más alto en el mundo de los negocios.

Sin embargo, en aquel momento se encontraba agitada. Siguió mirando uno de los dibujos, en concreto. Mostraba la imagen de una mujer con un vestido de manga larga con la falda vaporosa. Parecía de otro mundo, de otro tiempo. La mujer estaba sentada en una silla de hierro junto a una chimenea, y había un hombre inclinado ante ella, acariciándole la piel con los dedos mientras le colocaba un medallón alrededor del cuello. Era un dibujo fantástico. Llamativo. Una obra de arte plasmaba en raras ocasiones todo lo que se quería decir con tanta precisión, sobre todo en el mundo de los negocios.

Había que elogiar al artista. Su obra transmitía todo lo que tenía que transmitir: lo intemporal de una buena joya, el romanticismo de un regalo semejante, la clase, el refinamiento.,. y aún más. Era maravilloso. Lo que ella podría hacer, con tan sólo aquel dibujo...

Pero demonios, aun así era irritante.

Alguien llamó a la puerta.

—Estoy ocupada —dijo.

De todos modos, la puerta se abrió, y entró Theo. Era un hombre de estatura imponente. Apenas había cumplido los treinta años, pero ya tenía bastantes canas en el pelo negro, que le conferían un aire de autoridad y sabiduría. Él sabía cómo usar su presencia física, pero a Eileen no la intimidaba. Volvió la cabeza para mirarlo, con irritación.

—Theo, te he dicho que...

—Sí, ya veo que estás muy ocupada.

— ¿Qué quieres?

—Es estupendo, ¿no te parece? Quiero usarlo para más cosas que para el catálogo. Quiero descartar algunos de los anuncios que ya tenemos para Navidad y usar esto.

Ella frunció el ceño.

—Theo, ¡es demasiado tarde para cambiar los anuncios de Navidad! Las revistas ya se están imprimiendo.

—Estaba pensando en la prensa. Y quizá también en una campaña de televisión, después de Navidad.

— ¿Televisión? ¡ Son dibujos!

Theo se quedó silencioso durante un momento, con los brazos cruzados, mirándola fijamente.

— Los dos sabemos que la realidad no es sólo un dibujo. No. No lo era. Era Jillian. Un parecido perfecto. La mujer era alta, esbelta, elegante. Tenía el pelo largo, rubio rojizo. Sus ojos eran tan verdes como una esmeralda. Era Jillian.

Y la habían dibujado con amor. O al menos, con encaprichamiento.

—¿Eileen? —dijo Theo.

Ella dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—Jillian es diseñadora de joyas. Sí, es muy guapa, Theo, realmente bella, pero no es actriz.

— Puede hacerlo.

— Brad Casey, el artista, debe de estar muy enamorado de ella. Además, quién sabe si ella querría hacerlo.

—Brad Casey vio algo y lo utilizó en sus dibujos. Y en cuanto a lo de que Jillian quiera hacerlo... ¿Nuestra Jillian? Ella es Llewellyn Enterprises. Vive para la empresa.

—Ten cuidado. A Jillian le sienta mal que digas eso — le advirtió Eileen.

El arqueó una ceja.

—Mmm. Sólo soy un primo segundo muy trabajador. Tú eres una descendiente directa del gran jefe, como nuestra Jillian.

—Bueno —dijo ella—, pero al abuelo eso no le importa demasiado. Nadie puede comparársele a Jillian, pero sin embargo, tú estás aquí, en lo más alto, ¿no, Theo?

—Eileen, parece que vamos a tener que traerte al despacho un juguete para gatos, para que lo arañes y te relajes.

—¿Te importaría dejarlo ya, Theo? Yo no he sido la que ha empezado todo esto. Mira...

—Eileen, sabes que tengo razón. Sabes que es una idea brillante. Pura casualidad, y sí, es

posible que ese pobre diablo de Casey esté enamorado de Jillian. Pero es perfecto.

Alguien llamó a la puerta con energía y entró Griff con una bandeja de plata. Llevaba té y galletas de Halloween. Dejó la bandeja sobre el escritorio de Eileen y miró los dibujos.

— ¡Vaya, vaya! Nuestra chica de oro es toda una belleza, ¿verdad? Quiero decir, la de carne y hueso. No me extraña que al gran jefe se le caiga la baba con ella.

— Griff, algunos queremos marcharnos de aquí hoy —le dijo Eileen, mientras rodeaba su escritorio pará sentarse.

—Los anuncios de televisión quedarán perfectos —le dijo Griff a Theo—. Os he oído a través de la puerta —añadió, para responder a la mirada de confusión de Theo.

—Gracias —dijo Theo—. ¿Qué son esas galletas?

—El jefe nos las ha mandado a todos. Yo se las quité galantemente de las manos a una de las secretarias, que estaba a punto de oír cómo aireabais los asuntos familiares.

—No estábamos haciendo nada semejante — dijo Eileen, impaciente.

—¿Crees que Jillian querrá hacerlo? —le preguntó Theo a Griff.

— Podemos convencerla.

— Quiero adelantar esto antes de que Marston se involucre más.

—Quieres que Jillian nos tome cariño antes de que Marston le ponga las manos encima, ¿eh? — bromeó Griff.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó Theo.

—Es un hombre muy brillante, ¿no? Y el jefe lo ha puesto por delante de todos nosotros.

Theo se dio la vuelta para mirar los dibujos de nuevo.

—No seas ridículo. Yo le sugerí que contratara a Marston. Fuimos juntos a la universidad.

—Será como el Gran Hermano. Siempre vigilando el reino —dijo Griff.

—Esto es una empresa, no un reino —dijo Theo. Pero Eileen estaba mirando a Griff, pensativamente.

—Douglas Llewellyn sólo piensa en la familia. Y Marston no es de la familia, en realidad. No sin... —dijo, y se interrumpió.

—Jillian —añadió Griff—. Ah, pero entonces...

—¿Qué? —preguntó Eileen.

—Estás tú, por supuesto. Otra descendiente directa. Podrías interponerte en el camino de Jillian y mantenerlo vigilado.

—Griff, dices tonterías. Yo llevo comprometida...

—Ah, sí. Gary Brennan y tú lleváis comprometidos... ¿cuánto, cinco años? No vas a darle

a ese pobre hombre la fecha de la boda en la vida. Es posible que quisiera que te llamaras señora Brennan. Horror — dijo Griff, con un estremecimiento—. ¿Serías capaz de renunciar al nombre de la familia, Eileen? ¿Por amor?

—Muchas ejecutivas conservan su apellido, Griff —dijo Eileen con frialdad—. Yo adoro a Gary. Sencillamente, no hemos tenido tiempo para planear la boda.

—No habéis tenido tiempo en cinco años. Imagínate —comentó Griff, con una solemnidad burlona.

—Ya te he dicho que lo adoro —respondió Eileen.

—Estoy seguro de que es cierto. Pero lo arrojarías a los tiburones en dos segundos si representara algún peligro para tu posición en Llewellyn Enterprises —bromeó Griff.

—No hay ninguna amenaza para mí. Y trabajo de verdad — le cortó Eileen, con los ojos entrecerrados.

—Touch —le dijo Griff.

Theo suspiró de impaciencia.

— Espero que no nos esté oyendo nadie. Parecemos una panda de niños caprichosos pegándonos, cuando lo que deberíamos estar haciendo es dirigir una gran empresa. Todos trabajamos aquí, y todos trabajamos mucho —dijo, y miró a su hermano—. Bueno, la mayoría trabajamos mucho. Pero pensar que hay una razón oculta para traer a Marston a la empresa es...

—¿Es qué? —preguntó Griff.

—Es de enfermos. Y el viejo goza de una perfecta salud.

— Theo —replicó Griff—. Tu falta de curiosidad es tremendamente aburrida. ¿No te parece que todo esto es un poco extraño? Me refiero a que, desde que terminamos de estudiar, todos nos hemos estado repartiendo el trabajo ejecutivo aquí.

— ¿Tú tienes deberes ejecutivos, Griff? — intervino Eileen.

—No eres nada agradable —le respondió él.

—Soy agradable. Soy agradable, pero soy eficiente. Cuando la gente es artística, no tiene que ser tan eficiente.

—¿Artística? —le preguntó Theo con suavidad—. ¿Como nuestra prima Jillian?

—Theo, yo quiero mucho a Jillian. Tenemos lazos fuertes. Exactamente igual que vosotros dos tenéis un lazo fraternal.

—Todos somos Llewellyn —dijo Theo, rotundamente.

—Y tú eres la más agradable del mundo —le dijo Griff a Eileen, sonriendo.

—Un día, Dios en persona va a bajar y te va a abofetear esa cara de tonto —le respondió Eileen.

—¿No acabo de decir que es agradable? —le preguntó Griff a Theo.

—Griff, algunos tenemos que trabajar.

—Lo sé. Y eso es lo que me asusta. Que es posible que otros tengamos que comenzar a trabajar ahora que han traído a Marston. El jefe ha estado observando el dolor de Jillian todo este tiempo. Enviudó hace un año—dijo Griff, mirando a los otros dos—. Casi un año. El tiempo tradicional de luto va a terminar.

—Lo único que ocurre es que el viejo se ha dado cuenta de que aquí hay mucho más trabajo del que nosotros podemos asimilar, y ha traído a un experto hombre de negocios que, casualmente, es amigo mío desde la universidad. Eso es todo. Y yo tengo cosas que hacer —dijo Theo—. Eileen, ésa es la imagen que quiero. Cuando tenga la reunión con nuestros clientes principales, les haré saber que una Llewellyn será quien luzca las joyas en nuestra próxima campaña de publicidad. Encárgate tú de ponerla en marcha. Averigua cuánto tiempo de emisión podemos conseguir en las cadenas de televisión. Usa el hombre de la familia cuando estés intentando lanzar los anuncios en la radio y la televisión. Puede ser un poco burdo intentar sacar provecho de nuestras buenas obras, pero Dios sabe que le donamos mucho dinero a las obras benéficas en Navidad.

—Nos gusta que nos desgraven de los impuestos antes de Año Nuevo —murmuró Griff.

—Si no hacemos una fortuna, no podremos donar una buena cantidad —le respondió Theo con aspereza—. Poneos a trabajar en ello, los dos. Y con aquello, salió de la oficina de Eileen. Griff la sonrió.

—Poneos a trabajar en ello, ¿eh?

—Sal de aquí, Griff.

Griff se marchó y Eileen se sentó, tamborileando con las uñas en la mesa. ¿Cómo se atrevían a acusarla de celosa? Ella quería mucho a Jillian. Era lo más parecido a una hermana que tenía. Hizo un gesto de burla e imitó el tono de Theo.

—Poneos a trabajar en ello. Yo no soy tu sirvienta, Theo.

Se quedó silenciosa durante un minuto, y después dijo suavemente:

—Oh, está bien, me pondré a trabajar.

Jillian pasó rápidamente, sonriendo, por delante de la secretaria de Daniel, y llamó a la puerta de su despacho.

—¿Sí? —respondió él con aspereza.

— Soy Jillian.

—Entra de una vez.

Ella se quedó helada durante un momento, inquieta por su tono de voz. Después apretó los dientes, entró y cerró la puerta tras ella. Él estaba en su escritorio, escribiendo, y no alzó la mirada. Jillian se quedó frente a él, sintiéndose como si fuera una colegiala.

Después se sintió enfadada e impaciente.

—Daniel, has dicho que querías verme.

El la miró, por fin, mientras tapaba el bolígrafo.

— Sí, hace un buen rato —respondió.

Como sus hermanos, Daniel era un hombre atractivo. Le gustaba vestir bien. Tenía los ojos marrones, tan oscuros que casi parecían negros. Su mirada siempre era impenetrable. Muchas veces, cuando Jillian era pequeña, Daniel había sido su protector. Tenía diez años más que ella, y a menudo la había llevado al colegio y de vuelta a casa. En aquellos días, era como un enorme lobo que se interponía entre cualquier peligro y ella. Jillian lo quería mucho. Era su primo favorito.

Pero aquello había sido hacía mucho tiempo. En los últimos años, a medida que su abuelo había ido delegando más y más poder, las cosas habían cambiado.

Daniel había tenido las riendas de la empresa durante mucho tiempo. Parecía que el hecho de que ella fuera descendiente directa había erigido barreras entre Daniel y ella, aunque en realidad, él no tenía la misma reserva hacia Eileen. Quizá sólo fuera cosa de Jillian. Y quizá ella hubiera estado tan absorta en los detalles de su trabajo, y en la muerte de su marido, que había construido sus propias barreras entre ellos. -Lo siento —le dijo simplemente—. De verdad — Creía que querías salir de aquí hoy. —Y quiero. Pero le di a Connie el día libre y... —se interrumpió al ver que él fruncía el ceño—. Daniel, ella jamás falta a trabajar. Tenía que terminar muchas cosas para sus hijas. —Y las dos vais a salir juntas esta tarde. No estoy muy seguro de que sea una buena cosa que tu mejor amiga sea tu ayudante personal —le dijo él. — Daniel, nosotras no nos quedamos atrás en el trabajo. Lo sabes. Joe trabaja para ti, y él es un gran empleado. — Siéntate — atajó él, señalándole una de las butacas que había frente a su escritorio.

Ella suspiró y se sentó. El oyó el suspiro y la miró duramente.

— Daniel, nadie invierte más tiempo que yo en esta empresa.

—Oh, estoy de acuerdo —murmuró él—. Es como si estuvieras casada con ella.

Hubo una nota de amargura en su tono de voz. Pensaría Daniel que ella estaba intentando hacerse indispensable?

—Daniel...

—No importa —dijo él. Después le tendió una copia del dibujo de la cruz que ella había diseñado—. ¿Qué es esto?

Ella tomó aire.

—Una cruz.

— Sí. Se suponía que tenía que ser un diseño contemporáneo, Jillian. Un guiño hacia el futuro.

—Sí. Lo sé.

—¿Y?

—No sé qué me ocurrió. Pero...

—Es un buen diseño. Muy bonito. Pero no contemporáneo.

El tenía razón.

Todos habían estado en la reunión, y había sido el mismo Douglas Llewellyn el que había insistido en la necesidad de volver la mirada hacia el nuevo milenio.

Jillian casi nunca fallaba, pero en aquella ocasión sí había fallado.

—Bueno, podemos usar ésta para la línea general, y volveré a empezar de nuevo con el diseño especial de Navidad.

—No.

—¿No?

—No tenemos tiempo, y esto... no es lo que habíamos planeado, pero podemos ir en otra dirección. Ya sabes. Algo como... «mientras entramos en la primera década del nuevo milenio, le damos la bienvenida y adoramos la belleza de nuestro pasado». No estoy seguro, pero algo así. No he hablado todavía con el jefe, pero estoy seguro de que le parecerá bien — dijo, y se quedó callado durante unos segundos—. Sobre todo, ya que eres tú la que ha diseñado la cruz.

— Daniel...

— Sólo quería decirte que íbamos a usar el diseño —dijo él, interrumpiéndola—. Estoy seguro de que tú ya sabías que no se ajustaba a la idea original.

—Por supuesto. Daniel...

En aquel momento, la secretaria llamó a la puerta y asomó la cabeza. Era una mujer joven y muy capaz, pero a Jillian, Gracie Janner siempre le había parecido como un ciervo paralizado por los faros de un todo terreno. Tenía el pelo rubio y rizado y unos enormes ojos marrones. Jillian era tan agradable como podía con ella, pero siempre tenía la sensación de que la mujer estaba nerviosa. Preocupada.

—Té con galletas, señor Llewellyn —dijo Gracie —. Jillian, creo que le han enviado otra bandeja a su despacho, pero si quiere puedo bajar a buscarla... Oh, Dios mío, la he llamado Jillian. Debería haberla llamado señorita Llewellyn. ¿O todavía usa Anderson, su apellido de casada? Oh, lo siento muchísimo.

—Jillian está bien, Gracie. Ya te he dicho que mi nombre de pila es suficiente.

—¿Té con galletas? —preguntó Daniel, asombrado.

—Es de las alturas —dijo Grade, intentando bromear. Era igual de delgada que un fideo, y parecía que siempre estaba con los nervios a flor de piel. Las bromas no eran su fuerte. Quizá fuera perfecta para Daniel. Parecía que él tampoco se acordaba ya de cómo se

bromeaba.

—Te lo agradezco, Gracie, pero ya hemos terminado aquí. Iba a irme a mi despacho —dijo Jillian—. Feliz Halloween para los dos —murmuró mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta.

—Eh... feliz Halloween —dijo Daniel. Y después, para su sorpresa, la llamó de nuevo. Ella se detuvo en la puerta, y él le habló con la voz ligeramente ronca—. Sal y pásatelo muy bien. Y Connie y tú, dejad algo de ropa de Navidad para el resto de la humanidad, ¿eh?

— De acuerdo — le prometió, agradablemente. Sin embargo, se sentía tensa.

Sentía mucho que algo se hubiera interpuesto entre ellos con tanta fuerza, pero por el momento, no podía hacer nada para solucionarlo. Él se había despedido.

Ella volvió rápidamente a su despacho.

La bandeja de té y galletas estaba en su escritorio, pero no le prestó demasiada atención. Estaba absorta en su diseño de la cruz de Navidad de aquel año.

¿Qué era lo que le había ocurrido?

El diseño era muy bonito. Intrincado y delicado al tiempo. Una de las mejores cosas que había hecho. Pero, ¿contemporáneo? No, en absoluto. Era celta.

— ¿Estaré robando sin querer? — se preguntó en voz alta—. ¿Habré tomado esta cruz, sin darme cuenta, de alguna tumba de Irlanda o de alguna fotografía?

En aquel momento oyó el tintineo de una campanilla. Jeeves, el gato negro del callejón que había conseguido abrirse camino como mascota de la empresa, saltó de repente a su escritorio. Distraídamente, ella le acarició el lomo.

— ¿Soy una tramposa, Jeeves? No puede ser –murmuró, sacudiendo la cabeza, y arrojó el diseño en el primer cajón de su escritorio.

Después volvió a acariciar al gato y le puso leche de la bandeja del té en uno de los platillos.

— Bébetela, gatito.

El gato obedeció sin necesidad de más invitación. Jillian lo acarició por última vez, tomando nota de dejar la puerta de su despacho abierta.

La caja de arena de Jeeves estaba en la oficina de Griff, junto con el agua y la comida del animal. Había sido idea de su primo quedarse con el gato. Había estudios que demostraban que las mascotas eran beneficiosas para la gente, que hacían descender la presión sanguínea y que tenían un efecto calmante. Eileen había añadido que a mucha gente el pelo de los gatos les producía alergia, también.

Sin embargo, el gato se había quedado, y por suerte, nadie en la oficina había estornudado.

—Toda tuya, Jeeves —le dijo alegremente.

Se marchaba. Miró el reloj una vez más. ¿Taxi o metro? Había quedado con Connie en quince minutos, así que, si iba a pie a buen paso, llegaría puntual.

—Buenas noches, Jeeves —le dijo al gato. Tomó el abrigo y el bolso y salió del despacho. El gato, ajeno a las idas y venidas de los mortales, ni siquiera se dio cuenta y se bebió la leche ávidamente.

De repente, el animal se puso muy rígido y después tuvo una convulsión.

Se cayó sobre la bandeja del té.

El cuerpo se retorció una vez. Dos. Y después se quedó inmóvil. Completamente inmóvil.

Capítulo 2

—Parecía que no iba a conseguir salir de la oficina hoy — le dijo Jillian a Connie cuando se reunieron en el bar de la Quinta Avenida en el que habían quedado.

Tenía mucha prisa por marcharse, y en realidad, había llegado la primera a la cafetería. Y en aquel momento, ante un buen café con leche, estaba comenzando a relajarse.

—No deberías haberme dado el día libre —le dijo

Connie con cierta tristeza, removiendo su capuchino.

Jillian miró a su amiga. Connie Adair Murphy era delgada, tenía el pelo negro y los ojos azules. Su rostro era redondo y agradable, y se le formaban hoyuelo en las mejillas cuando sonreía. Sin embargo, pese a su apariencia delgada y alegre, podía llegar a ser una central eléctrica.

— Siempre te tomas libre el día de Halloween. Y no creo que nadie pudiera haber ayudado. Ha sido, simplemente, uno de esos días familiares —dijo, mirando al techo con resignación. Después, sonrió.

— Hoy estaban peleones, ¿eh?

—De mal humor, diría yo.

—Por la cruz?

—Sólo Daniel.

—¿Y qué ha dicho tu abuelo?

—No ha venido hoy. A él también le gusta tomarse el día de Halloween libre.

—¿Y vas a empezar otra vez? Sería una lástima. Es un diseño magnifico.

—No, Daniel dice que seguiremos con él. Simplemente, lo enfocaremos de otra manera —respondió Jillian. Después, miró la hora—. Dios mío, se está haciendo muy tarde.

—No, sólo son las tres y media.

—Anochece muy temprano.

— No importa — le aseguró Connie, alegremente—. Les he dicho a las niñas que llegaríamos, a las cinco y media, o a las seis. Tenemos un poco de tiempo. No tardaremos en llegar a casa en metro. Apartaremos a codazos a todo aquel que se interponga en nuestro camino. Lo conseguiremos.

—Si nos damos prisa.

—Bueno, démonos prisa.

— Vamos.

Y lo consiguieron. Después de encontrar unos estupendos vestidos de alta costura a precio de ganga para las navidades y para las fiestas de celebración del quincuagésimo aniversario de Llewellyn

Enterprises, que se celebrarían pronto, entraron en una tienda de disfraces que tenía los trajes a mitad de precio.

—Vaya! ¡Mira esto! —dijo Connie.

Sacó un vestido de uno de los percheros y se lo enseñó a Jillian. Era un disfraz de bruja, de seda y terciopelo, adornado con lentejuelas. Era de cuello alto y de manga larga, y tenía un cuerpo muy sugerente. Era ajustado hasta la cintura, y desde allí caía la falda.

—Es precioso —dijo Connie.

—Cómpratelo. Está a mitad de precio —le sugirió Jillian.

Connie sacudió la cabeza con tristeza.

—Es demasiado largo y demasiado ajustado para mí. Pero... — se quedó callada mirando a Jillian—. Es para ti.

—¿Para mí? Yo no me voy a disfrazar. Y no tenemos tiempo. Tenemos que sacar a las niñas. De hecho, tenemos que sacarlas a la calle ahora mismo.

— Sí, y yo voy a buscar un disfraz. He decidido que voy a ser una de esas madres divertidas que van disfrazadas, como los niños. Oh, mira eso...

Jillian miró hacia donde señalaba Connie y vio una enorme cabeza de caballo.

—¿Ese? Oh, no, Connie, aunque decidiera ir contigo, no voy a ser la parte trasera de un caballo para que tú puedas ser una madre divertida.

Connie se rió.

—No, el caballo no. Yo voy a ser la princesa y tú serás la bruja. La espléndida bruja. Y cuando terminemos la recolecta de dulces con las niñas, iremos a reunirnos con Joe a Hennessey's —dijo. Entonces puso una cara suplicante y se encogió de hombros—. Vamos, será muy divertido. Ya conoces a Joe. Les hará fotos a los niñas, les dirá que son adorables y después me dejará para que yo vaya a recoger los dulces con ellas. El se irá a la fiesta de Halloween del bar, y siempre me dice que le pida a mi madre que se quede con las niñas y vaya con él. Lo haremos. Nos disfrazaremos e iremos juntas.

—¿A un bar irlandés por Halloween? —le preguntó Jillian, con escepticismo.

— ¿Y por qué no? Seguramente, estará lleno de duendecillos, de brujas irlandesas y de hadas —dijo Connie, mientras miraba a Jillian con esperanza—. Supongo que también habrá algún lobo malo. Y en realidad, a ti no te vendría mal algún lobo que otro en tu vida.

— Mi vida va perfectamente.

—No puedes seguir llorando a Milo para siempre —le dijo Connie suavemente.

Jillian sintió una punzada de dolor y de pérdida. La gente aún mencionaba a Milo con toda la delicadeza posible. Sin embargo, parecía que aquel día era todo lo que tenía en la cabeza, y se recordó de nuevo que se había casado con Milo Anderson sabiendo lo que hacía. Sabía que tenía cáncer. El había intentado convencerla de que no se casara con él, argumentando que no o quería, sino que le tenía lástima. Sin embargo, ella había insistido, porque él estaba equivocado. Lo quería mucho.

Había sido su mejor amigo, incluso más que Connie. Quizá ella no hubiera estado enamorada a la manera de las películas de amor, pero no estaba muy segura de querer estar enamorada de aquel modo. Amar a Milo ya le había hecho suficiente daño. Nada, ni siquiera nada que se pudiera comprar con todo el dinero de los Llewellyn, había sido capaz de detener el desarrollo de la enfermedad. Milo había muerto apenas un año después de la boda. Ya había pasado casi otro año. Ningún miembro de su familia le había dicho que se resignara, porque ella ya sabía lo que iba a ocurrir. Y Jillian se lo agradecía a todos.

—No voy a llorar a Milo para siempre. Estoy muy contenta por el tiempo que pasamos juntos, contenta por lo que él hizo por mi vida y yo por la suya. Pero todavía no hace ni siquiera un año que murió. No salgo mucho porque estoy ocupada. Yo...

— Tú necesitas una vida. Y da la casualidad de que yo sé que has rechazado una reunión para conocer a Robert Marston esta noche, cuando tu abuelo te la sugirió.

–¿Y cómo lo sabes? Fue una sugerencia muy a la ligera...

— ¡Pobre inocente! Todo el mundo habla de ello en la empresa. Ya sabes cómo nos gusta hablar de los jefes.

—Yo no soy la jefa.

—Tu abuelo quiere que lo seas.

—No es cierto. No quiere soltar las riendas mientras viva, y yo no creo que deba hacerlo.

— Pero sabe que no va a vivir para siempre.

— Sería una operación muy complicada. Yo soy diseñadora, no una mujer de negocios. No quiero todos los dolores de cabeza que mi abuelo ha padecido y padece.

—Pues algunos de tus primos estarían muy contentos de tener las riendas.

— Seguramente.

—Y todos detestan el hecho de que Douglas haya contratado a Robert Marston. Lo odian.

—No lo odian. Es un hombre inteligente, un gran negociante, y será estupendo para la empresa.

—Me apuesto algo a que piensan que tu abuelo ha contratado a Marston para que se case contigo y así crear una nueva dinastía.

— ¡ Connie! ¡ Qué tontería! Estamos en el siglo veintiuno. Eso es arcaico.

—Arcaico, ya. Pues a mí me parece la realidad. Y creo que unos cuantos Llewellyn se van a molestar de lo lindo.

—Connie, yo no me voy a casar con Robert Marston. No estoy saliendo con él. No he comido con él. Ni siquiera he estado lo suficientemente cerca de él como para verle bien la cara.

—Todavía no has tenido tiempo.

—Connie, vamos. Nosotros no somos una dinastía. Sabes perfectamente que yo no me casaría con nadie por negocios. No puedo creer que alguien piense algo semejante.

—Jillian, sé objetiva. De repente, cuando estás... cuando estás empezando a sobreponerte del hecho de que Milo se haya ido, tu abuelo trae a un hombre de negocios guapo, poderoso y soltero a la empresa.

—La empresa es cada vez más grande.

—Marston no trabaja bajo el mando de Daniel, ¿verdad?

— No.

—Lo sabía!

—Connie, yo no tengo una posición de poder. Lo sabes. Así que una alianza conmigo no lo llevaría a ninguna parte.

—Tú tienes tu voto. Y la mayoría de la gente te ve como la heredera natural de la empresa.

—Eileen también es nieta de mi abuelo.

— Sí, pero tú eres la preferida de Douglas.

—No es cierto. Lo parece porque yo me quedé huérfana de pequeña y él me ha criado. Pero yo no quiero dirigir la compañía. ¿Por qué iba a querer? Es muy grande, y yo soy muy feliz por poder compartir el legado con la familia. Por favor, ¿vamos a comprar disfraces o no?

Connie suspiró.

—Me muero de ganas de disfrazarme. Pero sólo si tú te disfrazas también. ¿Te vas a comprar ese traje? Te quedaría maravillosamente.

—Yo... sí. Supongo.

—Nos lo pasaremos muy bien, te lo prometo. Llamaré a mi madre para pedirle que se quede con las niñas e iremos al bar con Joe. No me mires así. Te prometo que no volveré a hablar de la empresa. Nos divertiremos mucho, de veras. Y se divirtieron. Se disfrazaron en casa de Connie, en Chelsea, y después se fueron con las niñas a una excursión por las casas del barrio, que había organizado la parroquia, para recoger dulces. Cuando terminó el recorrido, volvieron a casa, donde las niñas, cargadas de caramelos, le contaron a su abuela todo lo que había ocurrido.

Kelly Adair, la madre de Connie, emitió exclamaciones de admiración ante los disfraces de las dos mujeres y las ayudó a maquillarse con purpurina. Jillian tuvo que admitir que se lo estaba pasando de maravilla. Trabajaba constantemente en la oficina y asistía a todo tipo de eventos benéficos, así que no tenía demasiado tiempo para jugar de aquella manera, ni para salir, ni para pasar un rato con sus amigos en un bar.

Connie afirmaba que era la mujer de veintiséis años más vieja que conocía, y le tomaba el pelo diciéndole que tenía que irse de juerga unas cuantas veces antes de retirarse a un asilo a ver reposiciones de series antiguas y a esperar a que los niños fueran a su puerta a cantarle villancicos en Navidad. Pero Jillian sabía instintivamente que ella era una Llewellyn y que tenía una responsabilidad que cumplir, como toda su familia. Una vez, su abuelo había tenido el sueño de que el padre de Jillian ocupara la Casa Blanca. Su padre había llegado a ser uno de los senadores más apreciados por la opinión pública, pero de repente, había caído muerto, fulminado. Un aneurisma se lo había llevado a la edad de cuarenta y un años. Entonces había sido cuando Jillian había aprendido a querer de verdad a su abuelo: lo había visto tragarse su propia pena y su angustia para consolarla a ella.

Ella sabía que había nacido entre algodones, pero no estaba de acuerdo con el hecho de que la gente le dijera continuamente que tenía muchísima suerte. La suerte no era el dinero. Ella habría dado hasta el último centavo de la familia con tal de recuperar a su padre. Ya había tenido suficiente con perder a su madre y a su hermano pequeño, que habían muerto durante el parto.

Jillian se había criado en un enorme y frío piso y en una enorme y fría mansión, pero no la había criado un hombre frío. Adoraba a Douglas Alexander Llewellyn. A la edad de ochenta y cinco años, seguía siendo el mismo dirigente con mano de hierro que había sido siempre. Pero no había sido porque le tuviera miedo por lo que Jillian había sido tan buena estudiante, tan trabajadora y responsable en todas las ocasiones. Ella lo quería, y quería agradarlo. Y aunque odiaba la política, ponía su granito de arena para cambiar el mundo. Douglas le había enseñado a ser generosa.

—Jillian —le dijo Kelly, con los ojos brillantes de admiración—. Nunca te había visto más guapa, ni siquiera con uno de esos maravillosos vestidos que tienes.

—Es una vampiresa —dijo Connie, riéndose—. ¿Estamos bien, mamá? Quiero decir, ¿qué pasa conmigo? Tu hija, ¿recuerdas?

Kelly se rió también.

—Tu marido te adora, y estás despampanante. Las dos lo estáis. De hecho, no sé si dejaros ir a ese bar irlandés.

—No te preocupes, mamá, Joe estará allí.

—Bueno. Entonces, marchaos.

Les dieron a las niñas, Tricia y Liza, un beso de buenas noches. Las pequeñas, de cuatro y cinco años, admiraron entusiasmadas el traje de Jillian, y mientras ella las besaba y las

abrazaba, percibió el olor limpio que desprendían, a jabón de bebé y a talco. Eran una parte maravillosa de la vida, y algún día, ella también quería tener algo tan maravilloso como lo que tenía Connie: un piso acogedor y gente a su alrededor que la quisiera de verdad. Una familia. Era cierto que ella ya tenía una familia, pero no era lo mismo que tener un marido que había elegido quererla e hijos nacidos de aquel amor.

—Nos vamos —dijo Connie, mientras le daba un beso a su madre en la mejilla.

— Portaos bien — les dijo Kelly.

—¿Que nos portemos bien? Por Dios, mamá. Quiero que esta bruja se vuelva loca, que se divierta. Te vas a dejar llevar un poco, ¿verdad? —le preguntó a Jillian, volviéndose hacia ella.

— ¡Pues claro! —respondió Jillian.

— Beberás cerveza como un irlandés y maldecirás como un irlandés, y yo cuidaré de ti.

— De acuerdo.

—Muy bien. Nos vamos, mamá.

—Brindad por mí.

— Lo haremos — prometió Jillian.

Tomaron un taxi, y en unos minutos llegaron a Hennessey's, que estaba en el Village. Aunque el bar estaba abarrotado, el ambiente era muy agradable. Había una banda irlandesa tocando música folk y rock, y aunque era evidente que la clientela había bebido, no había borrachos molestos pululando por allí. La mayoría de la gente estaba disfrazada, desde un grupo que se había vestido con los diferentes colores de los M&M hasta un musculoso gurú que llevaba la falda, la camisa y el sombrero de frutas de Carmen Miranda, y que saludó a Connie en cuanto la vio. Connie se lo presentó a Jillian, sin decir que se apellidaba Llewellyn. Era el sargento Tip Guyer, de la policía de Nueva York. Enseguida, Tip les invitó a un par de cervezas. Mientras iba por ellas a la barra, Jillian vio a una vidente al otro lado del bar, barajando sus cartas de tarot.

—Eh, mira, una adivina.

—¿Una adivina? ¡Qué divertido! —dijo Connie.

—Es estupenda —dijo Tip, que se había acercado con las jarras de cerveza—. Es muy interesante. Hace que extiendas las cartas sobre la mesa y después te dice lo que significan y cómo puede afectarte tu futuro. Yo tengo una confrontación en el mío.

—Qué raro para un policía —bromeó Jillian.

El se encogió de hombros.

—No soy creyente, como muchos otros. Pero de todas formas, ella es estupenda. No es una tramposa. Quizá sea psicóloga de día y esté desesperada por conocer a gente más interesante de noche. Me dijo que vigilara mi carácter. ¿Qué te parece?

—Pues... que tiene algo de razón —respondió

Connie, pensativamente.

Mientras Connie y Tip comenzaban a charlar sobre las cosas que él veía todos los días por las calles de Nueva York, Jillian tenía una sensación extrañísima. Era como si lo conociera. Pues claro que lo conocía: Connie acababa de presentárselo. Pero era como si lo hubiera conocido antes, hacía mucho tiempo. ¿Sería cierto que uno reconocía en la vida a la gente con la que podía congeniar, de la que podía llegar a ser muy amigo si se daba la oportunidad?

De repente, Jillian se dio cuenta de que la conversación se había interrumpido y de que él la estaba mirando fijamente, como si no pudiera apartar los ojos de ella.

—Estás muy solemne. Alégrate, es Halloween. Hay fantasmas y almas errantes por todas partes... bueno, quizá eso no sea para alegrarte. Piensa en las navidades. Santa Claus. Jo, jo, jo. Abetos, regalos, villancicos...

—Atascos, gente que se empuja sin piedad para hacer la mejor compra, lucecitas de Navidad con los cables en mal estado que acaban electrocutando a familias enteras...

Todos se dieron la vuelta. El marido de Connie, Joe, acababa de unirse a ellos. A pesar de lo que estaba diciendo, hablaba alegremente.

—Volvamos a la Navidad —dijo Connie con seriedad—. Abetos, regalos, las niñas riéndose.., y los milagros.

—No creerás en los milagros, ¿no? —le preguntó Tip.

—¿Y por qué no? —replicó Connie—. Hay muchas cosas extrañas en este mundo.

—Y en el otro, también —intervino Joe, con una sinceridad que hizo que su mujer lo mirara fijamente.

—¿Qué es eso? No estamos aquí para hablar de la vida en el más allá —protestó—. Estamos de fiesta. Piensa sólo en cosas buenas. —Está bien —dijo Joe—. Sólo en cosas buenas. Pero vamos a explorar un poco el mundo de lo esotérico. Sin decirle nada a la adivina, yo iré con Jillian y tú, Connie, ve con Tip. Vamos a poner a prueba sus poderes.

—Ella no ha dicho que tenga poderes —le recordó Tip.

—Tip, ¿te había dicho alguna vez lo guapo que estás con esa camisa?

—Ay, cariño, vas a conseguir que me ruborice. Pero vamos, vamos a poner a prueba a la adivina. Ya verás.

Los cuatro se pusieron a la cola de la mesa de la vidente. Era una mujer muy guapa. Tenía la piel dorada y unos ojos de color avellana que le brillaban a la luz de las velas. Iba vestida de gitana, con una falda de muchos colores y un pañuelo atado a la cabeza. Era, según la placa que tenía en la mesa, madame Zena.

Cuando por fin les llegó el turno, Tip se adelantó con Connie. Madame Zena la observó

brevemente, con atención, y acto seguido miró a loe.

—Venga a sentarse con su esposa —le dijo.

—Se lo has dicho —le susurró Joe a Tip, con los ojos entrecerrados.

—No se lo he dicho —respondió Tip.

Madame Zena se fijó en Jillian, y entonces parpadeó, como si algo la hubiera inquietado.

—¿Y bien? —dijo Joe.

—Hay que barajar las cartas —le pidió Madame Zena—. Deje que su mujer lo haga primero. Ponga tres cartas sobre la mesa. Revelan el pasado, el presente y el futuro. Hay un significado para todas las cartas, y también un significado opuesto.

Connie puso tres cartas sobre la mesa, y madame Zena las estudió. Después observó a Connie. — Templanza. Es usted una buena persona. Hace que aquellos que la rodean se sientan felices, y ha elegido sabiamente a sus amigos.

—Ésa soy yo —dijo Connie, feliz.

Joe arqueó las cejas y miró hacia arriba.

— ¡Joe!

Él le tomó la mano y se la besó.

— Eres la mejor persona del mundo.

Madame Zena miró las cartas, y después se quedó mirando a Jillian de nuevo.

—¿Madame Zena? —le dijo Joe, dando unos suaves golpecitos en la mesa.

Madame Zena señaló la segunda carta.

—El nueve de espadas. Hay algo discordante en su vida.

— ¡No lo hay! —protestó Connie.

— Quizá esté en el futuro — sugirió Joe, con seriedad.

Madame Zena sacudió la cabeza.

—El futuro está aquí... El Mundo. Simboliza... la terminación, la recompensa.

—Entonces, ¿todo va bien? —preguntó Connie, esperanzadamente.

Madame Zena la miró.

—Usted debe hacer que todo vaya bien, porque el significado opuesto que hay aquí dice que el éxito ha de ganarse, y que usted puede estar sufriendo una falta de visión. Debe esforzarse por ver, por verlo todo, más allá de la visión física. ¿Entiende?

—Sí —respondió Connie. Sin embargo, su tono de voz decía que no.

Madame Zena no dijo nada más.

—Bueno, ahora yo —intervino Joe.

Madame Zena volvió a mirar a Jillian con expresión de inquietud.

—Baraje las cartas —le pidió.

Él lo hizo, y la vidente puso tres naipes sobre la mesa. Pasado, presente y futuro. La misma alineación que la de Connie.

.—Eh, eso no es posible —protestó Joe.

—Barájelas de nuevo.

Joe obedeció, pero las cartas fueron las mismas. Madame Zena se encogió de hombros.

— Ya sabe lo que significa.

—¿Significa que usted sabe hacer trucos de magia además de leer las cartas? — sugirió Joe.

—No, joven, yo no hago trucos. Es usted un buen hombre y ha hecho buenas elecciones en la vida. Sin embargo, va a pasar una temporada difícil, y sólo con valor y decisión conseguirá superarla y alcanzar el éxito — dijo. Después volvió a mirar a Jillian—. No quiero leer sus cartas.

—¿Qué? —preguntó Jillian, asombrada, y al mismo tiempo, consternada por el escalofrío que sintió.

—Lo siento, pero estoy muy cansada.

—Madame Zena, llevamos mucho tiempo esperando la cola —protestó Tip.

Joe y Connie ya se habían levantado, y Tip hizo que Jillian se adelantara hacia la vidente. Jillian se sentó, y Madame Zena la miró fijamente. Después le tendió las cartas. Jillian notó algo parecido a una descarga eléctrica.

—Todos podemos determinar nuestro propio destino —le dijo Madame Zena—. El alma puede ser muy vieja, y el alma puede aprender. Un alma buena permanece, y algunas veces hay segundas oportunidades, en la vida y en la muerte. La energía no muere, y Dios es grande. Deme las cartas.

En vez de tres cartas, Madame Zena descubrió algunas más, formando una cruz sobre la mesa, ante ella. Después se quedó silenciosa durante un buen rato.

— Ha sufrido una terrible tragedia.

—Por supuesto —dijo Joe—. Su marido murió.

—¿Vio1entamente?

—De cáncer —dijo Connie, suavemente.

Madame Zena sacudió la cabeza.

—No, algo peor, mucho peor. Hubo una falta de fe, una terrible traición... hubo un

incendio.

—No, no hubo ningún incendio —dijo Jillian, muy segura.

—Sí, sí lo hubo —insistió Madame Zena—. Y una traición. Por la noche. Hubo alguien que llegó, y rió, y... traicionó. Y ahí está la luna, elevándose en piscis... usted está en peligro. Tiene enemigos.

—Bueno, es una ejecutiva de éxito, y muy rica. Por supuesto que tendrá enemigos —dijo Joe.

—¿De verdad? —preguntó Tip, mirando a Jillian de arriba abajo—. Magnífico. Y yo que creía que sólo eras una pelirroja muy atractiva.

— Gracias — murmuró Jillian.

—Ahora ya le has dicho a todo el mundo quién es —le dijo Connie a su marido.

—Enemigos —dijo Madame Zena—. Enemigos.

—Yo todavía no sé quién es —le dijo Tip a Joe. Después le lanzó a Jillian una sonrisa encantadora, y ella intentó corresponderle, pero aquella Madame Zena estaba empezando a inquietarla de veras.

— Cuidado...

De repente, la vidente hablaba en voz muy baja, ronca, y a Jillian le dio la sensación de que le estaban pasando unos dedos fríos como el hielo por la nuca y por la espalda.

— Cuidado...

Jillian se inclinó hacia ella.

—¿Cuidado de qué?

—La Navidad.., el tiempo de Navidad...

—Oh, Dios mío, esto está yendo demasiado lejos. ¿Cuidado de qué? ¿De las navidades? ¿De un Santa Claus psicópata? Vamos, Jillian.

— Sigue la advertencia, ten cuidado...

—Jillian, vamos, levántate —le dijo Joe, pero ella no podía moverse.

—Bruja, bruja, bruja.... —dijo Madame Zena. Dios Santo, aquello sonaba tan extraño... y aquella mujer tenía un aspecto tan espeluznante... quizá sólo fuera una actuación de Halloween...

Madame Zena se inclinó hacia atrás y se agarró al borde de la mesa.

—Bruja —murmuró—. Bruja... —repitió, cada vez más alto.

Lo dijo varias veces, con voces diferentes, tan alto que Jillian pensó que iba a superar el volumen de la música de la banda.

— ¡Madame Zena, ya está bien! —protestó débilmente.

—Bruja!

—Es un disfraz, sólo es un disfraz —dijo Jillian.

—Vamos, ya es suficiente —le dijo Joe, y la tomó por el codo para que se pusiera de pie.

—Sí, ya es suficiente —dijo Tip.

—Vamos a tomar un poco el aire —propuso Connie, y todos se dirigieron hacia la salida.

Cuando llegaban, la puerta se abrió y entró un hombre alto y de hombros anchos. No iba disfrazado. Llevaba un abrigo largo de cuero. Jillian apenas se fijó en él al principio, pero después la luz lo iluminó.

Tenía el pelo negro, y los rasgos muy marcados, la mandíbula fuerte, y los ojos enormes y muy oscuros, quizá azul oscuro, pensó Jillian. Era muy guapo, y se movía con seguridad.

Entonces, aquel hombre los miró, y Jillian se dio cuenta de que lo conocía.

—Oh, Dios mío —le susurró Connie—. No lo había reconocido al principio.

Por supuesto que Jillian lo conocía. O casi.

Nunca lo había visto desde tan cerca. Ni lo había visto.., mirarla.

Sintió sus ojos posados en su cuerpo. Y de repente, sintió un dolor que la atravesó. Le golpeó en el pecho como si fuera un rayo. Un dolor tan vibrante que tuvo la sensación de que el fuego bailaba frente a sus ojos.

Se tambaleó, abatida por una repentina agonía.

—¿Jillian?

Oyó el susurro de preocupación de Connie.

Entonces, el dolor se le extendió por todo el cuerpo. ¡Fuego! Era como si se estuviera quemando.

Y entonces, se desmayó.

Capítulo 3

Él estaba inclinado sobre ella, con la cabeza ligeramente vuelta hacia atrás mientras impartía órdenes precisas para que la gente se apartara y dejaran suficiente espacio.

Después, volvió a mirarla.

Tenía los ojos azules. Muy oscuros. Eran casi negros. Y ella ya no sentía dolor. Al menos, no dolor físico.

Sin embargo, estaba en una agonía mental. Humillada.

¿Qué demonios le había ocurrido?

Alguien debía de haber impedido que se cayera al suelo y la había tumbado sobre un sofá que había justo a la entrada del bar. Connie y Joe estaban a su lado. Y su nuevo amigo, Tip, el policía, estaba un poco más allá. Lo oía hablar con alguien más. Pero era Robert Marston el que estaba justo delante de ella, tocándole la frente y la garganta, seguramente para tomarle el pulso, supuso Jillian.

Ojalá pudiera meterse bajo el sofá.

Se incorporó para sentarse, pero Marston estaba tan cerca que se chocó con él, frente con frente. Él sonrió cuando sus cabezas impactaron, pero ella palideció de nuevo.

—Sabía que no era exactamente bienvenido para todo el mundo de la empresa, pero nunca pensé que fuera a causar desmayos —bromeó él.

Ella sacudió la cabeza rápidamente.

—Usted no ha tenido nada que ver. Ni siquiera sabía quién era. Yo...

—¿Está bien? —le preguntó él.

—Yo... yo... claro —tartamudeó Jillian.

Entonces se dio cuenta de que Connie la estaba mirando muy fijamente.

—Jillian, ¿estás segura? Dios mío, te has quedado blanca como un fantasma. Nos hemos quedado muy preocupados.

—Yo... estoy bien —protestó ella—. Gracias, de verdad. Sólo estoy un poco avergonzada y...

—Quizá deberíamos llevarla al hospital para que la examinen —sugirió Marston, interrumpiéndola.

Ella se quedó mirándolo, deseando de nuevo deslizarse bajo el sofá.

¿Qué demonios le habría ocurrido?

No se había sentido amenazada por el hecho de que lo contrataran, ¿verdad? Cautelosa,

pero no amenazada. Todavía no había hablado con él, pero porque no había tenido oportunidad. Una oportunidad simple y normal. Pero aquello no le preocupaba. Ella se encargaba del diseño, y él no. Para ser honesta, no sabía exactamente por qué lo había contratado su abuelo, pero no se sentía ni amenazada ni impresionada.

Sin embargo, en aquel momento concreto, él le resultaba muy imponente. El hombre era muy alto, y tenía los hombros muy anchos, aunque también parecía ágil y flexible como un hombre más fibroso.

—Ir al hospital no le vendría mal —insistió él.

Julián se dio cuenta de que no le había respondido al comentario que le había hecho. Se había quedado mirándolo embobada.

—No, no quiero ir al hospital. De verdad, estoy bien —protestó él—. Por favor, yo sólo...

Entonces, al observar todas las caras que la miraban, se interrumpió. Incluso la vidente la estaba mirando, más allá. La mujer estaba muy seria, como si lo que había ocurrido no la hubiera sorprendido en absoluto.

Por alguna razón, la visión de aquella mujer le resultaba a Jillian muy inquietante. Le parecía que la adivina sabía algo que ella desconocía.

Algo que ella debería saber.

La mujer se alejó, y la inquietud de Jillian se mitigó. Se sintió simplemente como una idiota.

—¿Qué? —le preguntó Marston suavemente.

—Sólo quiero salir de aquí —dijo ella—. Necesito tomar el aire.

Un segundo después se había arrepentido de decir aquello, porque Marston la levantó en brazos y la sacó del bar.

Fuera, Julián se vio sentada en el capó de un coche deportivo plateado. Connie, Joe y Tip los siguieron.

—¿Está mejor? —aquellos ojos oscuros estaban clavados en ella.

Y la estaba sujetando por los brazos para que no , se cayera. Ella le tomó las manos y se las apartó, intentando recuperar su dignidad.

—Mire, señor Marston, le agradezco mucho su interés y su ayuda, pero ya estoy bien. Además, creo que debería bajarme de este coche antes de que el propietario me demande, por daños y perjuicios —le dijo, comenzando a moverse.

—Quédese un minuto más sentada.

—Estoy en el Mercedes de alguien.

—Es mío.

Claro. El Mercedes le iba muy bien. Suave, frío. Deportivo pero maduro. Poderoso, con

estilo.

—Quizá debiera llevar a Julián a casa, señor Marston —le dijo Connie, preocupada, y lo miró—. No nos han presentado. Me llamo Connie Murphy.

—Sí, es usted la esposa de Joe. Lo sé —dijo Marston, y sonrió al tomarle la mano. Después miró a Joe—. Su marido y yo ya hemos trabajado juntos.

—Sí, claro —respondió Connie, un poco atareada. Una cosa era tomarle el pelo a Jillian con los cotilleos de la empresa, pero en aquel momento en que acababa de conocer a Robert Marston, se sentía impresionada. Realmente, aquel hombre era impresionante. ¿Sería por aquella razón por la que lo había contratado Douglas?, se preguntó Connie. Y acto seguido, se respondió: no. Daniel, seguro, hábil, con una aureola de autoridad y compostura, ya impresionaba lo suficiente. Y lo mismo podía decirse de Theo. Eileen era pura elegancia y confianza en sí misma. Y Griff...

Griff era el mejor siendo él mismo.

—Bueno, ya terminó esta reunión de oficina — les dijo Jillian, con falsa alegría. Intentó bajarse del coche, pero Marston la detuvo.

—Si no quiere ir al hospital, al menos déjeme que la lleve a casa.

—Estoy bien, no se preocupe. Además, usted acababa de llegar, y estoy segura de que no quiere marcharse. Entre y diviértase.

—¿Y qué le diré a Douglas mañana por la mañana? —le preguntó él, con una medio sonrisa.

—¿Que su nieta es muy cabezota? —le sugirió Joe.

—Joe... —le dijo Connie, en tono de advertencia.

—No creo que vigilarme sea parte de su trabajo —dijo Jillian.

—Yo no estaría tan seguro —insistió Joe.

—Está bien, está bien. Me iré a casa con Marston —accedió ella, exasperada.

—Por favor, llámame Robert.

Ella se bajó del coche y asintió.

Después se despidieron de los demás, y un momento después, estaban de camino a casa de Jillian. Unos minutos más tarde estaban en el lado noreste de Manhattan, donde todavía quedaban unas cuantas mansiones entre un mar de rascacielos. La casa de Julián tenía tres pisos y una verja de ladrillo y hierro forjado que la separaba de la de los vecinos.

Allí, entre la multitud de Nueva York, las calles eran tranquilas. Marston detuvo el coche y aparcó.

Antes de que el motor se hubiera apagado, Jillian ya tenía la mano en el tirador para abrir la puerta.

—¿Te doy miedo? —le preguntó él. Ella notó en su tono de voz que le resultaba divertido.

—No, claro que no.

—¿Te sienta mal que me hayan contratado?

—No. ¿Por qué me iba a sentar mal?

—¿Quieres oír los rumores?

—No. ¿Quieres tú oír la verdad?

–Claro.

—Me gusta el diseño. Disfruto con lo que hago. Sobre todo, me gusta diseñar joyas, pero también he diseñado ropa. No quiero el reino de mi abuelo. Ni siquiera creo que mi abuelo quiera tener todo su reino, ya. Entonces, ¿por qué me iba a sentar mal que te hayan contratado?

Él sonrió, sin mirarla a ella, sino a la carretera.

—Porque en un reino, siempre tiene que haber un rey. O una reina.

—Bueno, si hay un rey, es Daniel. ¿Tienes pensado quitarle el trono?

—Me han hecho accionista de la empresa y me han dado un estatus muy satisfactorio. Es parte del contrato. Daniel tiene su propio papel.

—Entonces, todos deberíamos estar contentos —murmuró ella, y lo miró—. Gracias por traerme. Siento haberte causado molestias —dijo, y volvió a agarrar el tirador, pero no pudo abrir. Él se estiró hacia la puerta y abrió con facilidad.

—Me sentiría mejor si te acompañara dentro.

—Yo no.

—¿Pero de veras no te importa que me hayan contratado? —le preguntó con ligereza, y salió del coche al mismo tiempo que ella.

—Está bien, acompáñame.

—Has tenido una reacción muy extraña cuando me has visto en la puerta del bar.

—No era una reacción hacia ti —respondió Jillian, con el corazón acelerado. ¿A qué había reaccionado? Al dolor. Aquel dolor le había resultado insoportable, y el mundo se había vuelto negro.

—¿Entonces, a qué?

—A la adivina que me había echado las cartas.

–¿Qué?

—Había una adivina en el bar. Comenzó a gritar y a poner los ojos en blanco mientras me llamaba bruja. Estaba fingiendo que había entrado en trance, o algo así, y nosotros decidimos salir a tomar el aire fresco —le explicó ella.

—¿Y yo no tuve nada que ver?

Ella volvió a mirarlo fijamente. Todavía sentía... cierta cautela hacia él. Pero también sentía atracción, curiosamente. Tenía que admitir que él estaba siendo muy amable, y que tenía sentido del humor.

—No —dijo por fin, sonriendo—. De verdad, no tengo nada contra ti. Sé que tienes un magnífico currículum y muy buenas referencias, y yo no quiero dirigir la empresa.

—Si eso es una bienvenida, gracias, la acepto.

—Claro. Es una bienvenida. De hecho, por favor, entra si quieres. Tómate algo aquí, ya que no has tenido oportunidad de entrar a Hennessey's.

—A pesar de lo mucho que te agradezco este ofrecimiento, me temo que tengo que rechazarlo.

—Ah, tienes una cita —murmuró ella, bajando los ojos. Claramente, estaba perdiendo la cabeza. No había querido que la llevara a casa, y había intentado por todos los medios librarse de él. Y en aquel momento...

Estaba desilusionada. Y curiosa.

¿Celosa? Se preguntó con quién habría quedado él.

—Un compromiso —respondió él—. ¿Estás segura de que estás bien?

—Como nunca, de vendad.

—Bueno, pues entonces, me marcho.

Sin embargo, se quedó allí, mirándola.

-¿Y bien?

—Quiero verte entrar en casa.

—Oh —dijo ella.

Metió la llave en la cerradura y abrió la verja. Después la cerró tras ella.

Él asintió y se dio la vuelta.

—Eh... ¿Robert?

—Me alegro de haberte conocido. Y gracias por traerme.

—De nada.

Él caminó hacia su coche y ella lo vio marcharse. Aunque hacía frío, Julián notó que las barras de la verja le quemaban las manos, y las soltó rápidamente.

Había sido una noche muy extraña.

Robert volvió a Hennessey's.

Ya era tarde para encontrarse con la persona con la que había quedado en un principio,

pero de todas formas, quería volver.

Nunca había visto nada igual a la forma en que Jillian Llewellyn lo había mirado aquella noche. No se había esperado que lo acogieran en la empresa con pura alegría y entusiasmo, pero tampoco se había imaginado nada como lo que iba a encontrarse.

Ella lo había mirado con... ¿odio? ¿Horror?

Quizá hubiera sido con terror. O algo así. Él no sabía muy bien qué... quizá una combinación de todas aquellas emociones.

Y él se había estremecido. Por un momento, había sentido que el frío se le metía en los huesos, un frío helador y horrible que no podía describir con palabras, y después...

Después ella había comenzado a desmayarse y aquella sensación se había disipado, y él ya no podía recordar exactamente cómo había sido. Quizá lo hubiera imaginado todo. Y aun así...Se acercó a la barra del bar y pidió una cerveza. Mientras le daba un sorbo, se dio la vuelta y miró a su alrededor. Era casi medianoche, y la banda estaba tocando baladas. El bar estaba todavía lleno, pero los clientes que había en las mesas estaban comenzando a levantarse. Cuando la gente se movió, vio a la adivina.

Y cuando él la estaba mirando, ella lo miró también. Tenía los ojos dorados, color ámbar, brillantes. Era una mujer que cortaba la respiración. Incluso su piel era dorada. Era al mismo tiempo despampanante e inquietante.

Al verlo, ella se inclinó hacia atrás en la silla y se agarró al borde de la mesa. No parecía que estuviera haciendo nada más, nada amenazante, pero la pareja a la que le estaba leyendo las cartas apartó sus sillas hacia atrás.

Sin saber por qué, él se levantó del taburete y se dirigió hacia ella. Madame Zena se puso muy derecha y lo señaló. Sin embargo, no lo veía. Robert se dio cuenta porque tenía los ojos en blanco.—Traidor —susurró ella. Comenzó a canturrear suavemente y a gemir, retorciéndose en el asiento.

Él volvió a sentir frío. Y miedo. No estaba asustado por él mismo. Simplemente, sabía que...

Le dolía la cabeza. Se inclinó hacia delante y se apoyó en la mesa.

—Basta —le dijo a la adivina—. Basta ya.

Ella se quedó quieta, y los ojos le volvieron a su sitio.

—No debería haber venido —le dijo, temblando.

—¿No debería haber venido al bar?

—A Llewellyn.

—¿Quién le ha dicho eso? —le preguntó él. Al fin y al cabo, aquello era Hennessey's. El bar favorito de Theo, de Daniel, y probablemente también de Griff.

El nombre de Llewellyn era gales. Pero Robert sabía, por sus largas conversaciones con

Douglas, que la familia había vivido durante generaciones en Irlanda antes de emigrar a Estados Unidos.

—Madame Zena —dijo él, firmemente, mirando a su alrededor por si veía a algún otro miembro de la familia—, ¿quién le ha contado eso?

—Nadie.

—Bien, entonces, escúcheme. Yo no he venido a Llewellyn a hacerle daño a nadie. De hecho, he venido a proteger a ciertas personas, aunque ellos no se fíen de mí. Para protegerlos a ellos y a sus intereses. Así que ya puede dejar a un lado los jueguecitos mentales. Yo...—Usted no sabe nada —le dijo ella, suavemente—. Es peligroso. Más de lo que nunca hubiera creído. Es poderoso y arrogante —continuó, enfadada de repente—. No sabe nada. Y no quiere saberlo.

—Discúlpeme, Madame Zena —la interrumpió él, confuso y enfadado. No sabía por qué sentía la necesidad de defenderse ante la adivina—. Mire, yo soy una persona decente, responsable, que se preocupa por los demás, inteligente...

Pero no parecía que ella lo estuviera escuchando.

—Puede que sea todo eso, pero no es suficiente. El miedo es una buena cosa, joven. El miedo puede crear una búsqueda del conocimiento, porque no hay hombre tan fuerte como para desafiar a Dios, al cielo y al infierno, y al destino. Salga de aquí. Y no vuelva a verme a menos que haya conseguido abrir su mente.

Entonces, la vidente se puso de pie y, con un gesto elegante, se alejó de él girando a toda prisa y salió del bar.

Asombrado, Marston se recostó en el asiento, sin dar crédito a lo que había visto.

Uno de los camareros se acercó a él, secando un vaso mientras miraba hacia la puerta.

—Uau, eso ha dado mucho miedo. Ni siquiera se ha llevado su dinero —dijo el muchacho, y se encogió de hombros—. Bueno, me imagino que volverá–Después volvió a su lugar detrás de la barra.

Robert levantó una de las cartas que la vidente había extendido, boca abajo, sobre la mesa. No sabía mucho sobre el tarot, y además, no creía en su capacidad de predecir el futuro.

Sin embargo, incluso él pudo reconocer a la muerte.

El sueño le sobrevino de repente.

Olió humo. Oyó el sonido de los crujidos de los palos secos mientras ardían. Sintió un dolor insoportable...

Entonces se despertó con un violento sobresalto y se levantó de la cama gritando:

— ¡Fuego! ¡Henry, avisa al abuelo!

Con los ojos bien abiertos se dio cuenta de que no había ningún fuego. No había humo, ni sonidos, ni olor.

La puerta de su habitación se abrió bruscamente, y apareció Henry, el mayordomo de su abuelo.

Henry tenía setenta años, un jovenzuelo comparado con Douglas Llewellyn. Estaba en la entrada de la habitación de Jillian, con su impecable bata y el pelo blanco, con un gorro de dormir. Parecía que acababa de salir de una novela de Dickens.

—¿Julián? —le preguntó angustiado, mirando a su alrededor.

Ella se sintió avergonzada. Había tenido un mal sueño.

—Oh, Henry, lo siento muchísimo. He tenido una pesadilla...

Él dejó escapar un suspiro de alivio.

—Oh, querida niña.

Jillian se acercó a él y le puso una mano sobre el hombro.

—Henry, ¿estás bien? Dios mío, no puedo creerme que haya gritado de esa manera. No debería haberte dado este susto. Soy una ridícula. Creo que me ha ocurrido porque es Halloween.

Él sonrió.

—Pero bueno, Jillian, tú nunca has tenido miedo de Halloween, ni de la oscuridad tampoco.

—No sé qué ha podido ocurrirme. Lo siento mucho —dijo, y le puso una mano sobre el corazón. Parecía que el ritmo de los latidos se estaba calmando.

—No te preocupes. Estoy bien. ¿Quieres que te prepare un chocolate caliente?

Ella sonrió también.

—Eso suena estupendamente.

Los dos bajaron juntos a la cocina y, mientras tomaban el chocolate, charlaron un rato. Después, más relajada, Jillian bostezó, le dio las gracias a Henry y se fue a dormir.

Sin embargo, no lo consiguió. De repente, después de todos aquellos años, había comenzado a odiar la oscuridad. Se levantó, encendió la luz del baño y dejó la puerta entreabierta para tener algo de claridad en la habitación.

Mejor, pero aun así...

Ella nunca había tenido miedo. Ni de la oscuridad, ni de la noche. Si había algún fantasma en su vida, eran fantasmas buenos. Gente que la había querido. Su madre. Su padre.

Milo.

Su mirada se posó sobre una bola de cristal que tenía en la mesilla de noche, junto a una fotografía enmarcada en plata en la que Milo y ella aparecían sonrientes. Él siempre sonreía, incluso cuando el dolor lo tenía debilitado.

Milo siempre había adorado el arte, la música, la danza, el teatro... el mundo entero. Era un eterno optimista. El dolor era positivo, porque estaba vivo, estaba con ella, podía ver el mundo. Y la muerte también lo sería, porque entonces ya no sufriría más, e iría a otro mundo mejor.

Él le había regalado aquella bola de cristal. Dentro había un pequeño paisaje invernal, con caballos y jinetes cabalgando en un paraje nevado. Jillian sacudió la esfera para que la nieve comenzara a caer.—Ojalá estuvieras conmigo, viejo amigo —dijo suavemente.

Unos minutos después, sintió una extraña paz.

Finalmente, se durmió. Y la pesadilla no volvió.

Connie fue la primera en entrar en el despacho de Jillian a la mañana siguiente. Entró canturreando, y de repente, se quedó helada. Se le escapó un grito y se tapó la boca con la mano para ahogarlo.

Alguien llegó corriendo tras ella, y Connie se dio la vuelta. Daniel Llewellyn.

Él también se quedó helado mirando al gato.

—Jeeves... está muerto —dijo Connie.

—Desde luego, eso parece —dijo Daniel.

—Pero bueno, ¿qué ocurre? —preguntó Griff, acercándose también.

Los dos miraron a Griff mientras él se daba cuenta de que había un gato muerto en el escritorio de Jillian.

—Vaya, ¿qué le ha ocurrido a Jeeves? —preguntó.

—¿Connie? —dijo Joe, mientras se acercaba mirando ansiosamente a su mujer—. Te he oído gritar. ¿Qué...

—Es por el gato —le explicó ella.

—¿El gato? —preguntó Joe, asombrado.

—Parece que Jeeves se subió a la mesa de Jillian para morir anoche —le explicó Daniel—. No deberíamos haber permitido que ese gato se quedara en la oficina, para empezar —murmuró.

—Yo lo cuidaba —dijo Griff, mientras se acercaba al gato muerto y lo tomaba de la mesa —. Está frío. Hace tiempo que ha muerto. ¿Qué ha podido pasarle? No hay perros por aquí, ni ha podido atropellarle un coche...

—Quizá sólo haya muerto por la edad —sugirió Joe, con tacto—. En realidad, ninguno sabíamos mucho de él.

—¿Deberíamos hacerle... una autopsia? —preguntó Connie—. ¿Una investigación?

—¿Cortarlo en trozos? —preguntó Griff, indignado.

—No creo que debamos llamar a la policía por un gato muerto —dijo Daniel, secamente.

—Pero... —dijo Connie, estremeciéndose—. Un gato negro, muerto en Halloween.

—En el despacho de Jillian —añadió Joe.

—Y después de lo que ocurrió anoche —gimió Connie.

—¿Anoche? —preguntó Daniel.

—Jillian se desmayó en el bar —le explicó Joe.

—¿La chica de oro se emborrachó y se desmayó? —preguntó Griff, con incredulidad.

Connie le lanzó una mirada asesina.

—Por supuesto que no, ella sólo...

—Fue la adivina —dijo Joe.

—¿Qué? —preguntó Daniel con incredulidad.

—Comenzó a gritarle a Jillian que era una bruja.

—Bueno, estoy seguro de que ha oído cosas peores otras veces —dijo Griff.

—Fue espeluznante —les informó Connie firmemente.

—Sí, fue inquietante —corroboró Joe, poniéndole las manos sobre los hombros a su mujer —. Entonces apareció Marston...

—¿Robert Marston apareció en el bar? —preguntó Daniel bruscamente.

—¿Y Jillian se desmayó? —preguntó Griff, frunciendo el ceño como si estuviera intentando comprender la cronología de los sucesos—. ¿Por Marston?

—No... no... —murmuró Connie, insegura.

—Supongo que fue el bar —dijo Joe.

—¿El bar o la cerveza? —preguntó Daniel.

—No estaba borracha —respondió Connie.

—¿La adivina hizo que pensara que era una bruja? —le preguntó Griff, igual de confundido que su hermano.

—No, pero yo... —comenzó a decir Connie.

—No creo que debamos permitir que vea a Jeeves así —zanjó Joe—. Ella adoraba al gato.

—Adora cualquier cosa que tenga pieles —comentó Daniel.

—¿Le pasa lo mismo con sus novios? —le preguntó Griff a Connie, bromeando.

—Griff... —dijo Daniel, en tono de advertencia.

— ¡Eh, que viene! —los alertó Joe. Entró en la oficina y cerró la puerta—. Viene por el pasillo.

Griff escondió rápidamente el gato a su espalda, y Connie se puso a su lado para ocultar

el cuerpo del animal por completo.

—La bandeja del té todavía sigue ahí —murmuró Daniel.

—Yo la tomaré —se ofreció Joe.

Entonces, Jillian entró en el despacho.

—Buenos días, Jillian —le dijo Joe, alegremente.

Ella frunció el ceño.

—Buenos días, Joe —respondió Jillian, y después miró a los demás — . Hola, Daniel, Connie, Griff —les dijo, saludándolos a todos.

—Buenos días —respondió Connie.

—Buenos días, Jill —dijo Daniel.

—Lo mismo digo —saludó Griff.

Todos la estaban mirando fijamente.

—Y... ¿qué hacéis todos en mi despacho? —les preguntó.

—Eeeeh... estamos en una reunión —respondió Daniel.

—Ah. ¿Sobre qué?

—Bueno, era una reunión rápida... sólo para decidir eh... que finalmente nos vamos a quedar con la cruz céltica.

—Eso ya me lo dijiste ayer.

—Sí, pero... también tenemos que hablar de una campaña publicitaria —dijo, y miró su reloj—. Ahora ya no podemos. Tengo que estar en una reunión de marketing en dos minutos.

—Pero... —intentó decir Jillian.

—Marketing. Técnicas de mercado. Eso me incumbe a mí —dijo Griff.

—¿Desde cuándo te molestas tú en ir a una reunión? —le preguntó Jillian.

—Desde hoy. Es una reunión muy importante — respondió él, dirigiéndose hacia la salida, caminando de espaldas a la puerta junto a Connie.

—Yo voy a traer café —le dijo Connie, sonriendo en respuesta a la cara de confusión de Jillian.

—Y yo voy a deshacerme de la bandeja del té — dijo Joe alegremente, mientras salía a toda prisa del despacho.

—Marketing —repitió Daniel, con torpeza. No parecía él mismo, siempre tan seguro. Siguió a Joe, pasó junto a Connie y a Griff y salió por la puerta casi al mismo tiempo que ellos.

Jillian observó cómo se marchaban y después se sentó tras su escritorio sin dejar de mirar hacia la puerta. Gruñó en voz alta y apoyó la cabeza en las manos.

La adivina.

La pesadilla. La sensación de estar quemándose...

Y además, su familia y sus amigos comportándose de una manera completamente extraña.

Tenía la sensación de haberse caído por un agujero, como Alicia.

Su mundo se estaba volviendo loco.

Capítulo 4

En efecto, había una reunión aquella mañana. A las once en punto, Jillian estaba sentada en la sala de reuniones, con su abuelo y todos sus primos.

Era un asunto de familia, salvo por la presencia de Robert Marston y de Brad Casey, el artista que había creado los dibujos sobre los que habían estado hablando Eileen y Theo.

Jillian había sabido por Connie, que se había enterado por la secretaria de Daniel, Gracie Janner, que Douglas, Theo y Daniel se habían reunido antes aquella mañana. Y después, habían citado a toda la familia para otro encuentro.

Ella no creía que su abuelo tuviera planeada aquella reunión con anterioridad. Lo había visto unos instantes durante el desayuno, porque él ya estaba terminando cuando Jillian había bajado al comedor. Tenía muy buen aspecto. Incluso a su edad, seguía alto y derecho como una flecha, pero también tenía una expresión preocupada en el semblante.

—Me he enterado de que tuviste ayer una pesadilla.

—Halloween. Me imagino que todavía me impresiona —había respondido Julián, despreocupadamente.

Él no había dicho nada más, lo cual había dejado a Jillian un poco... confusa.

Y en aquel momento la estaba mirando desde el otro extremo de la mesa de juntas.

—Supongo que todo el mundo sabe lo que pasa, salvo Robert y tú —le dijo.

Ella miró a su alrededor con cierta inseguridad. Le daba la sensación de que todo el mundo se había vuelto loco y de que la habían llevado allí para decirle que iba a casarse con Marston o que la iban a lanzar a los lobos, los que quedaran todavía en Manhattan. Jillian no tenía duda alguna de que quedaban bastantes.

—Douglas, yo...

—Es sobre nuestra próxima campaña de publicidad. ,

—¿Qué? —preguntó Jillian. No se lo esperaba.

—Tengo que decir que se lo debemos a Theo y a Eileen. Ellos fueron quienes vieron las posibilidades desde un principio.

—Lo siento, pero no tengo ni la más mínima idea de lo que estáis hablando.

—Yo tampoco, Douglas. ¿De qué se trata? —intervino Marston.

Estaba sentado a su lado. Frío, suave, impecable. Tenía una taza de café en la mano.

—Brad, muéstranos los dibujos, por favor.

Brad Casey era un hombre muy agradable. Era alto y rubio, y tenía un don para plasmar un concepto expresado con palabras en papel. Se ruborizó y se levantó de su silla, al final

de la mesa. Después levantó la portada de un enorme álbum que estaba apoyado en un caballete. Jillian dejó escapar una exclamación de sorpresa.

La había dibujado a ella. Y de una forma increíblemente halagadora. Estaba mirando a un hombre, con los ojos brillantes, transmitiéndole todo el calor de su alma mientras él le ponía una cadena con un medallón en el cuello. La imagen era asombrosa. Hacía pensar en la esencia de dos personas que se amaban y vivían el uno para el otro, que entendían que aquello no sólo era un colgante, sino que simbolizaba el amor. La mejor de las emociones humanas.

—Vaya, es excepcional, Brad —dijo Jillian, suavemente—. Y me siento muy halagada, a propósito. Muchas gracias.

Ella subrayó aquellas palabras. Brad era un artista brillante, pero no estaba convencido de su talento. Era muy bueno, pero demasiado tímido.

Él se ruborizó aún más.

—Bueno, por supuesto, está idealizado... —comenzó a decir Eileen.

—Jillian brilla en ese dibujo —dijo Daniel.

—Como la nariz del reno de Santa Claus, Rodolfo —dijo Griff, irónicamente.

Los otros lo miraron con los ojos entrecerrados.

—Enséñanos el siguiente dibujo, Brad —le pidió Douglas.

Brad pasó la página. En aquella ocasión, la escena se situaba en una playa. Tras ella había un bosque tropical, y frente a ella, el océano. Estaba amaneciendo y los colores, con matices de increíble belleza, estaban plasmados en el papel. La mujer tenía una mano apoyada en un árbol, y la otra extendida hacia un hombre que se acercaba a ella.

Jillian estuvo a punto de atragantarse.

Era Robert Marston.

No podía mirarlo. Se sentía profundamente humillada. Parecía que lo habían pagado para que fuera allí por ella.

—Abuelo, ¿tú...

—No. Brad ha admitido que te ha usado como modelo, pero él no conocía a Robert, así que el parecido con el dibujo es una coincidencia —respondió Douglas.

Marston estaba observando a Brad con toda su atención.

—Una gran coincidencia —comentó.

— Sí, señor —respondió Brad. Después miró a Jillian—. Lo siento. No quería molestarte. Normalmente, contratamos a modelos, aunque últimamente hemos estado usando mucho el ordenador, también. Pero cuando me dijeron qué tipo de sensaciones y sentimientos querían transmitir... de verdad, ha sido cosa mía. Y lo siento mucho.

Era un discurso increíblemente largo para Brad Casey, y parecía que se sentía aún peor que ella.

—No, no, Brad, lo que has hecho es... muy halagador, como ya he dicho. No estoy molesta contigo.

Douglas se inclinó hacia delante, con las manos dobladas sobre la mesa, con los ojos clavados en ella.

—A todos nos parece increíble. Es una coincidencia genial. ¿Qué mejor forma de promocionar Llewellyn Enterprises que contar con la presencia de un miembro de la familia en los anuncios? Queremos que esto sea la pieza central de la campaña. Naturalmente, esto tendría que contar con tu aprobación. Y con la de Robert.

—¿Mi aprobación? ¿En qué sentido? —Queremos hacer una campaña —dijo Eileen—. Quizá algunos anuncios de televisión, incluso... Theo fue el primero que se dio cuenta del potencial de esos dibujos. Jillian debía de estar mirando a Theo con cara de confusión, porque él añadió:—Teníamos la esperanza de que incluso quisieras ir a algunos programas.

—¿Y de qué voy a hablar? —preguntó ella.

—De la empresa. Si incrementamos las ventas en Navidad, podremos hacer donaciones más sustanciosas a las asociaciones benéficas. Incluso haremos una campaña especial, algo para el hospital infantil al que tú apoyas financieramente. Theo, pensó ella, estaba intentando convencerla por todos los medios. Sin embargo, Jillian no estaba (Segura de si compartía todo su entusiasmo. No estaba convencida de que su imagen fuera a mejorar las ventas.

—Podemos concentrarnos en tu pieza, este año. Todavía no hemos decidido cómo —le dijo Douglas—. Pero la campaña estaría centrada en la intemporalidad de la belleza, las relaciones, la necesidad humana de amor y permanencia. Y el diez por ciento de la venta total irá a la beneficencia.

Marston se inclinó hacia delante, antes de que ella tuviera la oportunidad de hablar.

—¿Y no cree que eso sería poner a Jillian en una situación de peligro? Haría que todo el mundo la conociera y la reconociera —dijo, aunque no estaba completamente seguro de por qué sentía aquel miedo.

—¿Peligro? —preguntó Eileen.

—Todas nuestras imágenes se han usado ya en publicidad —dijo Daniel—. Con motivo del último cumpleaños de Douglas, las fotografías de la familia se publicaron en muchos periódicos y revistas de tirada nacional.

—Y la prensa le dedicó muchos artículos a Jillian el año pasado, cuando Mi... —Eileen se interrumpió antes de terminar.

—Cuando Milo murió —dijo Griff, suavemente.

—Todo aquel que tiene dinero e influencia está siempre en peligro —dijo Douglas, por fin —. Entiendo lo que quieres decir, Robert. Pero también creo que lo que los demás están diciendo es verdad. Nos hemos dejado ver muchas otras veces. Nuestras caras son reconocibles. Yo siempre he tenido los mejores y más avanzados sistemas de seguridad aquí, en la empresa, y en casa. Y desde el más rico hasta el más pobre, nadie está libre de sufrir un acto de violencia al azar. Sin embargo, siempre me he negado a vivir como una ostra. Y me gusta esta campaña. Me parece que capta bien el espíritu de la estación, de la Navidad.

—Ése es otro punto que me gustaría señalar. La mayoría de los anuncios de Navidad ya están preparados para emitirse, y los nuestros no son una excepción. Las estrategias de mercadotecnia han sido cuidadosamente diseñadas...

— Sí, pero todos sabemos que los anuncios se pueden cambiar unos por otros. Y siempre hay tiempo disponible en la televisión. Nosotros tenemos poder, y ellos tienen cancelaciones — Douglas se volvió hacia Julián una vez más—. Jillian, la decisión es tuya. Aunque me gustaría que todos estuviéramos de acuerdo —añadió, mirando a Marston.

Marston se encogió de hombros.

—Que conste que yo creo que es peligroso — dijo, y miró a Jillian—. Eres tú la que tiene que decidir.

—Si todos pensáis que es una buena idea —les dijo—, entonces lo haré.

No se había dado cuenta de que todos estaban inclinados hacia delante, esperando impacientes su respuesta, hasta que no se recostaron de nuevo en el respaldo de sus asientos, más relajados.

—Bien, de todas maneras, lo someteremos a votación.

Todas las manos se levantaron, salvo la de Marston.

—Esperábamos que tú también quisieras participar en la campaña publicitaria —le dijo Daniel, señalando el segundo dibujo—. Claramente, aquél eres tú.

— Serías perfecto —dijo Eileen, con un suspiro—. Es una lástima que no pienses lo mismo.

—Oh, lo haré —dijo Marston, encogiéndose de hombros—. No estoy de acuerdo con esto, pero me habéis vencido en la votación. Así que soy vuestro hombre.

—Llamaré para pedir café, avisaremos a los empleados y comenzaremos a trabajar —dijo Douglas.

Su secretaria de toda la vida, Amanda Nancy, con el pelo plateado, la lengua afilada y casi de la misma edad que él, fue la primera en llegar. Se sirvieron café y pastas y la habitación se llenó de ejecutivos y empleados. Los planes para la campaña empezaron.

Y, durante toda la reunión, Jillian sintió a Marston a su lado.

No fue una sensación fácil.

Robert Marston le dio unas cuantas instrucciones a su secretaria y después se sentó en el escritorio de su despacho. Mientras admiraba la vista de Manhattan a través del inmenso ventanal, golpeaba distraídamente con el bolígrafo sobre la mesa. ¿Por qué lo habría llevado Douglas Llewellyn a su empresa?

No se lo preguntaba porque le faltara confianza en sí mismo, pero Llewellyn Enterprises no estaba precisamente a falta de dirigentes. ¿Por qué habría querido Douglas disponer de sangre nueva?

La campaña que habían decidido llevar a cabo era buena, aunque él no estuviera de acuerdo. Sería positiva para la empresa y, aunque no lo fuera para Jillian personalmente, sí sería muy provechosa para las organizaciones benéficas. Para Douglas era importante ser generoso con aquel país, que para él había sido de verdad la tierra de las oportunidades. Robert había sido testigo de que Douglas nunca se topaba con un mendigo sin darle dinero. Una vez, el anciano había visto que Robert lo estaba observando mientras caminaban por la Quinta Avenida, y se había encogido de hombros. «Ya sabes que esto le podría pasar a cualquiera», le había dicho Douglas.

Robert se había sentido un poco fastidiado. Sus padres lo habían criado inculcándole buenos sentimientos y cierta responsabilidad hacia los demás, pero él hacía donativos con cheques a organizaciones bien conocidas y las usaba para desgravarse en los impuestos.

Después de aquel paseo con Douglas, él se había ; visto a sí mismo dando limosnas. Nueva York le daba a un hombre muchas oportunidades. Hacía «poco le había dado dinero a una mujer en el Village, y ella le había saltado encima para besarlo en la mejilla. Él había pensado que tenía sesenta años, pero al mirarla de cerca, vio que tendría unos treinta. —De veras tengo un bebé al que darle de comer, señor —le había dicho la mujer. Y él la había creído, y le había dado otro billete de veinte dólares. Así que... ¿había aceptado aquel trabajo porque admiraba a Douglas Llewellyn? ¿O porque Llewellyn había conseguido estimular su curiosidad con el ofrecimiento que le había hecho y con su extraña sinceridad al final de la entrevista? Estaba claro que el sueldo y las acciones eran difíciles de rechazar, pero el trabajo que había dejado también estaba muy bien pagado. Y a pesar de tener voto en el consejo de dirección, seguía siendo un intruso. Había algunos otros negocios como Llewellyn Enterprises, grandes y familiares. Había habido algunas insinuaciones, por supuesto...

Y más que insinuaciones. Había tenido aquella última entrevista antes de aceptar el puesto.

—Me preocupo. Algunas veces me preocupo porque somos todos de la misma sangre —le había dicho Douglas —. No hay nada tan importante como la familia. Toda la vida lo he sentido. Algunas veces incluso me siento como si estuviéramos en el siglo pasado, y yo sólo fuera un soñador sentado en algún muro de piedra de Dublín, jurando que cambiaría el mundo. La familia lo es todo, ¿sabes? Pero allí, en mi viejo país, yo vi a un padre embrear y emplumar a su propia hija, y a una madre denunciar a su propio hijo. Por la religión, por la política... por el dinero. A eso se reduce todo, al dinero. La familia puede causar mucho miedo, hijo. Me temo que...

–¿Qué?

—La ambición. Hay que tener ambición, pero no demasiada...

—Douglas, he oído toda clase de rumores acerca de que quería traer sangre nueva a la empresa para mezclarla con la suya.

Douglas soltó una carcajada.

—Yo soy un irlandés, muchacho, no una casamentera —dijo. Se rió de nuevo, pero luego se puso serio—. Tú estuviste en los servicios especiales del ejército —fue una afirmación, no una pregunta. Douglas Llewellyn se había leído el dossier de Robert una docena de veces, estaba seguro.

—Sí —respondió, de todas formas.

—Has visto algo de acción.

—Un poco. En Oriente Medio.

—Está bien tener a un hombre listo a bordo, pero también a un hombre cauteloso. Uno que sepa cuidar de sí mismo, y de los demás.

Robert se había recostado en el respaldo de la silla, sonriendo.

—De acuerdo, Douglas. Lo entiendo. Soy un hombre de negocios brillante, pero estoy aquí porque usted piensa que también tengo la capacidad de investigar lo que está ocurriendo en su empresa.

—Estás aquí porque eres un ejecutivo brillante. Y no nos viene mal que sepas cuidar de ti mismo, y proteger a los otros.

—¿A qué otros?

—A mi nieta.

—Usted tiene dos nietas, señor.

—Jillian.

—¿Por qué a Jillian?

—Porque he tenido un sueño —respondió Douglas, finalmente.

—¿Un sueño?

—¿Quieres el trabajo? Te convertirás instantáneamente en un hombre rico.

—No me iba mal antes.

—Ya lo sé.

—¿Por qué yo?

De nuevo, Douglas hizo una pausa.

—Estabas en el sueño.

—Pero si usted piensa que su nieta corre peligro de verdad...

—Eso es, exactamente. No lo sé. No hay nada concreto. Nada que pueda ver, sólo algo extraño y nebuloso... supongo que los desvaríos de un viejo–

—Yo no soy policía.

—Ya lo sé. ¿Vas a aceptar el trabajo?

–Sí.

Extraño. Pero cosas más raras ocurrían en la vida, estaba seguro. Le estaban ofreciendo un reino por un sueño.

Y entonces, por supuesto, la primera vez que había visto de cerca de Jillian Llewellyn, ella había soltado un grito, como si él fuera una tarántula gigante, y se había desmayado. Menudo protector estaba hecho.

Bien, estaba allí. Y aunque parecía que aquella empresa funcionaba con tanta suavidad como un reloj suizo, había algo que...

¿Lo ganarían siempre en las votaciones? ¿Siempre sería un intruso? No era tonto, y había oído los rumores. Y aunque los rumores no eran siempre ciertos, sí era cierto que no lo habían llamado sólo por la empresa. También estaba allí para vigilar. Para proteger a Jillian.

Y aquel día lo había intentado. Lo había intentado de veras.

Douglas no lo había ayudado mucho. Aunque en realidad, Douglas no pensaba que el peligro pudiera provenir de fuera de la empresa, sino de dentro.

Tenía miedo de su propia carne y sangre.

Robert salió de repente de su oficina y se dirigió hacia la de Daniel. Llamó a la puerta y entró. Daniel se había levantado y estaba cerrando uno de los cajones de su escritorio.

—Hola, Robert. Iba a salir ahora mismo. ¿Quieres ir a algún sitio a tomar algo, ya que ayer finalmente no nos vimos?

—Fui al bar, finalmente —le dijo Robert, pensando en que había faltado a su cita en Hennessey's. Se preguntaba de qué habría querido hablar con él Daniel.

—Ya me he enterado —respondió Daniel, muy serio—. Mi prima se desmayó, y tú la llevaste a casa.

—¿Te lo dijeron en el bar?

–Sí.

—Después volví.

—Lo siento, ya me había marchado.

–Claro...

—¿Por qué dices eso?

—Tú no le dijiste a la vidente que me gastara una broma leyéndome el tarot y haciéndome muy malas predicciones, ¿verdad?

Robert estaba seguro de ello. Pero en aquel momento, al ver la cara con la que lo estaba mirando Daniel, ya no lo estaba tanto.

—Yo no hablé con la adivina. No creo en esas tonterías. ¿Por qué? ¿Fuiste tú a que te leyera las cartas? ¿Tú? No me lo creo.

—No exactamente. Pero ella sabía mucho sobre mí.

—Esa broma parece más del tipo de las de Griff. Habla con él. Yo me enteré de lo que había sucedido, y antes de marcharme, llamé al viejo Henry para asegurarme de que Jillian estaba bien. Él me dijo que sí. Y Joe Murphy me contó esta mañana que tú la habías llevado a casa. Debería haberme quedado un poco más ayer. Lo siento. De todas formas, lo único que quería decirte era lo de la campaña de publicidad, para que no fuera una sorpresa para ti en la reunión de hoy.

—Es una buena campaña.

—Pero a ti no te gusta.

Él se encogió de hombros.

—Me parece peligroso.

—Jillian no es tonta, Robert. Es fuerte y lista.

—Estoy seguro de que lo es.

-¿Pero?

—Es rica. Y guapa.

-¿Y?

—Y eso la convierte en un objetivo —respondió Robert—. ¿Te apetece salir a tomar algo?

Daniel asintió, y los dos salieron del despacho. Gracie, la secretaria de Daniel, estaba sentada en su escritorio, y se levantó nerviosamente cuando los vio salir.

—Me estaba preparando para cerrar, pero no he visto al gato en todo el día. Siempre me aseguro de que está fuera de su oficina, Daniel.

—El gato fue idea de Griff y Griff es el responsable —dijo Daniel, con impaciencia—. Simplemente, deja mi puerta abierta.

—Pero no lo he visto en todo el día —protestó Gracie—. Le puse atún a la hora de comer, pero...

—Gracie. Es un gato. No se preocupe. Váyase a casa y deje la puerta de mi despacho abierta.

—Está bien —respondió Gracie con un suspiro—. Está bien, señor.

Robert y Daniel salieron del edificio.

—¿Adonde quieres ir?

—A Hennessey's —respondió Robert.

A las cinco, Jillian se acercó a la oficina de Connie, que estaba junto a su despacho.

—Connie, estaba a punto de irme, pero me acabo de dar cuenta de que no he visto a Jeeves en todo el día.

Connie miró hacia arriba, sobresaltada.

—¿Jeeves?

—Jeeves, Connie. El gato.

—Ah —dijo Connie—. Eh... Jeeves.

—Connie, ¿lo has visto?

Connie titubeó, y después sacudió la cabeza con vehemencia.

—No, últimamente no.

—Está bien, iré a buscarlo.

Entró y salió de varios despachos que se habían quedado abiertos, pero no lo encontró. Se encontró con Gracie a la salida del despacho de Daniel, preparando unas cartas para enviarlas por correo.

—Hola, Gracie. Estoy buscando a Jeeves. ¿Lo has visto?

—No, señorita Llewellyn. No lo he visto. Pero yo también estoy preocupada. Le puse atún para comer, lo llamé y lo llamé, pero no apareció.

—Qué raro.

—Daniel, el señor Llewellyn, no estaba preocupado. Me dijo que es un gato callejero y que ya aparecería.

—Bueno, supongo que es cierto.

—Aun así, estoy preocupada.

—Lo buscaré en el despacho de Griff. Vete a casa, Gracie. No te preocupes.

Griff ya se había marchado, y su despacho estaba cerrado. Julián frunció el ceño.

—Bueno, espero que estés ahí, Jeeves, o mañana habrá regalitos de gato por todas partes.

Fue de nuevo a su despacho y se encontró con Connie, que estaba poniéndose el abrigo para marcharse.

—Ya me iba. ¿Me necesitas para algo?

—No, yo también me marcho —dijo ella—. Creo que voy a ir al centro de la ciudad contigo.

—¿De veras?

—Sí. Quiero ir a Hennessey's.

—¿Crees que eso es buena idea? —le preguntó Connie, preocupada.

—¿No quieres venir conmigo?

—No, no, no es eso. Es Hennessey's. Me refiero a que... después de lo que pasó ayer...

—Justo por eso, es importante. No quiero tener miedo de volver a un bar.

—Tienes razón. Además, supongo que la adivina no estará allí hoy.

—Tampoco quiero tener miedo de las adivinas que echan las cartas.

—Pero, en realidad, en tu vida cotidiana, ¿con cuántas adivinas te encuentras? —le preguntó Connie, con total pragmatismo.

—Ésa no es la cuestión. Tengo la necesidad de ir a Hennessey's.

—Iré contigo.

—Está bien. Supongo que me vendrá bien que me acompañes —le dijo Julián a su amiga, observándola fijamente—. A propósito, no he encontrado a Jeeves.

—¿No? —le preguntó Connie, sin mirarla.

—Connie, ¿sabes algo sobre el gato que yo no sepa?

—Jillian, ¿es que ahora soy la vigilante del gato? Si vamos a salir a tomar algo, será mejor que nos vayamos ya.

Eran las seis menos cuarto cuando bajaron a la calle. El tráfico estaba en hora punta, así que decidieron tomar el metro, aunque también estuviera abarrotado.

La gente se arremolinaba en el andén, esperando a que el tren que estaba entrando en la estación se detuviera. Jillian notó que la muchedumbre la empujaba, tanto, que tuvo la sensación de que iba a caerse a la vía.

De repente, sintió una tremenda opresión en el pecho y oyó un susurro.

—Échate hacia atrás.

La gente que estaba detrás de ella protestó cuando se quedó inmóvil, impidiéndoles que avanzaran más. ¿Quién...

— ¡Jillian! —Connie la estaba llamando por encima del mar de cabezas.

El tren se detuvo y la puerta se abrió justamente frente a ella. Se apartó aquel susurro de la cabeza y entró al vagón con los demás.

Capítulo 5

—De todas formas, no me gusta la idea —dijo Robert, mientras se sentaba en una de las mesas de Hennessey's.

Extrañamente, aquella noche pidió una Gunvness. Algo irlandés. Oscuro.

Se estaba refiriendo a la campaña de publicidad. " — No entiendo por qué. Mira, Julián es mi prima —le dijo Daniel.

—Tu prima segunda —le recordó Robert, aun que no estaba seguro de qué significaba aquel detalle.

—Mi prima segunda. Lo que quiero decir es que es de mi familia. Es la niña a la que yo cuidaba todo el tiempo mientras crecíamos. Yo quiero a Julián. Si pensara que esta campaña podría hacerle daño, sería el primero en vetarla —dijo. Se terminó la cerveza y dejó el vaso sobre la mesa—. Disculpa. Ahora mismo vuelvo. La naturaleza me llama.

Después de que Daniel se marchara, Robert se quedó pensativo. La camarera se acercó.

—Señor Marston, ¿le apetece otra cerveza?

Él la miró. La chica le resultaba vagamente familiar. Era muy delgada y tenía la cara un poco envejecida, con arrugas prematuras. Sin embargo, tenía unos bonitos ojos y una mirada cálida.

—¿La conozco de algo? —le preguntó, amablemente.

—No. Tal y como soy ahora, no.

—Bueno, ésa es una respuesta interesante. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Pregunté a los demás camareros si alguien lo conocía cuando usted entró.

—¿De veras?

Ella asintió.

—Usted me dio dinero en un momento en el que había tocado fondo —dijo, y se mordió el labio inferior—. Estaba enganchada a la cocaína. Tuve una niña, y me quedé en la calle. Entonces me enganché. Hice lo peor para poder financiarme la adicción. La noche que usted me dio dinero, me dijo que le gustaría, una vez, tener un hijo también. Después me dio otros veinte dólares y... yo me di cuenta de que tenía suerte, una suerte increíble por tener una niña tan sana. Entonces me fui a casa. Y mi familia nos acogió. Mi padre es un viejo cliente de este bar, así que me consiguió este trabajo.

—Vaya —murmuró él, mirándola—. Bien hecho. Muy bien.

—Nunca lo habría conseguido de no ser por usted.

—Creo que eso es un poco... —No quiero que se sienta azorado por mi culpa, ni nada.

Sólo quiero darle las gracias. Acéptelas, ¿de acuerdo? Él se rió.

—Está bien. De nada. Y como compensación, puedo decirle que si yo he ayudado a mejorar su vida, es posible que eso sea mi logro más importante.

Ella se ruborizó.

—Bueno, eso no lo sé. He oído decir que es un hombre muy importante, pero si puedo hacer algo por usted...

—Se lo diré. Gracias.

—La siguiente cerveza corre de mi cuenta. —Muchísimas gracias. —Aquí llega su amigo. Discúlpeme. Ella se alejó de la mesa al tiempo que Daniel se acercaba, pero antes de sentarse, miró por el escaparate del bar.

—Vaya, mira quiénes están aquí —murmuró Daniel. Robert se levantó a medias y se dio la vuelta para mirar. Entonces, vio que Jillian y Connie estallan entrando al bar.

— ¡Eh, Julián! —le dijo Daniel, llamándola. Las dos mujeres estaban charlando cuando entraban por la puerta, pero Robert se dio cuenta de que, al ver a Daniel, Jillian se sobresaltaba ligeramente. Durante un momento, su expresión de inquietud fue evidente. ¿Acaso habría ido al bar con algún objetivo, y ellos estaban a punto de echarlo por tierra?

Rápidamente, Jillian disimuló su sorpresa y se acercó a ellos, junto con Connie.

—Siéntense, señoras. Les invito a una cerveza —dijo Daniel.

Connie se sentó junto a Daniel, y Jillian no tuvo otro remedio que sentarse junto a Robert. Él se dio cuenta de que todavía estaba incómoda cuando estaba a su lado, aunque fuera agradable. Cortés, pero fría. ¿Habría decidido comportarse así con él?

En aquel momento, la camarera se acercó a ellos. Había visto entrar a las dos mujeres, y llevaba una bandeja con cuatro vasos de Guinness.

—Por cortesía de la casa —dijo amablemente, y puso los vasos sobre la mesa.

—Muchas gracias —respondió Jillian—. ¿Y a qué debemos el honor?

—Es una forma de agradecerles que sean clientes. Siempre nos agrada tener a la familia Llewellyn en el bar.

—Bueno, pues muchas gracias —murmuró Jillian—. Muchísimas gracias —insistió. Hablaba de corazón. Robert se fijó en sus ojos de color esmeralda y en sus rasgos perfectos. Era una mujer impresionante.

Ella no se dio cuenta de que Robert la estaba observando. Le dio un sorbo a su cerveza, mirándola con desconfianza.

La camarera se había marchado. Daniel le estaba diciendo a Connie que le recordara a su marido que iban a tener una reunión con algunos clientes al día siguiente.

—No creo que sea tan mala —le dijo Robert a Julián.

Ella casi se sobresaltó. Se había asustado al darse cuenta de que él la miraba.

—¿Mala?

—Estás mirando la cerveza como si fuera a morderte.

Ella se ruborizó y sonrió.

—No pero ayer tomé dos... quizá tres. Después una adivina me asustó y me desmayé, y por la noche tuve pesadillas. Había pensado en tomar algo más suave esta noche.

—Entonces, pediremos algo más suave.

—Oh, no, no importa. No creo que la cerveza...

—¿Fuera la causante de la situación?

—Ojalá —murmuró Jillian.

—Entonces, ¿crees que soy yo el malo?

—No, por supuesto que no —respondió ella, ruborizándose aún más.

Él miró a Connie y a Daniel. Estaban absortos en su conversación.

—Bien, me alegro. Porque no lo soy. De hecho, tengo la intención de estar ahí para ti —le dijo. Quería que hubiera sonado suave, porque no deseaba traicionar de ningún modo la confianza que Douglas Llewellyn había depositado en él. Se inquietó al percibir la súbita profundidad de su voz, pero lo repitió, de todas formas—. Te juro que si me necesitas, estaré ahí para ti.

Aquellas palabras tuvieron un eco.

Era como si ya las hubiera dicho antes.

Y ella lo estaba mirando fijamente, perpleja.

Como si le hubiera oído decir exactamente aquellas palabras antes.

—Eh... lo siento —dijo suavemente, mientras se apoyaba en la pared—. No quería asustarte. Sólo quería decir que...

—Que ibas a estar ahí. A mi lado —murmuró Jillian.

–Sí.

—Debería irme.

—No, por favor.

—Eh, tú eras la que querías venir aquí —protestó Connie, interviniendo en la conversación.

Jillian no se movió.

La camarera se acercó de nuevo a la mesa.

— He venido a decirles, por si acaso quieren quedarse a cenar, que el plato especial de

hoy es el pastel de carne.

Al oírlo, decidieron quedarse. Connie llamó a su madre para preguntarle si podía quedarse con las niñas y después avisó a Joe para que fuera a Hennessey's a cenar con ellos.

Durante la cena, Robert sintió la presencia de Jillian durante todo el rato. Disfrutaba al oír su risa, y su perfume le resultaba embriagador. El calor que desprendía lo envolvía. Su sonrisa más ligera, su movimiento más suave le resultaban seductores.

«Tranquilo, amigo», se dijo.

Jillian era como un fuego que quería tocar, que ardía dentro de él.

—¿Porqué?

—Después de dejarte en casa la otra noche volví aquí. Hablé con ella, y me dijo cosas muy extrañas.

—Quizá haya algo en la cerveza —le sugirió Jillian, solemnemente.

—No lo creo.

—¿Crees que alguien le dijo que nos hiciera algunas predicciones específicas?

—Pensé que podría ser eso. Se suponía que yo había quedado con Daniel aquí. Pensé que quizá él se lo hubiera pedido.

—¿Pero él te ha dicho que no?

—Sí. Me sugirió a Griff.

Julián sonrió.

— Sí, es posible que él sea el culpable. Es el eterno bromista.

—Eso es lo que quiere que piense la gente — dijo Robert. Ella arqueó una ceja—. No he venido a trabajar a Llewellyn a ciegas, sin hacer una minuciosa investigación antes. Griff ha sugerido las mejores políticas de marketing de la empresa. Sabe muy bien cómo funcionan los incentivos, y también sabe cómo hay que colocar los productos en el mercado. ¿Nos vamos?

Se dirigieron hacia la puerta y pararon un taxi.

—¿Quieres ver mi apartamento? —le preguntó él, mientras entraban al vehículo.

—¿Ahora? —a Jillian se le había cortado la respiración.

—No es tarde, sólo son las nueve.

—Pero...

—Aprovecha la oportunidad. Haz algo siguiendo tu instinto.

—Si actuara por puro instinto, echaría a correr en este momento.

—¿En qué dirección?

—En cualquiera. Alejándome de ti —dijo. Sin embargo, estaba sonriendo.

Iba a decirle que no. Robert estaba seguro. Sin embargo, no lo hizo.

—Supongo que es pronto. Él entendió aquello como una aceptación. Se subió tras ella al taxi y le dio la dirección al taxista.

Cuando llegaron a su casa, Robert tuvo la súbita necesidad de que ella le diera su aprobación. Por primera vez durante mucho tiempo, observó su propio ambiente. Los suelos eran de tarima de madera, y estaban cubiertos de maravillosas alfombras persas de colores rojizos y azules. Las tapicerías de los muebles eran de cuero. Le gustaba el cuero, y también los libros. En las paredes del salón había estanterías llenas de libros. Le encantaba coleccionar primeras ediciones y libros únicos. Tenía cuadros en las paredes, principalmente de escenas antiguas o históricas. También tenía una lictografía del primer plano de metro de la ciudad, enmarcada y colgada cerca de los grandes ventanales que se abrían a la terraza. Le gustaba la música, clásica y moderna, y tenía muchos discos y un buen equipo. También tenía una chimenea con fuego de verdad. Después de ayudar a Jillian a que se quitara el abrigo en el recibidor, fue directamente hacia allí, sorprendido por no sentirse tan seguro de sí mismo como siempre. Le temblaban las manos mientras encendía el fuego. Ella lo siguió y observó cómo comenzaban a nacer las llamas.

—El otro día tuve una pesadilla extrañísima sobre un incendio —le dijo.

Él se quedó inmóvil. ¿Le estaría queriendo decir que no tuviera ninguna idea romántica estereotipada de ella? Se volvió, todavía agachado junto al fuego, y la miró.

—¿Quieres que lo apague?

Ella se ruborizó y sacudió la cabeza.

—No, no, me encanta el fuego en una noche fría. Sólo te estaba mirando y pensando... que fue una noche muy rara.

—Sí, fue una noche rara. Bueno, salvo por el hecho de que yo no creo en... lo raro.

—¿Qué quieres decir?

—Que sigo convencido de que alguien nos gastó una broma con la adivina. Y al final descubriré quién fue.

—No estarás preocupado por mí, ¿verdad?

—¿En qué sentido?

Ella se agachó junto a él.

—Ya sabes —le dijo suavemente— No soy una flor delicada. El hecho de que no tenga deseos de hacerme con las riendas de la empresa no significa que esté aletargada. Tengo mis opiniones, y soy fuerte y decidida.

Él sonrió lentamente.

—No lo dudo.

—Bien.

Jillian se puso de pie y caminó hacia el ventanal para observar las vistas.

—Las luces brillan como si fueran un millón de estrellas.

Él se acercó a ella. Percibió su perfume suave, una esencia evocativa que se le metía por todos los sentidos.

—¿Te gusta la vista?

—Es increíble.

Robert estaba justo detrás de ella.

—A mí me gusta salir a la terraza, preferiblemente cuando hace mejor tiempo, tumbarme y mirar hacia arriba. Sólo se ven las estrellas, y algunas veces la ciudad está lo suficientemente tranquila como para poder imaginarte que Manhattan no está, que sólo existen la tierra, el aire y las estrellas.

—Qué agradable. Yo consigo eso en la finca de la familia, en Connecticut. Bueno, ya lo verás. Allí ocurren muchas cosas según nos acercamos a la Navidad —dijo Jillian. Se volvió hacia él, sonriendo—. Me encanta pasar las navidades allí. Parece que todo es posible. Todo el mundo está relajado. Y hay algo especial en las luces, en la música, y...

-¿Y?

—No sé. Me parece que todo es posible en Navidad, simplemente.

—¿Como si fuera la época de los milagros?

—Qué escéptico.

—No soy escéptico. Sólo soy realista.

—Bueno, ahí está la cuestión. Tienes que creer en los milagros para que ocurran. Vamos a salir a la terraza.

—Hace frío.

— Si tenemos frío, entraremos. Tienes un buen fuego en el salón.

—Está bien.

Robert abrió la puerta de cristal de la terraza y los dos salieron. El viento soplaba con furia e intensificaba el frío. La situación del edificio, junto al río, formaba un extraño túnel de aire. Había comenzado a nevar. Eran copos ligeros, pero húmedos y heladores. Giraban en remolinos a su alrededor, y parecía que estaban en una bola de cristal llena de nieve. El cielo estaba lleno de estrellas, y había una enorme luna llena que aparecía de vez en cuando entre las nubes y que volvía a desaparecer tras la niebla y la nieve.

El viento comenzó a gemir. Él le pasó un brazo por los hombros.

—Está bien, ya hemos salido. Ahora entremos. Tienes que estar helada.

Ella se volvió en sus brazos, mirando hacia arriba, a punto de decir algo. Tenía los ojos brillantes y una sonrisa en los labios. Y él se sintió, de repente, como si siempre la hubiera conocido, como si ella hubiera escuchado sus sufrimientos y sus sueños, como si hubieran planeado pasar toda la vida juntos. Como si él hubiera jurado que la protegería del viento y de la nieve.

Como si ella conociera todas sus debilidades y sus puntos fuertes.

Robert inclinó lentamente la cabeza, dándole todas las oportunidades para que se moviera. Pero ella no lo hizo. Cuando la rozó con los labios, tuvo la sensación de que cientos de hogueras se encendían en su interior.

Se quemaba.

Contra el viento, la nieve, la oscuridad, giraron, El beso se hizo más profundo, y el fuego se avivó aún más. Ella era algo asombroso, provocativo, suave. Era suya.

La levantó en brazos.

Sus miradas se cruzaron.

Ella lo sabía.

La confianza volvió. Con un toque de arrogancia, también, Robert se sintió como si hubiera conquistado el mundo. Se dio la vuelta y entró con ella en el salón. Cerró la puerta de cristal con el pie y la llevó junto a la chimenea. Allí, la posó suavemente en el suelo.

El calor del fuego los envolvió. La alfombra era mullida y suave, y los cojines los envolvían también, junto con la suave luz y la calidez.

Unos momentos después, él ya no recordaba cómo se habían deshecho de la ropa.

En cuanto Daniel entró en su casa, supo que no estaba solo. Su visitante no se movió al principio, y no había demasiada luz. Pero sabía que no estaba solo, y sabía quién estaba allí.

Se quitó la bufanda, irritado, mientras entraba.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a verte.

—¿Por qué? Te he dicho que no vinieras aquí.

—¿Por qué?

—Porque ésta es mi casa.

—Creo que un amigo puede visitar a otro en su casa.

—En la mía no.

—¿Eso significa que no somos amigos, o que tus amigos no vienen aquí?

Daniel se acercó al mueble bar. Le dirigió a su visitante una mirada de cautela mientras se servía una copa.

—Vete. No vas a conseguir nada de mí. Ni aquí, ni ahora.

—Yo no he venido a conseguir nada.

—Entonces, ¿para qué?

—Estoy intentando averiguar qué es lo que tú quieres conseguir.

Daniel arqueó una ceja.

—¿Y por qué te importa eso? Tu motivación es el dinero. Siempre me lo has dicho así.

—¿Y cuánta gente dice la verdad y nada más que la verdad?

Daniel se tomó el whiskey de un trago.

—Vete a casa.

—Tú no sabes ni la mitad de las cosas que he hecho por ti, ni lo que puedo hacer.

—No quiero nada.

—Oh, Daniel. Mentiroso.

–No.

—No me mandes a casa, Daniel —le pidió su visitante suavemente, muy suavemente— Tenemos tanto de lo que hablar...

Sus palabras se desvanecieron mientras se acercaba a él y, con delicadeza, le acariciaba la mejilla.

Entonces, pasó por delante de él, dio unos pasos y esperó.

Esperó a que la siguiera.

Él se sirvió otra bebida mientras sacudía la cabeza. Con decisión, se la tomó de un trago, de nuevo.

Después se volvió y la siguió.

Justo como ella había imaginado.

Lo primero que vio Jillian cuando abrió los ojos fue uno de sus zapatos.

Entonces recordó dónde estaba. Y por qué. Parpadeó. No estaba segura de si todo había sido un sueño, de si había perdido la cabeza por completo.

Había sido una noche maravillosa. Increíble. Más allá de la imaginación. Él era... maravilloso. Increíble. Más allá de toda imaginación.

Más allá de aquellos pensamientos, la mente no le funcionaba.

Había sido una locura. Aquella noche se había sentido... arrastrada. Obsesionada. Ardiente. Y quedarse allí no había sido sólo algo natural, sino inevitable.

El fuego se había apagado, y ella habría tenido frío de no haber sido por Robert. Estaba tumbado a su lado, y le daba calor. Pero el tiempo había pasado, había amanecido y con la mañana había llegado también el sentido común. Se incorporó suavemente y se dio cuenta de que él estaba despierto, sin hacer el menor movimiento para no molestarla.

Aquellos ojos oscuros la miraban con seriedad. Parecía alguien muy diferente del hombre de negocios al que había visto a distancia en la empresa. En vez de eso, completamente desnudo, despojado de todo lo que no era su esencia, era muy real.

La locura de aquella situación la sobrepasó. Se levantó rápidamente y comenzó a buscar con torpeza su ropa.

—No... no me puedo creer que haya hecho esto.

—No has robado un banco, ni has matado a nadie —le dijo él, sin dejar de mirarla.

—No, claro que no, pero...

—¿Pero?

Ella se detuvo al percibir su tono de voz y lo miró también.

—¿Te arrepientes de lo que ha pasado esta noche? —le preguntó él.

Jillian sonrió.

—En absoluto. No había pasado una noche tan maravillosa... bueno, no había pasado una noche tan estupenda en mucho tiempo. Muchísimas gracias. Pero debería haber sido más responsable. Vivo con Henry y con el abuelo, y ellos son como un par de viejecitas. Se preocupan si no llamo.

—Ah, es eso.

Elegante y seguro de sí mismo, él se estaba levantando y estirándose. A ella se le cortó la respiración. Era perfecto, y ella estaba perdiendo la cabeza. Apenas lo conocía. Él era un tiburón al que habían llevado a la empresa para que los devorara a todos. Y después de una noche de total decadencia, se había enamorado. O estaba completamente encaprichada. O algo.

—Debería haberles llamado.

—Yo los llamé.

-¿Qué?

—Llamé a la casa y le dije a Henry que habíamos parado aquí a tomar algo y que estaba empezando a nevar mucho, y que era posible que te quedaras. Él me dijo en que sería lo mejor, en vez de enfrentarte al tiempo.

— Oh —dijo Julián. Él se había ocupado de todo.

—Pondré la cafetera.

—Bien.

—Hay dos duchas. En la habitación de invitados encontrarás todo lo que necesites.

—Ah, así que recibes visitas a menudo —comentó ella, intentando que el comentario sonara ligero.

Él sacudió la cabeza.

—No. A menudo no.

Se dio la vuelta y caminó hacia la cocina.

Cuando ella terminó de arreglarse, el café ya estaba preparado. Él llegó a la cocina unos minutos después. Era de nuevo el ejecutivo perfecto. Los trajes le quedaban como un guante.

—¿Te apetece fruta o un donut? —le preguntó ella.

— Ah, estás esperando a que diga «sólo fruta, por favor», ¿verdad?

—No, creo que deberías comerte un donut muy grande, hoy.

—¿Y qué te parece la fruta y el donut?

—Muy bien.

Sacó ambas cosas a la mesa. Se sentaron y desayunaron juntos, compartiendo el periódico. Debería haber resultado, al menos, un poco embarazoso, pensó Jillian. Sin embargo, no lo fue. Fue divertido. Y después, mientras él le ponía más café, ella plegó el periódico y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Robert?

-¿Sí?

—No estaba mintiendo cuando te he dicho que... bueno, que ésta ha sido una de las mejores noches de mi vida. Pero...

-¿Pero?

—¿Entenderás que quiera echarme atrás?

Él no dijo nada, tan sólo la miró.

—Lo intentaré.

—Dijiste que no creías en «lo raro».

-Yo...

—Espera, por favor. Está bien, supongamos que la adivina estaba gastándonos una broma y nos diera unas predicciones preparadas. Pero, ¿cómo explicas la forma en que reaccioné

cuando te vi? Yo nunca, nunca me había desmayado.

Él dejó la taza en la mesa lentamente.

—Dicen que la mayoría de las cosas son psicológicas. El cerebro humano es un ordenador increíble. Yo acabo de llegar a la empresa. Tú has oído todo tipo de rumores tontos. Y por alguna razón, como consecuencia, yo me había convertido en algo horroroso en tu cabeza. Y después de todo lo que te pasó con la adivina, y en Halloween...

—Pero a mí, aun así, sí me parece muy extraño—replicó ella, suavemente— Y después... ¿cómo explicas lo de esta noche?

Él la miró a los ojos.

—Creo que, una vez en la vida, o dos, tenemos la increíble suerte de cruzarnos con alguien único en el mundo, tan maravilloso y excitante, sexy y bello, que es algo insoportable. Y algunas veces, por la gracia de Dios, esa persona siente lo mismo por nosotros. Así lo explico.

Ella exhaló con suavidad.

–¿Y bien?

—Es una buena explicación. Pero de todas formas, tengo que pedirte que me dejes ir despacio. Para mí es algo muy extraño, pero de una forma distinta. El viernes... el viernes es el primer aniversario de la muerte de mi marido.

—Lo sé, y lo siento mucho.

—Yo sabía que se estaba muriendo cuando me casé con él.

—Ya me lo habían dicho.

—¿Y no quieres saber por qué?

— Supongo que lo querías y que querías estar con él todo el tiempo posible.

Ella sonrió.

—Bueno, sí. Pero yo creía... creía que podría hacer que se curara. Bastante arrogante por mi parte, ¿eh?

—No. Creo que fue maravilloso por tu parte. Y te diré algo. No voy a llamarte. No voy a verte, salvo por cuestiones de trabajo. Cuando estés preparada, dímelo, ¿de acuerdo?

Ella se acercó a él, lo abrazó y lo besó. Él la abrazó también, y la besó, y el mundo comenzó a desaparecer. Julián quería más.

Él se apartó un poco y le levantó la barbilla.

—¿Ya me estás llamando? —susurró.

Jillian sacudió la cabeza.

—Estaré aquí. Cuando me necesites, te prometo que estaré aquí —le dijo él.

Cuando la soltó, Julián se estremeció. No debería separarse de él. Tenía una sensación de incomodidad mientras salían de su apartamento, bajaban a la calle y le pedían al portero que les llevara el coche de Robert. Estaba nevando mucho, pero los trabajadores de la ciudad habían hecho un buen trabajo apilando la nieve, de modo que la calzada y las aceras quedaran transitables.

Mientras iban hacia la empresa, Jillian estaba pensativa.

—¿Así que tú no crees realmente en las cosas extrañas?

–No.

—¿Ni en los milagros?

—No, me temo que no.

Ella sonrió.

—¿Y en la magia?

–No.

Robert entró en el garaje de Llewellyn Enterprises.

—Pero —insistió Jillian—, antes dijiste que era algo increíble el hecho de encontrar a alguien y, por la gracia de Dios, esa persona sentía lo mismo que tú por ella.

—Sí, lo he dicho.

Ella abrió la puerta, salió antes de que él hubiera apagado el motor y se inclinó para mirarlo.

—Entonces, tú también crees en los milagros y en la magia —le dijo.

Después, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 6

El viernes por la mañana, Eileen entró precipitadamente en el despacho de Jillian.

— ¡Nos vamos todos a Connecticut a grabar los anuncios de la campaña de televisión! Si hace falta, nos quedaremos hasta el lunes. Te sugiero que nos vayamos pronto, porque tendremos que levantarnos a trabajar muy temprano mañana por la mañana, para aprovechar la luz.

Jillian tomó aire. Eileen era sólo unos pocos años mayor que ella, pero desde que eran niñas, parecía que siempre había pensado que aquello la hacía su jefa.

—Eileen, no puedo irme hoy. Voy a ir al cementerio. Es el primer aniversario de la muerte de Milo.

Eileen dejó escapar una bocanada de aire, consternada.

—Oh, Jillian, lo siento muchísimo. Sabía que se acercaba, pero se me había olvidado que era hoy. Hace dos semanas tuviste aquella misa en su memoria, y creí que...

—Sí, lo sé. Y no es que yo piense que un día es mejor que otro, pero hoy quiero ir al cementerio.

—Por supuesto. Te acompañaré, y después iremos juntas a la finca.

—No, Eileen. No te preocupes. Tú querrás ir con Gary, y yo quiero tener mi coche allí si vamos a estar todo el fin de semana.

—Allí habrá coches de sobra. Por favor, ven con nosotros. No deberías ir sola.

—Yo puedo ir con ella, Eileen —intervino Connie, asomando la cabeza por la puerta.

Eileen se dio la vuelta.

—No, Connie, no es necesario. Y Daniel me dijo que Joe y tú no tendríais que ir hasta mañana por la mañana. Él sabe que no queréis dejar solas a las niñas más tiempo del necesario.

—¿Por qué no las lleváis? —sugirió Jillian.

—Vamos a estar trabajando —dijo Eileen firmemente, mirando a Connie como si tener hijos hubiera sido una violación directa de la ética del trabajo.

—Agatha estará allí, y puede cuidar de ellas mientras estamos ocupados —dijo Jillian.

—Agatha tiene que encargarse de toda la casa, y tiene setenta años —les recordó Eileen.

—Y también tiene a mucha gente empleada. No habrá ningún problema si quieres llevar a las niñas, Connie.—Gracias —murmuró Connie, pero parecía que estaba incómoda mientras se daba la vuelta para marcharse.

— Saldremos a la hora de comer, ¿te parece bien? —le preguntó Eileen a Jillian,

volviéndose también.

Jillian se levantó de su escritorio.

—Eh, esperad un momento las dos. Hace varios días que no veo a Jeeves, y estoy empezando a preocuparme de verdad.

Las dos se quedaron inmóviles, pero ninguna se volvió a mirarla.

—¿Eileen?

—No, yo no lo he visto —respondió Eileen, y salió casi corriendo de la oficina.

—Debe de estar por ahí —farfulló Connie, y también salió corriendo .

El hecho de que Connie no la hubiera mirado le pareció muy extraño. Completamente decidida, Jillian salió de su despacho, adelantó a Connie y siguió por el pasillo. Entró en el despacho de Griff sin llamar y se lo encontró trabajando de verdad, concentrado en el estudio de algún documento financiero.

Él alzó la vista.

—Griff, ¿dónde está Jeeves?

Él cruzó las manos sobre el escritorio.

—Jillian, no te preocupes por el viejo Jeeves, y mucho menos hoy.

-Hoy...

—Es el aniversario de la muerte de Milo, ¿verdad? —dijo él, sonriendo ligeramente–No, no se me ha olvidado. Voy a pasar por el cementerio antes de ir a la finca. ¿Quieres venir conmigo?

—Eileen acaba de ofrecerse a acompañarme, gracias. Y gracias también por acordarte. Pero tenemos que encontrar a Jeeves.

—Y lo haremos —dijo él.

Se puso de pie, rodeó su escritorio y la tomó suavemente del brazo para guiarla hacia la puerta del despacho.

—Quizá se haya ido por ahí. Quizá haya encontrado una novia. Ya sabes cómo son los gatos.

Le dio un beso en la mejilla.

Jillian no estaba muy segura, pero tenía la impresión de que él estaba deseando que se marchara de su oficina.

—Incluso yo tengo que dejar varias cosas terminadas antes de poder marcharme durante todo el fin de semana —le dijo, y cerró la puerta.

Llena de curiosidad, Jillian volvió a recorrer el pasillo. Estaba a punto de meter la cabeza en el despacho de Daniel cuando Gracie Janner la detuvo.

—No está aquí, señorita Llewellyn.

—Oh, gracias.

Entonces, se dirigió al despacho de Theo, y allí encontró a Connie, a Daniel y a Joe, reunidos.

—¿Qué ocurre?

Todos la miraron fijamente.

—Nada —respondió Daniel, acercándose a ella para saludarla—. Estamos hablando sobre cómo vamos a repartirnos en los coches para viajar a Connecticut. Tú vas a ir con Eileen, ¿verdad?

—Sí, supongo, pero...

—Nada. No pasa nada —repitió Connie.

Daniel estaba mirando al grupo con una expresión que parecía de disgusto.

—Si me perdonáis, tengo que irme.

—¿Todo el mundo va a ir a la finca? —preguntó Jillian.

—Casi todo el mundo —respondió Theo, y comenzó a seguir a Daniel.

–¿Theo?

–¿Qué?

—Ésta es tu oficina —le recordó ella.

—Sí, sí, pero tengo que ir a... buscar unos papeles a la oficina de Daniel —le dijo, y salió.

—Jillian, deberías llamar a Henry —le dijo Eileen— Yo voy a llamar a Gary. Perdonadme — dijo, y se escabulló, seguida de Connie y Joe, que se despidieron apresuradamente.

Jillian sacudió la cabeza y volvió a salir al pasillo, con la sensación de que ella, o toda su familia, se estaban volviendo locos.

Entró en su despacho, y no acababa de sentarse en su escritorio cuando entró Connie. Se detuvo en seco, abrió la boca para decir algo, volvió a cerrarla y se marchó.

—¿Connie?

Connie fingió que no la oía, así que Jillian entró en su oficina.

—¿Qué está pasando?

—Yo... yo... nada.

—Connie, nos conocemos desde hace mucho. ¿Para qué acabas de entrar en mi despacho?

—Yo... yo... yo... ¡está muerto! —soltó Connie.

—¿Quién está muerto? —preguntó Julián con un escalofrío.

—Jeeves —susurró Connie—. Lo siento muchísimo, Julián, pero no quería decírtelo. Estabas tan disgustada por lo que había sucedido con la vidente, y el animal era un gato negro, y era Halloween...

—¿El gato ha muerto?

Al oír la pregunta, formulada por una profunda voz masculina, Jillian se dio la vuelta y Connie se sobresaltó. Robert Marston estaba en el umbral de la puerta.

—¿Por qué está mintiendo todo el mundo sobre un gato muerto? —preguntó.

—No estábamos mintiendo. No queríamos disgustar a Jillian —le explicó Connie.

—Connie, eso es una tontería. Siento mucho que se haya muerto el gato, claro, pero... ¿por qué me habéis mentido?

—No queríamos que te disgustaras —repitió Connie.

—¿De qué murió el gato? —preguntó Robert con aspereza.

— Creo que murió de viejo —respondió Connie—. Simplemente, se murió.

Robert Marston se dio la vuelta y se marchó, con una expresión pensativa en el rostro. Connie estaba muy pálida y consternada.

—Connie, no pasa nada —le aseguró Jillian— Sólo me habría gustado que me lo dijerais para no volverme loca buscándolo.

—Lo siento. íbamos a decírtelo, de veras, cuando llegara una buena oportunidad. Hoy... bueno, ya sabes, hoy es el aniversario de la muerte de Milo, y no nos parecía conveniente.

—No pasa nada. Soy una adulta —dijo Jillian, y comenzó a caminar hacia su propio despacho. Después se detuvo y le preguntó a Connie— ¿Y qué habéis hecho con Jeeves?

—No lo sé —respondió su amiga— O Daniel o Griff se hicieron cargo de los restos.

Jillian volvió a su escritorio, más inquieta de lo que hubiera pensado. Estaba segura de que Connie aún le estaba ocultando algo.

Intentó trabajar, pero no podía concentrarse. Soltó el bolígrafo y apoyó ambas manos en la mesa. Douglas le había dicho que no fuera aquel día a trabajar, pero ella no había querido quedarse sola en casa, ni pasarse el día dándole vueltas a la cabeza. Pero en aquel momento...

Un año. Un año entero.

Y el gato también estaba muerto.

Y ella tenía terribles pesadillas de incendios...

Se levantó y se dirigió hacia el despacho de Daniel. Cuando Gracie comenzó a levantarse, le indicó impacientemente con un gesto de la mano que no era necesario. Entró en el despacho sin llamar.

Robert Marston la había precedido. Él no la vio cuando entró, porque estaba de espaldas a

la puerta, hablando con Daniel.

—No entiendo por qué mandasteis a incinerar al animal sin saber qué le había ocurrido.

—Por Dios, Robert, era un gato.

—Y murió en el despacho de Jillian.

— ¿Estás sugiriendo que...

—Estoy sugiriendo que era importante averiguar qué le ocurrió exactamente.

—¿Jeeves murió en mi despacho? —preguntó Jillian.

Los dos hombres la miraron. Robert se ruborizó, apretó la mandíbula y apartó la mirada.

—¿Es que nunca llamas a la puerta? —le preguntó severamente.

—¿Daniel?

—Murió de viejo, Jillian. Le caías muy bien, estaba cómodo en tu oficina, y fue a morir allí.

—Deberíamos haber averiguado de qué murió exactamente —dijo ella—. Yo no tenía ni idea de qué edad tenía.

—Jillian —le dijo Daniel pacientemente—, la noche anterior te habías desmayado porque una adivina te había gastado una broma. Era la noche de Halloween, y un gato negro murió en tu escritorio. Lo siento, pero pensamos que lo mejor era no decirte nada.

—Por amor —murmuró Robert, sin mirar a Jillian.

—Claro que sí —respondió Daniel, aunque ella tuvo la sensación de que Robert lo había dicho con cierto sarcasmo.

—Por favor, no volváis a ocultarme nada. Por ninguna razón —dijo ella, y se marchó.

Volvió a su oficina, cerró la puerta y después fue a decirle a Eileen que estaría en el piso de abajo, en la cafetería.

Un poco después, la camarera de Hennessey's a la que Robert había ayudado lo llamó a su despacho y le dijo que había conseguido hablar con la adivina, y que Madame Zena había fijado una cita con él en una hora, en el Voodoo Café, un bar del centro cerca del Hudson. Y una hora después, mientras aparcaba el coche, Robert se preguntó si no se estaría volviendo un poco loco. ¿El Voodoo Café?

El lugar era un establecimiento muy agradable, nada oscuro ni pretencioso como muchos bares de moda. Estaba decorado con arte africano y ofrecía platos haitianos, africanos y criollos. Él no había comido, y no veía a Madame Zena por ningún lado, así que se sentó en una de las mesas y pidió la especialidad de marisco y un café.

Justo cuando le servían el café, una mujer se sentó en la silla que estaba frente a él. Madame Zena. Estaba muy diferente, asombrosamente guapa, con el pelo corto y peinado de una manera que subrayaba la perfección de sus rasgos.

Llevaba un traje de punto, y transmitía una sensación de confianza y de capacidad.

—Madame Zena —murmuró él—. Gracias por venir. ¿Me permite que la invite a comer?

— Sí, muchas gracias. ¿Ha pedido la especialidad de marisco?

Él sonrió.

—¿No sabe lo que he pedido?

Ella lo miró a los ojos y después saludó a la camarera que iba hacia ellos.

—Yo también tomaré el especial, Kia, gracias. Y café.

Él se recostó en el respaldo.

—¿Impresionado? —le preguntó ella.

—¿Porque sepa que he pedido la especialidad del restaurante? No ha sido una mala suposición.

—Está bien, como quiera.

—Mire, estoy preocupado por la señorita Llewellyn.

—Y con razón.

—¿Por qué dice eso?

—Porque está en peligro.

—¿A causa de quién?

—Eso no puedo decírselo.

—Pero puede ayudarme. ¿Quién la contrató?

—Hennessey's.

—No, no, eso ya lo sé. ¿Quién la contrató a usted para que...

—Usted lo sabe —lo interrumpió ella, sacudiendo la cabeza— Ése es el problema. Lo sabe —repitió, y levantó la mano para llamar a la camarera—. No vale la pena que malgaste el tiempo.

—Lo siento, pero soy realista. He visto cosas muy malas en este mundo, y he visto que han ocurrido por las acciones de otra gente. La gente le hace daño a los demás, Madame Zena...

—Sí, en algo estamos de acuerdo.

—Así que si usted me dijera quién...

—Nadie me contrató para que hiciera nada, señor Marston. Me llamo Shelley Millet, no Madame Zena. Pero no soy una charlatana, y no estoy jugando a juegos crueles. Creo que Jillian está en peligro. Ocurrió algo... algo en el pasado. Fue una gran tragedia, una fuerza horrible. Usted fue parte de ello.

—Pero yo no la conocía.

—El pasado es tan grande como el tiempo, señor Marston.

—Está usted hablando con acertijos. Ya le he dicho que yo no conocía a Julián. Fui al colegio con Theo Llewellyn, pero no conocí a Julián hasta que fui a trabajar a Llewellyn Enterprises. Hasta la otra noche. Yo nunca le he hecho daño, y nunca se lo haría. ¿No lo entiende? Estoy intentando ayudarla.

—¿Por qué está tan seguro de que ella necesita ayuda, señor Marston?

Él titubeó.

—Eso no puedo contestarlo.

—¿Una sensación?

—No. Sencillamente, no puedo decirlo —respondió. Si había algo siniestro en todo aquello, no estaba dispuesto a avivar el fuego que alguno de los Llewellyn había podido prender.

—Es usted un burro, señor Marston —dijo ella suavemente, apoyándose en el respaldo del asiento.

-¿Qué?

Ella sonrió.

—Lo siento, he sido grosera. Pero ahí está usted, educado, joven, poderoso, fuerte como el acero, lleno de sentido común y de lógica. Un hombre inteligente. Pero debe ver, o si no, no le servirá de nada. El mundo está lleno de bien y de mal. De fuerzas. Y de oportunidades. Karma. Llámelo como quiera, señor Marston, pero si no abre su corazón y su mente, volverá a fracasar.

—¿Volveré a fracasar? ¿Cómo he fracasado?

—Entonces fue arrogante, y ahora también lo es. Cree con demasiada firmeza en su decisión de llevar a cabo las cosas, en el poder de la mente y del cuerpo.

Él sacudió la cabeza.

—Yo he venido a verla para pedirle ayuda, y usted está hablándome entre adivinanzas.

—Estoy intentando ayudarle.

Cuando les sirvieron la comida, Robert apenas se dio cuenta de que comenzaba a comer, demasiado absorto en la frustrante conversación que estaba manteniendo con aquella mujer.

—Entonces... ¿usted nos reconoció a Jillian y a mí por medio de sus poderes, y por algún motivo, comenzó a llamarla bruja, y después, se le pusieron los ojos en blanco al verme?

Para su sorpresa, ella titubeó y se inquietó ligeramente.

—Yo sabía quién era usted.

—¿Y quién se lo dijo?

—Yo conocía al marido de Jillian. Hoy es el primer aniversario de su muerte.

Robert sintió un escalofrío, pero al segundo se reprendió a sí mismo y se recordó que no creía en los fenómenos psicológicos.

—¿Él también tenía el don de leer las cartas?

—No. Él era profesor, como yo. Dábamos clase en el mismo colegio.

—¿Y usted conoció entonces a Jillian?

—No. Él ya había dejado de dar clase cuando se casaron. Para entonces estaba muy enfermo —dijo. Miró el reloj y dejó escapar un suspiro—. No tenemos mucho tiempo. Tengo que volver. Lamento mucho que usted crea que no estoy intentando ayudarlo. Lo estoy intentando. Pero no podré conseguirlo a menos que abra su mente —dijo ella, y sonrió—. Es usted un buen hombre, aunque se esté comportando como un burro.

—¿De veras? —respondió él, cruzándose de brazos y apoyándose en el respaldo de su silla.

—¿Quiere ayudarla? Quédese con ella, vigílela. No la deje esta vez, pensando que es muy poderoso y que su nombre será suficiente para protegerla.

—Esta vez. ¿Esta vez? —preguntó, irritado—. Ya estamos de nuevo.

—El bien y el mal, señor Marston.

—Sí, estamos de acuerdo.

—Navidades. Se están acercando rápidamente.

—¿Qué? ¿Acaso a Julián la va a atropellar un reno? Señorita Millet...

—Es una época para creer, señor Marston. Una época en la que la bondad debería ganar, una época de milagros. Pero yo le prometo que los milagros nunca le suceden a la gente que no cree en ellos.

—¿Y cuál es el milagro que estamos esperando, señorita Millet?

Ella lo miró fijamente, con aquellos ojos dorados, durante unos instantes.

—La vida, señor Marston. La vida en sí misma es el milagro. Y ahora, si me disculpa...

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Después se detuvo, ligeramente confusa, y lo miró de nuevo.

—A propósito, el gato murió envenenado.

-¿Qué?

Él se levantó antes de darse cuenta, pero ella ya había salido del local.

Robert dejó varios billetes sobre la mesa y salió corriendo tras ella. La alcanzó dos manzanas más allá, y la tomó del brazo.

—¿Cómo lo sabe? —le preguntó—. ¿Cómo sabe lo del gato?

—¿Y qué importancia tiene eso? Usted no me creerá si se lo cuento.

—Inténtelo.

–Milo.

–¿Qué?

—Ha sido Milo, señor Marston. No sé cómo, ni por qué. Normalmente, no recibo mensajes de los muertos. Y aunque sea muy raro, también ha sido él quien me ha dicho que usted es un hombre decente. De verdad, ahora tengo que irme. Intentó hacerlo, pero él volvió a agarrarla del brazo.

—Espere. Si usted sabe todo esto, si Milo se lo está contando, también sabrá quién lo está haciendo.

—No. Él tampoco lo sabe.

—Milo, el difunto Milo, habla con usted, pero no sabe lo que está ocurriendo. Le advierte del peligro, pero no puede decirle qué es ese peligro —dijo él, en un tono irónico y escéptico.

—Si no quiere escucharme, no vuelva a buscarme. Lo único que sé con certeza es que la energía nunca se destruye. Siempre existirán el bien y el mal, y el mal ha vuelto ahora. Julián está en peligro.

Quizá usted sea la causa de ese peligro. Y ahora, si me permite...

—Pero...

— Si realmente está dispuesto a escucharme, señor Marston, llámeme de nuevo.

Entonces, ella se marchó. Y Robert, totalmente frustrado, la dejó ir.

Capítulo 7

Jillian se conmovió al ver a toda su familia en el cementerio.

Todos iban a Connecticut, cierto, pero estaban allí con ella igualmente. Connie y Joe también estaban allí, claro, porque eran sus mejores amigos. Incluso Henry, y Amelia, la mano derecha de su abuelo, estaban allí. Gracie Janner estaba allí, como la devota secretaria que era.

Sin embargo, de alguna manera se sorprendió de que Robert Marston no estuviera allí. Aunque tenía que reconocer que ella misma le había pedido que le concediera cierta distancia.

El padre Hidalgo, el sacerdote que había oficiado el funeral de Milo y que iba a celebrar la misa del primer aniversario de su muerte, se acercó para darle un cariñoso beso en la mejilla, y ella le aseguró que estaba bien, recuperándose y mirando al futuro.

Después les dio las gracias a todos por estar allí con ella, y el padre comenzó a leer las oraciones.

En realidad, Jillian no pensaba que la esencia de Milo estuviera realmente allí, ni que fuera necesario rezar directamente junto a su tumba. Era una cuestión de respeto y de recuerdo. Lo recordaba con amor. Él había sido su mejor amigo, y lo echaba terriblemente de menos.

Después de la misa informal junto a la tumba de Milo, Jillian se dio cuenta de que Robert había llegado al cementerio. Se había quitado el traje de oficina y llevaba un jersey y una chaqueta de cuero negro. Llevaba gafas de sol, seguramente para protegerse del reflejo de la nieve recién caída. Estaba un poco alejado de la familia, con las manos en los bolsillos, observando. Estaba inmóvil, pero Jillian tuvo la sensación de que estaba preparado para saltar a la menor señal.

¿A la menor señal de qué?

Hidalgo terminó de hablar. Jillian posó una rosa roja sobre la lápida de Milo. Después, comenzó a alejarse lentamente con los demás. Ella volvió a darles las gracias a sus familiares. Todo el mundo intentó estar relajado y alegrarla. Gary comentó que se moría de hambre, y Eileen propuso ir a tomar pizza, mientras que Griff sugirió que debían ir a un estupendo restaurante chino que había por el camino.

Douglas sugirió una votación, y ganó la pizza.

Cuando Jillian iba con Eileen y con Gary hacia el coche de su prima, se dio cuenta de que Robert iba con ellos también. Y, como siempre, su proximidad le creó una mezcla de emociones. Aquella extraña sensación de fiebre.

De felicidad, de miedo.

¿De miedo?

Sí, y no entendía por qué.

—¿Vas a venir con nosotros?

—Sí. ¿Te importa?

—No, claro que no. Yo sólo... bueno, creía que preferirías tener un coche disponible.

—Así es. Me han dicho que en la casa hay coches.

—Sí, es cierto.

Él se encogió de hombros.

—Gracias por venir —le dijo ella.

—Claro.

—Has llegado tarde.

—Aún tenía que terminar algunas cosas en la oficina.

–Ah.

Eileen y Gary entraron al coche.

—Gracias a Dios que casi todo el mundo votó por la pizza —dijo Eileen.

—Tenían miedo de no hacerlo —le dijo su prometido.

—¿Por qué?

—Todos saben que te gusta ganar.

— ¡Gary! —protestó Eileen.

—Era una broma —le dijo él, y le acarició la mejilla. Después se volvió hacia Jillian y le guiñó un ojo—. ¿Estás bien, preciosa? —le preguntó.

Jillian notó que se ruborizaba, y supo que Robert la estaba observando.

—Sí, claro.

La pizzería estaba cerca, en una de las primeras áreas de servicio de la autopista, pero todavía en el estado de Nueva York. Cuando pararon, Jillian se rezagó un poco, observando cómo se alejaban Eileen y Gary.

—Creía que habíamos decidido concedernos alguna distancia —le dijo a Robert.

Hacía un año, exactamente un año, que Milo había muerto. Debería estar, al menos, meditabunda. Pero en vez de eso, se sentía feliz de estar con Robert, contenta de que hubiera ido con ella en el coche de Eileen, y culpable por sentirse tan bien.

—Es verdad.

—Entonces, ¿por qué has venido en este coche?

—Porque tú no deberías estar sola.

—No estoy sola. Estoy con Eileen y con Gary.

—No deberías estar sola con tu familia.

Asombrada, ella frunció el ceño.

—Robert, ¿qué te pasa?

Los demás estaban esperándolos en la puerta de la pizzería, exhalando nubes de respiración cálida contra el aire gélido de la noche. Eileen daba pataditas en el suelo para calentarse los pies. El invierno ya había llegado.

—Entremos —sugirió él.

—No. Quiero saber de qué estás hablando.

—He hablado con la adivina.

—Creía que no creías en esas cosas.

—Y no creo.

—¿Entonces?

—Creo que alguien está incitando a otra persona a hacer algo, y que puede ser que estés en peligro.

—¿Alguien de mi familia? —le preguntó ella, con incredulidad.

—¿No puedes seguirme la corriente?

— ¡Jillian! —gritó Griff—. Nos estamos volviendo muñecos de nieve, esperándoos aquí.

— ¡Bueno, pues entrad, tontos, que nosotros vamos ahora! —les dijo.

Llenaron tres de las mesas de la pizzería, que era un local cálido y agradable. Ya tenía la decoración de Navidad.

—Jillian, ¿ves qué guirnaldas de acebo hay en el árbol? —le preguntó Henry, que estaba en otra mesa.

—Son preciosas —respondió ella.

—Compraremos algunas.

—De acuerdo. Podemos volvernos locos perdidos y empezar con las navidades este fin de semana.

Eileen, que estaba sentada frente a Jillian, arrugó la nariz y después soltó un suspiro.

—Si comenzáis ya y os empeñáis en poner un árbol de verdad otra vez, estará completamente seco para Navidad.

—Bah, exagerada —dijo Gary.

—Bonita forma de hablarle a la que casi es tu mujer.

—Es la palabra «casi» la que me vuelve loco — bromeó él.

—No podremos el árbol todavía, porque es demasiado pronto —dijo Jillian—, pero a Henry le encanta decorar la casa para Navidad.

—Y a ti —dijo Eileen.

Jillian sonrió.

—Es verdad.

—Bueno, ¿y si comenzamos a pensar en la pizza? —propuso Theo, mientras se sentaba a la derecha de Jillian. Robert estaba a su izquierda.

Mientras todos los Llewellyn se ponían de acuerdo sobre los ingredientes de las pizzas que iban a encargar, Jillian se dio cuenta de que él estaba muy silencioso, observándolo todo. Aquel pensamiento la inquietó, y se volvió hacia él.

—¿De qué quieres tú la pizza?

Él se encogió de hombros.

—De lo que tú prefieras.

—No, de verdad.

—De verdad, de lo que tú prefieras.

Entonces, ella se volvió de nuevo hacia su familia, consciente de que Robert los estaba estudiando a todos. Ella no le hizo caso, disgustada por los comentarios que él le había hecho fuera. Aquélla era una ocasión muy agradable, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias. Pero aun así, se sentía insegura, y aquel sentimiento incómodo le duró toda la cena y el trayecto hasta Connecticut.

Agatha oyó llegar los coches y abrió las puertas dobles de la entrada principal. Después se quedó allí, alta y delgada, temblando, llamándolos para que se apresuraran.

—Hace muchísimo frío. Entrad, entrad. He hecho té y vino caliente, y hay galletas y bizcocho. Vamos, daos prisa.

Hubo una gran confusión mientras todo el mundo entró en la antigua mansión, saludaba a Agatha y dejaba sus bolsas de viaje por el vestíbulo. Jillian observó a Robert. Él estaba paseando la mirada por la casa, la cual, en opinión de Jillian, era magnífica. La estructura original se había construido a últimos del siglo diecisiete, y tenía una parte aneja levantada en el año mil ochocientos cuarenta y cinco. Su abuelo la había comprado cuando había comenzado a tener éxito de verdad, y desde entonces, la había restaurado con amor. Y pese a que tenía todos los lujos modernos, también había conservado los antiguos: una doble chimenea en el salón, viejos hornos de fuego en la cocina, maravillosas ventanas con vidrieras de colores que databan del final de la Guerra Civil.

La casa preservaba un ambiente especial. Si había algo que Jillian siempre había adorado de ser una Llewellyn, era el derecho de estar en aquella mansión.

Milo y ella se habían casado allí.

Y él había muerto allí, también.

—Jillian —le dijo Agatha, y la abrazó. Jillian le dio un beso en la mejilla.

—He bajado las cajas de los adornos de Navidad —le dijo la mujer, encantada—. Pensé que quizá quisieras comenzar a decorar las ventanas o las chimeneas este fin de semana.

—Estupendo.

—Tenemos mucho trabajo que hacer estos tres días, Jillian —le dijo Daniel, mientras colgaba el abrigo en el armario de la entrada.

—Pero seguro que tendréis algo de tiempo para las navidades.

—Pero, Aggie, querida —dijo Griff, mientras le daba un abrazo—. Las navidades todavía no han llegado.

—Nunca es demasiado pronto para las navidades —respondió Agatha—. ¿No te parece, Douglas?

Jillian miró a su abuelo, que se encogió de hombros y sonrió lentamente.

—A nuestra edad no, Aggie. Nunca sabemos cuál va a ser la última, ¿verdad?

—Verdaderamente, no —respondió Agatha, dándole la razón.

— ¡Ya está bien, vosotros dos! —protestó Jillian—. Vamos a tener muchísimas navidades juntos.

—No es la edad de uno, creo yo, sino la salud de uno —intervino Robert Marston, suavemente.

Jillian se dio la vuelta. Él la estaba mirando, y ella volvió a sentirse insegura.

—Creo que voy a servirme una taza de té y me la llevaré arriba. Estoy muy cansada —dijo Jillian.

—Probad el vino caliente. Está riquísimo, con mucha canela, miel y un poco de limón.

Jillian lo hizo. Se sirvió una taza del caldero, que hervía directamente en el fuego de la cocina. Estaba muy caliente, y tuvo que soplar. Después le dio un sorbo.

—Mmm, delicioso, Agatha. Henry, te va a encantar.

Mientras todos los demás entraban en la cocina, ella se salió y volvió al vestíbulo, hacia el lugar donde había dejado su bolsa de viaje. Cuando pasó junto a la puerta, sin embargo, se quedó asombrada al oír un quejido.

¿El viento?

Oyó de nuevo el sonido. Provenía de la entrada. Ella salió al porche acristalado, y sintió al instante el frío de fuera. Volvió a oír el quejido, y miró hacia abajo. Había un gato enorme, peludo y negro en el porche. El animal maulló de nuevo y se le acercó a frotarse

contra sus piernas.

—Pobrecito... Tienes que estar helado —le dijo ella, y se agachó a tomarlo en brazos—. Dios mío, cómo te pareces a Jeeves.

Julián lo apretó suavemente contra su pecho y volvió a entrar en la casa. Cerró tras ella y echó la llave.

–¿Jillian?

Era su abuelo, y tenía voz de preocupación. Jillian entró en la cocina con el gato.

Connie dio un salto. Eileen, que estaba de cara al fuego, se volvió y dejó escapar un grito.

— ¡Jeeves!

—No puede ser —protestó Griff.

—Por supuesto que no es Jeeves —dijo Jillian, rápidamente—. Es otro gato. El pobre estaba maullando en el porche delantero. Agatha, ¿lo habías visto antes?

–No.

—Bueno, tiene que quedarse, al menos esta noche. Quizá sea de algún vecino.

—Jillian, el vecino más próximo está a dos kilómetros —le recordó Daniel.

—Entonces, ahora es mi gato—dijo ella.

—Le traeré un poco de leche —dijo Agatha, mientras se levantaba.

—Es exactamente igual que Jeeves —dijo Theo.

—Exactamente —convino Eileen, pero lo dijo en una voz tan baja que sonó espeluznante, y graciosa también.

—Quizá Jeeves no estuviera muerto en realidad —sugirió Theo.

—Sí estaba muerto. Estaba frío y más rígido que un atizador —murmuró Griff.

—No es Jeeves —intervino Robert Marston de repente.

—¿Por qué estás tan seguro? —le preguntó Jillian.

—Porque fue incinerado.

—Eh... Julián, vamos —dijo Griff suavemente—. Estábamos preocupados. Un gato negro que va a morir en tu escritorio la noche de Halloween. Y además, lo que pasó en Hennessey's.

—¿Murió en mi escritorio? —preguntó Jillian.

—Me dijiste que se lo habías contado —le dijo Griff a Connie, en tono de acusación.

—No tiene importancia —dijo Jillian—. Ahora tenemos que pensar en este otro gato. Agatha, ¿tenemos alguna caja donde poner la arena para él?

–Sí.

—Bien, pues la pondré en mi baño, y tendré al gato en mi habitación.

—¿Y cómo vamos a llamarlo? —preguntó Griff—. ¿Jeeves Júnior?

— ¡Eso es horrible! —exclamó Eileen.

—¿Por qué? —dijo Jillian—.Todos queríamos a Jeeves. Jeeves Júnior me recuerda a él. Bueno, que durmáis bien. Si me disculpáis...

Pasó por delante de Robert Marston.

El olía muy bien.

Ojalá...

No.

Él había dicho que ella estaba en peligro. Bien, él si era peligroso. A Jillian le resultaba demasiado fácil olvidarlo todo cuando estaba con él. Absolutamente todo.

Tenía que ser cuidadosa, porque él los había estado observando a todos. Sobre todo, cuando había anunciado que el gato había sido incinerado.

Mientras le daba un beso de buenas noches a su abuelo, se dio cuenta de que había estado muy silencioso.

Observando también.

Era una casa magnífica, pensó Robert. Douglas estaba orgulloso de ella, y con razón. Él se quedó con el anciano hasta tarde, aún sabiendo que debían levantarse muy pronto a la mañana siguiente. El equipo de grabación de los anuncios llegaría a las siete de la mañana. Y aunque él les había asegurado a todos en la reunión, con cierta brusquedad, que estaba dispuesto a hacer lo que quisieran para la campaña de publicidad, se sentía un poco nervioso por lo que pudiera ocurrir. Él era muy bueno en su trabajo de ejecutivo, pero nunca se había visto de actor, y tenía que admitir que le preocupaba quedar en ridículo.

Sin embargo, aquello no lo detendría. La grabación le proporcionaba una buena oportunidad para seguir al lado de Jillian, y él sentía una necesidad imperiosa de estar con ella. Era una emoción alarmante. Ya se había enamorado de ella, pero más que eso, le parecía muy extraño sentirse como si fuera el amor más profundo del mundo, como si lo hubiera sentido durante años, como si hubieran soportado muchas tormentas juntos. Y aun así, comprendía y respetaba que ella deseara hacer las cosas más despacio. Aquello...

Aquello era una locura.

Sin embargo, aquel día, después de hablar con Shelley Millet, más conocida como Madame Zena, Robert se sentía también como si tuviera un motivo real para preocuparse. Como si estuviera ocurriendo algo de verdad. Fuerzas. El bien y el mal.

No. Él no creía en las fuerzas, se dijo.

Pero sí estaba seguro de que el mal habitaba en la mente de los hombres.

Y estaba aquel asunto del gato. Robert había llegado tarde al cementerio porque había estado investigando sobre la muerte del animal. La secretaria de Daniel le había dicho que un empleado de mantenimiento se había llevado al gato y lo habían incinerado en el horno de la caldera.

Aquel empleado debía de haber pensado que él estaba loco al verlo revolver entre las cenizas, pero él le había dado dinero para que le guardara el secreto, y Robert tenía la esperanza de que el hombre mantuviera su promesa.

Le había llevado las cenizas a un amigo que trabajaba en un laboratorio forense de la policía. Quería que las analizaran. Estaba seguro de que si el gato había sufrido una mala jugarreta por parte de alguien, las pruebas estarían en sus restos. Jeeves había muerto en el escritorio de Jillian. Aquello parecía una coincidencia desafortunada, pero también parecía que ocurría algo más...

—No olvides mantenerte alerta mientras estás aquí —le dijo Douglas.

—¿Disculpe? —le dijo Robert.

Douglas sonrió con arrepentimiento.

—Estás preocupado, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Sencillamente, me estoy tomando muy en serio su inquietud, señor.

—¿Aunque haya sido fruto de un sueño?

—Bueno, yo no creo mucho en el significado de los sueños.

—Quizá los sueños sirvan para advertirnos de lo que vemos día a día, pero no queremos admitir — murmuró Douglas.

—Quizá.

—Has observado a todo el mundo cuando Jillian entró con el gato, ¿verdad? —le preguntó Douglas.

—Sí. Y usted también.

–Sí.

–¿Y?

Douglas se encogió de hombros.

—Bueno, todo el mundo sabía que el viejo Jeeves había muerto. Así que realmente no puedo deducir mucho de sus reacciones.

—¿Cree que alguien de la oficina mató a Jeeves?

—Tú sí, ¿verdad?

—No tengo ni idea.

Douglas asintió, mirando las llamas de la chimenea de la cocina, que bailaban bajo el caldero de vino especiado.

—Bueno, me temo que yo tampoco. Pero he encontrado un buen sustituto, ¿verdad? –le preguntó, con una sonrisa irónica.

—¿Usted trajo el gato?

—Sí, y cállate. Sólo lo sabe Henry. ¿Te parece que soy un viejo malvado?

—No. Creo que es usted endemoniadamente listo. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

Douglas se rió y se levantó, sacudiendo la cabeza mientras le crujía la espalda.

—La edad. Es brutal con el cuerpo. Bueno, también quería decirte que no olvides pasar por la biblioteca mientras estés aquí. Tengo entendido que te gustan mucho los libros.

–Sí.

—Me alegro. Entonces, buenas noches. ¿Estás bien instalado?

—Sí. Agatha me enseñó mi habitación hace un rato.

—Estás a su lado.

—¿Perdón?

—Estás junto a la habitación de Jillian. Yo lo he dispuesto así. ¿La vigilarás un poco?

—Claro, por supuesto.

Douglas asintió de nuevo.

—Nos vemos mañana.

Robert observó cómo Douglas subía las escaleras, y poco después, él también subió a su habitación. Se dio una ducha caliente, se puso el pijama y se acostó. Sin embargo, pese a la ducha relajante, no pudo conciliar el sueño. Le daba vueltas la cabeza. Aquel vino caliente debía de tener un altísimo contenido en alcohol, pensó, y él se había tomado un par de tazas. Quizá hubieran sido algunas más...

Comenzó a dormitar, pero de repente oyó que una puerta se abría y se cerraba muy cerca. Se levantó, se puso la bata y salió de su cuarto. Jillian estaba en el pasillo, con el gato negro en los brazos.

Él la siguió, llamándola suavemente en la oscuridad para que no se asustara.

—¿Jillian?

Ella se dio la vuelta. Llevaba una bata de terciopelo blanco que se le ajustaba maravillosamente al cuerpo esbelto. El pelo rojizo se le rizaba por la espalda como un mar de llamas. Tenía unos enormes ojos verdes. Robert sintió un tremendo impulso de tomarla en sus brazos y apretarla contra su cuerpo. Quería...

—¿Estás bien? —le preguntó, amablemente.

—Sí, sí. Pero creo que el gato tiene hambre.

—Bajaré contigo. Me vendrá bien tomar un vaso de agua.

—Demasiado vino, ¿eh? —le preguntó ella, sonriendo—. Es muy fuerte.

—Sí lo es.

—Según Agatha, sirve para ahuyentar a las brujas.

—¿Sólo a las brujas?

—Bueno, a las brujas, a los duendes, a los fantasmas...

—Beberé varios vasos de agua.

Cuando llegaron a la cocina, Jillian le sirvió un cuenco de leche al gato y un vaso de agua a Robert. Después se apoyó contra la nevera, observando al gato.

—Se parece muchísimo al pobre Jeeves, ¿verdad?

—Sí —dijo él, y bebió agua—. ¿Estás bien? — volvió a preguntarle.

—Sí, claro.

—Bueno, hoy se ha cumplido un año —murmuró Robert.

Ella sonrió ligeramente y asintió.

—Te habría caído muy bien Milo. Era muy listo, y tenía mucho interés por las cosas. Le encantaba leer, como a ti —le dijo Jillian, y después de un instante, continuó—. Era un amigo del colegio, como Connie. Cuando se puso enfermo, al principio, fui un día con él a la consulta del médico. Fue horrible entrar en el área de oncología del hospital. Había mucha gente. Ancianos en sillas de ruedas, niños, y gente muy joven, como Milo. Yo me disgusté mucho porque... no sé, parecía muy impersonal. Todo era frío, y a veces, inútil.

—¿Pensaste que podrías cambiar todo aquello si te casabas con él?

—Y cambié algunas cosas —murmuró Jillian— Aprendí que en Estados Unidos el dinero tiene mucha importancia.

—Así que mejoraste su vida —dijo él.

—Y él mejoró también la mía —respondió ella, y se volvió hacia la nevera para servirle más agua. Se detuvo un instante y le señaló una de las pequeñas fotografías que había pegadas al refrigerador con imanes—. Éste es Milo.

Él se acercó y miró la foto. Jillian y el joven estaban sentados juntos, con jerseys de invierno y con un cuenco de palomitas en las manos, frente a la chimenea encendida. Los dos sonreían, como si los hubieran sorprendido en un momento privado de risa y calidez.

Milo tenía el rostro delgado, el pelo rizado y rubio y los ojos azules. Llevaba un jersey y unos pantalones marrón claro. Era guapo. Tenía el aspecto de una persona a la que le gustaba leer, ir al cine y a los museos.

—Parece que erais muy felices juntos.

—Era mi mejor amigo —dijo ella, suavemente.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Estoy seguro de que me habría caído muy bien si hubiera tenido la oportunidad de conocerlo.

—Gracias —dijo ella. Se había alejado un poco—. Creo que tú también le habrías caído muy bien a él — entonces, lo miró fijamente, muy seria—. No me importa lo que te haya dicho Madame Zena, Robert. Nosotros somos un poco excéntricos, pero quiero mucho a mi familia.

Él decidió no decirle que había sido el propio Douglas quien había expresado su preocupación por ella en primer lugar.

—Me siento bien por estar a tu lado, aunque esté guardando la distancia —le dijo, con la voz ronca.

—Yo también me siento muy bien por estar a tu lado —dijo ella, y carraspeó—. Demasiado bien —insistió, y se rió— Bueno, voy a llevarme a Jeeves Júnior arriba. Mañana hay que levantarse muy temprano.

Julián tomó al gato en brazos, y el animal ronroneó de placer.

«Te comprendo perfectamente, amigo», pensó Robert. «Quién fuera tú».

Jillian salió de la cocina, y él la siguió. Subieron juntos las escaleras.

—¿Estás cómoda? —le preguntó ella.

—Sí, tengo una habitación estupenda, junto a la tuya.

Ella lo miró con extrañeza.

—¿Te molesta? —le preguntó Robert.

—No, yo... eh... era la habitación de Milo.

—¿La habitación de Milo?

—Cuando vinimos aquí... él estaba muy enfermo. Murió aquí. Hay una puerta que conecta las dos habitaciones, pero creo que ahora está bloqueada por un armario.

–Ah.

Llegaron al primer descansillo.

—En fin, buenas noches —dijo Jillian.

—Buenas noches —respondió Robert.

Entró en su habitación y se acostó. Comprobó que el agua le había sentado bien, porque la cabeza ya no le daba tantas vueltas. Ojalá al día siguiente no tuviera un terrible dolor de cabeza.

Cuando la habitación dejó de girar, el vino comenzó a adormilarlo. Pero justo cuando se

había quedado dormido, se puso muy tenso y se despertó.

Estaba seguro de que había oído algo.

Abrió los ojos.

Había alguien en la butaca, junto a la cama. Robert se quedó helado, parpadeando.

Sí, había alguien. Era un hombre que estaba sentado tranquilamente, con un gato negro en el regazo.

Robert se sorprendió tanto que dejó escapar un jadeo.

Al oír el sonido, el hombre se asustó también.

— ¡Maldita sea! –exclamó el visitante.

Robert parpadeó de nuevo para conseguir ver algo más en la penumbra.

—Me has dado un susto de muerte —le dijo el hombre.

—¿Que yo te he asustado a ti? ¿Quién demonios eres, y qué estás haciendo en mi habitación?

—Creo que ya sabes quién soy. Y en realidad, tú eres el que está en mi habitación.

Estaba soñando. Era el vino. Claramente, era aquel maldito vino especiado y caliente. Porque el hombre que estaba sentado en la butaca, frente a él, no era otro que el difunto Milo Anderson.

Robert se pasó la mano por la cara y soltó un gruñido.

—Esto es una locura.

—Sí, eso parece. Pero deberías seguirme a la biblioteca. Allí es donde encontrarás todo lo que tienes que saber.

Robert miró de nuevo a la butaca.

Estaba vacía.

Saltó de la cama y encendió la luz. No había nadie en la habitación, y se sintió como un tonto. Miró el despertador de la mesilla de noche y volvió a gruñir. Eran casi las tres de la madrugada. Tenía que dormir.

Volvió a acostarse. Milo había aparecido en sus sueños porque habían estado hablando de él justo después de que Robert se hubiera bebido aquel vino asesino. Y su aparición le había indicado que fuera a la biblioteca porque Douglas se lo había sugerido también.

Dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos. En poco tiempo, volvió a dormirse.

Su visitante nocturno no volvió.

Y a las siete de la mañana, el despertador sonó. Había amanecido.

Capítulo 8

La casa estaba abarrotada de gente. Nunca había estado tan llena.

Brad Casey estaba allí, por supuesto. Y un ejército de fotógrafos, cámaras, iluminadores, un director, la productora, los maquilladores, una encargada de vestuario y el escenógrafo. Julián había estado en estudios de grabación, pero nunca había visto nada tan complicado. Ni había sido el objeto de toda la atención.

El vestido que llevaba era maravilloso. Era de color rojo oscuro, de manga larga, con un cuerpo bordado y una falda de seda vaporosa. Ella estaba sentada en un antiguo banco de madera, que podría haber pertenecido a cualquier siglo, desde la época medieval hasta el presente.

Le hicieron primero las fotografías en las que aparecería sola. Un joven de maquillaje le retocaba continuamente las mejillas y la nariz. La nieve cubría el campo fuera, pero bajo los focos hacía mucho calor.

Brad, Daniel, Theo, Griff y Eileen estaban agrupados, observando. Eileen dirigía el trabajo del fotógrafo, y entre todos hablaban del más pequeño movimiento. Douglas y Amelia también estaban allí, pero un poco más alejados.

Robert no estaba. No, hasta que apareció con unos pantalones negros y una camisa blanca, muy elegante. Él, como aquel banco de madera tallada, y supuso que como ella misma, también evocaba la magia del pasado. Robert la sonrió torpemente. Parecía claro que estaba incómodo con aquel papel, pero que estaba decidido a intentarlo. Ella sonrió también al verlo llegar.

Brad le pidió a Robert que se pusiera de rodillas ante Jillian. El fotógrafo lo movió, Eileen lo movió también, el fotógrafo volvió a moverlos, hicieron unas cuantas fotografías y después volvieron a retocarles el maquillaje.

Se tomaron un descanso mientras el equipo colocaba las cámaras para grabar varios anuncios. Tanto Julián como Robert tenían que decir una frase: Joyas Llewellyn, tan intemporales como el amor.

En el primer anuncio, Robert entraba en la estancia con un medallón y se lo colocaba a Jillian en el cuello. En el segundo, se lo abrochaba, miraba a la cámara y decía la frase.

Era sencillo.

Sin embargo, les tomó gran parte de la mañana.

Por cada pequeño detalle que no resultaba perfecto había que repetir la toma. Sin embargo, a Jillian no le importaba. La repetición era tediosa, hacía calor, y le resultaba difícil mantener ciertas posturas. Pero también era divertido. Era divertido trabajar con Robert. Le gustaba ver la luz reflejada en sus ojos mientras esperaban con paciencia cuando Eileen y Griff hablaban sobre algún aspecto del anuncio. Cada vez que él le ponía

el medallón en el cuello, ella sentía el roce de sus dedos y el calor de su cercanía. Algunas veces, tenía la sensación de que la habitación se desvanecía, y se le olvidaba lo que estaba haciendo. Lo que sentía cuando la tocaba... era más profundo que el tiempo.

—Tan intemporales como el amor.

Era el turno de Robert. Ella frunció el ceño, segura de que había dicho algo diferente.

«Siempre estaré allí, por ti».

—Eso no es lo que... —comenzó a decir Jillian.

— ¡Corten! Jillian —dijo Eileen, exasperada—, él lo había hecho perfectamente.

-¿Qué?

—Que lo había hecho muy bien.

Robert la estaba mirando, confuso, estudiándola con atención. Tan cerca de ella. Parecía que no había dicho nada mal, después de todo.

De repente, sintió que quería alejarse de él.

«Le había mentido, le había hecho promesas, había fracasado...»

—¿Podemos empezar otra vez, por favor? — preguntó Daniel.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Robert en voz baja, mientras la gente de maquillaje le retocaba de nuevo.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada, de verdad. Lo siento.

Jillian sintió el temblor de su voz profunda, el roce de sus dedos en la piel, y le resultó inquietante. Tenía el fiero deseo de estar con él, sentía que era lo correcto, pero también quería huir de él. Correr lejos, y muy rápido.

El día se iba apagando. De nuevo, ella se concentró en el trabajo y los dos intentaron hacer todo aquello que les pedía el director.

Finalmente, terminaron. Douglas comenzó una ronda de aplausos que se extendió por la estancia.

—¿Ya está? —preguntó Jillian.

—Por el momento —respondió Daniel—. Tenemos que grabar algunas cosas más, y después habrá que editar los anuncios y elegir, pero por el momento, habéis terminado.

—Estupendo —murmuró Jillian.

—Eileen, Griff, es vuestro turno.

Jillian descubrió entonces que había dos voces secundarias, las de sus primos, que se mezclarían en la parte de audio de los anuncios. Se quedó observando la grabación un rato, y después murmuró que iba a su habitación a darse una ducha.

Dejó correr el agua caliente y se frotó cuidadosamente para quitarse todo el maquillaje. La ducha le sentó estupendamente, y se quedó un rato bajo el chorro de agua, preguntándose por qué estaba intentando encontrar algo que fuera mal cuando todo debería estar bien.

—Debería ir al psicólogo para contarle que, pese a que he encontrado al hombre perfecto, y pese a que estar con él me produce las sensaciones más maravillosas del mundo, no puedo evitar querer salir corriendo. ¿Será el sentimiento de culpabilidad por que mi marido murió hace sólo un año? No, no lo creo, porque él era mi mejor amigo, y una persona verdaderamente generosa, y sé que él querría que yo fuera feliz. Así pues, creo que estoy perdiendo la cabeza.

Después de ducharse, bajó al salón, y sólo encontró a Henry, que estaba abriendo las cajas de los adornos de Navidad. El anciano le dijo que todos sus primos habían ido a jugar con los trineos a Dead Horse Hill, y aunque Jillian se entusiasmó con la idea, prefirió quedarse un rato con Henry colocando algunos de los adornos. Después le dio un beso en la mejilla y salió corriendo hacia la colina.

Durante media hora, Robert estuvo tirándose en trineo por la colina con los demás. Fue muy divertido. La nieve era perfecta, estaba fresca y limpia. Había muchos trineos grandes y pequeños, pero los Llewellyn preferían bajar individualmente. Incluso Eileen estaba gritando como una niña, bajando por la colina y volviendo a subir rápidamente para volver a bajar. Le encantaba intentar ganar a Gary, su prometido, pero él se lo tomaba con calma, y no parecía que estuviera interesado en la competición.

A los pies de la colina había una valla blanca de madera. Daniel le contó a Robert que Douglas había mandado que la levantaran cuando se había enterado de que había ocurrido un accidente en una colina similar. Un trineo se había salido a la carretera que discurría bajo la colina y sus ocupantes habían muerto.

—De esta forma, si hacemos demasiado el salvaje, sólo nos rompemos unos cuantos huesos —dijo Daniel con una sonrisa.

Tanto Connie como Gracie Janner eran mucho más cautelosas que los demás. Naturalmente. Ellas no habían crecido allí y no conocían tan bien la colina. No como los Llewellyn, que competían ávidamente los unos con los otros.

Gracie bajó con Daniel la primera vez, y Robert se preguntó si su amigo se daría cuenta de lo terriblemente enamorada que estaba su secretaria de él. Aunque no era asunto suyo. Joe había desaparecido, así que Daniel se ofreció para bajar con Connie la segunda vez, y Gracie se quedó mirando a un lado como si fuera un jugador al que habían mandado al banquillo. Sin embargo, Connie estaba ajena a todo, gritando de entusiasmo durante todo el camino de bajada.

Al rato, Robert preguntó por los establos. Daniel le dijo que había varios caballos, todos ellos buenos para montar, salvo Blossom, que estaba retirada.

—Si quieres montar, yo tomaría a Crystal. Tiene muy buen carácter. Tiene sangre árabe, y

cabalga bien en la nieve. Si necesitas algo, díselo a Jimmy. Él se encarga del establo, y no le importará echarte una mano aunque sea sábado.

—Intentaré no molestarle —le dijo Robert—. Pero quizá vaya a dar un paseo.

—Hay miles de colinas y campos alrededor de la casa, y no tienes que preocuparte por lo que haya debajo de la nieve.

—Gracias.

Jillian todavía no había salido. Pensó en volver a la casa para preguntarle si quería ir con él, pero le había prometido que guardaría cierta distancia, así que quizá fuera mejor ir solo.

No tuvo dificultad en encontrar a Crystal, porque todos los caballos tenían su nombre escrito en cada compartimiento. Era un caballo casi plateado y bastante alto, muy bonito.

—Bueno, amigo, ¿quieres salir a dar un paseo?

Crystal relinchó suavemente. Parecía que estaba ansioso por salir, y aguantó pacientemente mientras le ponían la silla y la brida. Robert sacó al animal del establo y montó.

Pronto había cruzado la carretera y había salido a campo abierto. Durante diez minutos, galoparon a toda velocidad, haciendo saltar la nieve y la tierra. El viento soplaba con fuerza. Era una magnífica sensación. –Sin embargo, Robert aminoró el ritmo después de un rato, y trotaron a un ritmo más lento. Crystal era un animal estupendo.

A Robert le encantaba montar a caballo. Viviendo en la ciudad, había abandonado la idea de comprar un caballo, algo que quería hacer desde que era niño. Siempre le habían encantado los caballos, y el hecho de montarlos era algo natural para él.

Sin embargo, a diferencia de los Llewellyn, él no había nacido en una familia rica. Eran una familia grande y unida, pero su padre le había contado que el primer Marston americano había llegado a los Estados Unidos con un regimiento escocés del ejército británico, para luchar contra los colonialistas. Cuando los británicos perdieron la guerra, muchos de los soldados desertaron de sus compañías, entre ellos, aquel Marston, que se convirtió en un apasionado americano. Los Marston eran orgullosos, y seguros de su linaje, pero habían salido de su país natal con el uniforme y las armas del ejército.

Robert se había pagado la universidad haciendo el servicio militar profesional. Y de ambas cosas había aprendido mucho.

Por eso sabía que no debía cometer la tontería de montar por un territorio desconocido cuando estaba a punto de anochecer. En el campo no había farolas.

Se dio la vuelta, subió por una colina y se detuvo. Veía las luces de la casa de los Llewellyn, que iluminaban la finca. Y también divisaba claramente Dead Horse Hill. El grupo seguía jugando con los trineos. Forzando la vista, incluso podía distinguir quiénes eran. Eileen seguía desafiando a todo el mundo para echar una carrera.

Jillian.

Veía perfectamente su pelo rojizo bajo el gorro que llevaba. Se estaba riendo de Eileen, aceptando su reto. Connie y los otros estaban animando a las rivales. Su camaradería hizo que Robert sonriera mientras los observaba. Eran un grupo muy unido, a su modo. Él era el intruso.

Pero lo habían contratado para que vigilara...

De repente, se sintió inquieto por algo que estaba viendo en aquella escena. No estaba seguro de qué era, pero dejó de divertirse al instante. Estudió la colina con atención, y se dio cuenta de que en la valla de madera había un agujero, exactamente en el lugar hacia donde iba a dirigirse Julián.

Se detendría antes de llegar al agujero, seguro. Salvo que estaba en una carrera, intentando deslizarse cada vez más deprisa y...Robert vio que se acercaba una camioneta por la carretera. Oyó que el vehículo derrapaba en una de las curvas de la carretera que bordeaba la finca y que lo separaba a él de los demás.

Julián pararía a tiempo.

Pero... Daniel le había contado que Douglas había encargado aquella valla porque algunas personas habían muerto en un accidente similar.

— ¡Alto! —gritó con todas sus fuerzas.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Ambas mujeres habían saltado a sus trineos y se habían lanzado colina abajo.

No se paró a pensar: taloneó a Crystal y salió cabalgando a través del campo, con el viento azotándolo en la cara.

Sintió algo muy extraño. Era como si llevara mucho tiempo cabalgando, como si llevara días preocupado. ..

Crystal se acercó a la carretera.

La camioneta se acercaba a toda velocidad. Demasiado rápidamente para una noche en la que la nieve había cubierto todo el terreno y en la que el hielo podía haberse formado debajo.

Crystal atravesó la carretera y saltó la valla rota.

Jillian estaba deslizándose hacia él en el trineo a la velocidad de la luz. Cuando Robert estaba casi encima del trineo, hizo que el caballo virara y saltó de su lomo. Agarró a Jillian e hizo que se tirara del trineo. Los dos rodaron por la nieve. Los copos helados se le pegaron a la nariz, a los labios, a la frente. Temblando y jadeando, Jillian intentó empujarlo mientras se quitaba la nieve de la cara e intentaba escupirla de la boca.

— ¡Idiota! ¿Qué demonios haces, por el amor de Dios?

Entonces oyeron el estruendo. El horrible sonido que hizo el trineo al ser aplastado por la

camioneta.

El conductor no vio la madera destrozada, o no le importó. Siguió a la misma velocidad imprudente que llevaba y tomó la siguiente curva con el motor rugiendo.

El trineo se quedó hecho pedazos sobre el asfalto.

—Oh —Jillian apenas dejó escapar la palabra.

Robert se levantó, estremeciéndose, y se inclinó hacia ella para ayudarla. Ella le tomó la mano y se levantó sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Gracias —murmuró con la voz ronca—. Por esta razón tenemos la valla... supongo que alguien se chocó contra ella, o algo así. No me había dado cuenta de que estaba rota.

—Yo tampoco, antes —añadió él.

— ¡Jillian! —gritó Griff, mientras se acercaba corriendo. Abrazó a su prima y después hizo que se girara para comprobar que estaba bien de pies a cabeza.

Daniel llegó detrás, seguido de Connie. Eileen se chocó contra la valla, riéndose, aparentemente sin darse cuenta de lo que había ocurrido. Theo bajó la colina resbalándose, cayéndose, levantándose de nuevo para seguir corriendo.

— ¡Dios mío, Julián! —gritó—. ¡Podrías haberte matado!

—¿Qué? —gritó Eileen—. ¿Pero qué...

—La valla —le dijo Gary, que se estaba acercando más lentamente—. Eileen, la valla está rota.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta? —se lamentó Connie— Hemos bajado docenas de veces.

—Pero estábamos en aquel lado, señora Murphy —le dijo Gracie, mientras los alcanzaba —. No nos hemos acercado lo suficiente aquí hasta que las dos señoritas Llewellyn decidieron echar la carrera.

—Oh, Dios, Jilly —dijo Daniel, y se la quitó a Griff para abrazarla como si fuera su hermano mayor. Parecía que estaba aterrorizado.

Todavía estaba abrazando a Julián cuando miró a Robert.

—Marston —le dijo, casi sin aliento—, ahora puedo decirte que aunque tenía mis dudas, eres uno de los mejores activos de la empresa.

—Sólo estaba en una buena posición.

—¿En una buena posición? —preguntó Connie, retóricamente—. Ha sido como San Jorge matando al dragón.

—La camioneta no estaba tan cerca cuando él cruzó la carretera, Connie —le dijo Griff—. Te estás poniendo demasiado dramática.

—No lo sé —intervino Jillian, separándose de Daniel–pero yo le estoy terriblemente

agradecida. Pero por favor, no quiero que nadie le diga una palabra al abuelo, ¿de acuerdo? Por favor. No quiero que se preocupe. Seguramente, algún adolescente estúpido que se acababa de sacar el carné ha destrozado la valla.

—Puede que haya sido una mujer al volante — bromeó Gary.

—O un borracho —dijo Griff.

—De todas formas, haremos que la arreglen. Por favor, no quiero que el abuelo se preocupe innecesariamente —dijo Jillian, y se volvió para mirar a Robert con sus enormes ojos verdes—. Te agradezco muchísimo que me hayas salvado la vida, pero no quiero que él se disguste. Por favor.

—Está bien. Si no quieres que lo sepa, no diré nada.

—Entonces, todos estamos de acuerdo, ¿no? — insistió Jillian, y volvió a mirar a todos sus primos.

—Estamos de acuerdo —dijo Daniel—. Ha sido un accidente.

—Y gracias a Robert —añadió Theo—, todo ha terminado.

Todos asintieron.

Robert se dio la vuelta y se dio cuenta de que el caballo se había marchado.

—No te preocupes —le dijo Jillian, tocándole el brazo—. Crystal se habrá ido al establo de nuevo. Le gusta mucho estar allí. Es un lugar muy confortable para un caballo. Jimmy lo encontrará y se ocupará de él.

Robert hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo lo saqué, y me encargaré de que vuelva al establo.

Se alejó del grupo, preguntándose qué podía ir tan mal en una familia que parecía tan unida.

Aquella noche, Jillian se las arregló para olvidarse varias veces por completo de aquella experiencia tan angustiosa. La gente estaba de buen humor. Habían trabajado muy duramente, y después habían jugado hasta quedar agotados. Agatha y Henry habían preparado una cena deliciosa, e incluso el tímido Jimmy había salido de su casa junto al establo para unirse a ellos.

Hablaron sobre la grabación del anuncio, y también sobre las organizaciones benéficas que más merecían su ayuda, sobre todo en navidades. Robert estaba sentado junto a Jimmy, y Jillian se dio cuenta de que hablaban animadamente. Sintió al mismo tiempo calidez y frío al observarlo, y se preguntaba por qué estaría experimentando semejante miedo, semejante determinación de alejarse de él.

Aquella noche llevaba una camisa de franela roja que intensificaba el color de su pelo moreno. Era muy guapo, y su sonrisa siempre era sincera. Y probablemente, aquel día le había salvado la vida, se recordó Jillian. Y aun así...

Después de cenar, todos se pusieron a colocar más adornos de Navidad. Aggie preparó montañas de palomitas para hacer guirnaldas, y también chocolate para todos. Mientras su familia charlaba y se divertía, ella se dio cuenta de que Robert la estaba observando muy seriamente desde la chimenea. Tenía una expresión sombría en el rostro. Jillian se dio cuenta de que él seguía pensando que ella estaba en peligro.

Por su propia familia.

Se dio la vuelta, con la esperanza de que él guardara su palabra y no le dijera nada a Douglas.

Robert era muy buen jinete. Le pediría que fuera con ella a dar una vuelta a caballo al día siguiente, y cuando estuvieran solos, lo convencería de que lo que había ocurrido aquel día sólo había sido un accidente. Nadie podía haber planeado que la camioneta parara justo en aquel momento. Y en cuanto a la valla...

Evidentemente había sido accidental.

Un poco después, cuando ella se estaba estirando para colgar un adorno en una de las guirnaldas, se dio cuenta de que él estaba a su lado, listo para ayudarla. Jillian se sintió aturdida. Sería maravilloso poder apoyar la cabeza en su pecho. Aspirar su esencia. Su loción de afeitar era deliciosa. Todo en él era delicioso.

—¿Te gustó Crystal? —le preguntó, y se dio cuenta de que la voz le había salido entrecortada.

—Es un caballo estupendo. Es de Daniel, ¿no?

—No, es mío.

—Oh, lo siento, no lo sabía...

—No te preocupes, Robert. Con ese caballo me has salvado la vida. Me parece que es un buen intercambio. Crystal es el caballo con mejor temperamento, salvo Blossom, que es más lenta que una tortuga. Es de Eileen.

—¿Eileen tiene una yegua lenta? —le preguntó él, con escepticismo.

—A ella no le gusta montar, pero el día que fuimos a comprar los caballos, Blossom siguió a Eileen como un perrito. Es muy buena. Ya no la montamos más, pero todavía nos sigue. Le encanta que la acaricien y que le presten mucha atención.

—Ah —susurró él.

—¿Qué significa eso? —le preguntó Julián.

—A mí también me gusta que me acaricien, y que me presten mucha atención —respondió Robert, sonriendo.

Jillian se sintió envuelta en su calidez. ¿Cómo podía dudar de él?

Pero dudaba.

—¿Te gustaría montar de nuevo mañana? Hoy no has podido ir muy lejos. Daniel va a

trabajar mañana con Brad y con Eileen, pero yo no tengo que dar mi voto hasta que adelanten bastante trabajo. Sé que te gustaría...

— Seguro que no me necesitarán mañana —dijo él—. Me encantaría ir a montar.

—Entonces, le pediré a Jimmy que prepare a Crystal y a Igloo para mañana. ¿Te parece bien a las once? Yo voy a acompañar al abuelo a misa a las nueve, al pueblo.

—Muy bien —dijo él.

Él estaba muy cerca, con sus ojos azul cobalto clavados en ella. Jillian sonrió tímidamente.

—Bueno, pues entonces me voy a dormir. Ha sido un día muy agitado. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Jillian se despidió de todo el mundo y subió las escaleras hacia su habitación.

Cuando llegó al segundo descansillo, se detuvo, preguntándose si no debería ir a ver si Daniel estaba en su habitación para asegurarse de que no la necesitaría al día siguiente por la mañana y podía ir a montar con Robert sin preocupación. Recorrió todo el pasillo hacia el dormitorio de su primo, pensando que, como no lo había visto abajo, tenía que estar allí.

Justo cuando levantaba la mano para llamar a la puerta, oyó el susurro de una mujer.

—No puedo, no puedo. Esto que estamos haciendo es... no, no debería. Oh, Dios, tengo que parar...

Hubo otro susurro como respuesta, mucho más grave.

El sonido del llanto.

Jillian se dio cuenta de que estaba allí escuchando, cuando su primo estaba, evidentemente, con alguien en su habitación.

Bajó la mano rápidamente y se dio la vuelta. Casi echó a correr hacia su cuarto. Cuando llegó, cerró la puerta rápidamente. Mientras se preparaba para acostarse, estaba pasmada. No era porque Daniel no pudiera tener una amante. Era un hombre guapo y viril, y tenía edad de hacer lo que quisiera. Era sólo que...

¿Quién?

¿Gracie? ¿Con Daniel?

¿U otra persona? ¿Alguien del pueblo, una vecina?

Jillian se acostó y se tapó. Entonces se dio cuenta de que conocía la voz de aquella mujer.

Connie.

¡No! No era posible. Joe estaba allí. Él no había estado jugando con los trineos con todos los demás, pero sí había estado con ellos durante la cena.

Connie estaba con Joe.

Y sin embargo... aquella voz...

Capítulo 9

En aquella ocasión, cuando se despertó y vio la figura de Milo Anderson, sentado en la butaca junto a su cama, Robert ni siquiera se sobresaltó.

Soltó un gruñido y se tapó la cara con un brazo.

—Vete. Eres un sueño. Sólo estoy soñando.

—No estás soñando. Y las navidades se acercan.

—Claro. Las navidades llegan todos los años.

La aparición se quedó silenciosa durante un minuto, y después Milo dijo suavemente:

—No para todo el mundo.

—Lo siento. De verdad. No. No lo siento. Demonios, esto es ridículo. Me estoy disculpando con un sueño.

—Mira, hoy lo has hecho bien, pero no lo suficientemente bien.

Robert se quitó el brazo de la cara y. se quedo mirando a su visitante sin dar crédito, verdaderamente indignado.

—¿Que no lo he hecho lo suficientemente bien? Crucé a toda velocidad la carretera, salté de un caballo al galope y agarré a Jillian antes de que la furgoneta aplastara el trineo.

—He dicho que lo has hecho bien. Pero, ¿miraste la matrícula de la furgoneta? ¿Inspeccionaste la valla para averiguar lo que había ocurrido en realidad?

—Fue un accidente.

—No. No todo es un accidente.

—Dices lo mismo que Douglas.

—Por supuesto. Douglas está involucrado.

—¿De qué estás hablando?

—No importa. No estás preparado para entenderlo.

—Entiendo que estoy teniendo una pesadilla. ¿Y qué más?

—El libro. Ya te he dicho que tienes que leer el libro. Jillian está en peligro. Volverá, a menos que cambiemos las cosas.

—Muy bien. Así que alguien de la familia de Jillian quiere matarla antes de Navidad, y a mí se me aparece en sueños un fantasma que lo sabe todo. Pues si lo sabes todo, dime quién es el culpable al oído y, cuando me despierte, lo sabré yo también.

—Yo no lo sé —dijo Milo, perplejo, sacudiendo le cabeza.

—Tú estás muerto, eres un fantasma, eres omnisciente...

—Estoy muerto y soy un fantasma, sí. Pero todavía estoy aquí porque ella está en peligro. Y no tengo acceso a más información que tú. Salvo que yo he leído el libro. Y creo.

— ¿En qué? ¿En los milagros? No quiero ser cruel, pero después de todo, ésta es mi pesadilla. Tú estás muerto y enterrado. No habrá ningún milagro. A menos que... ¿estás pensando en aparecerte?

—No seas truculento —le dijo Milo, con un escalofrío, y se inclinó hacia delante — . No voy a aparecerme. Yo no estoy destinado a hacerlo. Pero fui parte de lo que ocurrió, y esta vez me fui demasiado pronto. Supongo que eso tenía que ocurrir. Tú tienes que espabilarte, Marston, o la perderás de nuevo.

—Mira...

En la oscuridad de su habitación, Robert se incorporó. Había hablado en voz alta.

No había nadie más.

Gruñó de nuevo y se tapó la cabeza con la almohada. ¿Por qué estaba teniendo aquellos sueños tan raros? Necesitaba dormir.

Comenzó a dar vueltas por la cama. «No sueñes, no sueñes, no sueñes...»

Pero soñó de nuevo, y aunque no quería soñar, sabía que lo estaba haciendo.

En su sueño se levantaba, se ponía la bata y bajaba descalzo al vestíbulo, y después entraba en la biblioteca.

Dentro, en un gran escritorio que estaba en el centro de la estancia, había un libro. Robert se acercó a él. Lo tocó con un dedo. El libro era muy antiguo. Quizá tuviera cientos de años, pensó. Miró la portada, el lomo y después lo hojeó.

Entonces, lo tomó y se sentó a leer, diciéndose a sí mismo que aquel sueño era notablemente real.

3 de enero de 1661

Hoy hemos huido. No por el resultado de la guerra, ni por la inminente muerte del Rey, ni por el nuevo régimen. Hemos huido por la hoguera. Por el horror que sufrimos después de la hoguera. Porque llegamos demasiado tarde. Él quería la muerte.

Michael no podía soportar lo que había ocurrido, y ni siquiera la venganza que consiguió pudo permitirle seguir allí. Nos dirigimos hacia North Country, y seguiremos huyendo a toda velocidad. Creo que él piensa que puede viajar más rápido que el dolor.

–¿Quién lo habría sabido

Debería empezar por el principio. Nunca olvidaré el día en que se conocieron, aunque fue mucho antes de que empezara el tumulto. Ella era la hija de lord Alfred, el más noble de los hombres. Él toleraba su carácter obstinado, y , sabía, por supuesto, que su hija lo adoraba. Ella era una dama, y utilizó su posición por encima de Michael, altiva y orgullosa, pero también bromista y risueña, y

consiguió ganárselo rápidamente, aunque él no lo reconociera. Yo se lo advertí la primera vez que la vio, le dije que era la hija de lord Alfred. Pero él no me prestó

atención. Ella consiguió que él cumpliera todos sus antojos. Le pidió agua y él se la llevó, ayudándola a beber pero haciendo que se le derramara el agua por encima, subiéndola al caballo con tal ceremonia que ella se resbaló y cayó encima de él. Pero ella se rió, y le prometió que le haría pagar por aquello, y él le dijo que pagaría siempre, que era para siempre su servidor, que estaba hechizado.

" Después se separaron, claro. Pero yo vi cómo se miraban.

Volvieron a encontrarse al día siguiente en el salón de su padre. Porque lord Alfred iría a la guerra a apoyar al Rey, y Michael, el mejor de sus soldados, sería el capitán de las tropas que lord Alfred había reunido. En un rincón del salón, ella lo provocó. Él le dijo que era una caprichosa, una testaruda y una niña tonta. Ella le respondió que él, en ese caso, debía alejarse, y él le respondió que nunca podría alejarse de ella, porque estaba enamorado. Estaba seguro de que la quería.

Se había hablado del matrimonio entre sir Walter y ella. Sir Walter era un pariente lejano, un hombre versado en el arte de la guerra, en la religión y en la política, porque en un tiempo había sido amigo del Rey. Después lo había traicionado y se había sentado junto a Cromwell y le había dado la razón en que el Rey y la Iglesia se habían corrompido. Ya se hablaba de traición. Pero oh, el Rey era arrogante. Él pensaba que Dios lo había ungido. Él era el estado, y el estado era él.

Sir Walter fue nombrado alguacil del condado, y había acudido a la llamada de lord Alfred. Lord Alfred sabía que sir Walter era malicioso y artero, y que cambiaba de camisa con facilidad, pero pensaba que aquello sería lo mejor para su hija, su heredera. Si las cosas le iban mal al Rey, el hecho de que sir Walter supiera adaptarse tan fácilmente jugaría en su favor. Además, él era la ley en un tiempo sin ley, era el juez y el jurado. Aquello no era mala cosa en tiempos tan peligrosos, pensaba lord Alfred.

Lord Alfred era un buen hombre, un hombre que quería a su hija. Pero la verdad es que él fomentó el matrimonio de su hija con sir Walter. Este era un hombre guapísimo, poderoso y decidido. Y llevaba años deseando a Morwenna, esperando su oportunidad. Había sido su amigo y ella, quizá, le había correspondido en cierta forma.

Hasta Michael.

Yo no estaba con él el día en que el amor creó la locura entre ellos. Pero había visto aquella mirada en los ojos de ambos, y más tarde, cuando estaba con los dos, era imposible no ver la pasión que había surgido. Había que luchar en una guerra, pero ellos pasaron tiempo juntos. Días largos en primavera. La naturaleza era su cama, el cielo y el aire fueron testigos de su amor. Sin embargo, a medida que Michael era testigo del cambio de las cosas, temía por ella. Él todavía tenía que ir a la guerra, porque aquél era el deber de un soldado. Él era uno de los hombres de su padre, y tenía que

defender su honor.

Entonces, cuando todos se marchaban a la batalla, lord Alfred avivó inocentemente las llamas,

diciéndole a sir Walter que él quedaba como guardián de todo en su ausencia, de su casa, de la ley, de su hija. Sir Walter asumió que ella era su prometida. Él la quería, a su manera. La quería de una forma enfermiza. Porque sospechaba de su amistad con Michael. Ella no disimulaba sus sentimientos.

Una vez, cuando los soldados volvieron de permiso, no recuerdo en qué fecha, Michael la tomó, en secreto, como esposa.

Recuerdo aquella noche. Había luna llena y el cielo estaba despejado. Ellos estaban juntos en un bosquecillo, Morwenna tan bella, Michael tan alto y poderoso, el caballero triunfante, el soldado que no fracasaría. Ella no quería que él fuera a la guerra. Tenía miedo por él, miedo de que fracasara, porque cada vez estaba más claro que Cromwell vencería.

Sin embargo, un hombre no podía volverle la espalda a sus creencias. Ella no podría amarlo si lo hiciera. Y, al principio, ella no temía a sir Walter, tan sólo sentía cierto desdén hacia él. Había sido su amigo, y la quería. Ella creía que estaba a salvo.

Se veían muy pocas veces, pero sir Walter estuvo junto a ella cuando su padre enfermó en el campo de batalla y tuvo que volver a su castillo para recuperarse. Lord Alfred estaba herido en alma y cuerpo. La mayor parte del tiempo estaba inconsciente. Cuando despertaba, no recordaba la guerra, ni la situación del Rey, ni al soldado que había arriesgado la vida para salvarlo y llevarlo a casa.

Sir Walter tenía poder. Un tremendo poder.

Una noche, Morwenna abandonó sus habitaciones para reunirse con Michael, que había vuelto fugazmente para verla. Fue la misma noche en la que sir Walter fue a verla para decirle que su boda con él se celebraría pronto, y que ella estaría a salvo con él, pasara lo que pasara. Entonces descubrió que su protegida no estaba.

Al día siguiente, la amenazó.

Pero ella no le dio demasiado valor á aquella amenaza. No veía el peligro. Le dijo que, aunque le tenía cariño, nunca sería su esposa.

Fue entonces cuando él comenzó a llamarla bruja. Sutilmente, comenzó a extender el rumor. Sí, ella era una bruja.

¿Qué otra cosa, sino la magia, podría darle a una muchacha semejante belleza, que hacía enloquecer a los hombres? El era un buen hombre, un hombre de Dios, y su mente estaba obsesionada con ella. Sí, ¡y era una pena que tantos otros pudieran sufrir el mismo mal! Además, él era un hombre de Cromwell, y ella la hija de un noble afín a la causa del Rey. Cuando Cromwell ganara la guerra, él podría acusarla de traición y herejía, también.

Estaban en Inglaterra, después de todo. Por ley, a las brujas se las colgaba.

A los herejes y a los traidores se los quemaba en la hoguera.

Morwenna amaba a su soldado, a su caballero. Ella no le dio demasiada importancia a la situación, y no estaba dispuesta a abandonar a su padre. Michael quería que huyera con él; ella quería que desertara del ejército. Pero él no podía abandonar al Rey, y ella no podía dejar a lord Aljred.

Cuando Michael tuvo que marchar de nuevo a la batalla, ella le rogó que no lo hiciera. Tenía miedo por él. Pero él le prometió que volvería:

—Siempre estaré contigo cuando me necesites. Te lo juro.

Sir Walter y él habían cruzado sus caminos muchas veces. Naturalmente, Michael era bienvenido en el castillo. Era el capitán de lord Aljred. Y por eso, sir Walter lo advirtió contra Morwenna.

—No podéis ayudar a nuestra señora en estos tiempos difíciles —le dijo sir Walter—. Veo que os preocupáis por ella, pero será mejor que la olvidéis.

—Ah, señor, ella es la hija de mi querido señor, lord Aljred. Yo nunca la olvidaré. Lucharía en cualquier batalla por ella.

—Creéis que podéis ganar batallas que ya están perdidas.

—Siempre serviré a mi señor y a su hija.

—Debéis tener cuidado, señor, porque los vientos comienzan a cambiar. Si las fuerzas de Cromwell vencen, vos, señor, seréis un traidor, y no seréis bienvenido aquí.

Llegó el momento de partir, y Morwenna volvió a rogarle que no se marchara.

—¿Por qué tenéis que ir?

— Ya hemos hablado de esto.

—El Rey pierde.

— Yo no contribuiré a su derrota. Ven conmigo, Morwenna. El hijo del rey, nuestro príncipe, huirá a Escocia si la guerra se pierde. Iremos con él, lo seguiremos en la noche, como jinetes de una fiera tormenta.

—Mi amor, yo no dejaré a mi padre. —Muchacha obstinada.

— Tú eres el tonto arrogante, esposo mío.

—De todas formas, ningún mal te ocurrirá. Yo soy tu esposo, y no lo permitiré. Cuando me necesites, estaré allí.

—Si Cromwell gana esta guerra...

—Él comprenderá que he luchado con lealtad cuando el Rey nos libere de los votos de fidelidad y desmantele su ejército, yo seré un buen ciudadano de mi país.

—Será un milagro que podamos estar juntos, que tengamos una familia, que nos amemos para siempre.

—No existen los milagros, señora. Sólo nuestra fuerza de voluntad, nuestras convicciones, nuestro amor.

Ella sonrió.

— Yo, amado mío, creeré en los milagros. Por los dos.

Después, se despidieron. El fue a la batalla, ella al castillo.

Sir Walter comenzó a transformarse después de aquel día.

El la había querido mucho. La había deseado.

Y estaba amargado. Volvió a su habitación

aquella noche, exigiéndole que aceptara su proposición de matrimonio. Tendría que casarse con él aquella misma semana.

Ella lo rechazó. No tenía miedo. Su padre aún estaba vivo.

Sir Walter era como un perro rabioso. Ella se casaría con él, de lo contrario, haría que la ejecutaran públicamente. Aquello atraería a su amante, y entonces mataría a Michael, también.

A ella le pareció divertido. Él nunca podría matar a Michael. Michael era más fuerte, y cabalgaba con soldados fieles. Sir Walter tenía algunos empleados, era el alguacil, pero no la mataría. Y no podría matar a Michael.

—Haz caso de mis palabras, Morwenna —le dijo sir Walter—. Cambiarás de opinión. Si no, haré que te quemen en la hoguera.

—¿Por qué? ¿Por despreciarte?

—Eres una bruja.

—Entonces, ahórcame.

—Morirás por cualquier crimen del que yo quiera acusarte.

—Nunca. Michael vendrá por mí. No permitirá que me hagas daño.

— Ya lo veremos, querida. Te veré muerta antes de Navidad, a menos que cambies de opinión.

—No lo haré. No lo entiendes. Yo quiero a Michael. Lo querré siempre.

—Te arrestaré mañana.

—¿Por brujería?

—Por bruja, por hereje y por traidora. Te quemarás. A menos que ocurra un milagro.

—Arréstame, enciende la hoguera. Habrá un milagro.

Pero no iba a haberlo...

—Robert, aquí estás.

El oyó la voz en sueños. Tenía calambres, estaba helado e incómodo. Demasiadas pesadillas. No le gustaba dormir en aquella casa. Abrió los ojos y vio sus propias manos, posadas sobre madera.

Un escritorio. Un libro.

—¿Robert? ¿Estás bien?

Él miró hacia el lugar de donde provenía la voz. Jillian estaba allí, vestida para ir a la iglesia. Llevaba una falda larga de lana y un jersey a juego, y tenía el pelo y los ojos brillantes. Lo miraba con curiosidad.

—¿Qué haces aquí?

Él creía que había estado soñando. Soñando con un fantasma, con un libro, con una historia. Pero estaba en la biblioteca. Y si no había estado soñando...

Un fantasma había ido a su habitación y le había dicho que bajara a leer un libro.

Y allí estaba él.

Sacudió la cabeza, intentando relajar la tensión del cuello.

–Yo...eh...

«Es muy sencillo», pensó. «Con Milo en la cabeza, Jillian en peligro, Douglas preocupado... he soñado con un fantasma. Poder de sugestión. Bajé a la biblioteca. Tomé un libro sobre una historia de dos amantes desventurados durante la Guerra Civil Inglesa. Me dormí de nuevo...»

—¿Robert? Quería decirte que nos íbamos a misa ahora.

—¿Ahora? ¿Te importaría esperarme cinco minutos? —le preguntó él, espabilándose instantáneamente—. Me gustaría ir con vosotros.

—¿De verdad?

–Sí.

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Muy bien. Te esperaremos.

Robert acompañó a Jillian, a Douglas, a Agatha y a Henry a la iglesia del pueblo y escuchó pacientemente el sermón del sacerdote, que casualmente hablaba sobre los milagros. Después, todos volvieron a casa y desayunaron café, bizcocho y zumos. Entonces, Jillian dijo que iba a su habitación a cambiarse de ropa para ir a montar.

—Nos vemos en los establos en un cuarto de hora —le dijo a Robert.

Los caballos ya estaban preparados, ensillados y embridados, cuando él llegó al establo. Se dirigió al primero, Igloo, un bonito animal blanco con motas marrones. Sin embargo, Jillian lo detuvo.

—No, monta a Crystal. Ayer te gustó mucho, y a él también le gustaste tú.

—Pero es tu caballo.

—Igloo también es muy buen caballo. Por favor, insisto.

—Está bien. Gracias.

Instintivamente, él comprobó la cincha, la silla y los estribos, y se dio cuenta de que eran los mismos que había llevado el día anterior. Entonces, subió al caballo. Era evidente que a Jillian le encantaba montar, y lo hacía muy bien. Subió con facilidad a la silla y al instante estuvo cómoda. Le acarició el cuello a Igloo.

—Pórtate bien hoy.

—¿Causa problemas?

Ella sonrió.

—Es el caballo de Griff. Es un bromista.

— Bueno, ahora me siento mal. Tú deberías montar tu caballo.

—No te preocupes. Me gusta pelearme con Igloo de vez en cuando.

—¿Ah, y piensas que yo no podría controlarlo?

—Yo no he dicho eso... —dijo ella, pero se interrumpió, consciente de que él le estaba tomando el pelo—. ¡Te echo una carrera por la colina! —le dijo.

Y al instante salió corriendo. La nieve que levantaron los cascos de su caballo le sacudió a Robert en la cara.

Riéndose, él salió tras ella. Cabalgaron un buen trecho. Igloo era más fuerte, pero Crystal era más rápido. Robert adelantó a Jillian. Había llegado su turno de sentir la nieve en la cara. Ella se rió también, y siguió trotando para alcanzar a Robert, que la estaba esperando.

Entonces, comenzó a cabalgar de nuevo.

Él taloneó a Crystal. Cuando llegó a la altura de Jillian, saltó de su caballo, la agarró y los tiró a los dos a un montón de nieve mullido. Ella se rió, sin aliento.

—¿Es que vas a adoptar la costumbre de tirarme en la nieve? —le preguntó, después de unos instantes.

Él apoyó un codo sobre el suelo y se sostuvo la cabeza para mirarla, mientras la sujetaba.

—No he podido resistir la tentación —le dijo.

Ella se lo quedó mirando fijamente. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos increíblemente brillantes.

—Me estoy enamorando de ti, ¿sabes? —le dijo Robert.

Ella tomó aire, sin dejar de mirarlo, sin decir nada.

—Te debo la vida.

—No me debes nada. Además, es muy posible que no te hubieras matado. Quizá hubieras parado a tiempo.

—Es posible. Pero me salvaste.

Él le apartó un rizo rojizo de la frente.

—Te salvé a ti y me salvé a mí mismo. Ya te he dicho que me estoy enamorando de ti.

—Me estoy congelando —dijo ella—. Y si no vamos tras los caballos, se volverán al establo sin nosotros.

—Buena observación —respondió él, y comenzó a levantarse. Después la ayudó a ponerse de pie.

Por suerte, los caballos sólo habían trotado un poco más allá, y los alcanzaron rápidamente.

—¿Te ayudo?

—No, gracias, no hace falta —respondió Jillian, y subió rápidamente a la montura.

–¿Robert?

—¿Mmm?

—Yo... de verdad, quiero darte las gracias otra vez.

—¿Porqué?

—Por tu asombroso rescate.

—Bueno, según tu marido —murmuró él—, no ha sido suficiente.

–¿Qué?

Robert la miró, sacudiendo la cabeza.

—Lo siento. Yo... —avergonzado, siguió moviendo la cabeza.

—¿Qué has dicho? Robert...

—Nada. Sólo que... tengo muchos sueños en esta casa. Anoche soñé que Milo entraba en mi habitación y me dijo que no lo había hecho tan bien. No miré la matrícula de la furgoneta, ni inspeccioné la valla para ver qué había sucedido.

Ella frunció el ceño.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Bueno, si hay alguien que quiere hacerte daño....

—¿Quién? Sólo fue un accidente.

—Quizá sí, quizá no.

—Robert, no empieces con mi familia de nuevo. Además, si Milo fuera un fantasma, vendría a verme a mí, no a ti.

—Eh, lo siento.

—Nadie de mi familia quiere hacerme daño.

Ella estaba muy enfadada, pero él no estaba dispuesto a ceder.

—Espero que tengas razón.

Jillian le lanzó una mirada asesina y taloneó a su caballo. Igloo salió disparado y Crystal lo siguió.

Sin embargo, con un vertiginoso cambio de humor, Jillian aminoró el paso de su caballo y se volvió hacia Robert.

—Vamos por aquí. Quiero enseñarte la casita de campo.

De nuevo, comenzó a cabalgar. Entraron en una zona boscosa, y a los pocos minutos, llegaron a un claro entre los árboles. Allí había una cabaña de madera, de dos pisos, que parecía salida de un libro de cuentos.

Ella bajó del caballo, ató la rienda a la rama de un árbol y entró en el porche. Robert la siguió.

—¿De quién es esta cabaña?

—Es mía. Era el estudio de Milo. Te enseñaré algunos de sus trabajos.

Entraron en la casa. Aquel lugar estaba muy limpio y ordenado, y el salón tenía sólo el mobiliario preciso: un sofá frente a la chimenea, una mesa de centro, una mesa en la zona del comedor y varias sillas. Aunque casi hacía más frío dentro de la casa que fuera, Robert tenía muchísima curiosidad por ver el trabajo de Milo.

Siguió a Jillian por las escaleras hacia el segundo piso.

Era el estudio de un pintor. Había un sofá lleno de cojines, unas cuantas sillas y otra chimenea. Y también había caballetes, cajas de pintura, pinceles, carboncillos, todo colocado por la habitación ordenadamente. Jillian se acercó a uno de los caballetes, en el que había un lienzo, y lo destapó. La pintura era estupenda. Representaba una cena, y los personajes estaban caricaturizados.

Era la familia de Jillian y sus amigos. Griff, con los rasgos ligeramente exagerados, tomaba la apariencia del perfecto dandy. Daniel, serio y con aspecto de gruñón. Theo, en el medio, con barriga. Eileen, intentando ser la más alta. Henry estaba al fondo, más viejo que Matusalén, y junto a él estaba Aggie, que parecía un esqueleto.

Connie y Joe estaban al frente, jugando al ajedrez y mirándose. Había dos niñas pequeñas a su lado, y Julián estaba con ellas. Robert reconoció también a Gracie Janner, y a Amelia. No vio a Brad Casey, y al principio tampoco vio a Douglas.

—¿Dónde está tu abuelo? —le preguntó a Jillian.

—Aquí.

Douglas estaba en el centro, mirando al frente.

—Como Dios en la última cena —musitó Robert, preguntándose cómo era posible que no lo hubiera visto.

—Eh, te lo he enseñado porque quería que vieras que aunque él nos tomaba el pelo a todos, Milo nos pintó con amor.

Julián tenía razón. Todo el mundo se sonreía, como si hubiera aprendido a soportar las manías y las excentricidades de los demás.

—Milo era un artista —dijo Robert suavemente, mirando a su alrededor.

—Un artista maravilloso.

Robert señaló otro caballete.

—¿Ahí hay otro cuadro suyo?

—No, ése es mío.

—¿Puedo verlo? —le preguntó él.

Jillian se encogió de hombros, así que él se acercó y destapó el cuadro. Era de Milo. Llevaba una camisa blanca y suelta y el fondo era azul. Parecía un poeta romántico, Shelley o Byron.

—Es estupendo. Deberías pintar más —le dijo él.

—Pintar no es uno de mis talentos —respondió Jillian—. Yo diseño joyas, y de vez en cuando, ropa. Ya no pinto —dijo. Después se estremeció, y él se dio cuenta de que hacía muchísimo frío allí arriba, también.

—Deberíamos irnos. Estás helada —dijo él.

Ella asintió.

—Creo que le diré a Jimmy que traiga a gente a limpiar aquí antes de Navidad. Esta cabaña también la adorno. De una forma diferente, pero es divertido.

—¿Quién viene aquí contigo? —le preguntó con curiosidad.

—Bueno, Milo venía, por supuesto —murmuró ella.

—Milo ya no está —le dijo él, con delicadeza.

—Vengo algunas veces con las niñas de Connie y de Joe. Les encanta este lugar. Abajo tengo un baúl lleno de juguetes, y también tienen aquí sus pinturas. Los niños son grandes artistas. Otras veces, vengo sola. Hago diseños aquí, y tengo herramientas para trabajar el oro y la plata.

—Qué agradable.

—Gracias. Aquí se siente mucha paz. Como si estuvieras solo en el mundo —Jillian sonrió, y volvió a estremecerse—. Creo que deberíamos irnos — dijo, y se dirigió hacia las escaleras.

Él se detuvo un momento ante el óleo que había pintado Milo Anderson.

—Creo que te equivocas acerca de la paz de esta pintura, sin embargo. Creo que Milo vio

cosas en tu familia que temía que tú no vieras.

—¿Otra vez? —dijo ella, indignada—. ¡Deja en paz a mi familia!

—Jillian...

Pero ella ya había comenzado a bajar los escalones a toda prisa. Cuando salió de la cabaña, subió con facilidad al caballo.

El volvió a llamarla, pero ella no le hizo caso. Taloneó a Igloo y el caballo salió al galope.

Muy rápido.

— ¡Jillian! —gritó Robert. Subió a su caballo y salió tras ella—. ¿Qué demonios estás haciendo? — le rugió, casi alcanzándola.

Ella se volvió hacia él, con el pelo agitado por el viento.

— ¡Estamos en una carrera!

Entonces fue cuando él se dio cuenta de que la silla de Jillian se estaba resbalando hacia la grupa del caballo.

— ¡Jillian! —le gritó él, pero el viento soplaba a su alrededor, los cascos de los caballos golpeaban el suelo y los corazones latían con fuerza.

Ella no le oía.

Robert espoleó a Crystal y se puso a la altura de Jillian. Ya había hecho aquello, y podría hacerlo de nuevo.

— ¡Jillian, la silla!

— ¡Déjame en paz!

Entonces, él saltó hacia ella, la tomó por los hombros y ambos cayeron de nuevo en la nieve. Jillian escupió furiosamente, con nieve en la boca, en los ojos, en la nariz, en el pelo, en todas partes.

—Maldito seas, ya está bien...

—Jillian, mira tu silla.

Él no se quedó tumbado junto a ella, sino que se levantó rápidamente. Igloo había aminorado el paso, y estaba relinchando con angustia. La silla se había resbalado hasta el vientre del animal.

Mientras ellos miraban, la cincha se rompió por completo y la silla cayó al suelo.

—Está bien —susurró ella, a su lado—. Lo siento. Me has rescatado de nuevo. Eres un hombre muy útil cuando hay accidentes.

—¿Accidentes? —respondió él. No quería imaginarse las consecuencias que hubiera podido tener el hecho de que ella hubiera continuado cabalgando. Habría caído bajo los cascos de Igloo.

Ella lo estaba mirando, obstinadamente.

—Sí, accidentes.

Él sacudió la cabeza y comenzó a caminar. Estaba temblando de preocupación, y no quería que ella se diera cuenta.

— ¡Robert!

-¿Qué?

—Robert, ha tenido que ser un accidente. Piénsalo. Yo estaba montando el caballo que supuestamente ibas a montar tú. Crystal es mi caballo. Cualquiera de mi familia habría pensado que lo montaría yo. Así que ha tenido que ser un accidente.

Él no lo creía, y no respondió, mientras seguía caminando por la nieve hacia la silla.

Se agachó e inspeccionó primero la cincha. Él no era un experto, y no supo distinguir si se había desgastado o si la habían raspado con algún objeto afilado.

Fuera lo que fuera, ya no estaba en el lomo del caballo.

—Robert — Jillian estaba de pie frente a él—. Los accidentes ocurren.

—Los accidentes y los milagros —murmuró él—. Sí, sí.

Él se incorporó.

—¿Robert?

-¿Qué?

—¿Qué estabas haciendo en la biblioteca esta mañana?

—Leer.

—Estabas dormido.

—Bueno, sí, después me dormí.

—Pero, ¿por qué estabas allí?

Él tomó la silla y se la echó al hombro.

—Porque estaba soñando con el fantasma de tu marido, y él me dijo que fuera a la biblioteca.

—¿Para qué?

—Para leer un libro.

—¿Qué libro?

—Un libro antiguo sobre la Guerra Civil Inglesa.

—¿Milo te dijo que leyeras un libro sobre la Guerra Civil Inglesa? —le preguntó ella, con escepticismo.

—Fue un sueño, Jillian, sólo un sueño. Y la silla pesa. Volvamos ya.

—Déjala. Yo sé montar a pelo, y después volveremos con una moto de nieve a recogerla.

—No, no quiero dejarla. Pero vamos, ¿de acuerdo?

Ella comenzó a caminar hacia donde esperaban los caballos. Él le puso la silla a Igloo sobre el lomo, y volvieron a la casa caminando.

Silenciosos y desconfiados.

Cuando finalmente llegaron al establo, ella se volvió y le dijo:

—Si Milo pudiera volver, vendría a hablar conmigo.

—Fue un sueño, Julián. No creo en los fantasmas, ya lo sabes.

— Sí, lo sé. No crees en nada. Sólo crees en aquello que ves y puedes tocar. Y yo te estoy diciendo que esto sólo ha sido un accidente. Mi abuelo es mayor, y yo quiero a mi familia, Michael. Y eso es todo.

Entonces se alejó de él, pero él la siguió y la tomó por el brazo.

—Robert —le dijo.

—¿Qué? —preguntó Jillian, confusa.

—Robert. Me llamo Robert.

—Ya sé que te llamas Robert.

—Acabas de llamarme Michael.

–No.

–Sí.

—Oh, por Dios, sé cómo te llamas, y no te he llamado Michael. Me parece que te estás volviendo loco.

Ella tiró del brazo para zafarse de él. Dejó a Igloo allí para que Jimmy lo atendiera y se marchó a casa corriendo.

Él pensaba que estaba llorando, y apretó los dientes.

—No me estoy volviendo loco —murmuró—. Y ojalá tu marido se te apareciera a ti en sueños. Y sí me llamaste Michael.

Michael.

El nombre del soldado del libro.

Capítulo 10

Cuando Julián entró en casa, se encontró con la mayoría del grupo en la cocina, con las fotografías extendidas sobre la mesa, comentándolas. Julián tuvo que admitir qué las fotografías que habían elegido para los anuncios eran magníficas.

—Estoy asombrada —dijo.

—Bien —murmuró Eileen. Intercambió miradas con Daniel y con Theo y después miró a Brad— Enhorabuena. Tú viste algo que nosotros no vimos. Y es genial.

Brad se ruborizó.

—Gracias. Pero, Eileen, tú fuiste la que tomaste mis dibujos y los convertiste en magia.

—Eh, yo también he puesto mi granito de arena —protestó Theo.

—Todos podéis estar orgullosos. Todos habéis participado —dijo Douglas, sonriendo—. Vamos a abrir alguna botella de champán de las que hemos encargado para Navidad —sugirió—. Creo que la ocasión lo merece. Y quiero hacer un brindis.

—Yo traeré las copas —dijo Agatha.

Henry fue inmediatamente a ayudarla. Cuando volvieron, Jillian tomó una copa y miró a su alrededor por la sala. Gracie Janner estaba a su lado, y realmente, estaba guapa. Tenía color en la cara, y las mejillas un poco más rellenas de lo normal.

¿Estaría teniendo una aventura con Daniel? Jillian no podía evitar preguntárselo. Sin embargo, habría jurado que la voz que había oído era la de Connie. Y sólo Connie y Joe estaban ausentes en aquel momento.

— ¿Dónde están Connie y Joe? —preguntó, mientras alzaba la copa para que Henry se la llenara.

—Joe me preguntó si podían volver a Nueva York —respondió Daniel, pero no la miró. Estaba estudiando las burbujas del champán de su copa.

—Y aquí viene el brindis —dijo Douglas, poniéndose de pie en la cabecera de la mesa—. Por todos vosotros, por hacer lo que habéis hecho. Siempre he dicho que en la vida no hay nada tan importante como la familia. Yo me he quedado aparte, observando cómo trabajabais juntos, y rara vez me he sentido más orgulloso, más contento por lo que Dios me permitió crear. Cada día estoy más satisfecho de vosotros. Salud.

— Salud —respondieron todos al unísono. —Por usted, señor —dijo Griff, y levantó su copa hacia Douglas—. Con nuestra más profunda gratitud por la riqueza que le ha otorgado a nuestras vidas.

Douglas asintió, aceptando graciosamente el cumplido. Después miró su copa y sonrió.

—Es bueno, este champán. Bueno, voy a echarme una siesta. Aggie, ¿a qué hora

comemos?

—A las tres de la tarde. Espero que todos seáis puntuales.

Todos asintieron y comenzaron a dispersarse por el salón y el vestíbulo. Jillian salió rápidamente de la cocina, también. En aquel momento, después de lo que le había dicho Robert, se sentía totalmente leal a su familia. Fue hacia la biblioteca. El libro que él había estado leyendo todavía estaba sobre el escritorio. Se sentó y lo hojeó distraídamente. Qué extraño. Robert no había conocido a Milo, y además era un escéptico. Pero aun así, soñaba que Milo lo visitaba como un fantasma.

Se recostó en el asiento, y de repente tuvo frío y se llevó las rodillas al pecho, abrazándose.

—Si tú pudieras volver, vendrías a verme a mí, ¿verdad? Sé que lo harías.

Tuvo la sensación de que una brisa cruzaba la habitación. Fría, pero no helada. Se abrazó más fuertemente.

Miró de nuevo al escritorio, y observó el libro con curiosidad. Era muy antiguo, uno de los más antiguos que tenía su abuelo. Se había publicado en América y era una colección de cartas de la Guerra Civil Inglesa. Jillian comenzó a hojearlo. Lo había escrito un hombre llamado Justin Miller, ayuda de campo del capitán Michael Trellyn. Había una narración, una colección de documentos legales y una sección de cartas. También había lo que posiblemente era una visión parcial de la guerra.

Pasó unas cuantas hojas y descubrió un capítulo llamado *Cartas y diario de lady Morwenna, con la correspondencia a su capitán mientras estaba en la guerra*.

A ella le encantaban las cartas antiguas, y comenzó a leer sin perder un segundo.

Hoy he visto a Michael por primera vez. O quizá debería decir que lo he visto de nuevo, porque creo que ha debido de estar por aquí durante muchos años, pero nunca me había fijado en él, hasta ahora. Ha crecido y se ha convertido en soldado, y dicen que en uno muy bueno. Es un individuo muy seguro de sí mismo. No parece que sea consciente de mi posición, ni de que la suya es mucho más baja. Me llama lady Morwenna, pero lo dice de una manera... Aprenderá.

Hoy ha hablado con papá durante largo rato. Los dos admiten que aunque el Rey se equivoca a menudo, es el Rey, y tienen que permanecer a su lado. Naturalmente, mi padre aportará un ejército, y parece que este hombre será quien lo dirija. Bien, ¡es un buen plebeyo para hacerlo! Es alto y monta bien, tiene una mirada dura y directa y tiene una buena constitución. Sería una verdadera lástima que una bala de cañón terminara con un buen espécimen como él.

Walter también estaba aquí. Ahora es el alguacil, y se le considera un hombre justo y bueno tanto por parte del bando del Rey como por parte del bando de Cromwell. Yo creo que él sabe manejar a los demás, y que sabe cambiar de camisa cuando es necesario.

Sin embargo, es pariente, y padre lo dejará como responsable del castillo y de las tierras cuando él parta a la guerra. Es culto y listo, y supongo que es bueno que esté aquí. Aunque la mayor parte del país esté en el caos, aquí reinará el orden con Walter. Sé que le ha dicho a mi padre que desea

casarse conmigo. Es guapo y tiene talento para el poder, pero yo he fingido que no sabía nada y le he recordado que somos parientes. Él me ha respondido que el parentesco es lejano, pero lo suficientemente cercano como para que él fuera un heredero apropiado para las tierras de mi padre.

Sin embargo, yo no puedo pensar en su proposición. Hay algo que... No importa. Ojalá me atrajera tanto como me atrae el capitán, que por supuesto, sólo es un plebeyo. Nosotros no tenemos sangre real, por supuesto. Rezaré para que al menos, aunque sea altivo, no caiga bajo los golpes de los hombres de Cromwell.

Allí terminaba aquel fragmento. La página siguiente era una carta escrita poco después, cuando el capitán Michael Trellyn se había ido a la guerra. Pese a la fría objeción que la dama había hecho sobre diferencia de clase, las pasiones habían estallado entre los dos. Ella lo escribía como la señora del castillo, pidiéndole que tuviera gran cuidado en las batallas. También le pedía que velara por su padre, que también estaba entre los hombres que luchaban en el bando del rey Carlos I.

Sutilmente, la relación comenzaba a cambiar. Él había estado en casa, y se habían visto junto a un riachuelo. Las palabras se habían hecho más íntimas, los ruegos más desesperados y más apasionados.

Querido... todas las noticias dicen que las cosas no van bien para las tropas del Rey. Por aquí, aquellos que temen el castigo de Cromwell han comenzado a darle la espalda. Con sinceridad, y sin deslealtad, debo admitir que no pienso que haya sido un buen Rey. Siempre ha sido muy categórico en cuanto al derecho divino de los reyes. Cree que Dios le permite cualquier extravagancia. Yo creo que debería haberse preocupado más por la difícil situación de su gente que por sus propios excesos. Pero estos son pensamientos que sólo comparto contigo. Ten cuidado, amor, cuando te enfrentes a la pólvora y la sangre en las batallas.

Aquí, aunque casi me hace reír con sus presunciones, sir Walter está a punto de cruzar la línea hacia el otro bando. Se ha convertido en un hombre que cree que encarna la justicia, simple en lo que desea y anhela. El otro día trajo a un buscador de brujas antes de la misa del domingo. Se enfadó mucho cuando yo me reí de él por aquella idea. Sólo los tontos, me dijo, se niegan a ver que el demonio vive entre nosotros. Jura que su único propósito en la vida es protegerme, a mí y a las posesiones de mi padre. Su amor es el amor del parentesco, y dice que se ocupará de que yo aprenda a comportarme según la ley de Dios... y creo que debería añadir de Cromwell.

En cuanto a mí, estoy bien. La enfermedad que sufren las gentes del pueblo me mantiene ocupada, y luchar con sir Walter me mantiene divertida. Hablan de torturar a la pobre vieja a la que arrestaron bajo la acusación de brujería, y yo lucho por defenderla. Todo esto consigue distraerme a veces de lo mucho que te añoro, amor mío, en cuerpo y alma. Ah, ahora debo terminar, porque los soldados que habían venido a descansar van a marchar de nuevo, y voy a darle esta carta al soldado Goodman, que me juró que te la entregaría. Cabalga con Dios, amor, y vuelve a casa conmigo.

Jillian siguió leyendo página tras página del fascinante libro. Lady Morwenna escribía sobre el tiempo que le tocó vivir, explicando detalles interesantes sobre las granjas, sobre la tierra, sobre su hogar en la frontera de Gales. Hablaba de recetas para curar heridas, de su búsqueda de hongos especiales para hacer tónicos y ungüentos, sobre el tiempo, la

lluvia, el sol y la nieve.

Había un fragmento conmovedor en el que refería la vuelta a casa de su padre herido. Estaba terriblemente enfermo. Su mente deliraba, y su cuerpo se vio postrado en el lecho. El amor de la dama por su padre era evidente. Y con la vuelta de su padre enfermo, llegó también un sutil cambio en la vida en el castillo.

No tengo tiempo para los encuentros continuos que exige Walter. Tengo que atender a mi padre. Y, sin embargo, me pregunto qué mal puedo estar haciendo, porque por medio de mis leales sirvientes he sabido que el usurpador de mi hogar cada vez intenta conseguir más y más poder aquí.

No volvía a hablar de sir Walter durante varios días. Escribía sobre su padre, y de cómo había sido con ella cuando era niña y mientras crecía, siempre tierno y cariñoso. Nunca terminaba ninguno de los fragmentos de su diario sin una plegaria por su capitán, que todavía estaba luchando en la guerra al mando de las tropas de su padre.

Y entonces...

Santo Dios, estoy tan emocionada, siento tanta alegría, que casi me resulta imposible guardar el secreto... Sentirme amada y adorada por él es un regalo sin igual en este mundo. Él me escribió diciendo que vendría, y que acudiera a encontrarme con él a la orilla del río. Y allí, a la luz de la luna, lo encontré. Estaba en compañía de algunos de sus hombres.

Yo corrí hacia él y saludé a sus amigos, y les dije que conocía la situación en Londres y en el campo. Al principio me pregunté por qué habría ido a nuestra cita con los demás. Y entonces lo entendí, al ver al sacerdote, y mi amor se arrodilló con la luz de la luna reflejada en los ojos, y humildemente me pidió que me casara con él.

Y allí, ante Dios, juré ser su esposa, y él juró ser mi marido. Había llevado consigo un vino dulce regalo del propio Rey, y lo bebimos, y bailamos bajo la luna. Después todos los testigos se marcharon, y nos quedamos solos junto al suave calor de la hoguera, rodeados de sombras. Yo tuve el confort de la tierra, la belleza de mi amor, la calidez perfecta de su fuerza.

Y cuando llegó el amanecer, él me habló con seriedad de sus preocupaciones y su angustia. Yo le aseguré que era fuerte y que podía manejar a sir Walter. Sin embargo, él me pidió que fuera con él, pero de nuevo yo le dije que era él quien debía quedarse. Yo no podía abandonar a mi padre. El juró que me quería, me abrazó, y prometió que volvería, pese al viento y la lluvia, la nieve y el fuego, para estar conmigo. Si alguna vez yo lo llamaba, si alguna vez tenía la más mínima necesidad.

–¡Eh!

Aquella exclamación sobresaltó tanto a Jillian que el libro se le cayó de entre las manos. Era Griff, que estaba en la puerta de la biblioteca.

—Hola —le dijo, asombrada de que se hubiera puesto a temblar.

—Llegas tarde.

–¿Tarde?

—A comer.

—¿A comer? No puede ser.

—Jillian, créeme, es cierto. ¿Por qué iba a mentirte? ¿Le mentiría yo a alguien por algo tan trivial como la comida?

Ella sonrió y recogió el libro del suelo.

—No, no mentirías sobre la comida.

—Yo no miento, en realidad.

Griff le hizo una reverencia con galantería y le ofreció el brazo. Ella sonrió y lo tomó, y los dos salieron de la biblioteca juntos. Mientras caminaban hacia las escaleras, Griff se detuvo de repente. Ella se dio cuenta de que estaba mirando la imagen de ellos dos reflejada en el espejo del final del pasillo.

—Una pareja perfecta —bromeó él.

Griff era muy guapo. Alto, rubio, con los rasgos perfectos y los ojos grandes y profundos. Y ella estaba a su altura, con su pelo rubio rojizo y su esbeltez.

—Eres guapísimo —le dijo a su primo.

—No tanto como el alto y moreno Robert Marston, ¿no?

—Tú eres mi primo, y sabes que te adoro —le aseguró Jillian. Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Él suspiró.

—La comida nos está esperando. Pero deja que te recuerde que no tenemos un parentesco tan cercano. Sólo por si don alto, moreno y bien pagado no está a la altura.

Ella se rió, pero se dio cuenta de que el sonido de su risa era un poco inseguro. Estaba verdaderamente irritada con Robert por su injusta actitud hacia su familia. Ellos eran lo único que tenía en el mundo, y los quería. Y Robert Marston no podría cambiar aquello con sus absurdas sospechas.

Jillian se dio cuenta de que estaba enfadada, sobre todo, por el hecho de que, aunque Robert estuviera seguro de que ella fuera el objeto de algún juego sucio, cuando no creía en nada más. Todo aquello había empezado en Halloween, con la adivina. Él no creía en lo esotérico, en lo milagroso, en nada que estuviera más allá de lo tangible. Pero allí estaba, soñando con Milo y echándole la culpa de todo a sus familiares más directos.

—Eh, ¿estás conmigo? —le preguntó Griff––. Estás enamorada de él, ¿verdad?

—¿De quién?

—Oh, por favor. De Robert Marston.

— Yo... Griff, él acaba de llegar a la empresa. Yo nunca haría nada tan... rápidamente. Apenas lo conozco —le dijo a su primo, y lo miró con curiosidad—. ¿Qué opinas tú de él?

Griff se encogió de hombros.

—Me parece un buen chico. Theo lo aprecia, y él debería conocerlo. Estuvieron juntos durante toda la carrera.

—Entonces, ¿lo apruebas?

Griff se rió.

—¿Y te importa que yo lo apruebe o no?

—Bueno, sí, supongo que sí. Esta familia lo es todo para mí.

—Ah, hablas igual que Douglas.

—Quizá. ¿A ti no te importa la familia?

—Más de lo que quisiera reconocer. Mucho más. Vamos, tenemos que bajar a comer. A mí me cae muy bien Robert. Siempre y cuando él se mantenga alejado de mi oficina y recuerde que soy un Llewellyn, señor del castillo. Bueno, está bien, uno de los del grupo de señores del castillo, pero ya sabes a lo que me refiero.

— ¡Eh, los de ahí arriba!

Douglas estaba a los pies de la escalera, llamándolos.

—Ya vamos —respondió Griff.

—Te echo una carrera —le dijo Jillian.

Probablemente tuvieron suerte de no romperse el cuello. Griff estaba ganando a Jillian, así que ella se subió a la barandilla y se deslizó hasta abajo. Él saltó los últimos escalones y se cayó al suelo, y ella bajó deslizándose y cayó sobre él. Los dos se estaban riendo como histéricos.

Jillian no se había dado cuenta de que Robert estaba hablando con su abuelo, apoyado contra el marco de la puerta del salón. Él se la quedó observando mientras Douglas le tendía la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Cenamos ya? Todo el mundo está esperando —les preguntó Douglas.

—Claro. Lo siento —dijo Jillian.

Daniel había dicho, un poco antes, que quizá fuera conveniente volver a Nueva York aquella misma noche, pero en aquel momento, debido a que había atardecido y estaba cayendo una helada, las carreteras serían peligrosas. Cuando Douglas entró, los primos interrumpieron la conversación. Todos se sentaron a la mesa y después de que Douglas la bendijera, comenzaron a cenar.

—Jilly, pásame las patatas, por favor. Me pregunto si deberíamos ponernos de viaje ya —dijo Daniel, retomando el tema anterior.

—Habíamos planeado volver mañana por la mañana —le recordó Douglas.

— Sí, lo sé. Es sólo porque, con todos nosotros aquí, no ha quedado ningún ejecutivo en la

oficina.

—Joe Murphy estará allí. Y Connie puede encargarse de la mayoría de las cosas que surjan.

—Oh, sí, es cierto —murmuró Daniel.

Jillian se quedó mirándolo, preguntándose qué habría ocurrido en su habitación. ¿Tendría una aventura con Connie? No podía creerlo. Y menos allí, con Joe en la misma casa. Connie quería a Joe. Y tenían aquellas preciosas niñas.

No podía haber sido Connie. Debía de haber sido Gracie.

— Siempre y cuando haya alguien más por la mañana —intervino Theo—. Creo que, con que salgamos de aquí sobre las diez, será suficiente.

—A mí me parece bien —dijo Eileen.

—Es increíble que el tiempo sea tan malo a principios de noviembre —comentó Gracie Janner.

—Lo cual significa que será estupendo ir a grabar a Florida —dijo Griff.

— ¿Vamos a grabar a Florida? —preguntó Jillian.

—¿No lo sabías? —le preguntó Robert.

—Los artistas nunca prestan atención en las reuniones —dijo Griff, con un suspiro exageradamente dramático.

Jillian estaba realmente enfadada con él. Robert se dio cuenta a medida que avanzaba la noche. Bien, era natural que quisiera a su familia, y él los había atacado. Sin embargo, ella estaba siendo tonta al minusvalorar el peligro.

Habían ocurrido demasiadas cosas raras. La muerte de Jeeves, el agujero de la valla, la cincha gastada... Todo parecía arreglado por una mano maligna.

Al menos, aunque Jillian no quisiera escucharlo, él podía estar a su lado y vigilarla.

Estaba cansado. Había pasado la tarde con Daniel, finalizando los planes para la campaña de publicidad, pero no tenía intención de dejarla sola para que volviera a tirarse por una barandilla. Se quedó con la familia por la noche, sin participar, pero observando cómo seguían con la decoración de la casa. Era un proyecto de Jillian, claramente, y Henry era su mano derecha, pero todos los demás participaban de buena gana. Parecían más hermanos que primos, tenía que admitirlo. Bromeaban, se tomaban el pelo, discutían, hablaban, se peleaban, se reconciliaban cariñosamente...

Daniel fue el primero que se retiró a dormir. Un poco después, lo hicieron Eileen y Gary, y Jillian los siguió.

Ella le dio un beso a su abuelo, y después se despidió de él con frialdad.

—Buenas noches, Robert.

Él no se quedó paralizado. Se despidió también de Douglas, agradeciéndole su hospitalidad.

—Ha sido un fin de semana de trabajo. No tienes que darme las gracias —le dijo Douglas.

—Quizá, pero yo he disfrutado mucho.

Maravillosa casa, pensó mientras subía las escaleras. Un lugar estupendo para criar hijos.

Desde su habitación, oyó a Jillian moverse por la suya. Después la oyó acostarse. En la oscuridad, se masajeó las sienes. No había tomado vino caliente aquella noche, pero de todas formas estaba un poco mareado. Sí había tomado un poco del excelente coñac de ciento cincuenta años que Douglas le había ofrecido. No mucho, pero sin embargo, se sentía como si hubiera estado horas bebiendo.

—No habrá fantasmas esta noche, ¿de acuerdo? — se dijo, burlándose de sí mismo.

Después le dio unos golpecitos a la almohada y rezó por poder dormir bien.

La ducha caliente le había servido de poco, y Jillian no creía que fuera capaz de conciliar el sueño. Todavía estaba disgustada por lo que había ocurrido durante el paseo a caballo de aquella mañana, y por la actitud de Robert. Él no había hecho ningún intento de hablar con ella después, pero cada vez que ella lo había mirado, había sabido lo que estaba pensando. Tonto.

Y aun así, deseaba conocerlo mejor. Deseaba estar con él. Quería discutir con él como si fueran una pareja de verdad. No quería separarse de él pese al desacuerdo. Milo le había dicho una vez que no había que irse a dormir con una discusión pendiente. Y ella lo creía. Y si estuviera realmente enamorada, si ellos dos estuvieran mirando hacia el futuro, podrían retirarse a la misma habitación y resolverlo. Incluso podrían mantener sus diferentes opiniones y aun así, acurrucarse juntos en la cama.

Jillian reflexionó sobre el libro que había estado leyendo aquella tarde, sobre Morwenna y Michael. Había una guerra entre ellos. Estaban los dos en el mismo bando, pero la guerra estaba partiendo su país en dos y destrozando su hogar. Y aun así, sabían que lo que había entre los dos les daba fuerza y fe contra la adversidad.

Calor...

¿Se había dormido? Abrió los ojos, pensando, recordando, anhelando aquel calor...

Y allí estaba él, a los pies de su cama, con una ; bata de terciopelo muy larga. Roja, pensó ella, aunque no podía saberlo con seguridad, porque estaba oscuro. Era como si él hubiera estado esperando a que ella lo viera. Entonces, él se acercó lentamente, y ella se sentó en la cama, con las palabras en los labios, pero sin hablar. Él no le había pedido permiso para estar allí. Y ella le había dicho que necesitaban mantener cierta distancia. Pero estaba contenta de que él estuviera allí. Muy contenta. Se levantó de la cama para unirse a él. Lo miró a los ojos, lo abrazó por la cintura y apoyó la cara en su pecho, donde el suave terciopelo de la bata le hizo cosquillas en la nariz y en las mejillas. Él le entrelazó los dedos en el pelo y le besó la cabeza.

Ella volvió a mirarlo a los ojos, y una vez más, estuvo a punto de decir algo, pero él le puso el dedo sobre los labios, y sus ojos azules se clavaron en ella con una emoción profunda e inquietante, que parecía que iba a conseguir que se le parara el corazón. El no dijo nada, pero ella se sintió de repente entre sus brazos, en sus besos, envuelta en una necesidad ardiente, en un deseo que bordeaba lo mágico, la esencia de los sueños.

Después estaba tumbada junto a él, entrelazada con él. Y allí encontró lo que a menudo era tan escurridizo en la vida. Una caricia que iba más allá de la carne, la intimidad del alma. Ella pertenecía a aquel lugar.

El calor. La calidez que sentía era dulce y conmovedora. El sentimiento que había hallado en las páginas de aquel libro, el sentimiento que había envidiado.

Sí, era exactamente como en el libro...

Estaba sola cuando despertó, rodeada por un silencio y una frialdad que hizo que pensara que había imaginado aquella noche fantástica. La cama apenas estaba revuelta, y ella llevaba su camisón de franela.

Perpleja, se levantó lentamente, y miró el despertador. Eran casi las nueve. Habían quedado en salir antes de las diez. Se ducho, se vistió, se maquilló y se peinó, y mientras se arreglaba, estaba segura de que no podía haberse imaginado todo lo que había ocurrido. Se miró al espejo, practicando formas de preguntárselo a Robert.

—¿Qué estabas haciendo en mi habitación anoche? —le preguntó en voz alta a su reflejo, seriamente—. Creía que habíamos acordado mantener la distancia, ¿no?

Así. Se lo preguntaría así.

Bajó a la cocina y saludó a todo el mundo. Mientras todos desayunaban, de pie, alrededor de la mesa, eligiendo magdalenas y dulces como si fueran hormigas y sirviéndose tazas de café y de té, no pudo hablar con Robert. Pero finalmente, consiguió coincidir con él junto a la cafetera. Se había convertido de nuevo en el ejecutivo poderoso, vestido con su traje de oficina, perfectamente peinado y afeitado. La sonrió, y la miró de una manera que le hizo sentir la misma dulzura y la misma calidez que habían llenado aquella noche de magia.

Ella no estaba loca.

–Yo...

—¿Qué tal estás? —le preguntó él, suavemente.

— Sí... yo... bueno, supongo que estoy un poco sorprendida, aunque no decepcionada, he de admitir, porque vinieras a mi habitación anoche. Quiero decir que... habíamos acordado ir más despacio.

Él le dio un sorbo a su café y se la quedó mirando con curiosidad, con el ceño fruncido. No dijo nada durante un largo momento. Y aquellos ojos azules, profundos, seguían clavados en ella.

— ¡Dios mío! Por favor, dime que he estado contigo... —le pidió, desesperada. No era en absoluto lo que había planeado frente al espejo.

—Sí, has estado conmigo —le dijo él.

Ella dejó escapar una exhalación de alivio.

—Entonces ¿por qué... por qué me miras así, como si estuviera... confundida?

Él posó la taza sobre la mesa, sacudiendo la cabeza.

—Jillian, yo no fui a tu habitación.

—¿Qué? No lo entiendo. Acabas de decir que estuve contigo.

—Yo no fui a tu habitación. Tú viniste a la mía.

Capítulo 11

Cuando estaban a punto de marcharse, Agatha salió al vestíbulo, frotándose las manos para calentárselas.

—No podéis marcharos.

Robert estaba junto a la puerta, con una de las maletas de Eileen en la mano. Era una maleta muy pesada. Robert no entendía cómo, con todo lo que viajaba, no había aprendido a hacerlo ligera de equipaje.

—¿Por qué no podemos irnos? —le preguntó, dejando la maleta en el suelo.

Todos miraron a Agatha, expectantes.

—Hay una tormenta de nieve.

—¿Una tormenta de nieve? —repitió Daniel, con incredulidad.

— Según las noticias, se avecinan vientos de temporal y va a caer una capa de nieve de treinta centímetros. Habrá terminado esta noche. Así que no podéis iros. Aunque os marcharais, no podríais trabajar, porque la ciudad va a cerrar.

—¿Estás segura? —le preguntó Theo, escépticamente.

—Theodore Llewellyn, ¿por qué iba a inventarme yo una tormenta de nieve? —le preguntó Agatha, indignada.

—Bueno, Aggie, pero...

—Podéis ver las noticias del tiempo, si queréis —les dijo Agatha.

Y lo hicieron. El hombre del tiempo dijo que era muy extraño que hubiera una tormenta semejante tan pronto, y que seguramente aquellas navidades serían muy frías y blancas.

—Voy a salir a ver a Jimmy, y a comprobar que el establo está caliente y que el generador funciona bien —dijo Douglas.

—No, abuelo, iré yo. Quiero ver a los caballos.

—No soy un viejo tonto y torpe, Jillian. No voy a tropezarme por las escaleras —le dijo Douglas, un poco irritado.

—Somos viejos, y hay hielo por todas partes — dijo Henry—. Buena idea, Jillian. Gracias.

Mientras todos dejaban las maletas en el vestíbulo, Robert salió tras Jillian. El viento estaba soplando con furia, y se alzó los cuellos del abrigo. No era un buen día para viajar, seguro, y se alegraba de que nadie hubiera insistido en volver. Él se había vestido para ir directamente a la oficina, y los zapatos de cuero que llevaba no eran los mejores para andar por la nieve. Al menos, el abrigo largo de lana era una buena protección. De todas formas, se alegró de llegar al establo.

—Lo de ahí fuera parece el lamento de una bruja —dijo Jimmy, al verlo entrar—. En la televisión han dicho que no va a amainar hasta por la noche —añadió. Estaba con Julián junto al compartimiento de Crystal.

— Jimmy y yo estábamos hablando sobre el cuarto de los arreos —dijo Julián.

No parecía que estuviera especialmente contenta de ver a Robert. Había estado preocupada toda la mañana, desde que él le había dicho que había sido ella la que había ido a su habitación. Él se había quedado asombrado al ver el asombro reflejado en sus ojos. Robert recordó cómo ella había entrado en su habitación y le había hecho pasar una de las mejores noches de su vida, y después se había vuelto a marchar a su habitación. Él entendía su necesidad de hacer las cosas más despacio, pero seguramente, ella también podía entender que él era humano y no estaba interesado en ir despacio. En absoluto. Quizá fuera aquella casa. Su marido había muerto allí. Quizá sus sueños fueran tan alocados como los que él estaba teniendo.

Robert se apoyó en la puerta del compartimiento y le acarició la nariz a Crystal.

—¿Y qué ha dicho Jimmy sobre el cuarto de los arreos?

—Lo mismo que le dije ayer, señor Marston — respondió Jimmy — . Ésta es una zona tranquila, agradable. Hay pocas casas y están alejadas las unas de las otras. La mayoría de ellas son de gente que ha vivido aquí toda su vida. Hay niños y adolescentes, y está claro que alguno de ellos ha chocado contra la valla. Pero yo nunca he visto a ninguno de ellos fisgoneando por aquí, y mucho menos en el cuarto de los arreos. Y Jilly es la única que conserva verdadero interés por los caballos. Bueno, y la señorita Connie. ¿Sabes que vosotras dos siempre ibais juntas a montar cuando erais pequeñas? Ella todavía adora los caballos, como tú, Jilly.

—¿Así que Connie Murphy ha estado por aquí este fin de semana?

—Claro —respondió Jimmy— Joe también. Y Daniel vino con esa chica tan delgada suya. Bueno, ahora que lo pienso, incluso vino Eileen con Gary. Ese Gary es un tipo muy agradable. Uno de sus clientes acababa de volver de Trinidad, y él me ha traído una botella de ron estupendo. ¿Creéis que ella se casará alguna vez con el pobre tipo? —les preguntó Jimmy, guiándoles el ojo.

—¿Quién sabe? —murmuró Jillian— Pero lo cierto es que el cuarto casi nunca está cerrado. Y hay dos chicos del instituto del pueblo que vienen unas cuantas veces a la semana para sacar a los caballos a hacer ejercicio.

—¿Y crees que alguno de ellos podría haber tirado la valla? —preguntó Robert.

—¿Los chicos? No, señor —dijo Jimmy— Son buenos chicos que sólo quieren ganar algo de dinero extra para pagarse la universidad el año que viene. Esa valla la ha roto algún estúpido que se ha salido de la carretera. Vaya y compruébelo por sí mismo. Lo verá.

—Pero hay una cosa, aparte de la valla, de la que quiero que te des cuenta —le dijo Jillian a Robert—Cualquiera ha podido entrar y manipular una cincha —dijo, exasperada—. Me

vuelvo a la casa.

—Volveré contigo. Jimmy, ¿vienes tú también?

—Todavía no, señor Marston. Iré a comer, más tarde, gracias. A veces prefiero estar con los caballos que con demasiada gente.

Robert asintió.

—Te entiendo.

Después, salió tras Jillian. Era evidente que ella estaba intentando librarse de él, pero el viento ya era demasiado fuerte y los remolinos de nieve más violentos. Jillian tenía tanta prisa que se resbaló, y él la agarró e impidió que se cayera.

—Estoy bien —le dijo.

—No —replicó él, suavemente, mirándola a los ojos—. No, no creo que estés bien en este momento.

—Mira, Robert...

—Jillian —insistió él, tomándola por los hombros—. No sé realmente cuál es el criterio para querer a alguien de verdad, para enamorarse. No lo sé. Pero sí sé que lo que siento por ti es muy profundo, y real. No quiero presionarte, pero tampoco quiero alejarme de ti. Y me temo que es muy posible que estés en peligro, así que, ¿es tan terrible que quiera estar a tu lado?

—Yo... —ella bajó la cabeza, y después volvió a mirarlo—. Lo siento. Sólo necesito un poco de espació. No me importa que estés cerca de mí, bueno, supongo que ayer por la noche fue muy evidente, pero necesito... espacio... —terminó, torpemente.

—Está bien —respondió él, soltándole los hombros.

Ella se volvió y comenzó a andar de nuevo hacia la casa, pero después se detuvo, muy rígida, y lo miró.

—Y no es que tú no seas... mágico. Nunca había sentido nada igual en la vida que lo que siento cuando estoy contigo.

Después, Jillian se marchó y lo dejó en mitad de la nieve. Él notó el viento furioso a su alrededor, el frío que le mordía las mejillas.

Al cabo de unos instantes, la siguió.

El día transcurrió bien, teniendo en cuenta que todos estaban inquietos y encerrados allí. Comieron unos deliciosos faisanes asados, y cuando terminaron, Jillian les dijo a Agatha y a Henry que se retiraran a descansar junto a la chimenea y que ella se encargaría de la cocina.

Fue interesante cómo el resto del grupo estuvo más que dispuesto a echar una mano. Eileen se puso a tirar los restos de los platos a la basura, Griff a despejar y a limpiar las encimeras, Daniel se encargó de las fuentes y de las cacerolas con tanta energía como la

que desprendía en una reunión de ventas. Y con la misma ayuda. Gracie estaba a su lado, dispuesta a secar cualquier cazo que él le diera. Robert ayudó a Jillian a aclarar los platos para meterlos al lavaplatos. Cuando terminaron, Griff se lanzó a uno de los armarios y sacó una caja de bombones, y después buscó por el bar algún licor poco corriente.

—Eh, tenemos licor de moras —dijo.

—Podemos calentar un poco y tomarlo con helado —sugirió Eileen.

—Fantástico —dijo Griff —¿Robert?

—Claro.

En un momento, todo el mundo estuvo sentado a la mesa con un cuenco de helado y licor, tomando bombones y charlando.

—Así que todos pasasteis gran parte de vuestra infancia aquí, ¿no? —preguntó Gracie, riéndose como una niña.

Debía de haber bebido algo de licor antes de que llegara a la mesa, pensó Jillian. Nunca había visto a aquella mujer de otra forma que no fuera sobria y seria, dedicada al trabajo.

—Sí. Jillian fue la que más tiempo pasó aquí — dijo Daniel.

—Yo perdí a mis padres muy pequeña —les recordó ella.

—Sí, pobre Jilly... —murmuró Eileen.

—Y pobre abuelo. Él perdió a su hermano, y después a su sobrino. A mi madre, a mi padre, y después al padre de Eileen, unos años después. Ojalá yo no tenga que perder nunca a una generación entera.

—Si es que alguna vez tenemos otra generación y—apuntó Theo, y todos lo miraron—. Bueno, es que ninguno de nosotros está precisamente muy interesado en el matrimonio.

—Pero de todas formas, habrá una generación más joven —dijo Griff, con firmeza.

—Eh... claro que sí. Pero a su debido tiempo — murmuró Eileen.

—Estamos todos... tan dedicados al negocio, ¿verdad? —murmuró Griff.

—Pero no somos viejos aún —protestó Theo.

—Pero tampoco somos jóvenes —replicó Daniel— Los dos estamos por encima de los treinta.

— De todas formas, eso no es mucho para un hombre —murmuró Gracie—. Es la plenitud de la vida.

—Tiene que haber una generación más joven — repitió Griff—. Después de todos los años que ha trabajado Douglas para crear su imperio. Eh, quizá sea ése mi papel en la vida. Vosotros tenéis que trabajar sin parar, ¡y yo salir por ahí y procrear!

—Claro, claro —bromeó Jillian.

—Bueno, a mí se me da muy bien ser suave y encantador —dijo Griff—. La mayor parte del tiempo...

—Alguna vez en la vida, una chica ha tenido que dejarlo —dijo Daniel secamente.

—Con mi hermano mayor al timón, siempre estaba buscando. Creía que tendría que casarme por dinero.

— Sí, claro. Como si alguno de nosotros necesitáramos hacerlo —dijo Daniel.

—Douglas podría dejárselo todo a las chicas. Ellas son sus nietas —comentó Griff.

—¿Y por qué no a ti, por tu encanto? —le preguntó Jillian.

—¿Y por qué no a Daniel, por su competencia? —replicó Griff.

—¿Y por qué no a mí, porque trabajo como un condenado? —preguntó Theo.

—Y además, ahora tenemos un nuevo candidato. El señor Marston —señaló Griff.

—Yo sólo soy un accionista, no un heredero — les recordó Robert—. Aunque Douglas podría cansarse de todos vosotros y dejármelo todo a mí —sugirió, recostándose en el respaldo de la silla con una sonrisa.

—O podría dejármelo todo a mí para que pusiera un hogar para gatos abandonados —dijo Jillian, levantándose—. Pero el abuelo está espléndido. No hay garantías en la vida. Cualquiera de nosotros podría irse antes que él.

—Eso es cierto —dijo Eileen, muy seria.

—No, yo no. No voy a ir a ninguna parte —dijo Griff, y todos se rieron.

—Bueno, yo me voy a la cama. Supongo que intentaremos salir de aquí mañana a la misma hora, ¿no? —preguntó Jillian.

—A la misma hora —dijo Daniel.

Ella se despidió y se marchó a su habitación. Robert esperó, intrigado por lo que iban a decir después de que ella no estuviera.

—Jillian lo heredará todo —dijo Eileen, sombría, apoyando la cabeza sobre la mesa— Es su preferida.

Griff le acarició el pelo.

—¿Y por qué no iba a serlo? Veamos, es guapa, inteligente, tiene talento, se desenvuelve bien en sociedad, todo aquél que la conoce la adora... y por si eso no era suficiente, ahora vamos a hacerla famosa.

—Sí. Y yo estoy detrás de ello —dijo Eileen, con un gesto de resignación—. ¿En qué demonios estaré pensando?

—Es un trabajo excelente, Eileen —le dijo Robert, observándola.

—Gracias. Soy buena, ¿verdad? Y además... — dijo, mientras lo estudiaba atentamente—,

el hecho de que vosotros seáis tan perfectos como Barbie y Ken ha ayudado bastante.

—Exacto. El mundo entero te va a conocer, Robert —le dijo Griff.

—Pero todo el mundo conocía ya su nombre. Fortune 500 —les recordó Theo.

—Pero ahora también sabrán que es guapo — murmuró Eileen.

—Eh, no lo mires más —bromeó Gary.

—Eh, perdona, ¿estabas hablando conmigo? — le preguntó Eileen inocentemente. Todos estallaron en risas— Era una broma —le dijo Eileen a Gary, rápidamente.

—Daniel es la persona que más trabaja —comentó Gracie, en voz baja.

— ¡Gracie! —protestó Daniel, y se puso de pie— Me voy también a la cama. Buenas noches a todo el mundo.

Robert se despidió también unos minutos más tarde, y subió a su habitación. Se paró en la puerta de Jillian unos segundos, pero no percibió ningún sonido. Después entró en su cuarto y se quedó mirando la nieve por la ventana. Después se acostó. Estaba cansado, pero inquieto. El día siguiente sería un día muy largo. Había que recuperar el tiempo perdido. Un día en aquella temporada era muy importante, con las navidades tan próximas.

¿Por qué no confiaba Jillian en él? ¿Por qué se apartaba de él? ¿Era por la muerte de su marido? Quizá tuviera la sensación de que todavía tenía que guardar luto. Demonios, él quería que. estuviera allí con él, quería mirar hacia arriba y ver que había vuelto a su habitación. Pero ella no iría aquella noche. Sin embargo, él se quedó despierto, mirando al techo.

Al final, tuvo la sensación de que estaba completamente despierto. Oyó un ruido y miró hacia la ventana, y estuvo a punto de caerse de la cama. Su visitante había vuelto. El fantasma de Milo Anderson estaba mirando la nieve, como él había hecho unos momentos antes. ¿Momentos? ¿Horas? Estaba profundamente dormido, soñando de nuevo. Dios, ya no podía esperar para salir de aquella casa.

El fantasma lo oyó y se dio la vuelta.

Robert soltó un gruñido.

—Ah, por fin prestas atención.

—Milo, te estás convirtiendo en una pesadez.

—Lo siento, pero tengo que conseguir que estés atento. Que creas. —¿Que crea en qué?

—Corréis el peligro de que se repita el pasado. —No hay pasado.

—Eres muy obstinado. Te niegas a ver las cosas. Hace cientos de años, los hombres creían que la tierra era plana, porque no podían ver que era redonda. Supongamos que crees en Dios. ¿Puedes verlo? No. ¿Puede explicar alguien lo que ocurre después de que la vida deja el cuerpo, cuando la energía se ha ido, cuando el corazón ha dejado de latir?

—La ciencia...

—Los científicos son los primeros que reconocen que no tienen todas las respuestas.

—Milo, necesito dormir. Se supone que estoy protegiendo a Jillian, y lo haré mucho mejor si no tengo que pasarme la vida discutiendo contigo. Ve a ver a Jillian en sueños. Ella te quería. Todavía te quiere.

El fantasma se quedó silencioso. Después dijo:

—La echo mucho de menos.

—Entonces, ve a verla a ella.

—No puedo. No lo consigo.

—Mira, Milo, yo antes estaba en mis cabales, era eficiente e inteligente, pero tú me estás volviendo loco. No entiendo nada. Me has dicho que Jillian está en peligro, y que todos estamos en peligro de que se repita el pasado. ¿Qué pasado? Yo no conocía a Jillian. Y si Jillian está en peligro, ¿por qué no puedes advertírselo tú? ¿Por qué siempre vienes a decírmelo a mí?

—Bueno, tú la quieres, ¿no?

— Sí, pero tú también la querías, ¿no? Y todavía la quieres, supongo. Espera un minuto. No puedo creerme nada de esto. Voy a despertarme y te habrás ido.

—Claro que me habré ido, soy un fantasma. Esto de aparecerse no es nada fácil. Y parece que sólo me puedo aparecer ante ti.

—Esto no tiene sentido.

—Quizá sea porque tú eres el más culpable.

—¿El más culpable? —le preguntó Robert, enfadado— ¿Culpable de preocuparme por ella? No lo entiendo.

—Eres culpable, sí. Verás, ella murió antes.

—¿Quién?

—Jillian, por supuesto.

Robert se estremeció.

—¿Ella murió antes? ¿Quieres decir que murió y ha resucitado? ¿Cuándo? ¿Ha resucitado como una niña?

Milo estaba sacudiendo la cabeza con impaciencia.

—No, no. Robert Marston, ahí estás de nuevo, como antes. Un buen hombre, un hombre cuerdo, apasionado con lo que le parece justo, dispuesto a cumplir con su deber. Preparado para marchar a la guerra y dirigir las tropas.

Robert extendió las manos.

—Estoy discutiendo con un fantasma. Me estoy volviendo loco. Milo, voy a obligarme a dormir más profundamente. No soñaré contigo nunca más, ¿me entiendes?

Milo se inclinó hacia él.

—Yo no tengo todas las respuestas. Ojalá las tuviera.

—Vete, Milo—murmuró Robert.

—Vete tú, si no vas a servir de nada. Después de todo, ésta es mi habitación.

Robert se incorporó bruscamente, mirando fijamente a la aparición.

—¿Tu habitación? ¿Quieres decir que estás aquí todo el tiempo?

—No, no, no. Yo no estaba aquí anoche, si te refieres a eso. ¡Por favor!

Robert volvió a tumbarse.

—Entonces, márchate ahora, ¿de acuerdo?

El fantasma no le hizo caso.

—He intentado acercarme a ella. Incluso antes de este fin de semana. Ella es la razón de que yo todavía esté aquí. Todos nosotros volvemos si tenemos que arreglar algo. Y parece que regresamos en los mismos grupos, con relaciones similares. Y con los mismos instintos. Ésa es la razón de que ella esté en peligro. Es una amenaza, aunque no he conseguido averiguar para quién, esta vez. Ése es el problema. Tú tienes que averiguarlo.

—Yo estoy intentando averiguarlo. Le he llevado las cenizas del gato a un amigo policía, y él las ha hecho analizar. Tengo la cincha rota en mi bolsa de viaje, y también se la llevaré a la policía. No tomé el número de matrícula de la furgoneta, pero sé que el agujero de la valla lo hizo un coche. Estoy aquí. Estaré aquí, a su lado, cuando me necesite.

—Eso es lo que dijiste antes.

Hubo un sonido en la oscuridad, iluminada únicamente por el resquicio de luz que provenía del baño. Robert se incorporó de un bote, temblando. Había estado soñando. Tenía algo en el inconsciente que lo torturaba en sueños.

Se había despertado y ya no había ningún fantasma al que seguir haciéndole preguntas.

El sonido provenía de la puerta de la habitación.

Ella estaba de nuevo allí. Jillian. Tenía los ojos muy abiertos y el pelo suelto por la espalda.

Cerró la puerta y caminó hacia él.

—Jillian...

—Shhh —dijo ella, y le puso el dedo índice sobre los labios. Después se metió en la cama con él.

Él pensó que debería resistirse, pero sabía que sería una locura. El perfume de su pelo era embriagador. La dulzura de su carne era más de lo que él podía soportar. Ella no quería hablar en aquel momento. Bien. Ya hablarían al día siguiente. Y después. Estaba enamorado de ella. Cada vez que la acariciaba, ansiaba volver a acariciarla. El sonido de su voz era único, y podría perderse en sus ojos. No podía resistirse.

A pesar de que ella estuviera tan cerca, él se levantó de la cama, fue al baño y miró dentro de la ducha e incluso en el armario.

Estaban solos. Completamente solos.

Aun así, cuando él volvió a la cama, en vez de acostarse, la tomó en brazos.

Ella se lo quedó mirando, llena de confusión.

—Esta noche vamos a ir a tu habitación —le dijo él.

Horas después, él todavía estaba despierto, mirando a la oscuridad. Jillian estaba dormida con la cabeza apoyada en su pecho, y la melena suave extendida sobre su carne. Él la abrazó con una profunda ternura. Nunca había experimentado lo que era sentir aquella clase de compromiso con otro ser humano. Era una sensación extraña, bella y abrumadora.

—Estoy enamorado —murmuró en voz alta—. Y me estoy volviendo loco. Completamente loco.

Después de un rato, con Jillian entre sus brazos, se durmió, al fin.

En aquella ocasión no lo visitó ningún fantasma.

Sólo tuvo visiones de la nieve. De caballos que cabalgaban sobre la blancura absoluta de la nieve en un día de invierno. Sentía cómo le latía el corazón aceleradamente y cómo los cascos de los caballos golpeaban el suelo.

Estaba corriendo, corriendo, corriendo...

Tenía que llegar, tenía que llegar allí.

Pero no sabía adónde.

El despertador de Jillian sonó demasiado pronto. Había llegado el momento de volver a la ciudad.

Capítulo 12

El martes fue un día caótico.

Estuvieron tan ocupados que Robert no pudo hacer otra cosa que vigilar a Julián cuando era posible. Había sabido que ella se marcharía de la oficina con Douglas, pero él tenía que quedarse a trabajar hasta tarde, y después, cuando volvió a su apartamento, llamó a Henry para asegurarse de que estaba en casa sana y salva.

Cosa nada extraña, lejos de la casa de Connecticut, lo que parecía real había empezado a parecer ridículo. No hubo más apariciones.

Sin embargo, había una cosa que le molestaba. Cuando había abierto su bolsa de viaje, no había encontrado la cincha. Había rebuscado por todos los compartimentos, había vaciado la bolsa, su maletín. Él la había guardado en su habitación. Estaba seguro.

Sin embargo, había desaparecido.

Comenzó a preguntarse si realmente no se estaría volviendo loco. Llamó a la casa de Connecticut y le preguntó a Jimmy si se había dejado la cincha por algún sitió. Habló con Agatha y le pidió que buscara por su habitación.

Él no la tenía, y ninguno de ellos pudo encontrarla.

Perplejo, intentó recordar si había entrado alguien a su habitación. No, que él supiera. Sin embargo, cualquiera podría haberlo hecho, porque él no la había cerrado con llave mientras había estado allí.

Era frustrante. Y para él, era una prueba más de que Julián estaba en peligro.

El miércoles, las reuniones de negocios le consumieron casi todo el tiempo, y apenas vio a Jillian. Otra vez más tuvo que trabajar hasta tarde por la noche. Ella volvió a marcharse de la oficina con Douglas, así que Robert no tuvo razón para preocuparse.

El jueves pasó por su despacho. Llamó a la puerta y entró.

Ella se quedó desconcertada por la interrupción. Sonrió, pero Robert se dio cuenta de que estaba tensa.

–¿Qué tal?

—Bien. He venido a preguntarte si querrías cenar conmigo esta noche.

—Sí, claro —respondió ella, después de un ligero titubeo.

—Sabes que nos marchamos a Florida este fin de semana, ¿verdad?

—Por supuesto. Lo estoy deseando —le dijo ella.

—Bien. ¿Te parece que salgamos de aquí entre las seis y las seis y media?

—Perfecto. Estaré lista —le prometió ella.

Sin saber por qué se sentía inquieto, él se despidió y salió del despacho.

Jillian no entendía por qué tanto Douglas como Robert estaban tan nerviosos, pero se comportaban como un par de padres excesivamente protectores y la vigilaban constantemente. Querían que estuviera con ellos todo el tiempo.

Sin embargo, ella adoraba a su abuelo, y se tomaba muy en serio sus atenciones.

Y cada día que pasaba estaba más y más segura de que quería estar durante el resto de su vida con Robert. No entendía por qué algunas veces quería huir de él, por qué necesitaba huir y al mismo, tiempo apoyar la cabeza en su pecho, reírse con él, hablar con él, perderse en su olor, en su calidez. ¿Cenar juntos? Por supuesto que quería cenar con él. Pensó que tendría que avisar a su abuelo para que él no la esperara aquella noche, pero cuando fue a su despacho, Amelia le dijo que no estaba allí. Así que decidió pasar por la cocina de ejecutivos para tomar un café. Se sirvió una taza y sonrió al ver entrar a Jeeves Júnior. Se había llevado consigo al animal desde Connecticut para que viviera en la oficina y tomara el lugar del pobre Jeeves. El gato se acercó a ella, se estiró y después saltó sobre la mesa como si fuera el dueño y señor del lugar.

—Eh, amigo, estoy muy triste por tu predecesor, pero me alegro de que tú estés aquí —le dijo. Lo acarició y lo bajó de la mesa.

En aquel preciso instante entró Gracie, canturreando. Al ver al gato, se quedó petrificada

y soltó un grito, llevándose la mano a la garganta.

— ¡Gracie! Es el gato nuevo —le dijo Julián, para calmarla.

Gracie la miró como si acabara de darse cuenta de que Jillian estaba allí.

—Ah... oh... claro, señorita Llewellyn.

—Jillian, Gracie.

—Jillian, sí. Se me olvidó. El gato me ha dado un buen susto.

—Y tú me has dado un buen susto a mí. Parecía que habías visto un fantasma.

—Bueno, es que le tenía mucho cariño a Jeeves.

—Yo también. Supongo que tendremos que tomarle cariño a éste, también.

—Estoy segura de que, con el tiempo, lo conseguiré.

—Bueno, tengo que volver al trabajo.

—Ah, yo también. Hay muchas cosas que hacer antes de ir a Florida.

—¿Tú también vas a venir? —le preguntó Jillian, y al instante deseó no haberlo hecho.

La expresión de Gracie se ensombreció al instante.

—No te parece mal, ¿verdad?

—Claro que no. Al contrario, estoy contenta de que vengas.

—¿Va a venir Connie?

—Todavía no he hablado con ella del asunto. He estado muy ocupada.

Aquello era una mentira.

Ella había estado trabajando, claro, pero también había estado dibujando, algo que llevaba mucho tiempo sin hacer. Apenas había hablado con Connie. Tenía que admitirlo; se sentía incómoda con ella por las sospechas de lo que había podido ocurrir durante el fin de semana.

—Connie y Joe tienen a las niñas, ya sabes —le dijo a Gracie— Ya veremos.

Se dirigió hacia su despacho, pero en vez de entrar, pasó por la oficina de Connie. Llamó a la puerta y asomó la cabeza. Connie estaba ocupada frente al ordenador, pero levantó la vista rápidamente. Sus bonitas mejillas sonrosadas estaban pálidas, y tenía una expresión tensa.

—¿Estás bien? —le preguntó Jillian.

—Claro.

—No lo parece.

—No es nada.

—Quería hablar contigo sobre este fin de semana. ¿Vas a venir a Florida?

—En realidad, no me necesitas, ¿verdad? Joe va a ir, por supuesto. Él es el hombre, y los hombres trabajan, ¿no?

—Connie, ¿van mal las cosas entre Joe y tú?

—No, no, por supuesto que no. Joe y yo somos como Mickey y Minnie Mouse. Juntos para siempre, con nuestras dos adorables ratoncitas. Tenemos una vida estupenda. ¿Qué podría ir mal?

—Connie, estás hablando conmigo. Tu mejor amiga.

—Y mi jefa.

— ¡Connie!

—Lo siento. Me siento un poco presionada en esto. Quiero ir, pero tengo la sensación de que no les he hecho caso a mis hijas últimamente. Por eso nos fuimos antes de Connecticut.

Jillian dudó durante un minuto, pero por fin se lo preguntó.

—Connie, ¿estuviste en la habitación de Daniel este fin de semana?

—¿Qué? —le preguntó Connie, mirándola fijamente.

¿Hubo un reflejo de culpabilidad en sus ojos?

—¿Estabas en la habitación de Daniel, discutiendo con él por algo, en Connecticut?

Connie sacudió la cabeza con vehemencia.

—No. ¿Por qué piensas eso?

—Me pareció que oía tu voz al pasar por el pasillo.

Connie volvió a hacer un gesto negativo, mirando a la pantalla del monitor.

—No, aunque... —miró hacia arriba y sonrió a Jillian— Parece que Robert Marston y tú vais a ser los fundadores de una dinastía, después de todo.

Jillian suspiró.

—Me gusta. Mucho.

Connie se rió.

—Eh, soy yo, ¿te acuerdas? Tu mejor amiga. Me parece que la cosa es más intensa que eso.

—Connie, ¿a ti te gusta?

—¿El señor Marston? Claro. Es despampanante. Tiene una voz muy sexy, y un trasero estupendo. Está muy bien vestido, y sin ropa también, me imagino —dijo, bromeando. Después se puso seria—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé.

—Vamos, a mí puedes decírmelo.

— No, no puedo porque no lo sé. De vez en cuando, me siento un poco... preocupada.

—Todo el mundo se preocupa en esa situación. Enamorarse es algo que da mucho miedo.

—No me refiero a eso. No lo sé, pero... bah, no importa —dijo Jillian. Comenzó a salir de la oficina, pero después se volvió—. Escucha, Connie, no quiero presionarte. Me encantaría que vinieras a Florida, si quieres. Prefiero que me ayudes tú, y no un extraño. Pero si te causa algún problema con las niñas, quédate en casa.

—Gracias. Todavía no estoy segura.

—Cuando lo sepas, dímelo.

—Gracias otra vez.

Jillian asintió y se marchó. Volvió a pasar por el despacho de su abuelo. Amelia le dijo que había vuelto, pero que estaba en una reunión con sus abogados y que le había pedido expresamente que nadie los molestara.

—Por favor, Amelia, entonces dile que voy a salir a cenar, y que no me espere.

—Claro, Jillian. Me alegro de que me lo hayas dicho. Él se preocupa por ti, ya sabes.

—Ojalá no lo hiciera.

Amelia sonrió.

—No creó que deje de hacerlo, querida.

Por fin, Julián volvió a su despacho. Y durante el resto de la jornada, se sentó en su escritorio a trabajar.

Aquella noche, Robert llevó a Jillian a uno de sus restaurantes favoritos de la ciudad. Parecía que ella estaba relajada y contenta, y entusiasmada por el viaje a Florida.

—El tiempo está mejorando bastante esta semana, ¿verdad? Aunque en Florida hará calor. Estoy impaciente.

Tenía una sonrisa maravillosa.

—Así que te gusta el calor.

—Bueno, y también me gusta el frío —respondió ella, sonriendo—. Me encanta la nieve, y sentarme ante un buen fuego en la chimenea. Y las navidades. Pero sí, me encanta el buen tiempo. Las piscinas, la playa —se interrumpió y le dio un sorbo a la copa de vino, mirando a Robert con los ojos brillantes—. ¿A ti te gusta el calor?

Él asintió.

—Pescar, salir en bote, bucear, nadar, lo que sea.

—Será divertido. Diferente.

—Sí, es agradable ir a otro sitio que no sea Connecticut —comentó él, mirándola con

atención.

La sonrisa de Jillian vaciló un poco.

—A mí me encanta estar allí.

Después, ella cambió el tema de la conversación, y él se lo permitió. No quería forzarla a hablar de lo que había ocurrido aquel fin de semana. Lo admitiera o no, ella estaba inquieta.

Cuando salieron del restaurante, Robert le pidió que fuera a su casa con él.

Ella titubeó.

—Mira, no quiero presionarte...

—No —respondió ella, rápidamente—. Quiero ir.

—Entonces...

—No tengo ropa ni maquillaje para arreglarme mañana.

Él sonrió, aliviado.

—Bueno, siempre hay una tienda abierta en Nueva York.

—Tienes razón.

Así que fueron de compras. Primero entraron a unas cuantas tiendas de ropa, después pasaron por un supermercado y compraron fruta, cruasanes y bagels para desayunar. Finalmente, fueron a casa de Robert. Encendieron la chimenea, tomaron una copa de vino e hicieron el amor.

Él estaba profundamente dormido cuando ella comenzó a gritar. Sus gritos desesperados hicieron que Robert saltara de la cama, parpadeando furiosamente, mirando a su alrededor. La tomó por los hombros y la sacudió. Ella estaba dormida, soñando. No pasaba nada, no había nadie en su habitación, pensó él. En un segundo, Jillian iba a despertar a todo el edificio.

— ¡Jillian! ¡Jillian!

Ella lo miró, estremeciéndose. Robert vio el terror en sus ojos.

—Hay fuego. Vamos a quemarnos. Tenemos que salir.

—Jillian, no hay fuego.

— ¡Tenemos que salir de aquí!

—No —dijo él, y volvió a sacudirla ligeramente, intentando despertarla—. Jillian, por favor, escúchame. No hay ningún incendio.

Por fin, ella miró a su alrededor, a las sábanas, a Robert.

—Yo... yo... Dios mío, lo siento —susurró.

—No pasa nada. Tenías una pesadilla. Por supuesto, si hubieras seguido gritando alguien habría echado abajo mi puerta y me habrían arrestado por intento de asesinato, pero no pasa nada.

—Robert...

—Jillian, estoy bromeando. Tranquila. Tenías una pesadilla sobre un incendio, y te has despertado gritando —le dijo. La abrazó y le susurró al oído—: No pasa nada. Ya se ha terminado.

Se tumbaron en la cama de nuevo. A él le encantaba la forma en que ella se acurrucaba contra su cuerpo, con una mano en su pecho y los nudillos descansando en su piel. Su pelo suave lo rodeaba, y sentía una de sus piernas ligeramente apoyada sobre él. Adoraba sentirla, carne contra carne. Le acarició el pelo, calmándola.

—Todo el mundo tiene pesadillas —le dijo suavemente—. Vaya, ya te lo dije. Yo soñé muchas veces con el fantasma de Milo mientras estuvimos en Connecticut.

—¿Y cómo sabes que no era un fantasma de verdad?

—Porque...

—Claro. Tú no crees en los fantasmas.

—Los sueños vienen del inconsciente, Jillian. Nosotros hablamos mucho sobre Milo, así que él apareció.

—Tú tenías conversaciones con Milo, y yo pesadillas sobre un incendio.

—¿Alguna vez te quemaste de niña? —le preguntó él.

—No, Sigmund, no me quemé —respondió ella, riéndose.

Él sonrió y la abrazó con fuerza.

—¿Lo ves? Ya te sientes mejor.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Ya había soñado esto antes.

—¿Antes? ¿Hace poco?

-Sí.

—¿Y qué ocurre en esa pesadilla?

—Nada. Sólo veo el fuego. Lo huelo. Después lo siento. Es muy real. Entonces, empiezo a gritar.

—Pero no es real —le dijo él, y le besó el pelo—. Ahora estás a salvo. Estás conmigo.

Ella no respondió.

Después de un rato, Robert oyó su respiración rítmica y pensó que ella estaba dormida.

Al poco tiempo, él se durmió también.

Quizá sí existieran los milagros. Pequeños milagros, pensó Robert, al sentir el sol en la piel, la arena húmeda en los pies y la suave brisa a su alrededor.

Miami estaba teniendo un invierno perfecto. Las temperaturas eran cálidas, y el cielo estaba azul. Los días eran magníficos. Y en aquel momento, él no tenía que hacer otra cosa que disfrutar. No tenía que tomar ninguna decisión de mercadotecnia, ni comprobar los ángulos de la cámara. Se lo había dejado todo a los demás, mientras disfrutaba del pequeño milagro de Miami y de su nuevo trabajo de modelo.

En Connecticut había sido el tipo moreno vestido de negro.

En Miami era el tipo moreno del bañador.

Habían encontrado una localización perfecta. Era una playa de arena blanca y con palmeras. Aquella mañana, temprano, estaban solos. Era demasiado pronto para que empezara la temporada alta, así que tenían el paraíso para ellos solos.

Jillian estaba espectacular con su traje de baño, y el director que habían elegido para rodar el anuncio era un hombre divertido y capaz. Sus manías divertían a Jillian, y la luz de sus ojos y la sutil sonrisa que le curvaba los labios cuando Robert caminaba hacia ella ante la cámara eran mejores que lo que habría podido conseguir cualquier modelo.

Hasta el momento, había sido el viaje perfecto. Habían llegado el día anterior a las diez y media y habían ido al hotel. Después habían ido a bailar a varias discotecas, donde los Llewellyn habían demostrado lo que eran capaces de hacer en la pista de baile, con la salsa y el tango. Todos ellos habían recibido clases de baile mientras crecían, y era un espectáculo verlos bailar.

Al día siguiente, tenían que trabajar hasta las dos de la tarde en la grabación del anuncio, y después estarían libres. Tenían planeado ir a comer a un asador en South Beach, y después, por la noche, irían a bailar de nuevo o a sentarse a una terraza a mirar a la gente, algo que Eileen ansiaba.

Habían terminado con las fotografías dos horas antes, y en aquel momento, Jillian estaba apoyada contra una palmera, en bikini. Él caminaba hacia ella con el medallón en la mano y ella decía su frase. Después lo repetían, y era él quien hablaba.

El director comenzó la cuenta atrás desde el cinco. El dos y el uno marcaban el silencio absoluto.

Robert comenzó a caminar hacia Jillian como había hecho ya varias veces aquel día. —¡Cuidado! —gritó alguien de repente. —¿Qué demonios... —comenzó a protestar el cámara.

Robert oyó un extraño crujido. Miró hacia arriba y vio una enorme rama de la palmera,

cargada de cocos, que estaba comenzando a caer directamente hacia Jillian. Y se puso en acción.

Jillian oyó el sonido pero no vio de dónde provenía el peligro. Miró a su alrededor, tensa, preparada para salir corriendo. Los demás gritaron y se adelantaron hacia ella, pero sólo Robert era el único que tenía una oportunidad de conseguirlo. En un segundo, voló hacia ella. Sin embargo, pareció que algo la empujaba incluso antes de que Robert pudiera lanzarse sobre ella para alejarla del lugar en el que la rama cayó con un terrible estruendo. La arena explotó y se esparció sobre ellos. Después de un segundo, él levantó la cabeza y miró a Julián. Ella lo estaba mirando también, con los ojos muy abiertos, incapaz de hablar debido a la impresión.

Los otros se acercaron y los rodearon, hablando, extendiendo las manos hacia ellos. Daniel los adelantó, con los ojos fijos en Julián, tendiendo los brazos para levantarla.

—Julián, ¿estás bien?

—Estoy bien, gracias a Robert.

Daniel miró a Robert, que se estaba levantando. Le tomó la mano y se la estrechó.

—Gracias, Robert. Otra vez estamos en deuda contigo.

—Nadie está en deuda conmigo —respondió él, lacónicamente.

Después se acercó a la rama de la palmera y se agachó para inspeccionarla. Palpó el extremo por e] que se había roto.

—¿Robert? —Jillian estaba a su lado, sacudiéndole un hombro—. Robert, ¿qué te pasa? Es una rama rota. Nadie ha hecho nada —añadió, susurrando ansiosamente—. El viento, quizá. La gravedad.

Él juró entre dientes. No parecía que la rama estuviera cortada, sino que se había roto, simplemente. Había caído desde muy arriba. Alguien tenía que haber sabido exactamente dónde iban a grabar, dónde iba a colocarse Jillian, para haber manipulado aquella rama en concreto. Además, llegar hasta ella habría sido toda una hazaña.

El policía que estaba controlando el tráfico se había acercado.

—Algunas veces, las tormentas debilitan las ramas —dijo—. ¿Están bien los dos? —les preguntó. Era un oficial mayor, que hablaba con calma y con seguridad.

Robert lo miró a los ojos. Si él persistía con sus sospechas y su irritación, se vería arrestado, o algo peor. Jillian se apartaría de él, enfadada porque siguiera acusando a su preciosa familia. Tuvo la tentación de decirle que había sido su propio abuelo el primero que había confiado de todos ellos.

Así pues, no dijo nada. Se limitó a asentir para responder al oficial, y se incorporó rígidamente.

—Sí, sí, estoy seguro de que tiene razón.

—¿Están bien? —insistió el policía.

—Sí, estamos bien —respondió Julián.

—Es una suerte que el abuelo decidiera quedarse en el hotel esta mañana —dijo Eileen—. Esto podría haberle provocado un ataque al corazón.

—Casi me ha dado a mí —dijo Theo.

— Vamos a limpiar todo esto —sugirió Joe Murphy. Después hizo una pausa, mirando a Daniel—. Es decir, si queréis continuar. Probablemente, podríamos conseguir los permisos para seguir la grabación mañana por la mañana.

—Sí, creo que deberíamos parar —dijo Daniel.

—No. Yo estoy perfectamente, y más que dispuesta a continuar —intervino Jillian—. Es decir, si tú quieres, Robert —añadió.

Él quiso decirles que dejaran de hablar de aquello y se pusieran serios. Estaba más que claro que ocurría algo. Pero todos lo mirarían como si se hubiera vuelto loco, y cuando necesitara de verdad su credibilidad, no la tendría.

—Claro, claro, Jillian. Si realmente es lo que quieres.

—Entonces, Daniel, ¿continuamos con la grabación? —preguntó Gracie, hojeando su cuaderno de notas.

—Sí, Gracie, continuemos —dijo Connie, en un tono de voz irritado. Estaba junto a Jillian, quitándole la arena del cuerpo—. Estate quieta, Jillian.

—Eh, Brad, tú eres el artista —le dijo Daniel—. Ayúdame a alisar la arena.

Brad, que se había quedado helado con los ojos fijos en Jillian, revivió.

La maquilladora se había acercado a Robert y a Jillian, también. Ayudó a Robert a quitarse la arena del cuerpo mientras Connie ayudaba a Jillian. Después comenzó a arreglarles el pelo y el maquillaje. Joe, Griff, Theo y algunos empleados del equipo despejaron el área de grabación hasta que no quedó ni rastro de la rama ni de los cocos.

—Está bien. Vamos a terminar —dijo por fin el director, y comenzó a contar de nuevo—. Cinco, cuatro, tres... —el dos y el uno fueron silenciosos. Robert se movió, pero estaba demasiado tenso. Tuvieron que repetirlo.

Y de nuevo.

A la quinta toma, salió bien. Los demás estaban exultantes. Habían terminado. Mientras todos se felicitaban, parecía que habían olvidado todo lo que había ocurrido. Todo el mundo, excepto él.

Después volvieron al hotel, y una hora después,

Robert estaba escuchando a una banda de calipso, bebiéndose una cerveza y rumiando sus pensamientos tras las gafas de sol junto a la piscina. Jillian estaba a su lado, con un sombrero de paja, dándole sorbitos a su bebida. Le apretó la mano.

–¿Robert?

—¿Mmm?

—Por favor. Fue algo casual, no el ataque de unos cocos asesinos.

Él se sentó en un taburete y la miró fijamente.

—¿Notaste que te empujaran antes de que yo me arrojara hacia ti? —le preguntó.

—¿Cómo?

—Pareció como si hubieras salido disparada antes de que yo pudiera agarrarte.

—Quizá saltara —murmuró ella.

Pero no había saltado. Robert lo habría jurado. Oh, demonios, quizá estuviera completamente equivocado. Después de todo, no había conseguido ninguna prueba concluyente de que hubiera habido un intento de asesinato. Aunque aún no tenía los resultados de los análisis que les estaban haciendo a las cenizas del gato, claro. Aquello era lo único que tenía para continuar, ya que había perdido la cincha.

Y, ¿qué conseguiría demostrar en caso de que encontraran algo en las cenizas? ¿Que alguien había asesinado a un gato?

Una sombra cayó sobre ellos.

—¿Jillian? —era Connie—. Te echo una carrera.

—Pero me vas a ganar.

—Lo sé. Es para darle un empujón a mi ego.

Jillian se rió y dejó su bebida en la barra. Las dos fueron hacia la piscina y se tiraron al agua. Al principio, Jillian se puso en cabeza, pero Connie la alcanzó y la pasó, justo al final del primer largo.

Las dos se rieron y volvieron a intentarlo. Jillian era suave y elegante nadando, pero Connie era más rápida. Una fantástica nadadora. Las dos siguieron en la piscina un buen rato, hasta que los demás llegaron de la playa y todos subieron a sus habitaciones para arreglarse. Ya se estaba poniendo el sol.

Douglas se había quedado en el hotel. Irónicamente, en la soleada Florida se había puesto enfermo con la gripe. Jillian dijo que, antes de salir a cenar, quería pasar un rato con su abuelo. Robert y ella fueron juntos a verlo, y lo encontraron sentado contra las almohadas de la cama, aparentando la edad que tenía en realidad.

—Me he enterado de que ha habido otro accidente esta mañana —les dijo, seriamente.

—Un coco perverso —bromeó Jillian.

—Daniel me ha dicho que tú la apartaste, Robert.

—Sí, la rama cayó cerca —respondió él.

—Me ha dicho que ha sido algo muy extraño — Douglas se volvió hacia Jillian—. Le pareció que alguien te empujaba para alejarte de allí antes incluso de que Robert te tocara.

—No lo sé. Todo ocurrió en un segundo —respondió Jillian—. Pero ahora, vamos a olvidarlo. Tú eres el que estás enfermo. ¿Estás seguro de que no quieres que nos quedemos a cenar contigo?

—Jillian, te lo agradezco, pero no. Voy a tomar algo de sopa y las medicinas, y después voy a dormir. No sólo estoy enfermo, sino que soy viejo. Te quiero mucho, hija, pero vete y déjame solo —dijo él, y sonrió ligeramente para mitigar la dureza de sus palabras—. Nos veremos mañana. No hay nada que me haga más feliz que la gente joven salga junta y se divierta.

Unos minutos más tarde, lo dejaron. Jillian estaba silenciosa.

—¿Qué te pasa?

—Me preocupa mucho. Es viejo.

—Pero tiene buena salud.

—Tiene la gripe, y está muy enfermo.

Robert sonrió.

—Se recuperará de la gripe. Tiene un buen corazón, los pulmones fuertes, y la mente más aguda que tachuela.

De repente, ella se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por decir eso.

Se reunieron con los demás en el vestíbulo del hotel, y decidieron recorrer unas cuantas manzanas para ir a un restaurante. Hacía una noche muy bonita.

Finalmente, durante la cena, Robert notó que comenzaba a relajarse. La comida era muy buena, el servicio eficiente, la charla agradable. Él estuvo silencioso, vigilante, notando ciertas cosas sobre los demás. Daniel todavía estaba impresionado, y Brad miraba a Jillian como si fuera a desaparecer. Eileen sólo estaba tensa cuando hablaba con Gary. Connie y Joe eran muy agradables con todos los demás, salvo el uno con el otro. Gracie, como era lo corriente, miraba a Daniel con una expresión protectora, y Griff lo estaba observando a él. Pero, en apariencia, todo iba bien.

Cuando salieron del restaurante, se dirigieron hacia uno de los bares en los que habían estado la noche anterior. Griff y Jillian estuvieron bailando juntos al principio, pero después Daniel entró a la pista para bailar con su prima y entonces, Griff se acercó a la barra del bar, junto a Robert. Estuvo callado durante unos minutos, pero después se volvió hacia Robert.

—¿Por qué estás siempre observándonos a todos?

—¿Observándoos?

— Sí. Mira, sé que las cosas son muy intensas entre vosotros dos, pero ella es nuestra prima. Yo la adoro. Moriría antes de hacerle daño.

Robert lo miró fijamente.

—Si tú lo dices...

Griff dejó su bebida sobre la barra.

—Bueno, yo tengo una cita. Buenas noches, Marston. Hasta mañana.

—Sí, buenas noches.

Griff se marchó. Parecía que Connie y Joe Murphy estaban todavía enfadados, porque bailaban con todo el mundo, pero nunca juntos. Era una pena. Unas vacaciones estupendas... y parecía que nadie las estaba disfrutando realmente.

Robert se quedó sorprendido cuando Jillian se acercó a él para retirarse pronto. Se preguntó si lo que había pasado no la habría afectado más de lo que dejaba entrever. Sin embargo, no le preguntó nada. No quería presionarla, y sólo hizo comentarios sobre la playa, el mar y las estrellas mientras caminaban hacia el hotel. Parecía que ella estaba agradecida por aquello.

Cuando llegaron a la habitación, su suave vestido de seda se deslizó desde sus hombros al suelo. La luz de la luna entraba por las rendijas de las persianas de la terraza, y el aire era maravilloso, perfumado con la fresca esencia del mar. En sus brazos, ella era celestial.

Los dos se durmieron escuchando el sonido del agua...

Hasta que él se despertó por sus gritos. Saltó de la cama, alertado al instante, hasta que se dio cuenta de que no ocurría nada. Nada más que la pesadilla de Jillian.

Él la tomó por los hombros y la sacudió. Ella tenía los ojos abiertos, pero no lo veía. Siguió gritando como si estuviera agonizando con un terrible dolor.

— ¡Jillian!

De repente, alguien llamó a golpes a la puerta.

—Jillian, despiértate —le dijo él, mientras tomaba su bata y la de ella—. ¡Jillian!

Ella abrió aún más los ojos, y por fin lo vio.

—Ponte esto —le ordenó él.

—¿Qué... qué...

—Creo que ha venido la policía a arrestarme — dijo Robert secamente, mientras abría de par en par.

Daniel, que era quien ocupaba la habitación contigua a la suya, estaba el primero en la fila, con el puño levantado, aporreando la puerta. Había otra media docena de personas, incluyendo un miembro de la seguridad del hotel.

—¡Desgraciado! ¿Qué le estabas haciendo? —rugió Daniel, preparado para saltar.

El guardia de seguridad se interpuso entre ellos.

Avergonzado, confuso, pero también enfadado, Robert arqueó una ceja y se apartó de la puerta, indicándole al guardia que entrara.

—Jillian, ¿te importaría explicarlo?

Ella estaba del color de la grana.

—Lo siento muchísimo —dijo ella—. Tenía una pesadilla. Daniel, estaba soñando. Lo siento muchísimo.

—Entonces, ¿no pasa nada? —preguntó el guardia, con escepticismo.

—Nada en absoluto. Salvo que he despertado a todo el mundo y... lo siento muchísimo.

—Este hombre no la estaba golpeando, ni... — comenzó el guardia. Estaba tan congestionado como Jillian.

—¡Dios Santo, no! —respondió ella.

—Bueno, entonces, señorita, eh... no vuelva a cenar lo que haya cenado hoy —dijo el hombre y carraspeó—. ¡Está bien, todo el mundo a la cama! —añadió, volviéndose hacia los demás.

Todo el mundo se marchó excepto Daniel, que no quería ceder. Los estaba mirando fijamente.

—He tenido una pesadilla, Daniel —le dijo Jillian, con una súplica en la mirada.

—¿Tú crees que yo le haría daño? —le preguntó Robert, furioso.

Daniel dejó escapar un suspiro lentamente, entre dientes. Estaba mirando a Robert con dureza. Después sacudió la cabeza.

—¿Una pesadilla, Jillian?

—Sí —murmuró ella.

Daniel bajó la cabeza y después miró hacia arriba.

—Lo siento, Marston.

Robert asintió rígidamente.

—¿Sobre qué, Jilly? ¿Sobre qué? —le preguntó Daniel.

—Sobre un incendio.

—¿Un incendio? ¿Dónde?

—No lo sé. Sólo había un incendio.

Él asintió.

—Supongo que hoy ha sido un día muy largo. Pero no deberías preocuparte por un

incendio. Hay alarma en todas las habitaciones, y un sistema de aspersores.

Ella le sonrió.

—Gracias, Daniel.

—Sí. Buenas noches. Buenas noches, Robert.

—Buenas noches.

Robert cerró la puerta tras Daniel, y se volvió a mirar a Jillian. Se pasó los dedos entre el pelo. Iba a decirle que tenía que hacer algo, que aquello era peligroso. Se sentía como un tonto. Era como si la gente que estaba en el pasillo se hubiera marchado convencida de que él era un ser humano despreciable, alguien que pegaba a las mujeres.

—Jillian —comenzó, intentando mantener un tono calmado, sin ira.

Pero ella lo estaba mirando fijamente, y antes de que pudiera continuar, estalló en sollozos.

—Jillian...

Entonces la tomó en sus brazos y sintió que su ira se desvanecía.

—¿Por qué? —susurró ella, angustiada, con la cara escondida en su pecho.

Él le acarició el pelo con ternura, meciéndola suavemente.

—No lo sé —le dijo—. Pero por Dios que vamos a averiguarlo.

Capítulo 13

El viernes siguiente, por la mañana, Robert salió de la comisaría de policía y volvió a la oficina, furioso. Se dirigió directamente al despacho de Douglas y no le hizo caso a Amelia cuando le dijo que Douglas estaba en una reunión. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

Daniel estaba sentado frente al escritorio de Douglas, y parecía que los dos hombres estaban airados, furiosos, como si estuvieran intentando hablar contenidamente sobre un tema en el que tenían opiniones totalmente opuestas.

A Robert no le importó. Se adelantó hacia ellos y puso un sobre grande sobre el escritorio.

—¿Qué es eso? —le preguntó Daniel.

—¿Y por qué has entrado de esa manera, si la puerta estaba cerrada? —le preguntó Douglas, y después estornudó. Se había empeñado en ir a la oficina al menos unas cuantas horas al día.

—Deberías marcharte a casa, Douglas —le dijo Robert secamente—. Si mueres de neumonía no vas a sernos de mucha ayuda.

Douglas arqueó las cejas, más divertido que indignado.

—No voy a morir de neumonía. Me niego. ¿Qué es eso?

—Después de que muriera el gato, recogí las cenizas del horno de la caldera.

—¿Qué? —preguntó Daniel.

—Las recogí y se las llevé a un amigo policía para que las analizaran en el laboratorio forense.

—Magnífico. Avisemos a la policía por la muerte de un gato —farfulló Daniel.

—¿Y qué han encontrado? —preguntó Douglas, cuya mirada estaba fija en Robert.

—Veneno para ratas.

Douglas se inclinó hacia delante.

—Tenemos veneno para ratas por toda la oficina. Es para las ratas —dijo, en voz baja.

—Espera un momento —intervino Daniel— ¿Cómo sabes que en las cenizas que encontraste no había también cenizas de rata? No pudiste hacer este asombroso descubrimiento inmediatamente después de la cremación. Tuvo que ser unos días después.

— Sí, y eso es interesante, ¿no te parece? Todo el mundo sabía que el gato había muerto, salvo Jillian y yo.

—¿Qué estás queriendo decir, exactamente? –le preguntó Daniel, tan enfadado que

estaba empezando a levantarse.

— Tranquilo, Daniel. No quiero decir nada. Sólo que alguien aquí es muy descuidado con el veneno para ratas. Y que me deberíais haber dicho rápidamente lo que había ocurrido. Tengo que saber todas las cosas importantes que ocurren en esta oficina. Ese gato murió sobre el escritorio de Jillian.

—¿De verdad? —le preguntó Daniel, y después reaccionó como una cobra—. ¿Y quién estaba durmiendo con ella cuando se despertó el otro día de repente, gritando como si la estuvieran matando?

—¿Qué? —preguntó Douglas.

Nadie le había contado aquello. Había estado muy enfermo el domingo y el lunes. Tan enfermo que habían tenido que posponer la vuelta hasta el martes por la noche, cuando se recuperó lo suficiente como para poder volar.

—Se despertó gritando en mitad de la noche. Levantó a la mitad del hotel —dijo Daniel, mirando a Robert.

— ¿Tenía una pesadilla sobre un incendio? — preguntó Douglas.

— Sí —respondió Robert—. ¿Cómo lo sabías?

- ¿Ha tenido más pesadillas de ese tipo?

—Una vez, que yo sepa. En casa —dijo Douglas—. Tiene algo en la cabeza... Robert se inclinó hacia el escritorio.

—Pero el veneno para ratas no era lo que tenía en la cabeza.

—¿Y cómo sabes que ese veneno no estaba en una rata? Quizá el gato se comiera una maldita rata —intervino Daniel—. Es algo que los gatos suelen hacer a menudo.

Robert se irguió. Era posible que Douglas estuviera disgustado y preocupado, pero Daniel estaba simplemente enfadado.

O estaba haciendo un gran trabajo al fingirlo.

—Quiero que saquen de la oficina todo el veneno para ratas —dijo Douglas—. Si hubiera algún problema en el edificio, llamaremos a una compañía exterminadora. No quiero más veneno.

—Me ocuparé de ello inmediatamente —dijo Daniel. Salió del despacho mientras hablaba, pero no antes de lanzarle a Robert una mirada fulminante.

—Veneno para ratas —dijo Douglas—. Tiene que haber sido un accidente.

Robert se inclinó de nuevo hacia él.

—Me dijiste que la vigilara.

Douglas sacudió la cabeza.

— Sólo por el sueño. Es la imaginación de un viejo. Estoy seguro de que no es nada.

Robert quería decirle a Douglas que había habido demasiados accidentes como para que no ocurriera nada. Una valla rota, una furgoneta derrapando, una silla que sé había caído del caballo. La rama de una palmera y cocos.

Pero Douglas tenía aspecto de estar muy enfermo.

—Sí, Douglas. Nada. Por eso me trajiste a Llewellyn Enterprises.

Salió del despacho sacudiendo la cabeza. Justo entonces, se detuvo, pensando de repente en la adivina. Shelley Millet, también conocida como Madame Zena. Ella le había dicho que el gato había sido envenenado, y él le había preguntado cómo lo sabía.

Milo.

Milo Anderson.

Quizá ya fuera hora de volver a ver a la adivina. Se dirigió decididamente hacia su despacho. Jillian estaba en peligro, y él no podía permitir que estuviera sola más tiempo.

Julián entró en la oficina de Connie y dejó un paquete en su escritorio. Connie se echó hacia atrás, mirándola.

Julián sonrió.

—Estos son los mejores estuches de pintura para pequeños artistas que he encontrado. Creo que a las niñas les van a encantar.

—Oh, Jillian, muchas gracias —dijo Connie—. Haces mucho por ellas. Por mí. Por nosotros.

—Connie, no es para tanto. Pensé que quizá quisieran traerlos el día de Acción de Gracias. Vais a venir, ¿verdad? Será un fin de semana largo. Y tu madre también está invitada, por supuesto.

Connie se puso un poco pálida.

—No sé si iremos este año. Joe está un poco... bueno, tiene la sensación de que hemos estado trabajando demasiado, y...

Connie estaba un poco pálida.

—Bueno, me dará un poco de pena que no vengáis, pero sois vosotros los que tenéis que decidirlo.

Somos amigas, y tú eres parte de mi familia. Pero nunca haría nada que pusiera en peligro tu matrimonio.

—Gracias. Ya veremos. Eh, ¿qué te parece que salgamos esta noche con Joe a tomar algo? Las niñas van a dormir a casa de una amiga.

—Quizá. Tengo que trabajar hasta tarde. Todos estos viajes de trabajo han estado muy bien, pero me he quedado atrás, y Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina.

—Vamos...

Jillian se rió.

—Como dice una amiga mía, ya veremos...

Salió de la oficina de Connie y fue hacia el despacho de Robert. Llamó a la puerta y esperó a que él respondiera «Pase».

Entonces entró y se sentó en la esquina de su escritorio.

—Estoy cuerda —le dijo.

Él se recostó en el asiento, mirándola con sus agudos ojos azules. Había estado muy tenso desde que habían vuelto de Florida. Y aquel día parecía un cable estirado. Inquieto, aunque estaba sentado tras su escritorio sin moverse.

—Yo nunca he dudado de tu cordura. Pero, ¿qué te ha dicho?

Ella había ido a la consulta del doctor Alfred Ghaminetti, uno de los mejores psicoanalistas del estado. No la había impresionado mucho, a decir verdad. Jillian suponía que había hecho lo que había que hacer, pedirle que hablara. Le sugirió que mirara a su propia vida, a los cambios que estaba experimentando. Quizá sólo se sintiera culpable por estar entrando en una nueva relación.

—Me sugirió que quizá yo soñara que me estaba quemando en el infierno, o algo así.

Él arqueó las cejas.

—¿Te estás quemando en el infierno por mí?

Ella sonrió.

—Bueno, no puede ser por nadie más.

Robert dejó el bolígrafo sobre la mesa y la miró con seriedad.

—Entonces deberías casarte conmigo.

A ella se le cortó la respiración. Sacudió la cabeza. No podía estar hablando en serio.

—¿Crees que debería casarme contigo porque tengo pesadillas?

Él miró hacia abajo, sonriendo.

—No. Deberías casarte conmigo porque no puedo vivir sin ti. Porque no vas a querer estar conmigo más que una o dos noches mientras estemos en Nueva York, y porque no me vas a permitir dormir contigo mientras estés en casa de Douglas.

—Douglas es viejo. Él me crió. Y ahora yo tengo que estar con él.

—Pues entonces, cásate conmigo.

A ella se le curvaron los labios en una sonrisa.

—Tú no eres el tipo de hombre al que le gustaría vivir en casa del abuelo de su mujer.

—Por ahora estaría dispuesto a hacerlo —respondió Robert—. Nunca dejaría mi

apartamento, pero si estás preocupado por Douglas y no quieres dejarlo al cuidado de Henry, cásate conmigo y yo estaré contigo hasta que estés lista para mudarte.

—Estás hablando en serio —le dijo ella.

—Completamente.

—Henry es casi tan viejo como el abuelo, ¿sabes?

—Y Amelia también, y eso no le impide guardar su oficina como si fuera un pitbull —le recordó él.

Ella se rió.

—Amelia sólo tiene sesenta años. Henry, por otra parte, tiene casi setenta y cinco —dijo. Después se quedó en silencio y sintió un escalofrío por la espalda—. ¿Sabes? Ha habido muchas especulaciones sobre que te habían contratado sólo por mi causa, porque yo soy la favorita de mi abuelo, pero no soy un heredero varón.

—¿Y tú vives de acuerdo con los rumores?

—Por supuesto que no.

—Entonces, cásate conmigo.

—Todo el mundo hablaría de ello.

—No se lo diremos.

-¿Cómo?

—No se lo diremos a nadie. Lo haremos a escondidas y se lo contaremos sólo a Douglas, para que me permitas traspasar las puertas de tu casa. Y después, cuando se hayan terminado las pesadillas, cuando Douglas se haya recuperado y todo vaya bien, haremos una gran fiesta y todo el mundo estará contento.

—Pero Robert, ¿por qué ahora? ¿Por qué tienes tanta prisa?

—Porque te quiero —dijo él—. Y quiero estar contigo.

—¿Estás tan seguro, realmente, de que me conoces? —le susurró Jillian.

—Sé que te quiero —repitió él, obstinadamente— . Y tú no puedes decirme que no me quieres o que no quieres estar conmigo.

—Por supuesto que te quiero —dijo Jillian—. Es sólo que...

-¿Qué?

Jillian se encogió de hombros. ¿Cómo iba a explicar que no se comprendía a sí misma?

—Tengo miedo.

—¿De qué? ¿De mí?

—No, claro que no.

—¿Es que no lo ves? Yo quiero estar ahí para ti. Estaré siempre a tu lado, siempre que me necesites.

Robert era muy apasionado, muy intenso... ella no pudo evitar creerlo.

—Bueno, yo... quizá. Ya veremos, ¿de acuerdo?

—Lo veremos pronto —dijo él, con firmeza.

Aquella noche fueron a Hennessey's con Connie y Joe. Mary MacRae, con muy buen aspecto, fue su camarera y, durante un momento de la cena, Robert se excusó y se fue a hablar unos minutos con ella a la barra.

—Mary, ¿podrías darle un recado a Shelley Mollet, la adivina del tarot, de mi parte?

—Claro que sí.

—Dile que estoy dispuesto a escuchar —dijo, y titubeó, pensando en que quizá fuera él el que necesitara el psicoanalista, y no Jillian—.Dile que he abierto mi mente, y que he tenido unas cuantas visitas de Milo.

—¿Visitas de Milo?

—Sí, sólo dile eso, por favor.

Después volvió a la mesa. Parecía que todo el mundo, incluida Jillian, tenía curiosidad por saber sobre qué había hablado con la camarera, pero él no dijo nada.

La cena transcurrió agradablemente. Tomaron unas cuantas copas, y aunque al principio había parecido que Joe y Connie estaban enfadados, cuando se marcharon Connie se estaba riendo y los dos se abrazaban el uno al otro mientras caminaban calle abajo para llamar a un taxi.

Robert miró a Jillian.

—Cásate conmigo —le dijo suavemente.

—¿Ahora? —le preguntó ella, riéndose como si fuera una broma.

—Sí. Ya estamos en noviembre. Tú eres una fanática de las navidades, y yo quiero tener una esposa para las fiestas. Para entonces, quiero que todo el mundo lo sepa. Quiero adornar el árbol contigo, y cenar en aquella casa como si perteneciera a ella.

—Entonces, ¿me estás pidiendo que me case contigo ahora mismo?

—¿Se te ocurre un momento mejor?

—Pero es viernes por la noche.

—Puedes llamar a Henry y decirle que no vas a ir a dormir a casa. Iremos a Las Vegas. Será muy fácil.

—Es una locura.

—Sí, totalmente. Vamos a hacerlo.

Ella tomó aire profundamente, mirándolo.

—Está bien.

Jillian se miró la alianza del dedo anular, incapaz de creerse lo que había hecho.

Habían pasado por casa para que Jillian hiciera una pequeña bolsa de viaje. Después fue a ver a su abuelo, que ya estaba mucho mejor.

Después habían salido directamente hacia el aeropuerto y habían tomado el primer vuelo a Las Vegas, donde habían elegido cualquier lugar para casarse. Era un sitio desangelado y feo, pero no importaba. Un día, volverían a hacerlo de nuevo en la iglesia de Connecticut, y todo el mundo estaría allí.

Pero por el momento...

Se había casado con Robert. Y allí de pie en la capilla, bajo la horrible luz fluorescente a medianoche, lo había mirado, había observado los rasgos fuertes de su rostro y la ternura que había en sus ojos azules, y se había sentido feliz.

Pasaron toda la noche haciendo el amor, tomando champán y llamando al servicio de habitaciones. Apenas durmieron durante veinticuatro horas. Rieron, hablaron, comieron e hicieron el amor de nuevo.

—¿Ya te sientes como si me conocieras? —le preguntó él, en un momento de la noche.

—Me siento como si te hubiera conocido siempre. De verdad. Como si...

-¿Qué?

—No lo sé. Como si te hubiera querido antes. Como si te hubiera querido más que a mi vida.

Para su sorpresa, él se alejó de ella y se acercó a la ventana. Era ya de día. Él estaba espléndido, allí de pie, alto, bronceado, fibroso hasta la perfección. Un gran trasero, había dicho Connie. Jillian lo quería. De pies a cabeza, lo adoraba. Sólo había aquellos extraños momentos en los que... tenía miedo.

—La adivina me dijo que habíamos vivido antes —le dijo él, mirando a la calle.

—¿Y la creíste? —le preguntó ella, con escepticismo—. ¡Tú no crees en nada!

Entonces, él se acercó y se arrodilló ante ella, apasionadamente.

—Creo en ti —le dijo.

Jillian le acarició el pelo, conmovida por sus palabras.

— Y yo creo en ti.

Él sonrió, y después la tomó en brazos. Los dos entrelazaron sus cuerpos de nuevo.

El domingo, casi al mediodía, él sugirió que se prepararan pronto para tomar el vuelo de vuelta a Nueva York. Tenía una sorpresa para ella.

Resultó ser un pequeño almacén especializado en artículos de Navidad. Ella estaba encantada. Compró media tienda, diciéndole cuáles serían las mejores cosas para la casa de Connecticut y cuáles serían las mejores para la cabaña del bosque. Él estaba feliz.

Cuando volvieron a la ciudad, Jillian le preguntó a Henry por la salud de su abuelo. Había estado muy bien durante todo el fin de semana. Amelia se había quedado con él, y habían decidido no ir a la oficina aquella semana, sino marcharse a Connecticut donde él podría descansar y permanecer en contacto con la empresa fácilmente, gracias al ordenador y a la tecnología moderna. Y a Amelia, que era capaz de mantener funcionando la oficina desde el Polo Norte.

Julián y Robert se quedaron en el apartamento de él aquella noche. Y a las dos de la mañana, Jillian se despertó gritando.

Él la abrazó, y le dijo suavemente, una y otra vez, que no había ningún incendio.

—Lo sentía —dijo ella, sollozando—. Lo sentía en la carne.

—Yo no permitiré que te alcance ninguna llama —le prometió él.

— ¡Eres un mentiroso! —lo acusó ella, de repente—. Me lo prometes todo, pero cuando llegue el momento, no estarás allí.

—Julián...

Pero ella saltó de la cama, corrió hacia el baño y cerró la puerta.

El lunes, en la oficina, Daniel Llewellyn entró en el despacho de Robert, tenso, todavía enfadado.

—Hemos sacado de la oficina hasta el último rastro de veneno para ratas, Marston.

—Me alegro de oírlo.

Daniel dio un puñetazo en la mesa.

—Ella es de mi familia, ¡maldita sea! Yo nunca le haría daño. Ninguno de nosotros le haría daño — dijo. La pasión de su tono de voz parecía real.

—Espero que no —respondió Robert—. Espero que no.

Jillian entró en la oficina de Connie.

—¿Tienes algún plan para la comida?

Connie alzó la vista.

—¿Algún plan? Ir a comer un sándwich, supongo–

—Vamos a ir al colegio.

–¿Qué?

—Acabo de hablar con la camarera de Hennessey's. El nombre verdadero de Madame Zena es Shelley Millet. ¿Y sabes qué?

–¿Qué?

—Fue compañera de Milo en el colegio. Es profesora.

— ¿De verdad? —dijo Connie, sorprendida—. Así que, ¿vamos a ir a ver a Madame Zena al colegio?

Jillian asintió.

—Pero no le digas nada a nadie.

—No, claro que no.

Jillian no consiguió hacer nada en toda la mañana. Estaba muy disgustada por lo que le había hecho a Robert, pero también estaba completamente decidida a averiguar qué estaba ocurriendo. Y temía que, si él se enteraba de lo que ella quería hacer, se lo impediría. También sabía que Connie pensaba que estaba loca. Madame Zena le había gritado, la había llamado bruja y la había angustiado. Pero aún así, tenía que verla.

Y tenía que dejar de despertarse gritando por las pesadillas. Sabía que aquello disgustaba a Robert, y ella lo quería con todo su corazón. No tenía la intención de perderlo.

Estaba tan nerviosa porque alguien le impidiera marcharse de la oficina que sacó a Connie de la oficina a las doce de la mañana. Fueron de compras, tomaron un café y después fueron al colegio, a esperar fuera de la clase de Shelley.

Shelley Millet, sin su disfraz de vidente, era una mujer alta, majestuosa y llamativa. Jillian creía que iba a sorprenderse, y posiblemente a sentirse molesta, al verlas.

Sin embargo, no ocurrió ninguna de las dos cosas.

— Señorita Millet, siento muchísimo haberle seguido la pista de esta manera, pero... — comenzó a disculparse Jillian.

Sin embargo, Shelley Millet alzó una mano y la interrumpió.

—No pasa nada. La esperaba antes, en realidad.

—¿De verdad?

–Sí.

—¿Podemos invitarla a tomar algo?

—Hay una sitio tranquilo bajando por esta calle.

Unos minutos después, estaban sentadas en una de las mesas de una pequeña cafetería. Era un lugar discreto y agradable. Jillian le explicó brevemente cómo había conocido a Robert en Halloween, justo después de que Madame Zena la hubiera llamado bruja, y cómo se había desmayado. Y también le dijo que tenía pesadillas de un incendio constantemente, y que se despertaba gritando de miedo.

Shelley Millet removía su café, asintiendo.

—Corre un grave peligro.

—¿De veras? —le preguntó Connie —. Pero cómo...

—Estaba en las cartas. Y Milo me lo dijo.

Julián se estremeció al mirar los ojos de bronce de la mujer.

—¿Milo? —susurró—. Mi... Robert ha mencionado que él también ha hablado con Milo. En sueños.

—Sí, lo sé.

—¿Lo sabe?

—El señor Marston viene hacia aquí.

Jillian se puso muy rígida.

—Yo vine a pedirle ayuda a usted. ¿Por qué va a venir Robert? Él no cree en nada que se salga de lo común.

—¿Y cuánta gente cree? —le preguntó Shelley Millet, sonriendo—. Los adultos tienden a perder la fe en todo aquello que no pueden ver. Incluso en Dios.

—Bueno... Madame Zena, Shelley, yo lo quiero. A Robert, quiero decir. Todo ocurrió muy rápido, tan rápido que casi es absurdo. Estoy segura de que hay gente que diría que no sabe de verdad cómo se siente, pero yo sí lo sé. Lo quiero. Quiero estar con él, quiero ser feliz, hacerle feliz, pero de vez en cuando, de repente, todo me aterroriza. Y él cree que alguien de mi familia quiere hacerme daño.

—¡No!—exclamó Connie—. ¿Por qué?

—Por Llewellyn Enterprises. Por mi abuelo. —Jillian, yo también creo que alguien quiere hacerte daño. Y Milo —le dijo Shelley.

—¿Y por qué no viene Milo a verme a mí? — preguntó ella. Le dolía el corazón de una forma extraña, conmovedora.

—Vamos a ser claros —dijo Shelley—. Milo y usted eran amigos, ¿verdad? Muy buenos amigos. Usted se casó con él para darle acceso al dinero de los Llewellyn. Julián tomó aire.

—Bien... su aseguradora era horrible. El departamento de oncología del hospital parecía un zoo. Shelley sonrió.

—Eso es comprensible. Pero él era su amigo. Nunca fue realmente su amante.

—Yo quería a Milo. Lo quería con todo mi corazón.

—Pero eso no es exactamente lo mismo, ¿verdad? —le preguntó Shelley, suavemente—. Su marido está llegando —añadió, de repente.

—¿Su marido? —preguntó Connie, asombrada—- ¿Quiere decir que está con nosotros ahora?

- ¿El fantasma de Milo está aquí? Yo no siento nada.

—No es el fantasma de Milo. Es Robert Marston.

—¿Te has casado con él? —le preguntó Connie con incredulidad, mirando a Jillian como si le hubiera clavado un puñal en la espalda.

— Shh. Todavía no se lo vamos a decir a nadie.

— Sí, bueno, ¡pero tampoco me lo has dicho a mí!

—¿Y tú me cuentas todo lo que te ocurre a ti? — le preguntó Jillian.

Connie la miró mordiéndose el labio. Como había dicho Shelley, Robert estaba llegando. Él la miró casi tan acusadoramente como Connie mientras se sentaba en la mesa.

—Hola —murmuró Jillian débilmente.

Él asintió de manera cortante, y después se volvió hacia Shelley.

—Gracias por acceder a verme.

—De nada. Pero hay algo que tendrá que entender. Yo sólo puedo decirle lo que veo, lo que creo, y usted tendrá que avanzar desde ahí.

—Entonces, ¿por qué estoy soñando con un incendio? —preguntó Jillian.

—Es de su vida pasada —dijo Shelley.

—¿Una vida pasada? —preguntó Robert.

—Dijo que su mente se había abierto —le dijo Shelley—. Que Milo Anderson se le aparecía en sueños.

—Sí, pero sólo en la casa de Connecticut. Sólo en la habitación en la que murió. Salvo que... creo que estaba en Florida.

—¿Qué? —preguntaron Connie y Jillian al unísono.

—Cayó una rama de una palmera y estuvo a punto de aplastar a Jillian. Yo corrí para apartarla de allí, y lo conseguí, pero... no sé. Me pareció como si alguien la hubiera empujado antes de que yo la alcanzara.

Apartó la mirada, sacudiendo la cabeza. Estaba diciendo aquellas cosas, y no podía aceptarlo de sí mismo.

Shelley Millet levantó las manos y formó un círculos con los dedos índices y pulgares.

—La energía —dijo suavemente— Toda la vida es energía. La energía no muere. Para unos es Dios, para otros es Alá, para otros es el espíritu de la tierra. Yo creo que el mundo está lleno de almas, de energía, y que todos tenemos muchas oportunidades. Ustedes se conocían antes. Estaban enamorados. Pero ocurrió algo horrible, algo que tuvo que ver con el fuego. Y quizá alguien del pasado quisiera hacerle daño, Jillian, y quizá Robert le falló.

— ¡Yo no voy a fallarle!

Shelley sonrió.

—Quizá tuviera la misma arrogancia hace unos siglos, señor Marston. Quizá tenga ahora una segunda oportunidad. Aprovéchela. No la malgaste. Es muy posible que la historia se esté repitiendo.

—No lo entiendo —dijo Connie—. Sólo porque alguien le hiciera daño a Jillian en otra vida...

—Yo no soy una especialista en este tema en concreto —dijo Shelley—, pero aquellos que estudian la reencarnación creen que volvemos a menudo con los mismos grupos de almas a nuestro alrededor. Quizá establezcan diferentes relaciones entre ellas. Señora Murphy, quizá usted fuera una hermana en otra vida, una madre, incluso un hermano.

—¿Yo era un hombre? —preguntó Connie, indignada.

—Quizá —dijo Shelley, encogiéndose de hombros. Después miró a Robert y a Jillian—. Creo que ustedes tuvieron una oportunidad en el pasado y que sus vidas terminaron pronto. Ahora tienen la oportunidad de intentarlo de nuevo. ¿Qué le dice Milo en sus sueños? —le preguntó a Robert.

Robert hizo un sonido de impaciencia.

—¿Por qué está Milo en todo esto? Yo ni siquiera lo conocí.

—En otro tiempo, en otro lugar, es posible que él fuera su mejor amigo. ¿Qué le dice en sus sueños? —insistió Shelley.

—Que Julián está en peligro. Y que yo...

-¿Qué?

—Que debería leer el libro. Y lo leí. Bueno, una parte.

—¿Y qué libro era?

—Un volumen antiguo de la Guerra Civil Inglesa.

—¿Puedo sugerirle que lo termine?

Julián miró fijamente a Robert. Estaba demacrado, y cuando sus miradas se cruzaron, parecía que todavía tenía reproches que hacerle. Pero la quería. La quería de verdad. Ella lo vio en sus ojos.

—Yo también leí una parte del libro —dijo Jillian—. Era sobre un amor secreto entre uno de los soldados del Rey y una dama.

—¿Y lo terminó?

—Bueno, no.

—Termínelo. Quizá encuentren en él las respuestas que necesitan.

—Lo haré —dijo Jillian, mirando a Robert. Se inclinó hacia delante y le cubrió a Shelley las manos con las suyas—. Gracias. De verdad. ¿Hay algo más que quiera decirnos? ¿Algo

más que esté viendo?

—Sólo una cosa más.

—¿Sí? —preguntó Julián, ansiosamente.

—Veo que el señor Marston debería pagar. Los profesores no ganan mucho dinero —dijo, y sonrió—. También veo que ustedes son buenas personas. Pueden llamarme siempre que quieran —terminó, levantándose— Terminen el libro.

—Vamos a ir a Connecticut para Acción de Gracias.

—Eso está bien.

—¿Estará Milo?—preguntó Robert.

—Quizá —respondió Shelley, sonriendo—. Pero él está de su lado.

—Entonces, ¿quién está contra mí? —susurró Jillian.

—Nosotros no podemos verlo todo —respondió Shelley.

—Nos estamos perdiendo convenientemente lo que es más importante —comentó Robert.

—Quizá sea más importante poner su fe a prueba —replicó Shelley—. Pero está bien que vayan a la casa. Sea lo que sea lo que está pasando, tienen que averiguarlo. Tienen que resolverlo. Antes de Navidad.

—¿Antes de Navidad? —murmuró Jillian.

—Deben hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Robert, con aspereza.

Shelley sacudió la cabeza.

—Tiene que creer, señor Marston. Crea en usted. No importa cuál sea la barrera que tenga que superar, crea.

Después, Madame Zena salió apresuradamente de la cafetería.

Capítulo 14

—Esto es una auténtica locura —murmuró Robert.

Estaban de nuevo en la biblioteca, en Connecticut. La casa estaba aún más llena que la última vez, porque Joe y Connie estaban allí con sus dos niñas y la madre de Connie. Pero por el momento, Jillian y Robert estaban solos en la biblioteca después de comer. Todos los demás estaban en el salón, viendo una película o dormitando. Incluso Gracie, la sombra de Daniel, había sido invitada a la comida de Acción de Gracias, puesto que no tenía demasiada familia. De hecho, Jillian creía que la secretaria de Daniel estaba sola en el mundo.

—Voy a leer un libro sobre algo que ocurrió hace siglos porque me lo ha dicho una vidente. Esto es una locura —repitió Robert.

—Tú eres el que llamó a Madame Zena para ir a hablar con ella. Y ella dijo que termináramos el libro.

—Es cierto —dijo él, resignado.

—Hay varias cartas en el libro, y también varios fragmentos de un diario. Lo leí la última vez que estuve aquí —dijo ella.

—¿Por qué? —le preguntó él, suavemente.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué leíste el libro?

—Porque tú lo habías estado leyendo.

—Ah —murmuró él, y sonrió, asentándose más cómodamente en la butaca.

—La mayor parte del libro fue escrito por alguien llamado Justin. Él fue quien reunió los fragmentos del diario y las cartas en un solo volumen.

—Ya lo sé. Yo he leído lo que escribió Justin. Ve hacia el final. Quiero saber si está escrito lo que ocurrió de verdad. No me espero que sea nada feliz.

Jillian pasó las páginas y eligió un fragmento.

—Esta parte está escrita por Justin —dijo, y comenzó a leer en voz alta—. *Se estaba acercando la Navidad la última vez que fuimos a casa. Permanecimos escondidos en los bosques, porque ya no era seguro ser un hombre del rey en la Inglaterra de Cromwell. Se envió un mensaje a la casa por medio de Jane, la doncella de nuestra señora, y ella vino por la noche, deslizándose por el bosque como un espectro. Rió con el capitán, caminó por entre los árboles con él, y se quedó con él a la orilla del río hasta el amanecer. El capitán estaba preocupado, y le pidió que nos acompañara. Pero ella le respondió que su padre aún vivía y que no podía dejarlo. Sir Walter había tomado el poder, y dirigía el pueblo y el castillo como si fuera el dueño y señor. Ella no sentía sino*

desprecio por él.

»Yo los oía hablar, junto al río. Ella tenía la habilidad de hacer que las situaciones difíciles parecieran ligeras. Estaba preocupada por el capitán, segura de que era hora de que huyera a Escocia, donde el rey era aún respetado como tal.

»Sin embargo, él le pidió de nuevo que se marchara con él. Le dijo que había bellas colinas verdes en Irlanda, e islas en las que incluso un hombre como él podría creer en la magia. Ella, sin embargo, le recordó que su padre aún respiraba, que no podía marcharse, y le juró que estaba a salvo.

»Sin embargo, yo conocía a Jane, la conocía bien, y ella me dijo que Morwenna mentía, y que cada día, sir Walter la amenazaba y peleaba con ella, y que no faltaba mucho para que él la detuviera. La había amenazado con acusarla legalmente de herejía, de brujería y de traición.

»El viejo Jeremy, que había servido lealmente a lord Alfred durante tantos años, vino a la madrugada para advertirle a Morwenna que sir Walter la estaba buscando. Así que ella huyó. Antes, sin embargo, el capitán la tomó en sus brazos y le juró que siempre estaría con ella cuando lo necesitara.

»Aquella noche cabalgamos, dirigiéndonos hacia el sur, a una reunión de todos aquellos caballeros que habían jurado su lealtad al Rey. Había un plan para rescatarlo de las garras de sus perseguidores. Más tarde supimos que aquella misma noche, sir Walter se volvió loco, y le dijo a Morwenna que tenía que casarse con él, que él era un hombre de Dios y que ella lo había embrujado, y que aquélla era su única oportunidad de salvar su alma. Furiosa, ella le dijo que no podía casarse con él porque ya estaba casada con otro. Y cuando él la tocó, ella le demostró tanta repulsión que a él le dio un ataque de rabia. Ni siquiera llamó a los guardias para que se la llevaran. Él mismo la arrastró del pelo hasta los calabozos y allí la encerró. Ella lo desafió, diciéndole que Michael iría a buscarla. Después ella se arrepintió y tuvo miedo, porque sir Walter quería que Michael fuera para poder apresarlo y matarlo.»

Jillian hizo una pausa en la lectura y miró a Robert. Él ya no estaba cómodamente sentado en la butaca. Se había erguido, y estaba muy rígido.

–¿Robert?

—¿Qué? —dijo él, apartando la mirada de una de las esquinas del escritorio.

—Esto es lo que Shelley Millet nos estaba diciendo, ¿no? Que hemos vivido lo que cuenta este libro. Así que tenemos que averiguar cuál de nosotros es la reencarnación de sir Walter, y quién era Justin, y todos los demás.

—Supongo.

Robert se quedó completamente silencioso durante un instante. Después la miró a los ojos y carraspeó.

—Milo dice que él era Justin.

— ¿Qué? ¿Milo está aquí? —preguntó Jillian, mirando a su alrededor. No había nadie en la biblioteca, aparte de ellos—. Yo creía que Milo te visitaba en sueños.

—Y así era. Pero ahora no estoy durmiendo, ¿verdad?

—No. ¿Me estás diciendo que tú, que no crees en nada, estás viendo un fantasma?

Él tragó saliva y asintió.

–¿Dónde?

—Apoyado en la esquina del escritorio.

—¿Puedes ver a Milo, a mi difunto marido? ¿Y por qué yo no puedo verlo?

—Él dice que yo necesito ayuda mucho más que tú. Pero aparte de eso, no sabe nada más. Dice que ha estado contigo. Un día ibas a tomar el metro y te acercaste demasiado a la vía. Él te empujó hacia atrás. Y también estuvo en Miami, el día que cayó la rama de la palmera.

Jillian no pudo decir nada durante un momento. Se estaba preguntando si Robert la estaba atormentando o estaba intentando seguirle la corriente durante aquella situación.

—¿Y por qué yo no puedo verlo?

—Él no te lo está impidiendo. Es sólo porque las cosas son así. Yo puedo verlo porque tengo que ayudarte.

—¿Y cómo sabe él que estoy en peligro?

—Porque el gato fue envenenado.

—No vamos a empezar con lo del gato de nuevo, ¿verdad?

—Llevé las cenizas del horno del edificio a un laboratorio de policía, y los han analizado. Había veneno para ratas en los restos.

—Tenemos ratas en la oficina. Y Jeeves era un gato callejero. Estoy segura de que, por instinto, se comió una rata.

—Julián, el animal murió en tu escritorio. En la bandeja del té con galletas de Halloween. Probablemente, el veneno estaba en esa bandeja.

—Robert, eso es divagar.

—¿De verdad? Douglas ha estado reuniéndose con sus abogados últimamente, y ha estado discutiendo con Daniel repetidamente por algo. Eileen te vigila constantemente lanzándote puñales con los ojos, y Griff... bueno, Dios sabe lo que está pensando Griff en realidad. Y también está Theo, que no creo que quiera quedarse como directivo medio toda la vida.

—¿Y qué dice Milo?

—Milo dice que corres peligro.

Jillian se cruzó de brazos y se recostó en el respaldo de su asiento.

—Eres un desgraciado. Estás utilizando a Milo para hacerme creer que alguien de mi

familia me persigue.

Robert se levantó mientras soltaba un juramento.

—¡Yo no creo en nada de esto!

—¡Tú eres el que quisiste ir a ver a la adivina! —Yo llamé a Shelley porque quería ayudarte a dejar de gritar y tener pesadillas por las noches — replicó él, enfadado—. Y, además, no estoy utilizando a Milo para nada. Yo no quiero ver a ningún fantasma, sobre todo al fantasma de tu ex marido. Lo siento, Milo, no es nada personal —le dijo a la esquina del escritorio.

Ella se sobresaltó.

—¿Y qué dice Milo a eso?

—Dice que no se lo ha tomado como algo personal.

Ella apretó los puños.

—No puedo más. No puedo.

Y después, salió corriendo hacia el salón.

Robert la siguió. Ella no le hizo caso, y se unió a los demás frente a la televisión. Ella se acurrucó a los pies de su abuelo, consciente de que Robert también había entrado, pero no lo miró.

Más tarde, todos tomaron chocolate y pastelillos de canela, y después de darle las gracias a Agatha por la estupenda comida, subieron a sus habitaciones.

Por respeto a su abuelo, que todavía no sabía que Robert y ella se habían casado, ellos habían decidido dormir en las habitaciones separadas que habían ocupado el fin de semana anterior. Cuando Jillian iba a cerrar la puerta que las comunicaba con llave para evitar que Robert pasara desde la otra habitación, él abrió de repente.

—No vamos a jugar a estos juegos —le dijo.

—¿Juegos? ¿Es que no te das cuenta de lo que me estás haciendo, de lo que...

—Sí, sólo estaba siendo sincero contigo. Estaba quedando como un tonto, un tonto completamente vulnerable. Tú pensarás que estoy loco, pero te quiero. Me casé contigo porque te quiero, y entiendo que quieras tener cierta distancia en esta casa, pero... no me cierres la puerta, Jillian. No me cierres la puerta.

Ella lo miró a los ojos y le pasó los brazos por el cuello.

Un momento después se alejó, incómoda.

—Espera un segundo. ¿Está aquí Milo?

Robert sonrió.

–No.

—Pero...

—El otro día me dijo, bastante indignado, que nunca entra a esta habitación cuando nosotros estamos... juntos.

Ella se apoyó contra su pecho.

—¿Sabe que lo quiero de verdad? ¿Que era mi amigo más querido? —le preguntó suavemente.

Él le acarició el pelo.

—Jillian, sí lo sabe. ¿Por qué iba a estar aquí, de otro modo? Él también te quería con todo su corazón.

Sorprendentemente, aquella noche durmieron muy bien los dos, abrazados el uno al otro.

El viernes por la mañana, Jillian insistió en ir a cortar un árbol al vivero de abetos de Navidad. Durante muchos años, había ido siempre con Griff, pero en aquella ocasión, Robert se negó a dejar que fueran solos. Como Joe y las niñas estaban dormidas todavía, Connie decidió ir con ellos.

Durante el trayecto cantaron villancicos, mientras la nieve caía pesadamente a su alrededor. Cuando llegaron al vivero, se envolvieron en los abrigos, las bufandas, los gorros y los guantes y salieron a elegir un árbol. Estaban solos, o eso parecía. Los

demás clientes no debían de haberse levantado todavía.

Cuando encontraron el abeto, Griff tomó el hacha y dio el primer golpe. Lo hizo muy mal, y Connie y Jillian comenzaron a reírse y a tomarle el pelo. Robert no se estaba divirtiendo tanto. Tomó el hacha y cortó el árbol en tres golpes, tan fuertes que Jillian estaba asustada. Pero no pareció que Griff se diera cuenta, porque en el coche comenzó a tomarle el pelo también, diciéndole:

—Deja al macho loco, Jillian. Cásate conmigo.

—Ya hemos hablado de esto antes, Griff. No queremos tener hijos con dos cabezas.

—Podríamos evitar la procreación. Oh, no podemos. Debemos continuar con la dinastía Llewellyn. Bueno, pues tendremos niños bicéfalos. Pueden ir a la televisión y hacernos ricos por nuestros propios medios:

Connie se estaba riendo.

—No puede casarse contigo, Griff. Ya está casada.

Griff se quedó mirándola fijamente, como si se hubiera quedado perplejo porque Connie pudiera ser tan despreocupadamente cruel.

—Connie, Milo está muerto —le recordó con tacto.

—Sí, pero... ¡oh! —dijo Connie, al ver cómo la estaba mirando Jillian—. Oh, Dios, se me ha olvidado. ¡Qué bocazas soy! Lo siento muchísimo.

Demasiado tarde. Griff estaba mirando a Jillian.

—¿Te has casado con él? ¿Ya?

—Sí, ya se ha casado conmigo —confirmó Robert, firmemente, mirando a Griff por el espejo retrovisor.

—Bueno...

—No digas nada todavía, por favor, Griff. No se lo hemos dicho al abuelo —le rogó Julián.

—Oh, como si no fuera a encantarle —murmuró Griff.

—No se lo he dicho todavía. No se lo hemos dicho a nadie—dijo Jillian.

—Connie sí lo sabía —replicó Griff, que parecía dolido.

— Se enteró por accidente. Oyó algo, eso es todo. Griff...

—Así que te la llevaste y te casaste con ella, tan fácil —le dijo él a Robert. Después se encogió de hombros—. Bien, enhorabuena.

—Gracias, Griff. Pero, por favor...

—Quizá sí debiéramos decírselo a todo el mundo—sugirió Robert.

—Todavía no —dijo Jillian.

—De acuerdo —dijo él. Sin embargo, parecía que estaba enfadado—. Díselo a la gente cuando te venga bien.

Griff comenzó a reírse.

—A mí me parece que estáis locos por no decir nada. Douglas es un hombre chapado a la antigua, y se ha pasado años intentando hacer la vista gorda con la vida sentimental y sexual de sus nietas y sus sobrinos, lanzándonos suaves advertencias sobre lo peligroso que es tener un estilo de vida promiscuo hoy en día. Ahora, precisamente, está enfadado con Daniel. Me pregunto qué habrá hecho mi hermano mayor. Si es algo malo y agradable, no me lo ha contado. Cuando llegaron a la casa, todo el mundo se entusiasmó con el árbol y comenzaron a adornarlo entre todos, incluidas las niñas de Connie y Joe. La tarea les ocupó la mayor parte del tiempo. Estuvieron tan ocupados que Julián no se dio cuenta, hasta la hora de comer, de que no había visto a Robert desde hacía un buen rato.

Al principio dudó, pero luego pensó en que no iría a buscarlo. Quería llevarse a las niñas a la cabaña aquella tarde y comenzar a decorarla también.

Intentó salir de la casa sin llamar demasiado la atención. Connie y ella tomaron cada una a una niña y montaron con ellas en Crystal y en Cream. Durante el camino, cantaron villancicos. Las pequeñas eran estupendas. Estaban fascinadas por la nieve, ajenas al frío, disfrutando de la aventura.

Cuando llegaron a la casita, abrieron las cajas de los adornos que Jillian había comprado en Las Vegas, y al rato, ella se las arregló para subir sola al segundo piso. Quería pasar un

rato allí.

—¿Me oyes? —susurró—. Soy yo, Jillian. Milo, ¿qué estás haciendo? ¿Qué le estás diciendo a Robert? ¿Qué demonios está sucediendo?

Se quedó quita, cerró los ojos y esperó oír su voz.

—Creo que oí tu voz una vez, en el andén del metro —le dijo suavemente.

De repente, le pareció que una brisa corría por la habitación. Jillian oyó el ruido de las cortinas.

—¿Milo? —susurró.

Cerró los ojos, y sintió la caricia de la brisa en las mejillas.

—Gracias por ayudarme.

—Jillian, ¿con quién demonios estás hablando?

Abrió los ojos y se volvió. Connie había subido las escaleras. Jillian sacudió la cabeza.

—Con nadie. Estaba hablando sola.

—Eh, vi a Madame Zena contigo, ¿no te acuerdas?

—Sí, me acuerdo. Pero estaba hablando sola.

—¿Has leído ya ese libro? —le preguntó Connie, seriamente.

—Hemos empezado.

—¿Empezado? Cuando volvamos, tenéis que terminarlo.

Se quedaron allí durante una hora más, y después volvieron a casa. Casi había anochecido.

Jillian fue a la biblioteca en cuanto entró en la casa.

Tal como pensaba, Robert estaba allí sentado, leyendo. Alzó la vista cuando ella entró.

—¿Has ido a la cabaña?

—Sí. Iba a pedirte que vinieras, pero no sabía dónde estabas.

–Ya.

–¿Qué?

—Fuiste a la cabaña sin mí para ver si podías hablar con Milo.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque lo sé. Jillian, no vuelvas a salir sola sin mí, ¿de acuerdo? Sobre todo, aquí.

—Estaba con Connie y con las niñas.

—No importa.

Ella suspiró y se sentó frente a él.

—¿Has terminado el libro?

—Sí —respondió él.

-¿Y?

Alguien llamó a la puerta. Se abrió, y Connie asomó la cabeza. Julián se puso de pie rápidamente.

—Connie...

—Oh, vamos. Yo estaba allí con Madame Zena.

—Sí, y también has abierto la bocaza esta mañana, en el coche.

—Lo siento. De verdad.

—Además, estás casada con Joe. La mano derecha de Daniel.

—Eh —protestó Connie—. Yo no le cuento todo a Joe. Sé guardar un secreto. De verdad. Además... ya he leído algunas partes del libro. Y si yo soy alguien soy Jane. Tu vieja y leal doncella.

—¿Has leído el libro? —le preguntó Jillian.

—Bueno, lo dejasteis ahí encima, no es qué haya tenido que fisgonear para encontrarlo. Ya oísteis lo que dijo Shelley Millet. Yo soy tu ayudante ahora, y era tu doncella entonces. No es justo. Me refiero a que... tengo amigas que han hecho regresiones. Siempre eran princesas o mujeres ricas. Yo tengo que hacer siempre el trabajo administrativo o el doméstico.

—Connie, tú tienes un trabajo estupendo.

—Sí, pero no soy la princesa Llewellyn.

—Y no te quemaron en la hoguera —intervino Robert, con aspereza. Miró fijamente a Connie, después a Julián, y comenzó a leer.

—Galopábamos hacia el sur cuando Garth nos alcanzó con la noticia: Lady Morwenna estaba en el calabozo. Había sido acusada de herejía, traición y brujería, y declarada culpable en juicio. El día de Navidad sería ejecutada según las leyes de su país y de Dios, quemada en la hoguera. Sus cenizas serían esparcidas al viento. Michael estaba furioso. No podía creer que sir Walter hubiera hecho aquello.

»Galopamos de vuelta a casa, en una carrera desesperada. Michael juraba una y otra vez que llegaría antes de que llegara la hora. Sin embargo, yo veía el miedo reflejado en su rostro. Más tarde, supimos que ella estuvo durante horas atada a la estaca sobre la pila de troncos, y que incluso al final, cuando se prendió la hoguera, juraba que él llegaría. »Nos dijeron que sus gritos se oyeron durante todo el día y toda la noche, aunque ella no hubiera sobrevivido tanto en la pira. Pero el eco de su dolor recorrió las colinas para siempre.

»Llegamos tarde sólo por unos momentos... y lo que aquellos momentos habían causado. Michael era bueno con la espada, con las armas de fuego, en la lucha cuerpo a cuerpo. Pero su más grande talento era con el arco. Y cuando él vio dónde estaba ella, consumida por las llamas pero viva todavía, tensó su arco y disparó una flecha que le atravesó el corazón a su señora».

— ¡Oh, Dios mío! —dijo Connie, poniéndose en pie de un salto—. Jillian, cuando viste a Robert, te desmayaste agarrándote el pecho. ¡Te disparó con una flecha! ¡Él te mató!

—Connie, ella ya estaba medio muerta. Se había abrasado. Él hizo lo único que podía hacer para ahorrarle sufrimiento —la interrumpió Robert, pacientemente— Y esto es historia, un libro.

—Ocurrió —dijo Jillian.

—Tú la mataste de verdad —dijo Connie con incredulidad.

Él sacudió la cabeza, fastidiado. Después volvió al libro.

—Ella había muerto. Nuestra señora había muerto, pero sus gritos no se desvanecían. Michael igualó su canto con un rugido de rabia, y todos cabalgamos por la nieve. Éramos pocos, y ellos muchos. Pero nunca habíamos sentido tanta furia. Atravesamos la fila de guardias y la multitud. Lo más seguro era que la gente del pueblo no quisiera detenernos, y una vez, los guardias habían sido los hombres de lord Alfred, así que probablemente, su propia culpa causó su muerte. Michael derribó a todos los hombres que se interponían entre él y sir Walter. A sir Walter lo decapitó, y después hizo que su caballo pisara el cuerpo. Pero las fuerzas de Cromwell estaban tras nosotros. Así que huimos hacia el norte.

Robert miró a Jillian y después a Connie. Dejó el libro sobre el escritorio, se recostó en el respaldo de la butaca y entrelazó los dedos detrás de la nuca al tiempo que estiraba las piernas bajo el escritorio.

Entonces, sonrió a Connie.

—Milo me ha dicho que te diga que tú no eras necesariamente la doncella.

—¿Qué? —preguntó Connie, perpleja.

—Milo habla con él —murmuró Jillian—. En sueños.

—Está ahora aquí —dijo Robert, sin dejar de observar a Connie.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? ¿Y cómo lo sabe Milo?

Robert se encogió de hombros.

—Dice que él era Justin.

—Oh, claro. Milo era el Justin, valiente y leal. Tú eras el gran guerrero, y Julián era la dama. ¿Y me estás diciendo que yo ni siquiera era la doncella?

—Las almas permanecen, pero no tienen por qué volver al mismo sexo, ni con las mismas creencias —dijo Robert—. Si es que realmente crees en todo esto.

—Entonces, ¿quién era yo? ¿El malvado sir Walter?

Robert sacudió la cabeza.

—Connie, ¿cómo quieras que lo sepa? Estoy medio loco. Veo fantasmas, por Dios.

Connie frunció el ceño, dirigiéndose hacia la puerta de espaldas.

—¿Qué te he hecho yo? Yo la animé a que te quisiera —le dijo, a punto de echarse a llorar.

—Quizá eso sea cierto —respondió él, levantándose. Jillian observaba la escena con consternación—. Pero estás tramando algo.

Connie se mordió el labio.

—Bien, ella ya se ha casado contigo, ¿no? La dinastía ya está creada —dijo, y miró a Jillian —. ¿Quiere decir eso que vas a despedirme? ¿Y a mi marido también? Después de todo, él trabaja para Daniel, y es probable que haya una lucha por el poder.

—Connie, déjalo ya —dijo Jillian—. Robert y yo no vamos a hacer nada. Douglas está vivo, y está bien, y Daniel es magnífico en su trabajo. ¿Qué te pasa?

Connie estalló en sollozos y se marchó.

Jillian le lanzó una mirada asesina a Robert, que no se dio cuenta. Estaba observando la partida de Connie especulativamente, con los ojos entrecerrados.

Cuando llegó la hora de acostarse aquella noche, Jillian subió primero a su habitación y consiguió cerrar la puerta para que él no entrara. No podía creer lo que estaba haciendo Robert.

Había atacado a su familia.

Y estaba atacando a su mejor amiga.

Aquella noche, volvió a soñar con el fuego. Las llamas la rodeaban y le abrasaban el cuerpo...

Gritó tan alto que despertó a toda la casa, y cuando Robert abrió la puerta a empujones para sacudirla por los hombros y despertarla, estaba tan aterrorizada que cayó entre sus brazos, sollozando.

—Jillian necesita unas vacaciones —susurró Theo mientras salía de la habitación.

Sólo se quedó Douglas, observándolos.

Robert se incorporó, abrazándola contra su pecho y acariciándole el pelo.

—No pasa nada, Douglas —le dijo, rígidamente—. Fuimos a Las Vegas y nos casamos.

—Lo sospechaba —fue todo lo que dijo Douglas. Después se dio la vuelta y se marchó.

Jillian no pudo conciliar de nuevo el sueño hasta la madrugada.

Capítulo 15

Julián estaba trabajando, concentrada en el oro que estaba moldeando, y estaba contenta.

Entonces, Connie entró de repente en su oficina.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Jillian.

—Casi tengo una aventura con él.

—¿Con quién?

Connie tragó saliva, mirando a Jillian.

—Con Daniel.

—Joe trabaja para Daniel.

Connie asintió tragando saliva de nuevo.

—Lo sé, y quiero a mi marido. Él le guarda total lealtad a Daniel. Sintió mucha desconfianza cuando Robert llegó a la empresa. Creo que al principio lo odiaba porque pensaba que había venido a desplazar a Daniel.

—Connie —le preguntó Jillian con delicadeza—, ¿y qué ha ocurrido entre vosotros?

—Quedamos algunas veces para tomar algo, hablamos y... casi...

—Pero no...

Connie sacudió la cabeza.

—¿Lo sabe Joe?

Connie volvió a negar con la cabeza.

—Sé que piensas que debería decírselo, pero no ocurrió nada. Y si se lo digo...

—Él abordará a Daniel, querrá dejar el trabajo, y querrá que tú lo dejes también.

Connie asintió.

—Y no hay nada. De verdad, nada.

—¿Por qué me lo estás contando ahora?

—Eres mi mejor amiga. Quería decírtelo. Además, Robert me está vigilando. No entiendo por qué sospecha de mí. Creo que a quien tiene que vigilar es a Griff.

—¿Por qué a Griff?

—Siempre está hablando de casarse contigo, lo cual, por supuesto, no puede hacer porque ya estás casada. Griff no es Daniel. Tendría que casarse contigo para tener el poder que tiene Daniel —le explicó Connie, y suspiró—. No se lo vas a decir, ¿verdad?

—¿A Joe? Yo nunca le diría a tu marido algo así, Connie. De todas formas, creo que tienes razón. No ocurrió nada, así que es mejor que las cosas se queden como están.

—Vigila a Griff —le advirtió Connie.

—Lo haré —respondió Jillian.

Connie se marchó del despacho, y Jillian se quedó mirando a la puerta. Podía vigilar a Griff. Podía vigilar a todo el mundo. Pero por mucho que pensara, no entendía nada. No veía nada.

No había vuelto a tener la pesadilla desde que había vuelto de Connecticut. Robert se había llevado la mitad de sus cosas a casa de Douglas, y estaba con ella todas las noches. La nueva campaña de publicidad estaba funcionando muy bien, y las ventas se habían multiplicado. Estaba encantada, porque la empresa haría importantes donaciones a las organizaciones benéficas que ella eligiera.

La ciudad entera estaba preparada para la Navidad, y ella sentía que estaba haciendo algo, de verdad, por la gente que lo necesitaba. Para aquellos que tenían cáncer, sida u otras enfermedades, o mala suerte en la vida. Por los huérfanos, los niños que no tenían nada...

Además de todo aquello, quería a Robert más y más cada día.

Pero ella todavía estaba vigilando. Y peor aún, él también.

Los días pasaban tranquilamente. Tanto, que Robert estaba empezando a pensar que se había imaginado el peligro. Quizá el gato hubiera comido una rata. Quizá la rama sólo se hubiera caído porque el viento la había debilitado.

Y quizá él sólo hubiera imaginado que veía el fantasma de Milo.

Connie todavía estaba enfadada con él. Robert se daba cuenta cada vez que la veía. Y él todavía no había averiguado cuál era su secreto.

En la oficina había tensiones ocultas, también. Douglas y Daniel estaban enfrentados el uno con el otro. Mantenían sus diferencias limitadas al despacho de Douglas, pero Robert notaba la enemistad.

Aquel día, la oficina se quedó vacía muy pronto. Los ejecutivos de Llewellyn Enterprises iban a patinar a Rockefeller Center, con un grupo de niños huérfanos, y después iban a llevarlos a ver una obra de teatro y a cenar. Jillian se había marchado hacía horas con Daniel.

Sin embargo, Robert había tenido que quedarse negociando un contrato con un cliente importante hasta mucho más tarde de lo que tenía pensado. Durante una de las conversaciones telefónicas, se dio cuenta de que necesitaba un documento que no tenía a mano. Ojalá no le hubiera dado el día libre a su ayudante.

No había nadie por los pasillos. Jurando entre dientes, fue rápidamente al despacho de Daniel, pensando que Gracie todavía estaría allí, pero ella también se había marchado.

Soltó otras cuantas imprecaciones en voz baja, y miró en los papeles que había sobre el escritorio. Nada. Entró en el despacho de Daniel y abrió el primer cajón de su escritorio, con la esperanza de encontrar allí el documento.

Se quedó petrificado.

Había una caja de veneno para ratas al final del cajón, medio escondida bajo un montón de folios.

El Rockefeller Center estaba precioso, pensó Jillian. Hacía una noche muy bonita, fría pero seca, y el enorme árbol estaba iluminado, como todas las fiestas. Eileen, Daniel y ella estaban con los patines puestos, saludando a los niños según llegaban. Iban de los cinco a los quince años, y estaban entusiasmados por pasar la noche fuera. El júbilo que demostraban por el hecho de ponerse los patines y deslizarse sobre el hielo era una experiencia que enseñaba humildad.

—Mira esa niñita —le susurró Eileen a Jillian—. ¿No es la cosa más mona que has visto en tu vida?

Sorprendida, porque Eileen no era normalmente muy cariñosa, Jillian miró a la niña a la que se refería su prima. Era muy pequeña, tenía el pelo rubio y rizado y unos enormes ojos azules. Estaba un poco perdida, de pie en mitad de la pista, esperando.

—Es preciosa —dijo Jillian.

—Creo que no sabe patinar —le dijo Eileen.

—Los mayores ayudan casi siempre a los más pequeños.

—¿Y por qué no vas tú a ayudarla? —le sugirió Eileen.

—Puedo ir, pero si tú piensas que es tan mona...

—Yo no soy tan buena como tú con los niños. Ve a ayudarla. Yo miraré desde aquí.

Jillian miró a Eileen con exasperación.

—No sabes si eres buena con los niños o no, porque nunca hablas con ellos —le dijo. Sin embargo, al ver que la niña seguía sola, se acercó a ella—. Hola. ¿Quieres intentarlo? Yo te daré la mano para que no te caigas.

La niña miró la mano extendida de Jillian. Después la tomó y las dos comenzaron a dar vueltas por la pista. Jillian le hablaba, señalándole el árbol, los adornos, los escaparates de la calle. Sin embargo, aunque la niña sonreía, no dijo una palabra.

Un rato después, Jillian dejó a la niñita con uno de los mayores para que siguiera patinando con ella, y satisfecha, notó que la niña seguía deslizándose con cuidado.

Ella fue patinando hasta el borde de la pista. Eileen se había sentado en un banco con la hermana Catherine, una de las monjas que estaba a cargo de los niños. La hermana Catherine era joven, muy guapa y muy querida por los niños. Y por los mayores, también. Eileen había estado con ella, allí sentada, charlando.

—Es algo maravilloso, lo que están haciendo — les dijo la hermana Catherine—. No quiero que parezca que los estoy adulando, o algo por el estilo, pero la mayoría de las empresas donan el dinero para librarse de los impuestos y para obtener beneficios muy altos de la publicidad gratis que supone la donación. No es que a mí me importe, porque todo el dinero sirve para ayudar a los niños. Pero ustedes, los Llewellyn, vienen todos juntos aquí. El tiempo es tan precioso como el dinero.

—Gracias, hermana —dijo Eileen. Después señaló hacia la pista.

Theo acababa de llegar, y estaba patinando junto a Daniel.

— ¡Incluso Gracie está en la pista! ¡Mira! —dijo Eileen—. Patina muy bien. Nunca la había visto hacerlo. ¡Sabe patinar!

—Quizá se mueva tan rápido porque tiene frío —dijo Jillian, guiñándole el ojo a la hermana.

La monja se rió.

—Hace frío esta noche, pero a los niños no les importa. Están disfrutando mucho. Las navidades son muy especiales para ellos.

—Y para Jillian. Ella nunca creció del todo — bromeó Eileen.

—Bien, quizá ya hayan oído esto en alguna ocasión, pero las navidades son para los niños que llevamos dentro. Y, por supuesto, es uno de los grandes eventos del año para mí — dijo la hermana, sonriendo.

La niñita rubia sobre la que había hablado Eileen, con una sonrisa tan grande como el abeto, se acercó hacia ellas patinado, tambaleándose sólo un poco. Miró a la hermana Catherine con orgullo.

—Jenny, lo estás haciendo muy bien. Estás patinando —le dijo la hermana, y aplaudió.

Jenny asintió, y después miró tímidamente a Jillian. Después de unos instantes, dijo casi en un susurro:

—Gracias.

—Cariño, de nada.

Mientras Jenny se alejaba, Jillian se dio cuenta de que la monja la estaba mirando asombrada.

—¿Qué ocurre, hermana? ¿Me ha crecido la nariz, o algo? —le preguntó, tocándose la cara.

—No, no. Es sólo que... nunca había oído hablar a Jenny. Sus padres murieron en un accidente hace un año, y ella se quedó pidiendo ayuda a gritos. La ayuda llegó demasiado tarde. Creo que es la primera vez que ha hablado desde entonces. Es un milagro.

—Es magnífico, pero no creo que sea un milagro.

—¿No es un milagro que ocurra algo increíble, como por ejemplo, que una niña decida

hablar de nuevo? —le preguntó Eileen.

—Yo creo en los milagros, pequeños y grandes — dijo la hermana Catherine, sonriendo — . Los acepto tal y como son, y le doy gracias al señor. Esto ha sido un pequeño milagro. ¿Y sabe porqué ocurren muchos milagros a mi alrededor? Porque estoy dispuesta a dejar que pasen.

—Jilly necesita un milagro —dijo Eileen.

—Eileen... —murmuró Jillian.

—¿Por qué? —preguntó la hermana, mirando a Jillian con curiosidad—. Quizá yo pueda ayudar.

—A menudo tiene horribles pesadillas sobre un incendio en el que se quema. Y se despierta gritando —le explicó Eileen.

—¿Ha estado alguna vez en un incendio? —le preguntó la monja.

—No —respondió ella, y pensó en el libro y en la horrible muerte de lady Morwenna—. No en esta vida —añadió.

—Bueno, dicen que los sueños significan algo —dijo la hermana Catherine.

—Quizá vea a su familia como las llamas, que abrasan su alma y su cordura —recitó Eileen dramáticamente.

La hermana sonrió.

—Los sueños son un reflejo de nuestra vida. Ya que somos algo mayores para pedirle milagro» a Santa Claus, ¿por qué no intenta pedírselo? Pídale por Navidad que le libre de esas pesadillas.

—Me gusta —dijo Eileen—. Y puedes añadir: «Por favor, protégeme del hombre del saco».

—De acuerdo —dijo Jillian, en voz alta.

Después siguió pensando: «Y por favor, Jesús, que el hombre del saco no sea alguien de mi propia familia».

Robert no llegó a la pista de patinaje, pero sí a la entrada de la obra de teatro, y cuando llevaron a los niños a cenar, después, fue estupendo. Jillian notó una alegría inmensa al observarlo. Aunque parecía que estaba un poco preocupado, se rió, cortó carnes empujó sillas suavemente, repartió servilletas, rescató unos cuantos vasos y durante toda la cena hizo que los niños se sintieran bien.

Pero parecía que estaba evitando a su familia, y Jillian se dio cuenta. Douglas se había marchado antes, pero todos los demás estaban allí con los niños. Incluso Gary se había unido a ellos.

Cuando la noche terminó, los niños les dieron las gracias a todos. Jenny volvió a hablar con Jillian, y después le dio a Robert un abrazo, lo cual le sorprendió mucho.

—Es una niña preciosa —le dijo a Jillian—. Seguro que tú eras igual cuando eras pequeña.

—Quizá. No me acuerdo.

—Bueno, quiero tener una docena como ella.

—¿Una docena de niñas? ¿Y no quieres niños?

—¿Y qué te parece una docena de cada?

—Bueno, vamos a estar muy ocupados.

—Pero suena divertido, ¿eh?

— Sí, pero creo que veinticuatro niños pueden ser demasiados.

—Es cierto. Te dejo que tú elijas el número. Siempre y cuando sean más de uno.

—Cuatro.

—Bien, me gusta.

Ella sonrió y lo abrazó.

—¿Sabes? Cada día te quiero más.

—Yo también te quiero —le dijo él.

Sin embargo, estaba tenso. Ella lo notaba en el calor de su cuerpo y en la rigidez de sus músculos.

—En unos días volveremos a Connecticut para pasar la Navidad. Piénsalo: tiempo para estar juntos, el olor del pino, paquetes de regalos bajo el árbol...

—Estaba pensando en no ir a Connecticut por Navidad —le dijo él.

-¿Cómo?

—Es nuestra primera Navidad juntos. Podríamos ir a algún sitio, solos.

Ella se apartó de él.

—Robert, yo quiero a mi familia.

—Yo no he dicho que no tengas que quererlos.

—Pero no quieres estar con ellos en Navidad.

—Lo siento. Han ocurrido demasiadas cosas. Me resulta difícil confiar en ellos.

—Robert, yo no sé cuántas navidades le quedan a Douglas. No puedo, y no quiero.

—Morwenna murió el día de Navidad.

—Algunas veces crees en el libro, y otras no, según te convenga. Si la historia se está repitiendo de verdad, si somos viejas almas intentando rehacer las cosas en nuestra nueva vida, el hecho de huir no va a resolver nada.

—¿Y si tienes un primo homicida?

—Ninguno de mis primos me mataría, Robert. Sobre todo, en Navidad —dijo ella, con vehemencia.

Para su consternación, Griff se había acercado a ellos. Jillian rogó que no hubiera oído nada. Si lo había oído, no hizo ningún comentario.

—¿Has venido en coche, Robert? Daniel me ha dicho que te lo preguntara. Si no, puedo llevaros a casa.

—Gracias, Griff. He venido en coche.

—Bien. Buenas noches.

Griff iba a marcharse, pero se detuvo con una curiosa expresión en la cara.

—Hey, primita. Yo no te mataría en Semana Santa, tampoco. Y mucho menos, en el día de San Patricio.

—Maravilloso —dijo Jillian, observando cómo Griff se alejaba—. Ahora está enfadado y posiblemente, dolido.

—Ojalá todos lo estuvieran.

—¿Qué problema tienes? —le preguntó indignada.

—Daniel tenía veneno para ratas en su escritorio.

—Quizá fuera para matar ratas.

—Quizá él matara al gato.

—No. Le gustan los gatos.

—Sí. Pero no era el gato el que tenía que morir. Tú eras la víctima, Jillian.

Ella sacudió la cabeza y se apartó de él.

—Estás equivocado. Y yo no voy a alejarme de mi familia en navidades, Robert. No.

—Jillian...

—Voy a tomar un taxi.

—Ni lo sueñes.

—No, mejor aún, me iré con Daniel.

— ¡Jillian! —él la persiguió y la tomó del brazo.

—Está bien, como quieras. Estaremos con tu familia en Navidad, Jillian. Pero ahora vamos a casa, ¿de acuerdo?

Ninguno de los dos estaba satisfecho, pero ella cedió. Durante el trayecto, no dijeron ni una palabra. Robert, que normalmente era muy calmado al volante, insultó a los conductores que los rodeaban varias veces.

En casa, Jillian se dio una ducha caliente y se acostó. Consiguió dormir, pero a mitad de la

noche se incorporó en la cama, de un salto. Él estaba a su lado, alerta al instante. Inmediatamente, la abrazó, mirándola ansiosamente.

—¿El fuego?

Ella lo miró y se rió.

—No, no, siento haberte despertado.

—Entonces, ¿qué?

—Eileen. Era un dragón. Pero no pasa nada, tú estabas luchando con ella —Jillian estaba sonriendo, pero él no—. De verdad. Eileen era un dragón grande, gordo y negro. Era muy gracioso.

Él se tumbó, mirándola fijamente.

—¿De verdad estás bien?

—Sí. ¿Por qué me miras de esa forma?

—Porque ahora estoy completamente despierto.

-¿Y?

—No es que quiera aprovecharme de ti, ni nada por el estilo, pero si queremos tener veinticuatro niños, deberíamos empezar cuanto antes.

Jillian se rió, y siguió riéndose mientras se lanzaba a sus brazos.

—Parece que yo también me he despertado por completo —susurró.

Tres días después, todos se reunieron de nuevo en la casa de Connecticut. Pasaron los primeros días de vacaciones comprando y envolviendo regalos como locos, abandonándose al espíritu de la Navidad.

Eileen y Gary se estaban comportando de una manera un poco extraña, susurrando todo el tiempo, y Eileen estaba callada como un gato, lo cual no era nada propio de ella.

La relación entre Connie y Joe todavía era tensa, y Jillian se preguntó si no sería mejor, después de todo, que Connie le contara la verdad a su marido.

Un día, Jillian fue a buscar a Griff, y lo encontró en la biblioteca, leyendo el libro. Se lo quitó suavemente de las manos, sin saber por qué se había ruborizado.

—Eh —protestó él—. ¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Es propiedad personal tuya?

-No.

—Entonces, ¿puedo terminar de leerlo?

—Ahora no. El abuelo te está buscando.

—Bien.

—Ahora.

—Ya voy —le dijo él, resignadamente.

Ella se dio la vuelta y salió de la biblioteca. Más tarde, cuando volvió por el libro, no lo encontró. El hecho de que lo tuviera Griff la inquietó profundamente, y no sabía por qué... a menos que tuviera algo que ver con la advertencia de Connie.

No se lo dijo a Robert. Él ya estaba lo suficientemente tenso, y la tensión aumentaba a medida que se acercaba el día de Navidad.

La mañana del día veinticuatro, durante el desayuno, Douglas golpeó su vaso de zumo con la cucharilla.

—Tengo, una noticia que daros —les dijo.

— ¡Oh, Dios mío! —gritó Griff, dramáticamente—. Ha cambiado el testamento. En memoria de Jeeves y en honor a nuestro nuevo gato negro, la fortuna de los Llewellyn va a ir a parar a un hogar para gatos abandonados.

—No es mala idea, Griff —dijo Douglas—. Pero no es eso. Quería comunicaros que, después de un tremendo esfuerzo de persuasión por mi parte, Amelia ha accedido a casarse conmigo.

Jillian emitió una exclamación de alegría y dio un salto.

—¡Amelia! Oh, feliz Navidad.

Amelia sonrió.

—Me ha regalado el anillo más bonito del mundo.

—Ahí lo tenéis —dijo Griff, con las manos extendidas hacia arriba—. El patriarca va a casarse con una preciosidad, y van a tener una descendencia con mucho mejor comportamiento.

—Eso es, Griff, querido —dijo Amelia — .

Siempre quise tener a mi primer hijo antes de los setenta.

Eileen se puso de pie bruscamente, muy pálida.

—Muy bien, Griff, sigue con las bromas —dijo, y salió corriendo hacia las escaleras, llorando.

—Vaya —dijo Griff, totalmente confuso—. No sabía que quisiera el dinero con tanta intensidad.

Gary se puso de pie, dejó la servilleta en la mesa y le lanzó a Griff una mirada asesina. Después se fue tras Eileen.

—No es por el dinero —dijo Connie.

Entonces, de repente, Jillian creyó que lo entendía.

—¿Está embarazada Eileen? —preguntó.

—No, es más que eso —murmuró Gracie.

—Creo que sí —dijo Robert—. Creo que ha perdido un bebé.

Douglas se puso en pie.

—Bien, no quería que algo tan alegre para mí le trajera tanta pena a una de mis nietas. Perdonadme —dijo, y se dirigió hacia las escaleras. Jillian sabía que iba a ver a Eileen. Sin embargo, se detuvo antes de salir de la cocina—. Jillian, Robert, creo que casi todos lo han imaginado ya, pero creo que ya es hora de que vosotros también deis una noticia.

—Jillian —declaró Griff—, estás embarazada.

—No. Que yo sepa —añadió, después de un instante.

—Pero nos hemos casado —dijo Robert.

Nadie dijo nada.

—¿Y eso es todo? —preguntó Daniel, después de un momento.

—Yo creo que incluso sé cuándo os casasteis —dijo Theo, riéndose.

—Todos lo sabíamos —les dijo Griff—. Bueno, perdonadme, pero tengo que ir a envolver unos cuantos regalos.

—Yo voy a ver a Eileen —murmuró Jillian, y se levantó de la mesa, ansiosa por hablar con su prima.

Arriba se dio cuenta de que Douglas se había marchado. Gary tampoco estaba allí. Eileen le dijo a Jillian, a regañadientes, que pasara.

Jillian se sentó al borde de la cama.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó suavemente.

—No había mucho que decir —le dijo Eileen, encogiéndose de hombros y apartando la mirada—. Me quedé asombrada cuando lo averigüé, y tengo que admitir que después pensé que era maravilloso. Estupendo, por fin he ganado a Jillian en algo. Y entonces... entonces me di cuenta de que quería al bebé. Era una vida nueva. Gary y yo habíamos creado a una persona. Y después, lo perdí.

—Oh, Eileen, lo siento muchísimo. No lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —le preguntó Eileen, con amargura—. Tú estás en tu mundo perfecto, con Robert. El compañero perfecto para tener el nieto perfecto. Quizá el abuelo lo contrato de verdad para que pudierais crear vuestra propia dinastía. Lo cual vais a hacer, por supuesto. Tú eres perfecta, y nunca tendrás un aborto.

—Eileen, cualquiera puede tener un aborto. Y tú tendrás más niños. Y Gary estará entusiasmado y emocionado, porque seguramente tú te casarás con él, por fin.

Eileen apartó la mirada.

—Jillian, estoy siendo desagradable contigo. No te atrevas a ser buena.

Jillian suspiró suavemente.

—Eileen, lo siento mucho. Pero las cosas mejorarán.

—Incluso pensé en adoptar a la niñita rubia. Pero a ella le caíste mejor tú.

— ¿Te refieres a Jenny? Eileen, tú me pediste que fuera a patinar con ella.

—Jillian, por favor, déjame sola. Por favor, déjame sola ahora.

—Claro. Pero estás confundida con respecto a la niña, Eileen. Ella sólo quiere amor. Si tú la quieres, ella también te querrá.

Jillian comenzó a salir de la habitación.

–¿Jilly?

–¿Sí?

—No te lo vas a creer, después de lo que te he dicho, pero...

–¿Pero?

—Te quiero.

—Yo también te quiero —respondió Julián, y se marchó.

Bajó las escaleras y se quedó sorprendida al oír a su abuelo en la biblioteca, hablando bastante alto. Y había otra voz masculina respondiéndole en tono de enfado. Era Robert.

No debería quedarse escuchando, pero lo hizo.

—¡Y ahora quieres que pare! ¡Ahora, cuando tengo algo! Me pediste que la vigilara. Incluso me contrataste por mi pasado. Y yo la he vigilado, la he cuidado, he hecho todo lo que estaba en mi poder para estar con ella todo el tiempo...

Cuando ella abrió la puerta y entró, él se quedó callado. Julián estaba aturdida.

Miró primero a su abuelo.

—¿Tú lo contrataste para que me protegiera? ¿Como si fuera un guardaespaldas con carrera?

—Jillian —protestó Douglas—. No fue así.

—¡Y tú! —dijo ella, volviéndose hacia Robert—Has hecho todo lo que podías para estar conmigo todo el tiempo, es verdad. Te has acostado conmigo, e incluso te has casado conmigo.

—Jillian —dijo él entre dientes—. Te estás comportando como si fueras tonta.

—¿Tonta? Tengo que haberme vuelto loca. Te escuché. He creído todo lo que me has dicho, incluso que Milo estaba en la habitación y hablaba contigo. Abuelo, ¿cómo has

podido hacerme esto? Bien, ¿queréis saber una cosa? ¡No quiero vuestra protección!

Se dio la vuelta y salió corriendo por el pasillo, pero los oyó hablar detrás de ella.

—¡Julián, espera!

—Robert, déjala, dale uno o dos minutos para pensar.

Era posible que su abuelo lo retrasara un poco, pero Robert iba a ir tras ella. Jillian tomó una chaqueta del armario del recibidor y salió de casa, directamente hacia el establo.

No habló con Jimmy, ni siquiera para pedirle una silla. Sólo le puso la brida a Crystal, montó a pelo y salió galopando por la nieve.

Montó durante horas, pensando febrilmente. Él se había casado con ella porque lo habían contratado para que lo hiciera. Ella se había enamorado profundamente de él, ¡y él sólo estaba cumpliendo con su deber! De algún modo, también le había atravesado el corazón en aquella vida, como en la pasada.

Era el día de Nochebuena. Estaba comenzando a atardecer, y tenía que volver a la casa. Quería pasar aquel día con la gente a la que quería. Incluyendo Robert.

Después de todo, era Navidad, y tenía que darle una oportunidad.

Volvió a casa y se dirigió a los establos. Mientras se acercaba, vio que la puerta de la casa se abría, y Gracie salió a recibirla.

—¿Jillian? —le dijo, temblando mientras se acercaba al caballo.

—¿Sí, Gracie?

Gracie, abrazándose para contener los escalofríos, sonreía.

—Estás equivocada con Robert. Él te quiere muchísimo.

Jillian se ruborizó. No sabía hasta qué punto se habrían enterado en la casa de lo que había ocurrido.

—Te lo agradezco, Gracie.

—Ha estado buscándote ahí fuera. Creo que iba hacia la cabaña. Jillian, si él me quisiera de ese modo, yo estaría en esa cabaña dándole otra oportunidad.

Jillian dudaba. Todavía estaba muy dolida. Pero no podía creer que todo fuera una mentira. Él había pasado muchas cosas con ella. Quizá incluso una segunda vida y una segunda oportunidad. Y ella había estado entre sus brazos y había hecho el amor con él. Aquellas emociones no podían haber sido una mentira.

—Gracias —le dijo a Gracie—. Muchas gracias.

Hizo que Crystal diera la vuelta, dándole unos golpecitos en el cuello, y lo guió hacia la cabaña. Cuando llegó, desmontó y ató las riendas del caballo a una rama. Había huellas en la nieve. Alguien había estado allí. ¿Sería Robert? No veía ningún otro caballo por allí, pero tenía que comprobarlo.

Entró en la casa. Alguien había estado allí. Había fuego en la chimenea, y agua hirviendo en la estufa.

—¿Robert? —mientras se quitaba los guantes, caminaba por la casa, llamándolo—. ¿Robert?

Sin embargo, él no respondió. Quizá estuviera en el piso de arriba, en el estudio. Subió y dejó escapar un suspiro, conteniendo las lágrimas. El estudio estaba vacío. Era culpa suya. Había huido. No le había dado una oportunidad. Pero era el día de Nochebuena. Él sí le daría otra oportunidad cuando por fin lo encontrara, estaba segura.

Se acercó hasta el caballete preferido de Milo.

—También a ti te echo de menos, Milo. Mucho. Ojalá me visitaras a mí.

—Jillian.

Ella oyó su nombre, al principio, débilmente. Después, con más fuerza. Venía de las escaleras.

Se volvió y parpadeó.

–Milo.

No era real. No era Milo en carne y hueso. Era un leve reflejo en el aire, nada más.

—Milo —susurró ella.

—Jillian, sal de aquí. ¡Corre! —le dijo él.

Parecía que le resultaba difícil hablar con ella, formar las palabras.

Ella se negó.

—Milo, no tengo miedo de ti.

—No es por mí, Jillian. ¡Corre!

—¿Por qué? —le preguntó ella.

Él intentó hablar, pero su imagen se desvaneció.

Como el humo.

¡Humo!

Entonces, Jillian lo supo. Oyó el crepitar del fuego, y el suave rastro de humo se convirtió en una humareda. ¡Fuego!

Salió corriendo hacia las escaleras, pero las llamas ya ascendían hacia el segundo piso y le estaban bloqueando la salida.

Era su pesadilla convertida en realidad. Las llamas la estaban alcanzando.

Comenzó a gritar.

Capítulo 16

Robert había cabalgado durante horas. Había ido a la cabaña a buscar a Jillian, pero no había encontrado ni rastro de ella. Después había vuelto a la casa, con la esperanza de que ella estuviera allí. Al no encontrarla, decidió salir de nuevo, pero primero quiso hablar con Douglas y Daniel, por si acaso ellos podían ayudar de alguna manera.

—Está ahí fuera, y no sé dónde.

—Jillian es una jinete excelente, y conoce bien el terreno. Estará bien —le dijo Douglas con firmeza, pero Robert no estaba tan seguro.

Theo salió de la cocina.

—Yo iré contigo, Robert —le dijo—. Quizá a mí se me ocurran un par de lugares que tú no conoces,

—Estupendo, gracias.

—Griff también viene. Ha ido al establo a preparar nuestros caballos —dijo Theo mientras se ponía los guantes.

Él salió, y Robert se quedó mirando a Douglas y a Daniel.

—Douglas, tú tenías miedo de que a Jillian le ocurriera algo, y temías que alguien de su familia estuviera tras ello. Tú no quieres que eso sea cierto, y yo tampoco. Pero tú tienes una fortuna, y eso puede sacar lo peor de la gente. Daniel y tú lleváis semanas peleándoos. ¿Qué ocurre?

— ¡Eso no tiene nada que ver con Jillian! —protestó Daniel acaloradamente.

—¿Cuál es el motivo? —insistió Robert.

—Mi vida sexual. ¿Estás satisfecho?

Robert miró fijamente a Daniel, frunciendo el ceño.

—No me gustan sus elecciones —dijo Douglas.

—Y a mí no me gusta que él piense que tiene derecho a juzgar mis decisiones al respecto —dijo Daniel, rotundamente.

—Había veneno para ratas en tu escritorio —le dijo Robert.

La expresión de sorpresa y confusión de Daniel parecía sincera.

—¿En mi escritorio? Tiré todo lo que había en mi despacho cuando me hablaste del gato.

—Estaba allí.

Antes de que Daniel pudiera responder, Griff entró bruscamente.

—Hay un incendio.

—¿Dónde? —explotó Douglas.

Robert apenas podía respirar.

—¿Dónde? —repitió él, casi paralizado por el terror. Fuego. Ella había soñado con un incendio, y se había despertado muchas veces gritando de horro. Fuego...

—Creo que es en la cabaña. Si...

Robert había salido de la casa antes de que Griff hubiera podido terminar de hablar. Había tomado a Igloo aquel día. Montó de un salto. Griff se puso a su lado, junto con Theo, que estaba gritando que su caballo no estaba.

—¡Marchaos los dos! Yo os alcanzaré. ¿Quién demonios se ha llevado a Cream? —gritó—. ¡Marchaos!

Robert no necesitó que se lo repitieran más.

De repente, supo con certeza que la historia podía repetirse.

Sabía que había cabalgado antes por la nieve, y que había fallado. Tenía una segunda oportunidad para salvarla. ¿Y si volvía a fallar? Estaba enfermo de miedo.

—¡Robert, si te matas, nunca conseguiremos llegar a su lado! —le gritó Griff.

—¡Casi hemos llegado! La cabaña está ahí...

—¡Oh, Dios! —gritó Griff—. El fuego...

Robert apretó los dientes. Tenía que creer. Pero, ¿en qué? ¿En los milagros? ¿En que podía saltar al fuego y salvarla? Lo haría. Por Dios, lo haría.

Con el fuego subiendo por las escaleras, supo que no tenía más remedio que retroceder, una vez que se dio cuenta de que moriría si se dejaba llevar por el pánico. Al principio se había quedado clavada en el sitio, pero reaccionó y corrió hacia el fondo del estudio, entró en el baño, cerró la puerta y mojó una toalla para ponerla en la rendija de la puerta e impedir que entrara el humo. Después miró por la ventana hacia abajo. Había una caída peligrosa, pero aterrizaría en la nieve. No quiso pensar en las rocas frías y duras que habría bajo la capa blanca. Cualquier cosa sería mejor que las llamas.

Sentía las llamas aunque todavía no la estuvieran tocando. Conocía la sensación de abrasarse.

No quería volver a sentirlo.

Abrió la ventana y se dio cuenta de que la doble ventana contra las tormentas estaba subida. Emitió un gemido de angustia. Mientras buscaba a su alrededor algo con lo que romperla, sintió que el suelo estaba cada vez más caliente. De repente, sintió pánico al pensar en que el suelo pudiera hundirse bajo sus pies y la dejara caer entre las llamas.

Él llegaría. No volvería a fallarle. Tenía que creer en el poder de aquella segunda oportunidad.

—¡ Jillian!

La voz provenía de fuera. Jillian volvió corriendo a la ventana.

Robert estaba allí, y Griff llegaba tras él.

Robert le estaba haciendo gestos para que se apartara de la ventana. Lo vio desmontar y tomar un objeto negro, muy grande, que todavía no estaba totalmente cubierto de nieve. Echó el brazo hacia atrás, y ella se retiró.

El cristal estalló hacia dentro, y los añicos volaron a su alrededor. El objeto que él había lanzado rodó hasta ella, pero no le prestó atención. ¡Robert estaba allí!

El fuego rugió de repente y comenzó a devorar la madera de la puerta. Entonces, Julián se acercó a la ventana. Bajo ella, el porche también estaba en llamas. Robert había vuelto a montar, y estaba mirándola. Ella se dio cuenta de que lo que había lanzado era una vieja bala de cañón. Milo había encontrado varias en la finca, y las había guardado apiladas fuera de la casa. Era una bala de cañón que podía explotar.

—Vete —la palabra fue un susurro. Después, Jillian sintió que la empujaban hacia la ventana.

¡Milo!

Bajo ella, Robert estaba espoleando al caballo para que se acercara más y más al borde del porche en llamas.

—¡Salta! —gritó.

Robert y el caballo estaban casi bajo la ventana, rodeados por el fuego.

Ella también estaba atrapada. Las llamaradas le lamían los talones.

Casi le mordían la carne.

—¡ Salta! —volvió a gritar Robert.

Y ella saltó...

Le pareció que no dejaba de caer. Las llamas estaban bajo ella, pero más allá, tan cerca, también estaba Robert. El hombre al que amaba. Lo amaba en aquella vida, y lo había amado en la anterior.

Aterrizó en sus brazos, entre el infierno que rugía a su alrededor, cortándoles la huida. ¿Sería así como iba a terminar todo en aquella ocasión? ¿Se iban a abrasar los dos? Sin embargo, en aquel momento Robert la miró a los ojos, con la cara cubierta de hollín.

—Cierra los ojos —le dijo él—. Y contén la respiración.

Después, le clavó los talones a Igloo en los flancos y el animal, relinchando, saltó fuera del porche y se alejó del fuego. Saltó fuera del calor y entró en el frío, un mundo de nieve y hielo. El aire helado los envolvió, y Jillian supo que su carne no estaba quemada. Parecía que no oía nada mientras corrían, ni el ruido de los cascos del caballo a través del silencio del mundo blanco de nieve, a través del tiempo eterno...

Entonces, el sonido volvió, y oyó los cascos de Igloo contra el suelo. Robert tiró de las

riendas para detenerlo y lo hizo volver hacia donde Griff los estaba esperando.

Vieron explotar la casa, y las llamas subir hasta el cielo.

Pero no importaba.

No los alcanzaban.

Daniel y Theo casi habían llegado a la cabaña, montando los dos sobre la vieja Blossom, cuando ellos volvían. Daniel les dijo que Douglas estaba frenético, y después miró a su prima atentamente. Insistió en que tenían que volver rápidamente a la casa y llamar al médico para que la examinara. Probablemente, había inhalado humo, dijo cuando la oyó toser.

Sentada sobre Igloo, en brazos de Robert, ella le aseguró a Daniel que estaba bien, pero supo que él no la creyó.

Cuando llegaron a la casa encontraron a Douglas esperando en la puerta. Las rodillas se le doblaron cuando la vio, y Jillian corrió a sostenerlo. Amelia la abrazó, Henry gritó, y Agatha salió corriendo por mantas calientes.

Al poco rato, Griff preguntó.

—¿Quién demonios ha provocado este incendio?

—No lo sé —respondió Douglas—, pero lo averiguaremos. Por el momento, lavaos y cambiaos de ropa, antes de que os pongáis enfermos.

Ni el frío ni el hollín importaban. En su habitación, Jillian no hizo nada más que abrazar a Robert durante horas. Después se ducharon, y finalmente hicieron el amor. No hablaron, apenas. Tenían miedo de hacerlo.

—¿Ha sido un milagro? —le preguntó él, finalmente.

—¿La manera en la que me has hecho el amor? —bromeó ella—. Bueno, has estado muy bien. Excepcional, diría yo. Pero... ¿un milagro?

—Jillian...

—Es un milagro. Todo ha sido un milagro —susurró ella.

Un rato después, Robert se vistió y bajó a unirse a los demás, mientras que Jillian se daba un baño de burbujas.

Eileen y Gary estaban en el salón con Douglas, Daniel, Theo y Griff. Jasper McClean, el sheriff, había ido y se había marchado después de decirles que tendrían que esperar a que se enfriaran las cenizas para empezar a investigar qué era lo que había provocado el incendio.

—Han tenido mucha suerte —les había comentado—. Una cabaña como ésa, sin salida de incendios... Bueno, ya se ha terminado. Pero Douglas, no te preocupes, llegaremos al fondo de todo esto.

Y en aquel momento, cuando ya sólo estaba la familia, tenían que decir la verdad.

—¿Alguien provocó el incendio? —preguntó Eileen con incredulidad.

—Eso creo —dijo Robert—. Creo que alguien fue allí a caballo y le prendió fuego a la casa sabiendo que Jillian estaba dentro.

—Yo no. A mí no me gusta montar a caballo, ni siquiera —dijo Eileen.

—Yo estaba aquí discutiendo contigo —le recordó Daniel, secamente.

—Tú estabas en el establo, Griff.

Griff se puso de pie, a la defensiva, con las manos en las caderas.

—Sí, claro. Ya veo adonde quieres ir a parar. Es por el libro. Vosotros dos pensáis que estáis reviviendo la historia.

—¿De qué estáis hablando? —les preguntó Douglas.

Robert sacudió la cabeza, mirando fijamente a Griff.

—Yo soy el malo, claro. Soy pariente y siempre estoy haciéndole bromas a Jillian sobre nuestra boda. ¿Y eso me convierte en sir Walter?

—Dímelo tú —replicó Robert.

—¡No, maldita sea!

—A mí no me miréis —dijo Theo. —Bien. ¿Quién ha estado fuera hoy? —preguntó Robert.

Daniel soltó todo el aire de los pulmones. —Oh, Dios mío. ¿Dónde está Jillian? —Bañándose —respondió Robert.

—Sube con ella —le dijo Daniel—. Hasta que no sepamos qué ha ocurrido en realidad, no debes dejarla sola.

Jillian se estaba relajando con los ojos cerrados entre las burbujas, pero de repente oyó un ruido. Miró hacia arriba, pensando que Robert había vuelto.

No era Robert.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, más confusa que enfadada.

—Daniel se merece el negocio. Es el varón de más edad, y ha trabajado para ello. Ha puesto toda su vida en la empresa.

—El negocio será para todos nosotros. Aunque eso no es de tu incumbencia —respondió Jillian, y se hundió un poco para esconderse bajo la capa de espuma—. Mira, té agradezco mucho todo lo que haces por Daniel, y sé que él valora mucho tu ayuda. Tú...

Entonces, se interrumpió con el ceño fruncido, mirando fijamente a Gracie.

—¡Tú me dijiste que fuera a la cabaña!

—Pero has conseguido salir —respondió Gracie—. Daniel nunca haría nada por desprestigiarte. Todo el mundo te adora. Incluso sales en los anuncios. Lo eclipsas todos

los días, de todas las formas posibles. Y él te quiere demasiado como para darse cuenta de lo que le estás haciendo. Pero también me quiere a mí. Yo lo sé. Me necesita. Así que fui a él. Yo tengo mis habilidades. Tengo talento para hacer muchas cosas fuera de la oficina. Daniel no se da cuenta de lo capaz que soy. Y tú no has estado vigilando, no has prestado atención. Podrías haber averiguado muchas cosas, pero sólo estabas preocupada porque tu secretaria tuviera una aventura con Daniel. Yo también estaba preocupada. Pero aquella noche, Connie sólo le estaba diciendo a Daniel que ella quería a su marido, y que esperaba que Daniel y ella pudieran seguir siendo amigos. Yo lo sé porque lo estaba escuchando. Y ahora tienes que prestarme atención.

—Gracie, sal de aquí —le dijo Jillian, cansada. Pero se le cortó el aliento al ver que Gracie sacaba una pistola. Se quedó helada dentro del agua caliente, porque en aquel momento comprendió muchas cosas—. ¡Gracie!

La puerta se abrió de repente. Robert estaba allí.

– ¡Tiene una pistola! —le gritó Jillian.

Robert dio un salto.

Gracie disparó.

—Un milagro —le dijo la hermana Catherine a Jillian el día de Navidad, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Un milagro —repitió Jillian—. ¿Puede creerse lo lista que es esa mujer? Ella mató al gato y escondió el veneno para ratas en el escritorio de Daniel, sabiendo que yo nunca sospecharía en serio de él, aunque se relacionara ese veneno con la muerte de Jeeves. Se imaginó que yo iría a montar, e incluso que yo insistiría en que Robert montara a Crystal de nuevo, así que raspó la cincha. Sabía dónde se iba a rodar el anuncio en Florida, así que contrató a un par de muchachos del instituto para que debilitaran la rama. Ellos pensaron que sería para los efectos especiales. El accidente del trineo fue más que nada por casualidad, pero ella también lo planeó. Era mucho suponer que hubiera salido bien, pero de todas formas, como todo el mundo puede usar los coches que hay en el garaje, ella tomó uno, condujo por la carretera e hizo el agujero de la valla. No podía saber cuándo pasaría un coche, pero era probable que yo resultara herida de gravedad, o que me matara. Y después, provocó el incendio... —terminó Jillian, suavemente.

—Del que su marido la salvó... pero, ¿qué ocurrió con la bala?

—Robert le golpeó el brazo a Gracie y desvió el disparo. La bala rebotó en la bañera e hirió a Gracie. Dicen que se pondrá bien, así que podrán juzgarla.

Connie salió corriendo del salón en aquel momento, sonriendo.

—El pavo está en la mesa. Es hora de comer.

—Hermana —le dijo Jillian—, a todos nos encantaría que bendijera la mesa. Sin embargo, tengo que advertirle de algo. Normalmente, todos decimos unas palabras de agradecimiento por lo que nos ha traído el año. Es una tradición. Pero sería estupendo

que usted empezara.

Unos minutos después, la hermana Catherine lo hizo.

—Gracias, Señor, por la comida que estamos a punto de tomar. Gracias por reunimos a todos hoy. Gracias por las segundas oportunidades...

—Gracias por estas navidades —dijo–Jillian.

—Gracias por nuestra hija —dijo Eileen, dulcemente, sonriéndole a la niña a la que estaba dando la mano. La hermana Catherine había llevado a Jenny a comer, y la niña se había encariñado de Eileen y de Gary casi inmediatamente. La adopción no tardaría mucho en llevarse a cabo.

—Gracias, Dios, por mi familia —dijo Douglas—. Y —añadió, con un guiño—, por mi nueva novia, que se está ruborizando.

—Gracias por cuidar de mi prima —dijo Griff, con la voz ronca.

—Gracias por protegernos de todo mal —dijo Daniel, que se sentía culpable por no haberse dado cuenta de la profunda y peligrosa obsesión que Grace tenía por él.

—Gracias por la mujer maravillosa que me vas a encontrar este año —dijo Theo, y sonrió a la hermana Catherine—. ¿Está segura de que está casada con Dios?

—Eso me temo. Pero si no lo estuviera... —dijo, y le devolvió una sonrisa burlona.

Jillian volvió a hablar.

—Gracias —dijo, mirando al cielo—. Y gracias, Milo, estés donde estés. No creo que vuelvas más. Y Dios, gracias por concederme a Robert. Gracias por mi vida. Por nuestras vidas. Muchísimas gracias por...

—Por los milagros —dijo Robert.

Y después la besó.

Fin.